SANTIAGO EXIMENO

Bebés jugando con cuchillos



ediciones del cruciforme

BEBÉS JUGANDO CON CUCHILLOS

Santiago Eximeno

Índice

PRESENTACIÓN
INTRODUCCIÓN
PROPIEDAD INTELECTUAL
F. A. Q.
DÍAS DE OTOÑO
TODO LO QUE SIEMPRE QUISO
EL INSTANTE MÁS TRISTE
ORIGAMI
  1
  2
  3
  4
  5
  6
  7
LA HORA DE LA VERDAD
  I. Introducción
  II. Preparativos
  III. Muerte lejos del hogar
  IV. Donación de órganos
  V. Ceremonias y servicios
  VI. Muerte infantil
  VII. Últimas disposiciones
  VIII. Tipos de disposiciones
  IX. Programas de atención a la familia
  XI. Notas finales
ZARZA
LO MÁS DULCE
VIVO EN TU ARMARIO
ANUNCIACIÓN
AL FINAL DE ESTE VIAJE
FRAGMENTOS DE UNA FLOR DE PÉTALOS CARMESÍ
CUERDAS
AL CAER LA NOCHE
POR UN PUÑADO DE DÓLARES
  I
  II
  III
POLAROID
HUERTO DE CRUCES
COPYRIGHT
AGRADECIMIENTOS
SOBRE EL AUTOR

Bebés jugando con cuchillos

Primera edición Digital: Marzo 2013

Maquetación y diseño: Prema Ediciones

Texto: Santiago Eximeno

Edición: Ediciones del Cruciforme y Prema Ediciones
EDC0006

www.cruciforme.com

Sobre el autor: www.eximeno.com

PRESENTACIÓN

Hay un recoveco oscuro en una de las esquinas de mi salón. Es pequeño; apenas abarca la sombra de una cortina mustia, una estantería barata y la pantalla de una lámpara estropeada. Lo conozco de maravilla. Allí es donde tuvieron que levantarnos el parqué por una gotera, donde se descascarilló el gotelé hace años y donde, curiosamente, nunca encuentro pelusas.

Sin embargo, existe algo inquietante en él.

Cuando se me cae rodando una goma, un lapicero, una pila, y se detiene allí, permanezco embobado unos minutos antes de aproximarme con cautela, silenciosamente, a recogerlo. Acerco los dedos lentamente y, cuando la lengua de sombra los cubre, siento un escalofrío. Atrapo el objeto desdichado y me aparto con rapidez, como si hubiera recibido una pequeña descarga eléctrica. Y, a pesar de todo, sigue siendo mi salón, mi casa, mi acogedor hogar; donde descanso tranquilamente todos los días.

En ese rincón sé que viviría Santiago Eximeno.

Eximeno, prolífico escritor, diseñador de juegos de mesa, guionista, editor e infatigable lector y cinéfilo, es una de esas retorcidas personas que, afortunadamente, se entretienen haciéndonos pasar un mal rato, jugueteando con nuestros escalofríos, con nuestra angustia.

Digo que viviría en ese rincón oscuro del salón porque Eximeno se ubica en el terreno conocido de los lectores, los acomoda y, a continuación, introduce algún elemento extraño, incómodo, desasosegante, en él. Porque la mirada de soslayo, el tic nervioso del párpado, el balbuceo y la ronquera carrasposa de quien mira por encima del hombro esa sombra inmóvil de su salón es lo que anima su universo narrativo.

Esa incomodidad es tan vigorosa porque, en realidad, lo que está haciendo el autor es revelar, descubrir, sacar a la luz —a una luz siniestra y pegajosa— pulsiones, instintos, miedos y recónditos deseos que encerramos en nuestras mentes y ante los que nos

tapamos los oídos con pavor.

La escritura de Eximeno, sin duda, cobra mayor intensidad en los relatos (en cuentos como los, por fin, aquí recogidos), donde él mejor se desenvuelve y donde mejores resultados, tanto literarios como emocionales, logra. No en vano, en su haber se encuentra una larga ristra de premios y de traducciones a otros idiomas que avalan la solidez de su propuesta. El cuidado y la atención por el lenguaje, por la disposición de todos los recursos y elementos del relato, así como el detenimiento de sus atmósferas, son las herramientas que emplea con excepcional habilidad para envolver y sumergir al lector en un mundo simétrico al nuestro pero donde lo siniestro se transparenta y empapa la realidad.

O tal vez ese mundo no es simétrico, sino que es exactamente el mismo, el nuestro, pero nosotros no nos hemos dado cuenta aún; ni queremos asumirlo, ni siquiera sospecharlo.

En esa duda, sobre ese abismo, se balancean los lectores acunados por las palabras de Eximeno.

Yo, en cualquier caso, seguiré evitando el rincón oscuro de mi salón.

Alberto García-Teresa

Para María Jesús y Alicia,
para mis padres y mi hermana
y para el cuchillo de carnicero
que descansa en la encimera
de mi cocina.

INTRODUCCIÓN

Si hay algo que me causa inquietud es un niño pequeño jugando con cuchillos. No me interprete mal, no me refiero a los adolescentes portando navajas o a los chicos que entran por primera vez en una cocina y rebuscan en los cajones como si de cofres del tesoro se tratara. No, me refiero a los recién nacidos, a los bebés que juegan con cuchillos.

Usted ya me entiende.

La imagen, por más que lo desee, no desaparece de mi mente: recién nacidos sonrosados, regordetes, sosteniendo entre sus diminutas manos grandes cuchillos de carnicero manchados de sangre. Al principio uno no sabe qué pensar. Los ve gateando por el suelo, con el cuchillo dejando un reguero oscuro sobre el parquet, y uno no sabe qué pensar. No resulta fácil imaginar para qué quieren ese enorme cuchillo, pero lo imaginas. Las manchas de sangre no dejan lugar a dudas: lo han utilizado antes. Y cuando oyes el susurro de la hoja resbalando por el suelo, y los gemidos de la criatura agotada por el esfuerzo, te preguntas qué ocurrirá a continuación. ¿Se incorporará y blandirá el cuchillo ante tus ojos como un desproporcionado asesino en serie? ¿O en realidad todo se trata de una broma, de una gran broma, que maldita sea la gracia que tiene?

No lo sé, la verdad, pues nunca he tenido el valor de preguntar.

Vienen por la noche, claro, amparados en la oscuridad, aprovechando que los adultos dormimos. Entran en nuestros cuartos y se deslizan hasta los armarios. Allí descansan, la espalda apoyada contra la puerta, acariciando la hoja del arma con sus dedos sonrosados. Y sonríen, claro. Nunca he podido comprobarlo, pues cuando enciendo la luz ellos ya se han marchado, temerosos de enfrentarse cara a cara con su víctima, pero lo sé.

Usted también lo sabe, claro.

Encendemos la luz, miramos a nuestro alrededor, bajo la cama, en el armario, pero no encontramos nada. Los bebés se han

marchado, y sólo queda de ellos un suspiro, una sensación de calor sobre el suelo, una mancha diminuta en la pared, donde apoyaron sus manitas ensangrentadas. Quizá usted vuelva a la cama, al silencio, a la oscuridad, y consiga conciliar el sueño.

Yo no puedo.

El insomnio me vence, no he encontrado una manera de derrotarlo. Así que abro el cajón de la mesilla, saco mi libreta y escribo. Escribo sin parar hasta caer rendido. Escribo historias horribles, pesadillas, monstruosidades que surgen de mi mente atormentada por los bebés, por los cuchillos. Escribo sobre el dolor, sobre la soledad, sobre la muerte. Escribo sobre el miedo. Antes me preguntaba por qué escribía sobre estos temas, por qué las musas me inspiraban de esta manera.

Ahora ya lo sé. Es por los niños, por los niños que juegan con cuchillos. Esos niños me aterran. Pero la evidencia me dice que esos niños, como mi hija, tendrán padres, padres despreocupados, padres felices, padres amables que, quizá, lean lo que yo escribo. Y si lo leen, quizá se sientan incómodos, o asqueados, o sientan miedo. Quizá, sólo quizá, sientan lo mismo que yo.

PROPIEDAD INTELECTUAL

—¿Qué opinas? —preguntó Lidia, sonriendo, su mano izquierda sosteniendo un cigarrillo apagado entre los dedos.

Me había dicho su nombre apenas unos minutos antes, como si al hacerlo creara un vínculo indestructible entre nosotros, un lazo íntimo que le permitiera abrirme su corazón sin temor y dejar a un lado las charlas triviales. Durante más de una hora había escuchado su monólogo en completo silencio, prestando atención a sus palabras y sus gestos, sin sentir deseo alguno, por muy pequeño que fuera, de conocer su nombre. Para ella la sensación de conversar con un desconocido se había intensificado hasta convertirse en algo insoportable, y se había sentido arrastrada a confesármelo como si de un valioso secreto se tratara. Pensé durante unos instantes si sería su verdadero nombre, si no estaría en realidad ofreciéndome una versión fabulada del mismo. No se me ocurrió ninguna razón lógica para que hubiera tratado de engañarme. Quería compartir conmigo algo más que simples palabras, y confesarme su nombre representaba para ella un preámbulo necesario.

—Supongo que no hay mucho que pueda decir —respondí.

Nos sentábamos junto al escenario, en una mesa baja de madera oscura maltratada por los años. Una camarera joven nos había colocado allí siguiendo un criterio arbitrario, sin saber qué relación nos unía. La prosaica realidad me decía que sólo coincidíamos porque ambos habíamos comprado las entradas demasiado tarde. Lidia era bonita, o al menos tenía un brillo atractivo en la mirada y una sonrisa de esas que te hacen pensar que te has equivocado más de una vez en la vida. Hablaba sin parar, y aquello era precisamente lo que yo buscaba: algo de conversación banal para empezar, ciertas intimidades después y compartir pensamientos íntimos al concluir. No llegaríamos mucho más lejos. Cuando nos levantáramos de la mesa ambos continuaríamos caminos separados y nuestras vidas no volverían a cruzarse. Y, aunque lo hicieran, casi con toda probabilidad ella no me recordaría.

Yo, sin embargo, no podría olvidarla jamás.

—Ya —dijo Lidia, encendiendo el cigarro con un mechero en

forma de elefante, una curiosidad regalo de una compañera de trabajo—. Ocurrió hace mucho tiempo, y yo casi lo he olvidado. Desde luego, espero que ese tipo haya muerto ya. De hecho, recé durante semanas para que sufriera un accidente horrible.

Sonreí, llamé la atención de la camarera.

—Lo mismo, por favor —dije, señalando nuestras copas vacías.

Desde pequeño la gente acostumbraba a tomarme por su confesor. Los compañeros de clase compartían conmigo sus secretos más íntimos, los profesores me revelaban detalles de sus vidas rutinarias que yo no deseaba conocer. Durante muchos años pensé en ello, intentando comprender a los desconocidos que se me acercaban para volcar en mi oído los sórdidos detalles de su intimidad. Quizá se debía a mi timidez, a mis silencios, a mis gestos de atención. No lo sabía. De alguna forma mi aspecto, mi presencia, les permitía confiar en mí y abrirme su corazón tal y como Lidia había hecho.

En el escenario, los componentes del grupo daban los últimos repasos a sus instrumentos y a los equipos de sonido. Charlaban entre ellos, bebían un trago de sus cervezas, señalaban los focos de iluminación cubriéndose los ojos con una mano a modo de visera. Llevaba asistiendo a las funciones de los jueves más de tres meses. Aquel local se había convertido en un segundo hogar para mí. Aquella era la primera vez que compartía mesa con una desconocida. Acostumbraba a quedarme en la barra, con mi pinta de cerveza negra entre las manos, tomando pequeños sorbos mientras disfrutaba de la actuación. Hoy la decisión de sentarme me había proporcionado un inesperado placer.

La camarera nos sirvió nuestras copas justo cuando las luces bajaron de intensidad.

—¿Qué crees que debería haber hecho? —preguntó Lidia, tomando un sorbo de su vodka con naranja.

—Lo que hiciste fue lo adecuado, Lidia —dije, pronunciando su nombre, saboreando la sensación que reflejaba su rostro al oírlo surgir de mis labios.

Ella sonrió, bajó la mirada. Los músicos, tras dejar que el batería presentara uno a uno a los componentes del grupo, se sumergieron en su jazz improvisado. Escuchamos en silencio durante unos minutos el primer tema, disfrutando de la música. Lidia no tardó en sentir la acuciante necesidad de retomar la

conversación.

—Oye, ¿qué me dijiste que eras? ¿Periodista? —preguntó.

—No —respondí—. Soy escritor.

El grupo atacó un tema especialmente animado, y no pude evitar seguir el ritmo con el pie. Tocaban bien, y con los movimientos sincopados del joven que tocaba el bajo se metieron al público en el bolsillo, que respondió con un puñado de aplausos sinceros, sólo interrumpidos por los acordes de la nueva canción.

—¿Escritor? Qué interesante —dijo Lidia.

Pero en sus ojos se leía cierta decepción. Hubiese preferido a un periodista, o en su defecto a un espía norteamericano varado en la península, envuelto en un oscuro caso de corrupción política, a la espera de que un grupo de aguerridos marines le rescatara. Lamenté no haberla impresionado. De alguna extraña manera, incluso sabiendo que no era lo que buscaba en ella, me había sentido atraído por su manera de moverse, de bajar la mirada. No era especialmente bonita, pero su cuerpo despedía algo indefinible que la convertía en una mujer atractiva. Desde luego, podía tratarse de su historia, de su anécdota narrada como si recitara un mantra. Siempre me sentía atraído por las personas tras escuchar su historia. Aunque, ¿no me había guardado el anillo en el bolsillo al llegar? Quizá estaba intentando recuperar el tiempo perdido, volver a sentir lo que mi mujer ya no me proporcionaba.

—Sí —dije—. Escritor. Sobre todo cuentos cortos, las novelas no me atraen. Requieren demasiada atención.

—¿Nunca has escrito una novela?

Bebí un sorbo de mi copa, aplaudí al finalizar un tema.

—Una —respondí—. Después perdí el interés. Resultaba demasiado autobiográfica, me muevo mejor en las distancias cortas.

Sonrió. Mucha gente reacciona así ante las frases tópicas empleadas en los momentos oportunos. Tuve la impresión de que no entendía nada de lo que le estaba contando, lo que no me preocupaba en absoluto. Ya había escuchado su historia, lo demás no tenía demasiada importancia.

—¿Y qué tal se vendió? —preguntó ella.

Los músicos se despedían entre aplausos, la velada llegaba a su fin. Me uní a los aplausos y Lidia hizo lo mismo. Nos miramos, sonriendo. Ambos habíamos obtenido lo que queríamos. Me levanté, hice un gesto para que ella permaneciera sentada.

—Tengo que marcharme, será mejor que te quedes —dije—. Tengo tu teléfono, mañana te llamo.

Ella asintió con la mirada, casi suplicante.

—Ah, y respecto a la novela, sólo la escribí. Nunca dije que la publicara.

Ella hizo un gesto interpretable como una carcajada, y me despidió agitando ridículamente la mano.

—Por cierto —gritó, arrugando la frente, cuando yo ya salía del local—. ¿De qué coño estábamos hablando antes?

Fuera hacía calor, una noche de bochorno. Las luces de las farolas comenzaban a encenderse, atrayendo a su alrededor a las polillas más rezagadas. El ambiente pegajoso convertía la ciudad en un cuadro al óleo que parecía a punto de derretirse. Caminé varios metros en dirección a la parada de autobús más cercana. Una pareja pasó a mi lado como una exhalación. Me pregunté cuál sería su historia; me pregunté si querrían contármela. Un grupo de adolescentes fumaba y bromeaba bajo la marquesina de la parada. Me quedé a un lado, intentando no escuchar sus conversaciones. Ya tenía mi relato, no necesitaba otro.

Pensé en Lidia. ¿Llegaría a leer su historia, su pequeña anécdota vital, convertida en uno de mis relatos? Quizá no hubiera comprado un libro en su vida, quizá no sintiera interés alguno en hacerlo. Yo no le había dicho mi nombre, así que difícilmente podría bucear en la librería de su barrio o en el centro comercial más cercano buscando mi obra. No, su pequeña narración formaría parte de una antología olvidada en los estantes de una librería de viejo, y nunca más volvería a saber de ella. Otros lectores, ávidos de pequeños divertimentos que inundaran la cáscara vacía que formaba su rutinaria vida, adquirirían el libro y se sumergirían en su pequeño mundo de decepciones, compartiendo su dolor no fingido, haciéndolo propio durante unos minutos. Convertirían la pérdida de Lidia en algo nuevo, distinto, personal e indivisible, diferente para cada lector.

Llegó el autobús, una borrosa mancha carmesí rasgada por las luces de los demás vehículos. No se detuvo. Los chicos abuchearon y gritaron mientras el conductor, en un gesto estudiado, se encogía de hombros. Al girar en una rotonda descubrimos que en la parte trasera del autobús un cartel indicaba que estaba fuera de servicio. Mientras esperábamos dos personas se unieron al grupo: una mujer mayor, que miraba al suelo mientras retorcía sus dedos

de forma compulsiva, y un hombre de gesto serio que leía un libro con las tapas forradas de papel de periódico. ¿Acaso se avergonzaba de lo que estaba leyendo? ¿O prefería no compartirlo con nadie? Como escritor, ambas opciones me ofendían. Oí a lo lejos el rumor de la sirena de una ambulancia. Era una noche calurosa, idónea para beber demasiado.

Pasaron algunos minutos, tan lentos como las páginas de una novela particularmente aburrida. Entonces una chica señaló a la calle entre la algarabía de los adolescentes. Otro autobús se acercaba. Me dije que hubiese sido más inteligente coger un taxi. La idea de un nuevo relato rondaba mi cabeza, instalándose cómodamente en mi memoria, pero hasta que no la hubiera transcrito no sería mía en su totalidad. La sensación de compartir una historia privada, un secreto, con una mujer cuyo nombre ya me costaba recordar, hacía que me sintiera incómodo. Necesitaba que fuese mía, sólo mía, para poder transmitirla con veracidad a mis lectores. En eso consistía la propiedad intelectual. El autobús se detuvo, abrió las puertas y todos subimos al interior. Tomé asiento detrás de la anciana, ahora más tranquila. Los adolescentes ocuparon la parte de atrás, intentando entablar conversación con dos chicas de ropas negras y caras pálidas que les ignoraron. Miré la esfera de mi reloj de pulsera. Ya eran más de las once y media.

En el interior del autobús el aire acondicionado hizo que me relajara. Repasé mentalmente la información que guardaba en la cabeza. Tenía todavía varias paradas por delante, y no tenía nada mejor que hacer. Lidia se había casado muy joven, al quedarse embarazada sin esperarlo. Como preámbulo, demasiado común, demasiado tópico. Sin embargo, después me había hablado de su infidelidad. No resultaba sorprendente, viendo cómo había transcurrido su vida, pero al menos le había puesto los cuernos a su marido con su propia hermana. Morbo asegurado para el lector. Una relación lésbica extramatrimonial, los abusos del marido cuando ella decidió abandonarle, la discusión final con arma blanca incluida. No había duda: la vendería sin problemas a cualquiera de las revistas con las que colaboraba. Una historia para leer de una sentada y olvidarla al cabo de unas horas. Como había hecho Lidia esa noche. Sentí, como en ocasiones precedentes, un amago de culpabilidad en forma de punzada en la nuca, pero desapareció al instante. Ya había aceptado mi castigo por el don, y no servía de nada lamentarlo antes de comenzar cada

relato.

Llegué a casa algo después de medianoche. Había comenzado a llover, lo que aumentaba la sensación de bochorno que los primeros días del verano habían traído a la ciudad. Entré en el portal y, antes de llamar al ascensor, busqué el anillo de compromiso en el bolsillo de mi camisa y lo coloqué en mi dedo anular. Mi mujer no advertiría la diferencia, pero yo me sentiría más cómodo llevándolo durante el tiempo que pasara en casa. Subí al ascensor y me bajé una planta antes, como de costumbre. Ascender el último tramo de escaleras hasta mi casa formaba parte de mi terapia, de mi necesidad de aferrarme a la realidad que se me escapaba entre los dedos cuando me sentaba ante la máquina de escribir.

Recordé una conversación con otro escritor, un hombre que había publicado un par de novelas en círculos reducidos pero que gozaba de cierta atención por parte del público entendido. Había leído varios de mis relatos y sentía que estaban repletos de imágenes cotidianas, que transmitían vida. Habíamos compartido un café y charlado animadamente sobre el tema. Yo había escuchado con atención sus elogios y sus críticas, y había respondido a las preguntas tópicas con monosílabos y alguna ocurrencia ocasional. ¿Inspiración? De la vida misma, de las personas que me rodeaban. Tópico, pero sincero. Sin embargo, le había sorprendido que, en la época de la informática, cuando cualquier persona disponía de un ordenador personal en casa, siguiera utilizando mi vieja Olivetti Lexicon 80, la máquina de escribir que mi padre me había regalado al cumplir siete años.

—¿Nostalgia o necesidad? —había preguntado, con una sonrisa cómplice.

Yo había sonreído, teatralizando una pausa intencionada con un sorbo de mi café. Representábamos una obra, una comedia improvisada, y durante unos preciosos segundos recaía sobre mis hombros el protagonismo absoluto de la función.

—¿Existe alguna diferencia? —había respondido yo, y él había asentido con una sonrisa de complicidad, como si en realidad entendiera de qué estábamos hablando y compartiéramos el secreto de la creación literaria.

Introduje la llave en la cerradura y presté atención al característico chasquido de la puerta al abrirse. La historia de la mujer revoloteaba en mi mente, suplicando ser volcada a papel.

Entré en casa y cerré la puerta con suavidad. Había dejado encendido el ventilador, y una brisa fresca se deslizaba por el pasillo como una miríada de insectos voladores aleteando en la noche.

—Ya estoy en casa —dije en voz alta.

Las luces de la cocina estaban encendidas. Pensé en preparar algo para cenar después de transcribir el relato. Ahora mismo debía dedicarle todo el tiempo a la historia, antes de que perdiera su fuerza. Entré en el dormitorio, encendí la luz y me senté frente a la máquina de escribir. Antes de marcharme había retirado la funda protectora y colocado un folio en blanco, convencido de que volvería con material suficiente para culminar otro relato. Acaricié con las yemas de los dedos las teclas grises, sintiendo una especie de dolor agudo en la nuca, provocado por la necesidad de narrar la historia y liberarla de la celda de mi mente.

Comencé a escribir.

Al principio titubeé, como siempre lo hacía ante una página en blanco, pero pronto las palabras formaron frases, las frases párrafos, y la anécdota de aquella mujer que había conocido en el bar tomó forma sobre el lienzo. Las imágenes fragmentadas que anidaban en mi mente cristalizaron en negro sobre blanco, al ritmo mecánico que las teclas de la máquina de escribir susurraban. Ni siquiera me detuve a leer lo escrito. Dejé que la voz interior que narraba la historia me guiara, transcribiendo lo más rápido posible para no perder el mínimo detalle. Supe que después, como era habitual, tendría que corregir algunos errores ortográficos y tipográficos y pulir algunas frases, pero el primer borrador sería prácticamente la versión definitiva que se publicaría después.

Cuando terminé, después de haber cambiado de folio seis veces, me sentía exhausto pero satisfecho. Ahora la historia era mía por completo, de mi propiedad, y podría hacer con ella lo que deseara.

Cogí los folios, me levanté y fui a la cocina. En la nevera encontré una botella de zumo de naranja y un par de manzanas. Me serví un vaso de zumo, me senté en uno de los taburetes que había comprado la semana pasada en una tienda del barrio, y me comí las manzanas mientras revisaba el relato sobre la encimera de la cocina. Encontré los errores que esperaba, nimiedades producto del apresuramiento. Nada grave. Ahora que la historia ya

no estaba en mi mente —ni en la de la mujer que me la había contado— me sentía eufórico. Pensé en celebrarlo con una copa, pero mi yo más responsable se negó en redondo. Recordaba los problemas que el alcohol me había traído en el pasado, las pérdidas de memoria convertidas en relatos perdidos, en páginas en blanco. Siendo sinceros, también me había ayudado a descubrir mi potencial para la escritura, mi don para comunicar ideas a millones de lectores. Sin embargo, el pago realizado había sido alto, demasiado alto.

Volví al cuarto y me senté a los pies de la cama.

Dejé los folios a un lado y miré a la mujer que permanecía tumbada sobre las sábanas. Había atado sus muñecas y sus tobillos con cuerdas flexibles, uniéndolas a unos soportes metálicos que había atornillado previamente al suelo enmoquetado. Todas las mañanas curaba las heridas que ella misma se provocaba al tratar de liberarse, moviéndose de un lado a otro como un animal enjaulado. Con una gasa empapada en alcohol recorría su piel suavemente, evitando sus uñas, evitando su mirada. A veces intentaba iniciar una conversación. A veces.

La mujer alzó su cabeza y me miró. No quedaba rastro de cordura en sus ojos desorbitados, en la mueca imposible de su boca, en las venas que se abrían paso a través de la piel blanca de su cuello. Gruñó algo ininteligible mientras un rastro de saliva se deslizaba por su boca. Agitó los brazos, las piernas, en un último intento por alcanzarme. No pudo. Tras unos segundos se calmó y se quedó de nuevo inmóvil, esperando. Un olor nauseabundo impregnaba el cuarto, un olor que me había pasado inadvertido mientras escribía, pero que ahora reclamaba su espacio en mi mente.

—Te lo has hecho otra vez encima, ¿no? —murmuré, y ella agitó la cabeza con movimientos espasmódicos como respuesta.

Tendría que volver a lavar las sábanas y tenderlas, exponerlas a la atención curiosa de unos vecinos que preguntaban una semana sí y una semana también por mi esposa. De nada habían servido las historias que había urdido para justificar su repentina desaparición. Resultaba curioso que mis ficciones no fueran creídas y sin embargo mis relatos —historias verídicas, completas— fueran confundidos con fabulaciones de escritor.

La mujer que yacía sobre la cama gruñó, intentó incorporarse. Evitando su contacto, me acerqué hasta la mesilla de noche,

encendí la lámpara que descansaba sobre ella y leí la portada del puñado de folios encuadernados con canutillo que se encontraba a su lado.

—Marta —murmuré, recordando el nombre de mi esposa.

La mujer volvió su rostro hacia mí. Todavía podía ver en la configuración de los huesos de su cara, tan afilados que amenazaban con rasgar su piel, retazos perdidos de lo que una vez significó para mí. Todavía podía recordar su voz dulce en mi oído, contándome sus pequeños secretos, compartiendo su vida al completo conmigo. Sostuve el libro entre mis manos, la miré. Todo lo que había sido alguna vez yacía entre mis manos, un centenar de hojas amarillentas mal encuadernadas.

—Marta —repetí, pero ella no podía comprender mis palabras.

Había olvidado tantas cosas... El perfume de su piel, la alegría de su mirada. Tópicos manidos para asir una realidad que se deshacía ante mis ojos sobre sus propias heces. Nunca comprendí por qué no se detuvo, por qué continuó contándomelo todo aún a sabiendas de lo que estaba perdiendo. Creo que, al final, comprendió que no se trataba de demencia senil ni de alzheimer. Al final comprendió que, de alguna inexplicable manera, todos sus recuerdos se borraban instantes después de contármelos, después de mis interminables horas frente a la máquina de escribir. Incluso releyéndolos era incapaz de asociarlos como propios. Supongo que, como todo buen escritor, yo poseía una musa. Y como todas las musas, su fuente de ideas no era eterna y había terminado por agotarse.

Marta volvió la cabeza, vomitó sobre la almohada. ¿Qué había comido hoy? No lo recordaba. Intentaba mantener su dieta correcta por ella.

Por el niño.

Nervioso, acaricié su vientre abultado. Ella se agitó, intentando evitar el contacto. Me miró con ojos perdidos y en su mirada perturbada adiviné que, si pudiera liberarse de sus ataduras, me mataría con sus propias manos. A eso le había reducido, en eso le había convertido. Un animal con instintos primarios, sin memoria, sin recuerdos más allá de las necesidades básicas. Le había destruido como persona, y de su destrucción había nacido mi obra maestra, mi única novela.

Oh, cómo deseaba publicarla.

Sin embargo, mientras acariciaba el vientre de Marta y sentía

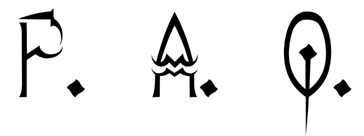
las vibraciones que mi hijo provocaba en su interior, supe que debía esperar. Había adquirido medio centenar de libros sobre embarazos, y ya me consideraba un experto en el tema. Podría dar a luz a este niño mediante cesárea si era necesario, no tendría ninguna dificultad. Dudaba que Marta sobreviviera a la operación, pero ella ya había contribuido suficientemente a mi éxito. Cuando publicara la novela, llegaría la fama definitiva que los relatos se negaban a proporcionarme. La novela alimentaría mi ego, me colmaría. No necesitaría volver a escribir.

Al menos no más relatos.

Planeaba escribir en un futuro una segunda parte, una secuela de mi obra maestra. En una época en la que todos los autores consagrados volvían una y otra vez a los mismos escenarios, aquello parecía casi algo obligatorio. No pensaba en una saga de media docena de libros, no. Sólo en la segunda parte. Y mi hijo contribuiría a ello preparando el epílogo de la primera.

Oh, Señor, cuánto deseaba escuchar su primer llanto.

Y, a continuación, transcribirlo.



Si está diseñado con un propósito específico,
deberías usar esa información como ayuda para
identificar a tu audiencia.
Para la mayoría de vosotros, vuestra audiencia
seréis sólo vosotros mismos.
Jobe Makar

Sonó el teléfono.

Ricardo tomó el auricular, lo llevó a su oreja. La pantalla del monitor, quebrada, mostraba franjas de líneas rojas y negras en lugar del rostro de la persona que llamaba. Se preguntó si la cámara que le grababa mostraría una imagen similar a su interlocutor, si funcionaría correctamente. Si, en ese caso, la grabación sería mostrada en directo o almacenada para su posterior edición. No le importó. Ricardo sintió el frío de la mañana en la piel de su antebrazo —la noche anterior había dejado la ventana abierta y una brisa suave, acompañada del rumor de los vehículos, se colaba en el cuarto—, así que tiró del cable del teléfono, atrayéndolo hacia la cama, y se arrebujó bajo las mantas antes de responder.

—¿Si? —preguntó con voz somnolienta.

—Tenemos un trabajo para usted —dijo una voz de mujer.

Ricardo se frotó los ojos con su mano izquierda, tratando de arrancar de su rostro las últimas briznas de sueño que se negaban a abandonarlo. Se volvió hasta quedar tumbado boca arriba en la cama, mirando al techo. Allí, sobre su cama, un enorme escarabajo metálico de ojos vidriosos se engarzaba sobre un complejo sistema de grabación. Los ojos del escarabajo seguían sus movimientos a un lado, a otro, con un zumbido monótono. Los obreros habían dejado el trabajo a medias, y un agujero cuadrado del tamaño de su cabeza le mostraba las entrañas de cables que recorrían las paredes como un sistema nervioso colapsado. Ricardo parpadeó un par de veces, cerró los ojos. El zumbido de las cámaras se arrastró por las paredes como una serpiente ahíta.

—¿Cuándo? —preguntó; después tosió.

Vio que había dejado sobre la mesilla un vaso ancho lleno de agua. Bebió un trago; estaba helada. Supuso que debía de tratarse de un puñado de hielos que, durante la noche, se había deshecho. El contenido del vaso se lo había bebido varias veces mirando las pantallas planas que cubrían las paredes, cada una de ellas sintonizada con otra red personal. Ahora sólo dos de ellas permanecían encendidas, pues por la noche prefería concentrarse en dormir sin necesidad de recurrir a las malditas pastillas de

sueño inducido que todo el mundo tomaba. Oyó un ruido en el techo, un repiqueteo, y temió que del agujero comenzaran a salir decenas de cucarachas y cayeran sobre su rostro. Se sorprendió por aquel pensamiento. ¿Había ocurrido ya alguna vez? ¿Lo había visto en otra de las redes?

—Esta noche. Pequeños desperfectos. Tiene toda la información en su buzón —dijo la mujer y colgó.

Ricardo sostuvo el auricular contra su oreja algunos segundos más, después lo dejó sobre la horquilla. Se incorporó apoyándose sobre los codos, miro al teléfono. Tendría que cambiarlo por otro antes o después. La incomodidad del cable —una frivolidad comprada en un anticuario, ahora que todo carecía de cables— y la pantalla rota le ayudarían a tomar la decisión. En el techo zumbaba el escarabajo, grabando y emitiendo en directo sus movimientos. Sintió cierta lástima por no poder transmitir sus pensamientos a su audiencia, por muy reducida que ésta fuera. Todavía pensaba en ello cuando encendió las cuarenta pantallas que, como bocas abiertas, esperaban ser alimentadas.

El público estalló en aplausos. Dos jóvenes enzarzadas en una discusión detuvieron su verborrea y admiraron al hombre que entraba en el salón. Joven, apuesto, vestido con un traje dorado que se ajustaba a su cuerpo como la piel de un leopardo, caminó entre los asistentes hasta llegar al lugar que ocupaba la presentadora.

—Es un honor tenerlo entre nosotros, señor Moreno —dijo la mujer, tendiéndole la mano.

El joven asintió, saludó al público y tomó la mano de la mujer entre las suyas.

—El honor es mío, Rebeca —respondió, sentándose en un enorme sillón rojo a su lado—. Nunca pensé que me invitarías a tu programa.

Rebeca sonrió y, con un gesto de su mano, dio paso a la orquesta. Sonaron los primeros acordes de Tripulantes de Marte, la banda sonora que habían popularizado durante los últimos años los documentales dedicados al planeta rojo. Mientras la música devoraba los aplausos, que ni por un instante habían decaído, Javier Moreno observó atentamente al público. Hombres y mujeres de todas las edades, de todas las condiciones sociales, como demandaban los publicistas. Incluso algunos niños, con sus portátiles entre las manos, grabando y emitiendo y siguiendo otras

emisiones personales. Todas aquellas personas, todas aquellas vidas miserables y sin esperanzas, le adoraban. Saludó de nuevo, y otra nueva salva de aplausos y vítores le acompañó. Javier descubrió cierta falta de sincronización entre los aplausos y los movimientos del público. ¿Habrían grabado el sonido? ¿O quizá el público era la grabación?

—Y la pregunta que tenemos todos en mente es —dijo Rebeca, mientras la música perdía intensidad y el silencio se adueñaba del plato—, ¿cómo es la vida en Marte?

Se oyeron algunas risas nerviosas, algunos aplausos tímidos. Javier cruzó las piernas y apoyó sus manos sobre las rodillas mientras acercaba su rostro al de la presentadora.

—Fascinante, Rebeca. Sencillamente fascinante.

Los niños se arrodillaron junto al charco. El más joven, de piel oscura y ojos azules, sostenía un recipiente de plástico entre sus manos temblorosas. Antaño había sido transparente, pero ahora surcos negros y rojos trazaban en su superficie intrincadas figuras. Un observador atento podría descubrir incluso varios símbolos publicitarios. A su lado, la niña esperaba. En el cielo una docena de cámaras revolotearon como mosquitos hambrientos. Seis de ellas enfocaron la escena, buscando distintos ángulos. El resto tomaron imágenes de la barriada: de las casas fabricadas con planchas de aluminio y barro, de las carreteras sin asfaltar que conducían a montañas de arena y alquitrán, de los hombres que caminaban entre la chatarra, de los niños que se amontonaban junto a la valla de seguridad.

—Ahora llénalo —dijo una voz en el oído del niño, que se sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer el recipiente.

Aquellos hombres de pelo engominado y gafas de pasta, los que portaban una de las cámaras estáticas, le habían introducido en la oreja un pequeño dispositivo para que pudiera escuchar sus órdenes, y las dos primeras palabras habían retumbado en el interior de su cabeza como el ladrido de un perro hambriento.

—Agáchate un poco más, quiero que las cámaras vean tu piel — dijo una voz en el oído de la niña.

Ella, obediente, dobló su cuerpo sobre el charco para que la abertura de la camiseta a la altura de su cuello permitiera a las cámaras ver lo que había debajo. Se sentía desnuda bajo las luces,

bajo los objetivos, pero pagaban lo suficiente como para que no se sintiera incómoda.

El niño introdujo el recipiente en el agua —oscura, maloliente — y lo sostuvo entre sus manos, lleno hasta el borde, antes de beber el primer trago. Después, conteniendo las arcadas, forzó una sonrisa y se lo entregó a la niña.

—Muy bien —dijo la voz en sus oídos—, un par de tomas más y habremos terminado.

Las cámaras se agitaron en el aire, desperdigándose como una bandada de patos tras escuchar el primer disparo, mientras el niño vaciaba de nuevo el recipiente en el charco. Unos metros más allá, fuera de la escena, los padres enlazaron sus manos y las apretaron con fuerza, preguntándose en silencio si habían hecho lo correcto.

Ricardo observó su reflejo en el espejo. La cicatriz que desfiguraba su cara, rasgando la carne desde la frente sobre el ojo izquierdo hasta la parte superior del labio, bajo su nariz, palpitaba bajo la luz del baño como un río de lava ardiente. Llenó el lavabo de agua y se lavó la cara. Sus dedos recorrieron su rostro con cuidado, tratando de evitar aquel valle de carne que le repugnaba y atraía al mismo tiempo. Poseía un rostro imperfecto, algo inusual en su época. Cuando caminaba por la acera la gente lo evitaba, cruzando al otro lado algunos, bajando la mirada otros, incómodos ante su presencia. Sólo algunos jóvenes se atrevían a realizar comentarios y señalarlo, sólo hasta que él los miraba.

Salió del cuarto de baño secándose con una toalla. En la pantalla de plasma del salón un joven desnudo hablaba sobre la sequía, sobre los incendios. Ricardo pensó que quizá sería buena idea provocar uno y sentarse allí, entre árboles calcinados y animales huyendo a la carrera, a esperar a que el fuego lo devorara. Y grabarlo para venderlo a las cadenas, o quizá simplemente emitirlo en la red personal después de buscar algo de publicidad. En la pantalla, la cámara giró treinta grados y el joven dio un brinco ridículo para no desaparecer de la imagen. Sus genitales —pequeños, modificados— danzaron al hacerlo, y tras él brillaron una docena de pequeños anuncios de empresas de cirugía estética.

Ricardo abrió el armario, disimulado tras una mampara de cristal junto al mueble de las bebidas, y cogió una camisa verde. En el interior del armario el monitor mostraba imágenes de dos mujeres escribiendo en un libro. Una de ellas mostraba lo escrito a

la cámara durante unos instantes, después lo hacía la otra. Siempre que una escribía la otra mostraba su texto. Ricardo trató de leerlo, pero no pudo. Hacía mucho tiempo que no leía. Se miró en el espejo de la puerta del armario. Llamar la atención para pasar desapercibido, le había dicho en una ocasión uno de sus psicólogos. Ricardo había asentido, había pagado la hora y había desconectado el canal. Aquel revientacráneos se acercaba demasiado a la verdad.

Cerró la puerta del armario, fue al salón.

—Treinta y tres —dijo, y la pantalla de plasma parpadeó un instante antes de cambiar de canal.

En las noticias (uno de los cientos de miles de canales orientados a la información que día tras día narraban los mismos hechos sin sentido) una mujer joven —el rostro modificado de cien formas distintas para disimular errores, arrugas, ojeras, defectos— con el pelo recogido en un moño dorado hablaba de nuevas bajas en las zonas de guerra, de la enésima subida del petróleo, de un nuevo escándalo político, del fallecimiento del heredero al trono de un pequeño país monárquico, de los nuevos canales deportivos. Ricardo se abrochó la camisa, fue a la cocina. Hacía frío allí dentro, y un hombre mayor regaba un puñado de plantas de colores brillantes en otra pequeña pantalla adosada al frigorífico. En otra pantalla, junto a la lavadora, un hombre vestido con un traje dorado charlaba con una mujer joven.

—Sube la temperatura dos grados —dijo Ricardo, abriendo el frigorífico y sacando una botella de leche de soja.

Bebió un trago directamente del envase, volvió a dejarlo en el frigorífico. Se asomó a la ventana, miró a la calle. Una multitud se congregaba en los escaparates de las tiendas, en las aceras, invadiéndolo todo como una plaga, ansiosos por acceder a las imágenes que no podían costearse con sus sueldos. Las redes personales eran en su mayor parte gratuitas, pero pocos podían disponer en sus casas de más de una docena de pantallas. Las cadenas, sin embargo, pocos podían pagarlas, por lo que las tiendas colocaban pantallas en los escaparates, ofreciendo a sus clientes pequeñas muestras a cambio de ingresos publicitarios.

Más allá de las tiendas nacían las grandes avenidas, las calles diseñadas para ellos: para los retocados, para los corregidos. Deseó por un instante ser un vagabundo, tener acceso a aquella parte de la ciudad y abalanzarse sobre ellos, saboreando su miedo al

contacto con alguien distinto, no reparado. ¿Cómo reaccionarían? ¿Grabándolo todo, compartiendo su miedo con los demás? ¿O simplemente le ignorarían y le lanzarían algunas monedas para las videomáquinas? Ricardo salió de la cocina, abrió la puerta de su apartamento y salió al pasillo, dejando los monitores en marcha y las cámaras grabando. Sólo se llevó una cámara mariposa, que revoloteó sobre su cabeza y se alzó unos centímetros en el aire para enfocar sus pasos. En el fondo, él era uno de ellos. Sólo su cicatriz le convertía en algo distinto, algo temible. Pero no en un rechazado.

Bajó por las escaleras hasta el portal, y se detuvo frente a los buzones. A través de la portezuela de cristal pudo ver el paquete. Pasó su tarjeta de identificación por el lector y activó el mecanismo de apertura apoyando su dedo pulgar sobre el sistema de cierre. La portezuela se abrió con un rumor de maquinaria y un chasquido y Ricardo recogió el paquete, un sobre amarillo que apenas pesaba. Pequeños desperfectos, intuyó al ver el sobre. Podría arreglarlo. Una de las cámaras del edificio se giró y le enfocó mientras rasgaba el sobre. Ricardo, que no deseaba formar parte de aquel programa, le dio la espalda.

CHANELEAR (DEL ING. *CHANNEL) V. TR.* PRESTAR ATENCIÓN SIMULTÁNEAMENTE A VARIOS CANALES O PROGRAMAS PERSONALES, BIEN MEDIANTE VARIOS TERMINALES BIEN MEDIANTE UN ÚNICO TERMINAL DISTRIBUYENDO LOS CANALES EN DIFERENTES RODAJAS DE TIEMPO.
SIN. ZAPEAR. **FAM.** CHANELERO, CHANELO.

—Marcianos, lo que se dice marcianos, me temo que no vimos ninguno —dijo Javier, sonriendo.

Los espectadores rieron y aplaudieron, obedientes, sin apartar la vista del escenario. Los regidores les indicaron con un movimiento de brazo que se detuvieran, y lo hicieron. Javier volvió a pensar en aquella masa anónima de rostros y brazos como un ente único, una grabación antigua proyectada en una pantalla frente a él simplemente para hacerle creer que aquella cadena poseía una audiencia importante. Rebeca buscó la cámara que en ese momento la enfocaba, sonrió, pasó una mano por su pelo en un gesto mil veces repetido, su firma como presentadora.

—¿Qué fue entonces lo que vieron allí? ¿Qué resultaba tan atractivo como para quedarse? —preguntó Rebeca.

Las pantallas colocadas tras el sofá que ambos ocupaban

mostraron imágenes del despegue de la nave, así como pequeños extractos de las conversaciones y los juegos de los tres astronautas que habían sido enviados a Marte, dos hombres y una mujer. Javier, de espaldas a las imágenes, no fue consciente de ello.

—Oh, bueno, más bien fueron órdenes de Tierra. En realidad encontramos más problemas de los esperados, pero una vez instalada la base, lo más lógico era que alguien se quedara para ponerla en marcha —dijo Javier, jugueteando con una pelusa invisible a la altura de su rodilla.

—¿No contravinieron las órdenes? —dijo Rebeca tras leer la pregunta de uno de los paneles informativos.

—¿Quiénes? ¿Mis compañeros? ¿Por quedarse allí? No, desde luego. Era la mejor opción, se lo aseguro —respondió Javier, sonriendo.

En las pantallas aparecieron imágenes del momento del embarque, con los tres tripulantes unidos por las manos, sonriendo, mirando al suelo. Un viejo tema, popular a finales del siglo pasado, escapaba de los altavoces; los subtítulos informaron de que se trataba de una frivolidad solicitada por el astronauta británico.

—¿Y las modificaciones? ¿Se adaptaron con facilidad a las instalaciones? —preguntó la presentadora.

—¡Desde luego! —respondió Javier—. ¿Acaso no estamos todos, de alguna manera, modificados?

El chico apareció de improviso y se abalanzó sobre las dos ancianas. Las mujeres gritaron y apretaron los bolsos contra su cuerpo mientras el chico bailaba y danzaba a su alrededor, enfocándolas con su cámara digital. Varias personas que caminaban por la calle se detuvieron y, extrayendo sus propias cámaras de bolsos, bolsillos y carteras, grabaron la escena. Una de las ancianas le guiñó un ojo al chico antes de que éste saliera corriendo, sin dejar en ningún momento de grabar.

—Léalo una vez más —dijo el hombre.

Ana sostuvo el fajo de hojas entre sus manos y se sentó en una de las sillas de plástico.

Miró a su alrededor, a la sala de espera en la que se

encontraba. Tras el mostrador el hombre, inflexible, la observaba con curiosidad. Era la única mujer que había solicitado los contratos escritos en papel, sin duda la consideraba una frivola. A su lado, en otra silla de plástico, una mujer joven con el vientre abultado escuchaba en su reproductor la información, volviendo atrás a cada instante. Había desconectado el vídeo, para concentrarse en las palabras. Las otras dos sillas frente a ella estaban vacías. El rumor del aire acondicionado escapaba en breves susurros de algún punto invisible más allá de sus cabezas. Dos cámaras negras, brillantes, giraban sobre su eje cada pocos segundos, enfocando todos los ángulos del cuarto. Ana dejó que su pie resbalara del zapato y sintió el calor de la moqueta en la piel, acariciándola.

Había venido acompañada por una amiga. Ella no sabía nada, pero lo sospechaba. Para evitar que hablara más de la cuenta, no le había permitido que la acompañara al interior del edificio. Se habían despedido en la puerta, y su amiga había vuelto a la parada del autobús. Ana la había mirado con tristeza, dispuesta a marcharse con ella. Pero no podía hacerlo.

No podía.

—¿Esto ya lo están grabando? —preguntó en voz alta.

—Sí —respondió el hombre del mostrador—. Si usted no fuera seleccionada, borraríamos esa parte, no se preocupe. No emitimos en directo.

—Claro —dijo Ana, y retomó la lectura del contrato.

Saltó toda la parte referente a la descripción jurídica de la empresa, saltó toda la parte que la identificaba con una sencilla palabra: protagonista. Después sintió una arcada, y se llevó el contrato a la boca. La chica joven le dedicó una mirada preocupada, más por ella misma que por sus náuseas inoportunas. Ana vio cómo se levantaba, dejaba el reproductor en el mostrador, y se marchaba corriendo en dirección al pasillo que la conduciría hasta el ascensor. Otra candidata menos, pensó mientras leía los párrafos que mencionaban los plazos de tiempo y los ingresos que recibiría. Necesitaban el dinero; sobre ese tema no tenía dudas. Su marido se había quedado sin trabajo, apenas tenían ahorrado para mantenerse un año. Poco tiempo para encontrar otro trabajo en un país cuyo índice de paro superaba el treinta por ciento. Sí, muchos estaban en aquella situación voluntariamente, sus mentes perdidas en retoques y modificaciones, disfrutando de las pensiones que las

clínicas proporcionaban a sus pacientes. No era el caso de su marido.

Se levantó, dejó el contrato sobre el mostrador. El hombre le dedicó una mirada triste.

—¿Cuándo empezaríamos? —preguntó.

Apoyó una mano temblorosa sobre el mostrador, tratando de tranquilizarse. Su cuerpo se deshacía como un sorbete helado abandonado en una mesa.

—Mañana mismo. Sólo firme aquí y aquí —dijo el hombre, entregándole el contrato y un bolígrafo.

—Se burla de mí —dijo Ana, consciente de que la firma final la realizaría con su tarjeta de identificación y un lector digital.

El hombre sonrió.

—Estoy seguro de que usted se sentirá más cómoda firmando este papel.

Ana tomó el bolígrafo entre sus dedos, firmó.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo el hombre, recogiendo el contrato.

Ana asintió. Pensó en su marido, solo en casa, mirando las pantallas de las redes de trabajo, desesperado. Pensó en el contrato que acababa de firmar sin su consentimiento. ¿Qué le diría cuando volviera a casa? Había ensayado tantas veces lo que le diría que cada segundo que pasaba le parecía más ridículo, más irreal. Voy a pasar dos semanas en casa de mi madre, cariño, sólo por desconectar un poco. Todo va bien, cariño, no, no estoy enfadada contigo, no es culpa tuya que hayas perdido el trabajo. Serán sólo dos semanas, cariño, no tiene importancia, de verdad. Además, mi madre está algo cansada desde que mi padre murió, le vendrá bien tenerme allí, olvidarse un poco de todo, cambiar su rutina. De verdad. No te preocupes. ¿Y después? ¿Qué le diría después? ¿Lo he hecho por nosotros, cariño? ¿Lo he hecho por ti?

—¿De cuánto está? —preguntó el hombre.

—De veintiséis semanas. Necesito el dinero —dijo Ana.

—Lo imagino —murmuró el hombre cuando ella se marchó.

18. MODIFICACIÓN DE CONDICIONES.

La Entidad podrá modificar las presentes normas, condiciones, intereses, comisiones, gastos, cuotas de pantalla, contratos de publicidad y fechas de

emisión para adaptarlas, entre otras circunstancias, a la realidad económica y al marco legal vigente en el momento, comunicándolo de forma individualizada a los Contratados por cualquier medio (correspondencia, teléfono, fax, e-mail, sms, internet, red personal o cualquier otro medio electrónico) con un mínimo de tres días de antelación a su aplicación.

En caso de disconformidad, el Contratado podrá resolver el presente contrato, de conformidad con lo establecido en la Condición Decimotercera.

En ningún momento la Entidad se responsabilizará de los daños y perjuicios que el Contratado sufra durante el rodaje y emisión del programa referido por este Contrato.

Ricardo caminó un buen rato por calles iluminadas, repletas de hombres y mujeres hermosos, atractivos, modificados. Caminó con la cabeza baja; no tenía tiempo para malas miradas, reproches y manos que señalan a juego con ojos que temen. Tampoco quería aparecer en uno de aquellos miles de programas que desconocía, que mercadeaban con la intimidad como única moneda de cambio. Al llegar a la esquina, donde se levantaba una tienda de implantes que proyectaba operaciones en su escaparate, giró a la derecha y se internó en el laberinto de callejuelas que la multitud conocía como El Rastro, el lugar donde podías comprar todo lo que necesitabas a un precio razonable. Varios anuncios de tabaco, de bebidas, de armas, de tiendas especializadas en pornografía, brillaron en el aire junto a las cámaras de los edificios, invadiendo inesperadamente centenares de redes personales. En las aceras, junto a los portales cerrados con candados y sellos electrónicos, se amontonaban las prostitutas, con sus ropas proyectadas emitiendo películas pornográficas sobre sus cuerpos. Los proxenetas caminaban entre ellas, sonriendo, animando a los posibles clientes, portando en sus manos lectores de tarjetas de crédito y retroproyectores. Una multitud de hombres y mujeres, sus ojos fijos en sus monitores portátiles, inundaban El Rastro. Compradores, vendedores, simples curiosos. Para todos ellos existía aquel lugar. Todos caminaban en silencio, atentos a sus pantallas. Ricardo se preguntó cuántos de ellos estarían conectados a su propia red personal, ajenos a lo que ocurría a su alrededor.

Ricardo cruzó la calle, atravesó por un pasaje que desembocaba en otro callejón oscuro. Allí, sentados en el suelo,

tumbados, se amontonaban los *jokers,* desechos humanos incapaces de apartar la vista de los monitores implantados a escasos centímetros de sus ojos, proyectando miles de redes personales en breves rodajas de tiempo. Espectadores perfectos, refugiados de una realidad atroz y consumidos por los programas de máxima audiencia. Ricardo vio sus cuerpos sucios, malolientes; sus dedos engarfiados; sus estúpidas sonrisas. Junto a ellos, familiares y amigos los alimentaban, acercando cucharas y tenedores a sus bocas entreabiertas, quebradas para siempre en esa terrible sonrisa, y trataban en vano de llamar su atención. Existían hospitales para ellos, claro, pero, ¿quién podía pagarlos?

Ricardo se detuvo frente al escaparate de una tienda que vendía decodificadores, saltadores y una decena de diferentes tipos de generadores de interferencias, junto a cámaras de intrusión y redes personales con filtros publicitarios. Material ilegal, desde luego, pero quizá no lo suficiente para comprar lo que buscaba.

—¡Hey, tío! —dijo un hombre al pasar a su lado, golpeándolo en el hombro— ¡Cómprate uno de esos y deja ya de joder, hombre! ¡No todos somos inmunes!

Ricardo vio que se alejaba seguido por una cámara mariposa revoloteando a su espalda, similar a la que él mismo llevaba. Se preguntó si habría interferido en su programa de alguna manera, lo suficiente para obligarle a cruzar unas palabras. Ricardo hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie en persona, no lo necesitaba. Le bastaba una conversación ocasional por mensajería electrónica, una frase volcada en la red personal. Quizá por ese motivo los sistemas de publicidad habían rechazado sus últimas invitaciones. Quizá por ese motivo había descendido el número de sindicados a su propia red.

Siguió caminando, llegó a otra tienda. En el escaparate todas las pantallas estaban sintonizadas en canales deportivos emitiendo escenas de caza. Admiró la colección de armas blancas que exponían bajo las pantallas. Sí, aquel lugar serviría, se dijo mientras abría la puerta y entraba. En el interior olía a incienso y a otra cosa que no pudo identificar. El dependiente miraba una pequeña pantalla adosada al monitor. En ella un anciano desnudo, de pie, sonreía estúpidamente a la cámara.

—Hola, amigo —dijo el dependiente, todo sonrisa—. ¿Buscaba algo en especial?

Miró de nuevo al hombre que, sentado en el autobús frente a ella, fingía leer un libro mientras tarareaba una canción. Pensó si en ese momento alguien estaría grabándolos a ambos, inventando una historia entre ellos, un pasado en común, un conflicto que deberían resolver juntos. Aquello le resultó excitante, una manera excelente de olvidar su visita al centro médico. Encendió su microcámara y susurró unas palabras mientras enfocaba entre sus piernas. El hombre, impasible, siguió leyendo su libro, un aburrido manual de instrucciones de sistemas de grabación automática. Ella se preguntó si él habría advertido que no llevaba bragas.

—Soy actor —dijo el anciano.

—No es eso lo que estamos buscando. Para los actores ya existen las redes personales —respondió la mujer.

En la pantalla que quedaba a su espalda el anciano vio que proyectaban escenas de unos niños, sentados entre escombros y suciedad, bebiendo agua de un charco. Los subtítulos publicitarios anunciaban un nuevo sabor de una marca de bebida que no conocía. Cuando algo así ocurría, comprendía que poco a poco se había ido desconectando del mundo, como una cámara analógica que se ha quedado sin cinta.

—Soy actor. Es lo único que sé hacer. Necesito el trabajo —dijo el anciano, la mujer negó con la cabeza.

—Lo siento, no es lo que estamos buscando. Queremos especialistas en trabajos reales. Nada de actores, pintores, guionistas, escritores y gente así, perdóneme usted. Queremos gente real —dijo la mujer, haciendo hincapié en la última palabra.

—Es por mi hijo, ¿sabe? Necesita dinero, ha perdido su trabajo, necesita dinero. Todos lo necesitamos.

En la pantalla apareció un hombre en el interior de un cesto. La cámara se alejó, mostrando que se encontraba en un globo. El cielo, gris, presagiaba tormenta. Una bandada de pájaros se atisbaba a lo lejos, junto a la trazada blanca que un avión había dejado entre las nubes.

—No es asunto mío —dijo la mujer—, pero le recomiendo que busque trabajo en otro tipo de programas. ¿Ha pensado en canales pornográficos especializados en... digamos... cosas raras?

—¿Cosas raras? —preguntó el anciano.

—Desnúdese —dijo la enfermera.

—¿Qué? —dijo Ana.

—Desnúdese, vamos —dijo la enfermera, encendiendo el flash de la cámara.

La habitación estaba envuelta en brumas. Ana se preguntó por qué no encendían la luz. No podía tratarse de pudor, desde luego. Ella misma se había grabado desnuda, iluminada con focos de alta potencia, en su propia red. Y el programa en el que participaba tenía calificación de adultos, un desnudo integral no supondría ninguna diferencia, incluso estando embarazada. Ana se quitó la ropa, la dejó pulcramente doblada sobre una silla.

Un hombre vestido con una bata blanca entró en la habitación. Le indicó por señas que se tumbara en la camilla. Ana creyó, nada más verlo, que aquel hombre era en verdad un médico. Sus gestos, su mirada, delataban cierta incomodidad, como si realizar aquella revisión rutinaria con las cámaras rodando no fuera de su agrado. Ana pensó en cuánto cobraría aquel hombre.

—Relájese —dijo el doctor, colocando una mano sobre su vientre.

Ana se sintió incómoda en el mismo instante en el que aquella mano rozó su piel.

El público aplaudía, la presentadora sonreía y continuaba con su batería de preguntas. Javier, embutido en su traje dorado, comenzó a sentirse incómodo. Demasiadas luces, demasiado calor. Mantuvo su sonrisa, pero Rebeca advirtió su nerviosismo en la forma en la que entrelazaba las manos sobre las rodillas. Hizo un gesto a las cámaras, un gesto que indicaba que quizá era el momento de detener la función.

Javier pensó en su viaje a Marte, y de pronto le sorprendió no recordar nada del mismo. Había estado hablando de ello... ¿cuánto? ¿Media hora? Y, de pronto, no recordaba nada.

—¿Cómo ocurrió lo del invernadero? —dijo Rebeca.

Javier vio que la sonrisa se había cristalizado en su rostro, una sonrisa forzada, demasiado abierta. Hacía calor allí dentro. Javier pensó que la boca de la presentadora era un túnel, y que si cerraba los ojos y se dejaba caer en su interior ella lo devoraría.

—¿Podrían… podrían traerme un vaso de agua? —dijo, y su voz le sonó desconocida.

Rebeca amplió su sonrisa, se incorporó.

—Yo creo que ya no podemos grabar más —dijo, mirando hacia el público—. Está empezando a experimentar los primeros síntomas.

—¿Síntomas? —preguntó Javier, y el público parpadeó.

Así, sin más, como la imagen de un televisor mal sintonizado, todo el espacio ocupado por el público parpadeó. Durante un instante desapareció, descubriendo el armazón de metal vacío que sostenía un enorme tablero de color azul en su lugar. Sólo fue un instante, pero suficiente para que Javier sintiera un latigazo de puro miedo. Trató de levantarse, tropezó, cayó al suelo. El público aplaudió y gritó, alborozado.

—Ya basta. Apágalo —dijo la mujer mientras Javier se llevaba las manos al rostro y chillaba.

—¡Joder! ¡Joder! ¿Qué coño está pasando? ¿Qué es esto? —gritó Javier y apenas unos segundos después el público se desvaneció en el aire.

El anciano entró en el cuarto. Dentro olía a rosas y a humo y a alcohol. Habían pintado las paredes de rojo y después habían colgado cuadros con representaciones de mujeres desnudas, todas ellas portando ramos de flores. El artista las había pintado invariablemente con un cuerpo voluptuoso y el rostro de una anciana. Entre los cuadros habían instalado pantallas, la imagen fija mostrando la cama con forma de corazón que presidía la habitación.

El anciano miró al techo, buscando las cámaras, y sus ojos se encontraron con los de un hombre marchito, de mirada huidiza, desnudo, su piel arrugada y repleta de manchas temblando como la tela de una bandera sin izar. Todo el techo había sido cubierto por grandes espejos. El anciano bajó la mirada, caminó hasta llegar a la cama y se sentó en ella, con las manos apoyadas sobre la colcha, a ambos lados de su cuerpo. Oyó música procedente de algún lugar que no pudo identificar, quizá del interior de la mesilla de color rosa colocada junto a la cama. Abrió el cajón, en el interior no había nada. Sobre la mesilla habían dejado una caja de preservativos con sabor a fresa. Sostuvo la caja entre sus manos

temblorosas, volvió a dejarla en su lugar. No recordaba cómo debía ponerse una de aquellas cosas. Había pasado los últimos treinta y cinco años de su vida con su mujer; nunca se había preocupado de usar preservativos. Desde que ella había muerto, no se había acercado a ninguna otra. ¿Para qué?

Prestó de nuevo atención a la música. Le resultaba familiar, cercana. Quizá habían investigado su red personal y habían seleccionado algún tema que conociera para que se sintiera más tranquilo. O quizá sólo lo estaba imaginando. Se limpió el sudor de la palma de sus manos en la colcha. De pronto sentía ganas de mear, lo que tampoco era demasiado sorprendente si se tenía en cuenta el estado de su vejiga. Se incorporó, volvió a sentarse. Allí dentro hacía calor, tanto que pronto empezó a resbalar por su frente, por su cuello. Tosió.

La puerta del cuarto se abrió, entraron dos hombres portando sendas cámaras. El anciano se incorporó, caminó hacia ellos.

—Hola, buenas tardes —dijo uno.

—Al modo tradicional, abuelo —dijo otro, sonriendo, señalando las cámaras—. Espero que no le importe.

El anciano se preguntó si le importaba. No encontró la respuesta.

—Ah, y sonría, por favor, que para eso le pagan —dijo el primero.

El anciano, de pie en el cuarto, desnudo, temblando, sonrió mientras la cámara le enfocaba.

La niña, tumbada sobre el colchón que sus padres habían recogido la semana anterior del vertedero, miró al techo. Allí no había pantallas, allí no había redes personales. Manchas grises y verdes lo recorrían de un extremo a otro. A veces le gustaba imaginar que en aquellas manchas se ocultaban rostros de otros niños, rostros alegres que hablaban con ella, que comprendían lo que le ocurría, que trataban de animarla. Ahora sólo descubría tristeza, dolor. Se quitó la camiseta que le habían obligado a ponerse y, cuando los coches y las cámaras habían abandonado la barriada, le habían dejado como recuerdo. La dejó en el suelo, doblada. Era una camiseta bonita, aunque le quedara algo grande, aunque al agacharse se abriera y expusiera sus incipientes pechos a la gente. No la tiraría sólo por eso.

La niña oyó a su hermano fuera, junto a la chatarra. Vomitaba. Había bebido demasiadas veces del charco. Ella recordaba que, algunas noches, había orinado en ese mismo charco. Su hermano y otros chicos lo hacían a menudo, a todas horas. Lo hacían mientras los coches, manchas borrosas de grandes ojos luminosos, circulaban por la autopista elevada que transitaba sobre sus cabezas. Lo hacían mientras los hombres discutían en las calles embarradas, mostrando las hojas brillantes de sus navajas bajo la luz de la luna. Lo hacían mientras otros hombres, los que callaban, entraban en las habitaciones de las niñas y susurraban palabras amables antes de violarlas.

La niña se arrebujó bajo las mantas —apolilladas, sucias—, y dejó que su cuerpo se empapara de sudor. Se sentía mejor así, oliendo a sudor, con el pelo sucio, sin maquillar. Así la dejaban sola. Oyó a sus padres al otro lado de la tela blanca que servía de separación entre los dormitorios. Hablaban en susurros, pero ella podía oírlos. Creían que dormía, como tantas otras veces. Hablaban del dinero, de lo que harían con él, de lo que comprarían. Hablaban de las oportunidades, de repetirlo. Su madre lloraba, pero la niña no podía determinar si lo hacía por tristeza o por felicidad. Se preguntó si ellos comprendían lo que significaban sus actos para sus hijos, si les importaba. Se preguntó si ahora, en la cama, abrazados el uno al otro, habrían determinado si lo que habían hecho era o no correcto. ¿Habrían al menos pensado en ello?

La niña cerró los ojos y rezó para que las cámaras no volvieran.

Sus padres, con lágrimas en los ojos y billetes entre los dedos, ahogaron su culpabilidad en falsas promesas de futuro.

El hombre bajó del autobús con el libro en la mano. Junto a la parada, en un escaparate, bajo una enorme cruz verde iluminada, una pantalla mostraba la imagen de una mujer embarazada, desnuda, tumbada sobre una camilla. Junto a ella, en una mesa de metal, una brillante colección de material quirúrgico esperaba bajo la atenta mirada de un hombre vestido con mascarilla, gorro y bata de color verde claro. El hombre vio que una enfermera colocaba sobre el rostro de la mujer un artilugio de plástico.

—Anestesia —murmuró—. ¿Dónde cojones hemos llegado?

Apartó la mirada del escaparate —en otra pantalla, un hombre desnudo daba saltos ayudándose de unas muletas; le faltaba la pierna izquierda; en otra, dos mujeres jóvenes jugaban a las cartas en una habitación de hospital, empleando como mesa el cuerpo de un hombre inconsciente que yacía en su cama— y comenzó a andar en dirección a su casa, apenas a dos manzanas. Ya había anochecido, y las farolas despedían una luz anaranjada enfermiza. Un coche pasó a su lado, otro le siguió haciendo sonar el claxon. El hombre aceleró el paso, sostuvo con fuerza el libro con su mano izquierda.

Llegó a un cruce. El diminuto muñeco rojo brillante bajo el semáforo le obligó a esperar. Alguien había trazado un paso de cebra en el cruce con pintura blanca. Las líneas se veían desiguales, torcidas. Oyó la sirena de un coche de policía (¿o sería de una ambulancia?) algunas calles más allá. Vendrían a recoger a otro de aquellos jodidos drogadictos, o a otro de esos *jokers* que se amontonaban en las escaleras de entrada de su edificio. A veces los grababa, con la esperanza de que alguna vez esos desechos humanos entraran en su red personal y se vieran a sí mismos convertidos en escoria. No lo hacía para ayudarlos. Sólo para sentirse bien.

El muñeco rojo desapareció, dejando paso a su gemelo verde. El hombre puso un pie en el arcén. Entonces sintió un golpe en el rostro y gritó. Retrocedió hasta la acera, cubriendo su rostro con ambas manos, ciego de dolor. La mejilla le ardía, allí donde la hoja del cuchillo —afilada, caliente— había rasgado la carne. La sangre empapaba sus manos. Gritó de nuevo y avanzó a ciegas hasta que su cuerpo tropezó con una pared. Allí se detuvo, se dejó caer al suelo.

—Tome, coja esto —oyó, y alguien le tendió un pañuelo—. Colóquelo sobre la herida y apriete fuerte. No es grave, sólo algo escandalosa.

El hombre cogió el pañuelo, lo colocó sobre la herida. La sangre empapaba la tela, la piel. Gritó de nuevo cuando el dueño de la voz le tocó.

—Tranquilo, no pasa nada. Estoy grabando todo con una cámara. Ahora debo leerle algo, escuche con atención.

El hombre gimió. El rostro le ardía, el dolor devoraba su cara. Fue consciente de que la orina resbalaba por las perneras de sus pantalones y trató de moverse para ocultar su situación. No supo

cómo hacerlo.

—Hola, cariño. Ya sé que no es culpa tuya, pero esa furcia que tienes por compañera de trabajo está acabando con nuestro matrimonio. Me he preguntado día y noche qué podía hacer para salvarlo. Es una de esas preguntas que no tienen respuesta, no puedes encontrar la solución en una de esas estúpidas listas de preguntas más frecuentes. He decidido que lo mejor sería hacerte daño, para que sepas cómo me siento. Ya no hay tiempo para arrepentimientos; no haberla jodido, literalmente. Esto me ha costado muy caro. Espero que, al menos, te haya dolido un infierno.

El hombre gimió de nuevo, pero no dijo nada. Ricardo, consciente de que nada más quedaba por hacer allí, se incorporó y se marchó, seguido por la cámara mariposa. Se deshizo de la nota y de los guantes de látex en una papelera. Se deshizo del cuchillo en una alcantarilla. Llevaba el libro que había recogido del suelo en la mano. Ni siquiera se molestó en leer el título antes de tirarlo a un contenedor.

—Ya hemos terminado —dice el doctor.

Ana asiente, se incorpora en la cama, vomita de nuevo. Le han dejado un cubo junto a la cama para que pueda hacerlo. La enfermera se acerca, le limpia la boca con un trozo de papel.

—Hoy se quedará aquí, en observación. Pura rutina. Mañana le daremos el alta. También le daremos el cheque.

Ana se deja caer, apoya la cabeza en la almohada. Mira al techo. Hay manchas grises y verdes en ese techo, manchas que parecen niños muertos. Las lágrimas resbalan por sus mejillas, pero no trata de secarlas. Es mejor llorar, es mejor llorar.

—Si siente curiosidad —dice el doctor—, lo emitiremos dentro de una semana. Probablemente por varios canales importantes, aunque no entrará en *prime time.* En cualquier caso, creo que lleva usted un porcentaje de publicidad, ¿no es así?

Ana no responde. Acaricia con sus manos su vientre por debajo de la ropa, sintiendo el calor de las palmas en la piel. Le han dado una bata verde que queda abierta por detrás. No lleva ropa interior. Durante un instante piensa que quizá quieran grabarla ahora, después recuerda que yacía desnuda en una mesa camilla. No era su cuerpo lo que querían grabar. Ana piensa en lo

curioso que resulta lo que siente. Ha perdido lo que albergaba en su interior, y sin embargo cree llevar un peso más grande, mucho más grande, en su pecho. Es como si el niño, en vez de salir de su cuerpo, de su vientre, se hubiera desplazado hasta alojarse entre sus senos.

Siente la mano de la enfermera sobre su antebrazo.

—Es usted una mujer joven —dice—. Tendrá otro, no se preocupe.

—Siempre pensando en los negocios, ¿eh? —dice el doctor, y ahoga una carcajada.

La enfermera retira su mano, sale de la habitación. El doctor sale tras ella. Ana gira la cabeza hasta que queda apoyada lateralmente sobre la almohada, mirando por la ventana. Afuera ve las copas de los árboles, los edificios, la calle. Llora. Llora sin miedo, vaciándose. Sabe que es ahora cuando debe llorar.

Mañana, cuando salga, será el momento de hacer cuentas.

La cámara se acerca al anciano, plano de su cuerpo desnudo sentado sobre la cama. La mujer que yace a su lado, fuera de escena, aparenta al menos ochenta años. Lleva demasiado maquillaje en el rostro, y bajo sus ojos se han formado bolsas negras que le dan un aspecto tétrico. Desnuda, sus senos arrugados, grandes, se desparraman de cualquier manera sobre su cuerpo. Le han afeitado el pubis.

La cámara se aleja cuando el anciano se vuelve, extiende un brazo y posa su mano sobre el vientre de la mujer. Ella parece incómoda con el contacto en un primer momento. Después introduce uno de sus dedos —delgado sarmiento coronado de uña de plata— en su boca, cierra los ojos, susurra palabras ininteligibles. Con su otra mano toma la del anciano y la lleva hacia su monte de Venus. La cámara busca entonces el pene del anciano, flácido, perdido en un bosque de matojos nevados. Después, sube hasta su rostro.

El anciano llora, pero mientras busca con sus dedos temblorosos entre húmedos pliegues de piel, no es consciente de sus lágrimas.

—¡Déjenme salir! —grita Javier mientras dos hombres lo arrastran

por el pasillo hacia su celda.

Otros como él, encerrados, atados a sus camas, esperan tumbados a que llegue su turno. No escuchan los gritos de Javier, pues duermen un sueño inducido en el que, mediante hipnosis, graban en su mente su pequeño papel estelar. Son actores, preparados para interpretar a la perfección su papel. Durante dos, quizá tres horas, creen completamente su historia. El sistema no funciona a la perfección, pero va mejorando día tras día.

Todos ellos son voluntarios, aunque no lo recuerden.

La compañía paga bien, aunque no lo recuerden.

El contrato que firmaron es por diez años, aunque no lo recuerden.

Algunos defienden el trabajo tradicional, y creen que este tipo de representaciones no tienen futuro. Algunos creen lo contrario.

Ricardo observa su reflejo en el espejo. La cicatriz que desfigura su cara, rasgando la carne desde la frente sobre el ojo izquierdo hasta la parte superior del labio, bajo su nariz, palpita bajo la luz del baño como un río de lava ardiente.

Durante un segundo, lo que dura un parpadeo, el reflejo en el cristal le devuelve un rostro inmaculado.

DÍAS DE OTOÑO

La vejez es una isla rodeada de muerte
Juan Montalvo

Un bramido atronador, una estela de humo trazada en el aire con mano temblorosa, atravesando nubes y perdiéndose más allá del cielo azul.
Tod Eldritch

La multitud estalló en aplausos cuando el transbordador se transformó en un brillante punto luminoso y desapareció más allá de las nubes. Javier, sentado en una de aquellas incómodas sillas de plástico blanco que el Centro de Lanzamiento había habilitado, acompañó con tímidos aplausos la escena, dolorosamente consciente de la artrosis que desde hacía ya cuatro años castigaba sus manos. Después, cuando uno de los hombres del Centro, envuelto en su mono azul y cubriendo su cabeza con un ridículo casco amarillo brillante, activó los altavoces del recinto improvisado y éstos entonaron con rudeza el himno nacional sobre un mar de estática, decidió que había llegado la hora de marcharse. Con cuidado recogió el programa que había dejado a sus pies, dos hojas enrolladas repleta de nombres desconocidos y varias ilustraciones interiores del vehículo que acababa de abandonar el planeta, y se dirigió hacia las puertas de salida. Varias personas habían anticipado su idea, otras siguieron su ejemplo, y pronto se encontró a la deriva en un torrente de carne y sudor. La multitud se desplazaba como si hubiera perdido el sentido de la orientación, tropezando unas personas con otras, deteniéndose de improviso, gritando, murmurando disculpas, dejando caer objetos al suelo, mostrando malas caras y expresando su agresividad. Javier odiaba aquellos momentos: una claustrofóbica sensación de indefensión que nacía en su estómago y recorría su cuerpo, provocándole una angustia incontrolable que perlaba de sudor su frente y le provocaba escalofríos. Apretó contra su cuerpo —sintiendo un dolor profundo en las articulaciones— la bolsa en la que llevaba un ligero desayuno, el programa del lanzamiento y su tarjeta de entrada, e intentó no apartar la vista de uno de los lejanos carteles que indicaban la salida más próxima.

—Perdone —murmuró en su oído una joven de pelo rojo y gafas oscuras que acababa de pisarle.

—No tiene importancia —respondió Javier, sin apenas prestar atención, notando como el sudor resbalaba por su cuello y comenzaba a empapar su camisa recién planchada.

—¿Viene usted a menudo? —continuó hablando la joven y

Javier, la mente perdida en la avalancha de gente que le rodeaba, tuvo que hacer grandes esfuerzos por no perder el control y mandarla callar a gritos.

—Claro, cada lanzamiento —murmuró, dejando que la multitud le arrastrara hacia el exterior del recinto, disculpándose con un gesto torpe mientras la joven se despedía con una sonrisa.

En las puertas varios hombres uniformados, exhibiendo sus armas colgadas al cinto y portando tablas de plástico blanco en sus manos, anotaron cruces junto a sus nombres mientras les devolvían sus tarjetas de identificación y abandonaban el recinto. Aquel trámite, irritante y fuera de lugar, provocó que se formaran largas colas a la salida, y muchos de los asistentes permanecieron durante varios minutos atrapados en una serpiente humana que no avanzaba en ninguna dirección. Cuando Javier entregó su tarjeta, el hombre leyó el código de barras con su lector y anotó una marca electrónica en la tableta, junto a su nombre recién aparecido. Javier intentó sonreír, pero la tensión sólo le permitió esbozar una absurda mueca que el hombre ignoró.

Ya en la calle, liberado de la multitud que le oprimía, Javier se dirigió hacia uno de los bancos de hierro cercanos que, meses atrás, Control de Lanzamientos había instalado en el parque aledaño para todos aquellos que no podían conseguir su pase de entrada. Se sentó, abrió su bolsa y extrajo de ella un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Antes de desenvolverlo, dedicó una mirada triste al recinto del Centro de Lanzamientos, una mirada nostálgica que le acompañaba desde la primera vez que acudió, hacía ya más de cuatro años. Los muros de ladrillo se levantaban formando una estructura semicircular con una sección de más de veinte metros de alto, salpicada por diferentes ventanas diminutas similares a aspilleras. Todo le daba a la construcción el aire de una vieja fortaleza de la época medieval, ya que el corte que la dividía y la abría al exterior quedaba al lado contrario. Vista desde el cielo, se podía confundir con una porción de tarta mal cortada.

—¿Le importa? —le preguntó un hombre mientras desenvolvía el bocadillo, y Javier le indicó con un movimiento de cabeza que podía sentarse a su lado.

Pequeños grupos de personas buscaron cobijo bajo la sombra de los árboles, en lugares cercanos a donde se encontraban. Aprovechaban para disfrutar la tarde tomando un ligero aperitivo,

reunidos alrededor del único evento de consideración que podían encontrar en la isla, si se exceptuaban los ocasionales conciertos y las esporádicas visitas de diferentes personalidades. Javier vio a grupos de jóvenes improvisando un partido de fútbol en la hierba, parejas acarameladas tumbadas bajo un árbol, familias sentadas alrededor de un mantel de cuadros rojos y blancos devorando tortillas de patatas y embutidos. Ninguno de ellos, simples tópicos de rostros anodinos, compartía su excitación, el nerviosismo que le invadía cuando entraba en el edificio y la estructura del Lanzarote III se recortaba bajo la luz del sol del verano. Para ellos se trataba sólo de un espectáculo, de una oportunidad de ver algo insólito, pero que de ninguna manera gozaba de verdadera repercusión en sus vidas.

Lo asombroso era que muchos de ellos venían desde todas partes del mundo, en viajes organizados, sólo por presenciar en directo uno de aquellos despegues. Nada más. Javier pensó que muy probablemente la mayoría de los presentes ignoraba el destino del Lanzarote III, lo que significaba para la humanidad, pero aunque lo supieran no cambiaba de modo alguno su forma de ver la vida.

—Triste, ¿verdad? —dijo el hombre sentado a su lado.

—¿Por qué dice eso? —respondió Javier, terminando su bocadillo y guardando el resto envuelto en su bolsa.

—Por el viaje en sí. Viajar provoca tristeza. Piénselo por un momento. Alguien se marcha a otro lugar, ya sea por un motivo de trabajo o por un motivo personal, y deja atrás a personas que, inevitablemente, pensarán en él. Quizá con cariño, quizá con esperanza, pero desde luego con tristeza. ¿Y el que viaja? Antes o después sentirá nostalgia, le asaltarán recuerdos de hechos y personas y lugares y momentos... y le asaltará la tristeza. No puedo evitar pensar en la tristeza cuando veo los lanzamientos.

El hombre sonrió, invitando a Javier a proporcionar una respuesta, aunque en sus palabras no se encontrara implícita ninguna pregunta. Javier no era amigo de conversaciones banales, pero aquel hombre parecía instruido, y sus palabras expresaban sentimientos que él mismo había sufrido, aunque por motivos distintos.

—Sí, hay algo de cierto en lo que ha dicho. Tristeza. Aunque quizá sea mayor la esperanza que transmiten —respondió Javier, inseguro, no queriendo dar por terminada la conversación.

—Esperanza… —murmuró el hombre, llevándose el dedo índice y pulgar a la barbilla—. Es posible, sí; pero no para todos, desde luego. Esperanza para los que se van, y quizá para los que viven pendientes de la resolución de su solicitud. Para los demás quizá sea la envidia la sensación más profunda. Envidia porque debemos permanecer aquí, en este mundo que se consume y se devora a sí mismo, esperando que algo cambie el rumbo de las cosas. ¿Ha oído hablar del síndrome de Baudelaire?

Javier asintió con la cabeza.

—He visto algo en las noticias, con todos esos chicos en las salas y sus familiares buscando ayuda.

—Sí, sí, exactamente a eso me refiero. Cientos de jóvenes que han perdido de alguna forma esa esperanza que usted comentaba, que casi podría decirse que, de alguna manera, disfrutan de esa apatía vírica que les postra en cama para el resto de sus vidas. Parásitos sociales, pero al mismo tiempo víctimas de nuestro tiempo. Vivimos tiempos tristes, creo yo. Tiempos sin esperanza.

El hombre se levantó, dio un paso hacia Javier y extendió su mano.

—Ha sido una charla agradable —dijo mientras Javier la estrechaba con fuerza—. Siempre es bueno hablar con gente que conserva la esperanza. Confío en verle por aquí dentro de poco más de un mes.

—Aquí estaré —respondió el anciano, sonriendo, y siguió con la mirada al hombre mientras éste se dirigía hacia uno de los aparcamientos subterráneos.

Los aparcamientos, los centros comerciales repartidos por toda la isla, los altos edificios que ignoraban el antaño inquebrantable plan de urbanismo, la proliferación de vehículos eléctricos, las primeras autovías con vehículos autoconducidos, la creación de una línea de trenes de alta velocidad. Nadie podía negar que la presencia de Control de Lanzamientos en la isla había traído consigo una revolución completa de la forma de vida de los isleños. Las pequeñas ciudades que en el pasado aglomeraban a los principales núcleos de población no pasaban ahora de pequeñas villas con encanto. Grandes empresas de construcción habían invertido miles de millones de euros en la isla para permitir que acomodara a los millones de visitantes que acudían cada año, atraídos por el espectáculo mediático que representaban los lanzamientos. Decenas de proyectos de urbanismo condenados de

antemano al fracaso habían surgido y perecido en un escaso margen de años. Los que habían medrado basaban sus cartas en los beneficios económicos que aportaban a la isla a riesgo de destruir su ecología, por lo que en los últimos tres años la isla había perdido parte de su fauna y flora autóctona, reducida a las lindes del parque natural.

Javier no sabía si todo aquello le había beneficiado a él de alguna manera, pero sí sabía que volvería a casa en uno de los trenes de la nueva línea, y gracias a ello apenas tardaría unos minutos en llegar. El precio a pagar era una relativa pérdida de soledad, ya que ahora una de las estaciones quedaba muy cerca de su hogar, y habían surgido varias edificaciones de más de diez pisos alrededor, robándole la tranquilidad que con tanto ahínco había buscado en los últimos años. Javier caminó hasta la estación, una construcción baja de acero y cristal, y entró en ella acompañado de una decena de personas. Tras mostrar en taquilla su pase accedió al andén atestado de gente, y esperó varios minutos hasta que apareció el primero de los trenes, una bala estilizada de metal acristalado.

Realizó todo el recorrido hasta su casa de pie, rechazando en un par de ocasiones el ofrecimiento de asiento que dos jóvenes le hicieron. Prefería mantenerse erguido, sentir que de alguna forma no se había plegado a los deseos de su viejo cuerpo, cada vez más débil y propenso a los accidentes. Recorrió con la yema de los dedos una cicatriz reciente en la palma de la mano derecha, sintiendo como el simple contacto todavía le escocía. ¿Cuánto tardaba ahora una herida en cicatrizar completamente? Podían pasar semanas hasta que se le curara por completo, y todo por un simple descuido al cortar el pescado. Aquello le deprimía, le hacía sentirse inútil, mayor de lo que en realidad era.

Los árboles quedaron atrás, y pronto el paisaje que atravesaban se transformó en un desierto árido de roca volcánica, saeteado aquí y allá por pequeñas casas de paredes blancas y techos de tejas negras. Javier sabía que tras aquellas rocas de color sangre se extendía el océano, y más allá su ciudad de origen, transformada con el paso del tiempo hasta convertirse en algo irreconocible. Habían transcurrido más de veinte años desde que abandonó la península y se refugió en la diminuta isla que ahora consideraba su hogar. A veces sentía cierta nostalgia, pero pronto desaparecía. En realidad no sentía deseos de volver a ver Madrid,

pero de alguna manera los recuerdos se negaban a abandonarle por completo.

Bajó al andén de su estación, una plataforma prefabricada instalada sobre la antigua carretera que cruzaba Teguise. Nadie más bajó, pero no le extrañó. Al fin y al cabo aquella zona se consideraba de antiguos residentes, y la mayoría de los recién llegados preferían alojarse en Arrecife o Puerto del Carmen. Se detuvo en un quiosco de camino a la parada de taxis y compró una revista de decoración. Había perdido vista con el paso de los años, pero se esforzaba por continuar leyendo. Temía el inicio de cataratas en su ojo derecho, como le había dicho el médico en la última visita. No se atrevía a volver a un quirófano, no después de la última visita. Pasara lo que pasara, lo llevaría lo mejor que pudiera, pero no volvería a pisar una sala de quirófano. Se lo había prometido a Elena.

—¿Qué tal ha ido, señor Chicote? —le dijo el taxista mientras abría la portezuela del coche y le franqueaba el paso.

—Como siempre, como siempre —respondió Javier, agradecido por la familiaridad en el trato, producto de los muchos años que llevaban compartiendo esos pequeños momentos.

Sentado junto al conductor, aspirando el aroma del interior del vehículo —una mezcla de cuero y ambientador de limón—, cerró los ojos y pensó en la solicitud. Mañana tendría que recogerla en la oficina de Teguise, ya le había llegado la notificación del servicio de correos. No se sentía animado. Lo había intentado ya demasiadas veces como para confiar en ello. Además, el tiempo corría en su contra. Las solicitudes de los jóvenes eran aceptadas como mayor facilidad; pocos eran los asientos que se reservaban a personas de su edad. Querían comenzar de cero, habilitar una nueva colonia y no caer en los mismos errores. Pero la ley promulgada por el gobierno central en el setenta y tres les obligaba a aceptar un porcentaje de personas no seleccionadas previamente por los encargados de las colonias. Javier se agarraba a esa esperanza como el ciego a su bastón, aunque últimamente empezaba a creer que nunca lo lograría. Probablemente aquella sería su última solicitud. Si se la denegaban, no tendría fuerzas para intentarlo de nuevo.

—¿Y qué hará esta noche, señor Chicote? ¿Cenará en casa y luego a la cama? —preguntó el taxista, sonriendo—. Se lo pregunto porque hoy estrenan esa nueva serie, la de los tres

astronautas.

—No lo sé. Quizá me acueste pronto, estoy algo cansado —respondió Javier.

El taxi ascendió por una colina escarpada, derrapando las ruedas sobre el camino de tierra. A lo lejos, en lo alto de la colina, flanqueada por cuatro grandes palmeras, se levantaba su casa. Recordaba habérsela comprado a una pareja de alemanes, grandes y rubios, de rostros colorados, que se mudaban a Arrecife. Ya eran mayores, y se sentían incómodos en un lugar tan alejado de todo. Javier había sentido precisamente lo contrario. Descubrir aquel refugio le había llenado de gozo, y no había tenido inconveniente en invertir sus últimos ahorros en adquirir la propiedad. En cualquier caso, no se quedaría mucho más tiempo allí, y a donde se dirigía el dinero no tenía importancia.

—Bueno, pues ya hemos llegado —dijo el taxista, tomando la tarjeta que Javier le tendía—. Que pase una buena noche, señor Chicote.

—Gracias, le comentaré a Elena que te he visto —respondió Javier, bajando torpemente del coche.

El taxista le miró con un gesto de compasión en el rostro, y agitó la cabeza con tristeza mientras arrancaba y descendía hacia la estación. Javier buscó en sus bolsillos la llave magnética, la introdujo en la cerradura. La puerta se abrió con un chasquido. La brisa nocturna le acompañó hasta la entrada. Dejó su bolsa sobre una mesita baja de madera, un regalo que los alemanes le habían dejado al marchar. También le habían dejado una estantería repleta de libros en una de las habitaciones. Por pereza, por añoranza, no la había retirado, aunque la mayoría de los libros estaban en alemán y el no conocía ni una palabra del idioma. Fue al servicio, encendió la luz. La próstata se había convertido en un inconveniente molesto. Elena le había recomendado que fuera a un especialista, pero la idea no le atraía en absoluto.

—De algo hay que morir —murmuró mientras orinaba.

Le llegó un ruido de la cocina, un susurro. Supuso que Elena estaría allí, preparando algo de cenar. No se sentía hambriento. Ver partir las naves en dirección a las nuevas colonias impregnaba todo el ambiente de una cierta melancolía que eliminaba su apetito. Se dijo a sí mismo que se conformaría con abrir una lata de calamares en salsa americana, por mucho que Elena protestara.

Salió del cuarto de baño y se dirigió a la cocina, atravesando

el salón. La televisión estaba apagada, y hacía algo de frío, por lo que se detuvo un momento para encenderla y subir la calefacción un par de grados. Al entrar en la cocina se encontró con Elena junto a la puerta.

—Hola —dijo, y ella sonrió.

—Hola —respondió Elena—. ¿Qué tal ha ido el día?

Javier abrió el frigorífico, sacó una botella de zumo de naranja. Tomó un vaso de cristal de un mueble sobre la encimera, abrió el grifo de agua y lo enjuagó.

—Bien, ha sido un lanzamiento muy bonito. Te hubiera gustado verlo.

—¿Me hubiera gustado verlo? —respondió ella, ensanchando su sonrisa, saliendo de la cocina en dirección al salón.

Javier se sirvió un vaso de zumo, colocó el vaso sobre una bandeja de plástico. Abrió uno de los cajones inferiores y buscó en su interior hasta encontrar una lata de calamares. Los volcó en un plato, cogió una servilleta, unos cubiertos y un trozo de pan, lo colocó todo sobre la bandeja, y fue al salón. Elena se había sentado en el sillón. Se sentó junto a ella, dejó la bandeja sobre la mesa de centro.

—No tengo mucha hambre, cenaré sólo esto —dijo Javier, cogiendo el mando de la televisión, encendiéndola.

—Si no tienes mucha hambre, me parece lo más correcto —respondió Elena, sonriendo.

—¿Qué tal ha ido el día? —preguntó Javier, tras beber un poco de zumo.

En la televisión dos hombres se enzarzaban en una discusión, señalaban hacia un grupo de árboles de tronco oscuro que ocultaban parcialmente una cabaña.

—Bien —dijo Elena—. He aprendido muchas cosas.

—Eso es bueno —respondió Javier—. Pero no aprendas demasiadas, quizá no te sientas cómoda después.

—Entonces aprenderé sólo las necesarias —respondió Elena.

Javier comió en silencio, mirando la televisión. Buscó entre todos los canales la serie que le había comentado el taxista, pero no la encontró. Poco después se levantó, llevó la bandeja a la cocina y la dejó sobre la encimera. Ya lo recogeré mañana, pensó. Cruzó el salón y se dirigió al cuarto de baño. Mientras se cepillaba los dientes pensó en la solicitud. Tenían que aceptarle, no podían volver a rechazarle. Sabía que todavía podía aportar tantas cosas

que sería injusto que no contaran con él, que le abandonaran y le dejaran en aquella isla con sus recuerdos. Había oído que un anciano de Funchal había partido en el último vuelo, un hombre que había sido mecánico de coches. Si aquel hombre había tenido suerte, ¿por qué no debería tenerla él? Hizo gárgaras con agua y elixir, escupió en el lavabo. Había oído rumores en el pueblo. La gente decía que, en realidad, no se sorteaban las solicitudes. Que sólo se marchaban aquellos que podían costear el billete, que todo el proceso estaba amañado. No quería escucharles, no quería creerles.

Salió del cuarto de baño. Al llegar al salón apagó la televisión y se dirigió a su cuarto. Tenía que dormir si mañana quería levantarse pronto y acudir a recoger su solicitud. Sentía un pinchazo de dolor en la espalda, cerca de la columna. Quizá se había sentado en una postura incómoda, quizá la tensión del lanzamiento le castigaba de ese forma. No quería pensar en ello.

—Buenas noches —dijo antes de entrar en el cuarto y apagar la luz.

—Buenas noches —respondió Elena, sentada en el sofá, resplandeciente en la oscuridad del salón, mirándole con sus grandes ojos azules.

Le despertó el timbre del teléfono. Atendió la llamada con voz somnolienta, y una grabación le indicó que había ganado un viaje y que debía personarse en una calle de Teguise para recoger su obsequio. Todavía medio dormido, Javier acertó a insultar varias veces a la voz femenina, que se apagó súbitamente y le dejó hablando con la línea muerta. Las llamadas publicitarias se multiplicaban con el paso del tiempo. Las compañías telefónicas vendían parte de su ancho de banda a empresas que generaban anuncios automáticos y colapsaban las líneas. Javier había recibido nueve llamadas similares durante la última semana, ofreciéndole una selección de productos que carecían por completo de interés para él. Ni siquiera se esforzaban en utilizar publicidad dirigida; se contentaban con bombardear a los abonados con ofertas que, en muchas ocasiones, ni siquiera les resultaban accesibles.

Se vistió y pasó al baño. Se lavó la cara y los dientes, utilizó algo de desodorante. El bote apenas contenía nada, y pensó que debería recordar pedir algunos botes la próxima vez que comprara en el economato. Al observar su reflejo en el espejo —un rostro

cansado, surcado de arrugas, mostrando determinación— comprendió que había transcurrido demasiado tiempo, que poco a poco había ido perdiendo la batalla por sus ilusiones, y que la esperanza que había conservado durante las últimas semanas se hundía como dos enamorados en un lago de aguas oscuras. Sabía que cuando abriera la carta certificada hallaría en su interior una única hoja —doblada por la mitad, del color amarillento del papel reciclado—, y que descubriría en ella una nueva negativa, mecanografiada de forma impersonal, dolorosamente anónima.

Pasó al salón. Elena permanecía sentada en el sofá, las manos cruzadas en su regazo.

—No volveré tarde —murmuró, abriendo uno de los cajones del mueble del salón.

Cogió el resguardo del certificado, lo guardó en su cartera. Elena se la había regalado cuatro años atrás, por su último aniversario. Él había traído un ramo de rosas blancas. Aunque las colocaron en un jarrón de cristal con agua sobre la cómoda del dormitorio, no duraron más de una semana. Se marchitaron. Los pétalos, arrugados, doblándose sobre sí mismos; el tallo gris, quebradizo, incapaz de mantenerse erguido. Elena decidió tirarlas a la basura, pero Javier prefirió enterrarlas en el jardín. De alguna manera, perduraban entre ellos como un recuerdo de tiempos mejores.

—Te esperaré aquí —respondió Elena.

Javier se despidió con un gesto y salió, cerrando con suavidad. El sol brillaba en el cielo gris, perdido entre nubes rasgadas y contaminación ambiental. Decidió bajar el camino de tierra que conducía a la carretera principal. Allí no tendría problema para coger un taxi. Durante la época de lanzamientos circulaban por todos lados, levantando nubes de polvo por los caminos que cruzaban la isla como cicatrices de cemento. Caminó lentamente, arrastrando los pies sobre la tierra, disfrutando del aroma de las plantas que crecían a los lados del camino. Recordó mientras avanzaba otros tiempos, cuando las ciudades eran pueblos y el espacio un mundo inexplorado y lejano. Había vivido en la capital, disfrutando de todas las comodidades que la gran ciudad le ofrecía, trabajando como corrector para una de las empresas más importantes de traducciones digitales. Había entrado en ella como traductor, pero los ordenadores habían depurado el trabajo de tal forma que su esfuerzo artesanal apenas se tomaba en

consideración. Ordenadores, redes de comunicación, satélites y cables de fibra óptica. Todo acababa por invadir la esencia misma de la humanidad y, si no destruirla, sí transformarla en algo completamente diferente. Ya no existían artistas, sólo productos de mercado fabricados para contentar a masas descontentas, incapaces de mostrar su rechazo por la apatía que anidaba en sus corazones.

Sumido en sus pensamientos Javier llegó hasta la carretera y se detuvo junto al arcén. A lo lejos oyó el rumor del tren de alta velocidad deslizándose sobre las vías, probablemente en dirección al Centro de Lanzamiento. Incluso los días que no partían cohetes de la superficie el lugar se llenaba de curiosos y turistas, embriagados por las visitas guiadas y las colecciones de fotografías almacenadas entre sus muros. Javier había acudido tantas veces que le dolía pensar en ello. Dejaba un trozo de su corazón en el interior cada vez que abandonaba el Centro de Lanzamiento. Y aquel era un dolor que no podía compartir con nadie. Un vehículo se acercaba desde el horizonte. Cubriendo su rostro con una mano a modo de visera, Javier intentó adivinar si se trataba de un taxi. Según decrecía la distancia entre ambos y los contornos del vehículo se volvían más nítidos, una sonrisa triste se formaba en el rostro del anciano. No tendría que esperar demasiado para conocer su destino.

El coche se detuvo junto a él, y un rostro familiar asomó por la ventanilla.

—¿A Teguise, señor Chicote? —dijo el taxista, sonriendo.

Javier asintió con la cabeza, le devolvió la sonrisa y se sentó en el asiento de atrás.

—A Teguise —dijo para sí, mientras el coche arrancaba—. A Teguise.

Realizaron el trayecto en silencio, Javier sumido en sus pensamientos, el taxista observándole a través del retrovisor con gesto cansado. Javier supuso que, de alguna manera, todos los habitantes de la isla realizaban aquel viaje con él. Todos sabían que acudía a la ciudad para recoger los resultados de su solicitud. La joven de correos que solía atenderle no dejaba que pasara un minuto desde que recibía uno de los impresos de Control de Lanzamiento hasta que media isla conocía la noticia. La mayoría de los viajeros que se embarcaban en la Lanzarote III provenían de la península y de otros países europeos. Muy pocas peticiones se

realizaban desde la propia isla, y Javier constituía en sí mismo un caso único. Era la única persona que había solicitado el viaje más de diez veces en los últimos cuatro años. Pensó en cuántas personas de las que conocía desearían que se le concediera el viaje, y coincidió en que todas lo harían. Muchas de ellas estarían ahora mismo preocupadas por él, animándole en silencio, quizá rezando.

Abandonaron los paisajes desérticos y cruzaron junto a varios edificios acristalados rodeados de campos de golf y enormes piscinas en forma de ocho. El taxista señaló uno de los edificios al azar.

—Malditas constructoras. Han comenzado a construir una mole como esa frente a mi casa, y mi mujer está que trina. Deberíamos juntarnos una noche con unos picos y unas palas y echarlos abajo. ¿Sabía que la mitad de ellos están desocupados, esperando turistas que nunca llegan?

Javier negó con la cabeza. No prestaba atención a la conversación, sumido en sus propios temores. Cuando entraron en Teguise ni siquiera tuvo que indicarle qué camino debía tomar. El taxi se adentró por varias callejuelas empedradas, mojadas por las mangueras de los servicios de limpieza, y desembocó en una pequeña plaza, donde se detuvo junto a unos pilares de piedra. El edificio de correos, su cartel amarillo chillón destacando entre los demás, le esperaba con las puertas abiertas.

El taxista se volvió hacia Javier.

—No sé si... Bueno, señor Chicote. No sé... Quiero decirle...

—Lo sé —respondió Javier, abriendo la portezuela—. Lo sé.

—Buena suerte —dijo el taxista—. El viaje corre por cuenta de la casa.

Javier salió del vehículo y caminó hacia el edificio de Correos. El taxi pasó a su lado haciendo sonar el claxon, despidiéndose. Javier se despidió agitando su mano, sonriendo. Después continuó hasta la entrada del edificio. Sentía las piernas temblorosas, cansadas. A la debilidad de los años se le sumaba el temor a obtener una nueva respuesta negativa.

La última respuesta.

—Bienvenido, señor Chicote —dijo la joven del mostrador al verle pasar—. Le estábamos esperando. ¿Cómo va todo?

—Tranquilo, como siempre —respondió Javier, acercándose hasta el mostrador—. Supongo que tendrá mi carta preparada.

La joven tomó de las manos del anciano el resguardo mientras sonreía y asentía con la cabeza.

—Vuelvo en un momento, señor Chicote.

Javier esperó unos minutos, apoyando el peso de su cuerpo contra la pared. Nervioso, buscó en sus bolsillos un cigarro. Después recordó que ya no fumaba; había erradicado el vicio como regalo para Elena. Ella lo había agradecido en silencio, con los labios blanquecinos apretados por culpa del dolor que recorría su cuerpo y la quemaba por dentro. Comprendía el simbolismo de su regalo, comprendía que él había finalmente aceptado el peligro que entrañaba el tabaco. Al menos Javier había creído ver ese brillo de comprensión en sus ojos apagados.

—Ya estamos aquí de nuevo —dijo la joven, y Javier se acercó de nuevo hasta ella para recoger su carta certificada.

La sostuvo entre sus manos con nerviosismo: un sobre amarillo, alargado, con el membrete de Control de Lanzamientos en la parte superior. Habían escrito su nombre a máquina, bailando dos letras de su apellido.

—¿Va a abrirla ahora? —dijo la joven, tamborileando con sus largas uñas verdes sobre el mostrador.

Javier sonrió, negó con la cabeza y guardó el sobre doblado en uno de los bolsillos de su pantalón.

—No, la abriré en casa —respondió, despidiéndose, y la joven agitó su mano en gesto de despedida.

—¡Suerte! —le gritó cuando salía por la puerta.

—Gracias —musitó Javier, tan bajo que resultó inaudible.

Volvió a su casa en taxi. El conductor, un chico joven con el pelo enredado formando un confuso dibujo, le dedicó sólo un par de palabras durante todo el recorrido, lo que Javier agradeció en silencio. Sentía el roce del sobre en su pierna, una sensación que le provocaba una extraña mezcla de ansiedad y serenidad. Ansiedad por conocer su contenido, serenidad por tener la certeza de que, fuera cual fuera el resultado, sería su última petición. Mientras recorrían las carreteras mal asfaltadas que conducían a su casa se despidió del paisaje que dejaban atrás. Lo había hecho tantas veces en el pasado, llevando un sobre similar en el bolsillo, que dudó durante unos instantes, creyendo que aquel inocuo ritual podría traerle mala suerte. Después, tras desechar esos malos presagios, continuó despidiéndose de los edificios, de los árboles, de las señales. De todo lo que contenía aquella isla que se había

convertido en su hogar.

—Hasta otra —le dijo el joven del peinado artístico cuando bajó del taxi.

Abrió la puerta de su casa, cruzó el umbral. Elena le esperaba sentada en el sofá, parpadeando como una luciérnaga en la noche. Se levantó y caminó hacia él.

—¿Qué soy? —preguntó ella, temblando, deshaciéndose en débiles trazos acrílicos bajo las luces.

Javier se sentó en un taburete de madera, junto a la mesa de la cocina. Ella se acercó, quedándose de pie a su lado. Javier sacó del bolsillo el sobre que contenía la última respuesta a sus preguntas, lo dejó sobre la mesa.

—Javier, ¿qué soy? —preguntó Elena.

—Un recuerdo —respondió él, levantándose, caminando hacia el salón.

—¿Alegre o triste? —dijo ella.

Javier abrió uno de los cajones del mueble bajo el televisor, extrajo una pequeña consola. La encendió, y una luz verde en la pantalla parpadeó repetidas veces. Volvió junto a su mujer, la miró con ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Triste —dijo Javier—. De alguna forma, todos los recuerdos son tristes.

Introdujo un código en la consola y la imagen translúcida de su mujer se disolvió en el aire. Dejó la consola sobre la mesa de la cocina, junto al sobre, y se sentó en el taburete. Últimamente los dolores de la espalda no le permitían pasar demasiado tiempo en pie, pero no se sentía con fuerzas para acudir al médico. Cogió el sobre, lo rasgó. De su interior extrajo una pequeña cuartilla doblada por la mitad. La desdobló con dedos temblorosos, dedos de un artrítico a punto de sufrir una crisis de ansiedad. Leyó su contenido lentamente, una y otra vez, jadeando, intentando recuperar el control de su cuerpo, una batalla perdida contra su nerviosismo. Instantes después la dejó sobre la mesa, suspiró, volvió a leerla.

Después, cubriendo su rostro con las manos, comenzó a llorar.

TODO LO QUE SIEMPRE QUISO

Hoy me he perdido
en el viejo mercadillo.
Migas no he traído
y he roto el ovillo.
Canción popular

—¡Cariño, ven a ver esto un momento! —dijo Beatriz entre la multitud, alzando la mano, y sonreía.

Habíamos pasado las dos últimas semanas en una habitación de hotel en primera línea de playa, tomando el sol en incómodas hamacas y dejando que el tiempo transcurriera despacio. Cuando concluyeron nuestros días de vacaciones, volvimos a la carretera y tomamos la autovía con cierta nostalgia y pocas ganas de volver a la rutina del trabajo. No recuerdo cuándo habíamos decidido que nos detendríamos en aquel pequeño pueblo costero para comer; tampoco tenía mayor importancia. Desde la carretera sus casas de paredes blancas y sus tejados de brillantes colores nos habían encandilado, y al descubrir el pequeño camino de tierra que conducía hasta la costa nos desviamos sin pronunciar una palabra. Circulamos por calles estrechas y empedradas hasta un improvisado aparcamiento, apenas una valla de madera y un hombre exhibiendo orgulloso una gorra azul y unos pantalones de vestir arrugados. Una multitud de vehículos se amontonaba en la entrada, así que esperamos pacientemente hasta que pudimos acercarnos al hombre y preguntarle por el precio.

—Oh, no les costará nada, señor. Sólo tienen que comprar alguna cosa en el mercadillo —dijo con una sonrisa mellada, y nos indicó con un gesto la dirección que debíamos tomar en aquel laberinto de metal y sudor.

Rodamos por aquel terreno irregular —habían montado el aparcamiento en un descampado de tierra, que se hundía bajo las ruedas como si se tratara de arenas movedizas— hasta un pequeño hueco entre dos Mercedes blancos y dejamos allí nuestro coche, dispuestos a recorrer las calles de aquel pintoresco lugar a pie.

—¡Vamos, cariño! —repitió Beatriz, mientras me tomaba de la mano y me llevaba hasta uno de los primeros puestos del mercadillo.

Una mujer mayor tejía su labor, ajena a los curiosos que se agolpaban frente a su tiendecilla. De vez en cuando alguien preguntaba por el precio de algún objeto. Entonces ella alzaba la vista, sonreía, le respondía con voz dulce, y la venta se efectuaba. Estuvimos varios minutos allí, observando cómo la gente se

abalanzaba sobre el mostrador, tomando entre sus manos una figurita de cerámica, o un viejo candado oxidado, o una cadena dorada con algunos eslabones partidos, o una vieja diligencia de algún juego infantil con la pintura raída en uno de los costados, o un mazo de cartas al que le faltaban dos ases. En sí misma aquella tienda resumía todo el contenido del mercadillo: una amalgama imposible de objetos amontonados unos sobre otros, que a primera vista parecían totalmente desdeñables pero que siempre, por asombroso que resultara, encontraban comprador. Tan fascinado estaba con aquello que no advertí que Beatriz había comprado un diminuto camafeo, y me lo mostraba en la palma de su mano.

—¿No es hermoso? Es lo que siempre he querido.

No pude menos que sonreír ante su entusiasmo.

Dudamos mucho antes de tomarnos estas vacaciones. Fue difícil convencer a mi mujer de la necesidad de olvidarnos de todo, de alejarnos de aquellos malos recuerdos que nos perseguían con insistencia desde la muerte de mi hermano. Los accidentes más absurdos e inesperados son los que dejan una huella más honda, y todos nos encontrábamos demasiado unidos a Diego como para superar su pérdida con facilidad. Dejaba a una mujer joven sola con sus tres niños, y aunque nosotros nos comprometimos a ayudarle en todo lo que necesitara, éramos dolorosamente conscientes de nuestra incapacidad para ofrecerle algún consuelo en aquellos tristes momentos. Decidimos —más bien decidí yo— marcharnos a la costa, a disfrutar de la playa y el buen tiempo, mientras la mujer de mi fallecido hermano se refugiaba en el calor del hogar de sus padres. Estaba empezando a pensar que había sido una buena decisión.

Tomé el camafeo entre mis manos y lo miré con detenimiento. Era un diminuto unicornio tallado en ónice, tan hermoso como inútil, con unas leves raspaduras en sus patas y un defecto en el lomo. No pregunté cuánto le había costado, no había necesidad. Podíamos permitirnos aquel capricho si ello ayudaba a mantener su sonrisa durante el resto del viaje de vuelta. Le devolví la pequeña joya y le tomé de la mano.

—¿Crees que deberíamos comer algo? —pregunté a Beatriz, que asintió con la cabeza mientras guardaba el unicornio en su bolso.

—Claro, busquemos un sitio por aquí.

Nos abrimos hueco entre los turistas que seguían buscando su

regalo entre los objetos expuestos, agolpándose frente a los puestos del mercadillo, y salimos a una calle más despejada, alejada de la multitud. Tras recorrer unos pasos, nos internamos por una callejuela empedrada siguiendo las indicaciones de un cartel escrito a mano que colgaba precariamente de la pared. Mientras la recorríamos dos hombres nos entregaron papeles en los que se anunciaban sendos restaurantes. Al parecer existía allí un negocio turístico bien organizado, aunque a primera vista no pareciera un destino prometedor. Cierto era que el aspecto bucólico que ofrecía desde la carretera invitaba a detenerse, pero una vez allí, excepto el mercadillo, el resto no te decía que permanecieras allí más de unas horas. Aun así, supuse que no seríamos ni los primeros ni los últimos que comíamos en el pueblo antes de reanudar viaje. Mientras caminábamos en dirección al restaurante elegido —por la publicidad, la especialidad era el pescado frito y las patatas con salsas—, pensé en la gran cantidad de personas que debían de estar en aquel momento allí, a juzgar por lo poblado del aparcamiento. Tenía la impresión de que todas se amontonaban en el mercadillo, como si la razón por la que se hubieran detenido en este pequeño pueblo de casas blancas fuera precisamente su existencia.

El restaurante se situaba junto a un mirador desde el que se podía apreciar casi en su totalidad la orilla del puerto. Varias barcas pesqueras de distinto tamaño, amarradas al muelle, pintadas de blanco o de vivos colores, se balanceaban sobre las aguas, en una danza silenciosa que proporcionaba una agradable sensación de tranquilidad. Nos atendió una joven sonriente que nos llevó hasta una mesa de la terraza. Nos sirvieron con rapidez: unos calamares a la romana, unos boquerones fritos, unas patatas con salsas y dos jarras de cerveza. Quizá era demasiado pronto, pero todas las mesas del restaurante estaban vacías, excepto una, en el interior, ocupada por otra pareja joven. Nos lanzaban miradas furtivas mientras tomaban su comida, una sopa con muchos pedazos de pan. Les sonreí, pero apartaron la vista. Por un momento pensé que estaban asustados, temerosos de acercarse a nosotros. Luego deseché la idea. Lo más probable era que hubiesen tenido una discusión por cualquier motivo, y querían permanecer solos, apartados de los demás.

Terminamos de comer con un café con leche, y después yo pedí una copa de pacharán. Disfrutamos de la vista del puerto

durante un buen rato más, charlando de trivialidades, sintiéndonos bien, mejor que desde hacía mucho tiempo. No pensábamos en nada más que en nosotros, en estar juntos. Aquello estaba bien. Nos besamos y nos miramos sonriendo, como dos jóvenes enamorados. Cuando pedí la cuenta pensé en volver al mercadillo a comprar alguna cosa. Quizá encontrase alguna baratija que llamara mi atención, o algo que pudiera llevar como regalo a Elena o a sus niños. Por más que pretendía olvidar la tragedia de mi hermano, imágenes recurrentes volvían una y otra vez a mi cabeza. Una noche de lluvia, un conductor borracho, un error humano. Toda una sarta de tópicos acumulados que culminaron con dos muertos y un herido. Por desgracia, Diego formó parte de la estadística mayoritaria.

—Demos un paseo por el puerto antes de marcharnos, cariño —dijo Beatriz, agarrando mi brazo como una adolescente.

Bajamos por una calle estrecha de casas blancas y flores en las terrazas hacia donde pensábamos que se encontraba el muelle. En cualquier caso, nos bastaba con preguntar a alguien para orientarnos si nos perdíamos. La tarde estaba cayendo y el sol, bastante bajo, no daba tanto calor como para que no sintiéramos un ligero fresco. Septiembre avanzaba con paso lento hacia el otoño, y dentro de unos días nos veríamos atrapados de nuevo en la odiosa rutina del trabajo. Al menos yo, ya que Beatriz disfrutaba del suyo como pocas personas podían hacerlo. Trabajaba en una guardería, siempre rodeada de niños llorando, comiendo o ensuciándose, pero aquello le hacía feliz. Quizá se debía a su problema de esterilidad que no le permitía tener hijos, quizá no. No hablábamos de ello, preferíamos no tratar el tema, ya que la melancolía se adueñaba de ella cuando lo mencionaba. Se refugiaba en sus sobrinos, en los niños que cuidaba. En realidad, todo aquello tampoco me importaba demasiado, siempre que ella fuera feliz.

Nos cruzamos con un hombre vestido con harapos que nos dedicó una mirada desapasionada. Instintivamente busqué en mis bolsillos unas monedas, pero no hizo ademán de pedirnos limosna. Siguió su camino errático, apoyando en ocasiones su mano ennegrecida en los muros blancos de las casas, sin prestarnos atención.

—El pobre del pueblo, supongo —dije, sonriendo, pero Beatriz tenía la vista fija en el mar.

La calle desembocaba en un reducido paseo marítimo, y unas escaleras conducían hasta un destartalado muelle de madera y una cala de arena fina y grandes rocas. Las olas del mar llegaban suavemente hasta la orilla y se deshacían en una sábana de espuma. Aspiré el característico olor del mar mientras descendíamos las escaleras —de piedra gris y conchas marinas, cosa que llamo mi atención— y nos internábamos en el muelle. Caminamos hasta el borde, nuestros pasos tamborileando sobre la madera del piso, y allí nos detuvimos a disfrutar de la vista. Algunas barcas cruzaban el horizonte lanzando sus redes, con hombres desnudos de cintura para arriba que nos saludaron con un gesto. Beatriz no pudo reprimir devolver el saludo, y buscó con avidez la cámara de fotos en su bolso para guardar alguna instantánea de aquel momento. Solté su mano mientras ella fotografiaba el paisaje y bajé hasta la arena de la cala. Apenaba marcharse de allí, de aquel lugar tan tranquilo y recogido. Caminé un par de pasos y descubrí una pequeña estructura de tela y chapa bajo los muelles. Desde luego no todo podía ser felicidad allí. Todos los pueblos que he visitado tienen su reducto de pobreza, más o menos llamativo. Aquélla debía ser la casa improvisada del hombre con el que instantes antes nos habíamos cruzado. Preferí volver al muelle y recoger a Beatriz, que seguía ensimismada tomando fotografías.

—Será mejor que nos marchemos, pronto anochecerá —dije, abrazándola.

Ella dejó la cámara en el bolso, y me miró con asombro.

—¿Marcharnos? ¿Ahora? No sé, había pensado que quizá podríamos pasar la noche aquí.

Sonreí, siguiendo la broma. Pero ella no lo hizo. Había algo en su mirada que me decía que hablaba en serio, que quería quedarse allí a pasar la noche, en aquel pueblo maravilloso que destilaba tranquilidad. Sin embargo, ambos sabíamos que eso era imposible. Debíamos volver a casa aquella misma noche, no podíamos retrasar nuestras obligaciones más tiempo.

—Cariño, bien sabes que me encantaría, pero...

—Pero, ¿qué? —me espetó ella— ¿No puedes hacer por una vez lo que te pido?

Y los ojos le brillaban, como aquella noche que habíamos pasado en la casa de unos amigos, hacía ya más de un año. Tras la cena y las copas, habíamos fumado algo de hierba mientras

veíamos una de esas películas de asesinatos y jovencitas desnudas. Todos nos habíamos reído como adolescentes, todos menos Beatriz, que no dejaba de mirarnos, como si fuera la primera vez en su vida que nos veía, con una mezcla de miedo y odio en su mirada, hasta que se quedó dormida en el sofá y decidimos marcharnos a casa. Aquella mirada era la misma que tenía en aquel momento. La tomé del brazo, pero ella se apartó y rechazó mi mano con un gesto.

—No te entiendo —dijo, masticando las palabras—. Volver ahora, pudiendo quedarnos aquí una noche.

Todo lo que habíamos trabajado durante las vacaciones se desmoronaba por una estúpida discusión. Me sentía confuso y enfadado a la vez. ¿Qué era lo que estaba pasando con Beatriz? Me dije a mí mismo que, si salíamos a la mañana siguiente poco antes de comer, tampoco sería tan grave. Yo podría llamar diciendo que estaba enfermo o algo similar, y ella en realidad no volvía a la guardería hasta varios días después. Al fin y al cabo, estábamos superando la muerte de mi hermano. Aquello bien valía pasar la noche allí. No quería volver a la carretera sin la sonrisa de Beatriz.

—Está bien, cariño, nos quedaremos esta noche. Buscaremos un hotel.

Beatriz mostró tal alivio en el rostro que pensé que iba a echarse a llorar. Lo que hizo fue abrazarme y, tirando de mi brazo, conducirme de nuevo hacia la plaza.

—Esto es increíble —murmuré cuando nos acercamos a la entrada del mercadillo.

Aunque todavía no había anochecido, habían instalado focos y luces por todos los puestos, y las casetas refulgían como si fueran adornos de un árbol navideño. No podía creerlo. Al parecer no tenían ninguna intención de cerrar el mercado durante la noche, y prestando atención a la multitud que se agolpaba junto a las primeras casetas, no era de extrañar. Sin embargo, no conseguía asimilar la idea de un mercadillo abierto a aquellas horas en la costa, quizá porque estaba acostumbrado a que comenzaran a recoger después del mediodía. Caminamos hasta uno de los edificios que rodeaban la plaza. De fachada blanca y ventanas con pequeños balcones de madera, exhibía un desvencijado cartel que lo identificaba como un hostal. Al entrar advertí un olor penetrante, que asocié inmediatamente con algún tipo de incienso.

Beatriz soltó mi mano y se dirigió a una pequeña salita junto a la entrada, se sentó en un sillón y comenzó a hojear algunas revistas que descansaban sobre una mesa baja de cristal. Me dedicó una sonrisa y me animó con un gesto a que me acercara a recepción.

—Buenas tardes —le dije al recepcionista, un hombre mayor de pelo blanco y mirada afable—. Querríamos una habitación para esta noche.

El hombre se mantuvo un incómodo momento en silencio, tosió un par de veces y me miró como si estuviera tratando con un enfermo mental. Mientras lo hacía, tamborileaba con los dedos sobre la superficie del mostrador. Después, se volvió y desapareció tras una puerta. Me quedé allí, de pie, desorientado, sin saber a ciencia cierta qué hacer. Busqué con la mirada a Beatriz, pero ella estaba enfrascada en la lectura de una revista y no me prestó atención. Me detuve un momento en un cuadro colgado en una de las paredes de la salita, que representaba la plaza del pueblo vista desde la entrada del hostal. A la distancia que me encontraba me resultaba difícil apreciarlo totalmente, pero había algo en aquel dibujo que parecía completamente fuera de lugar. Estaba dispuesto a acercarme hasta allí cuando el recepcionista volvió y llamó mi atención con un débil carraspeo.

—No quedan habitaciones aquí —dijo.

—¿Y conoce algún otro hostal en el pueblo donde...? —comencé a preguntar, pero me interrumpió con un gesto, indicándome que no existían más hostales en el pueblo.

—Es todo un contratiempo —dijo, con voz suave—. Pero nada puede hacerse ya. Le recomiendo que acuda al mercadillo y compre alguna cosa.

Debí de mirarle con gesto raro —muy probablemente con la boca abierta— porque tras largar aquella perorata se volvió y huyó por la misma puerta por la que había desaparecido anteriormente. Mi primera intención fue saltar el mostrador y seguirle, pero me contuve. Sin duda, tal y como había dicho, se trataba de un contratiempo. Ya estaba anocheciendo, y no me animaba nada la idea de volver a discutir con Beatriz sobre pasar la noche a la intemperie. Me acerqué hasta la salita y puse mi mano sobre su hombro, sobresaltándola.

—Lo siento, cariño, pero no les quedan habitaciones.

Beatriz levantó la cabeza y me sonrió. Hizo un gesto como restándole importancia, y se centró de nuevo en la revista que

estaba leyendo. Al mirar cuán importante era el artículo que tanta atención requería, vi que sobre las hojas descansaba el camafeo que había comprado, y que más que leer lo que hacía era juguetear con el diminuto unicornio, haciéndolo corretear de un lado a otro sobre rostros y cuerpos impresos.

—Creo que deberíamos ir al coche —dije, sintiéndome culpable, esperando la respuesta que inevitablemente debía recibir, pero no ocurrió.

—Claro, tienes razón —respondió Beatriz y, dejando la revista a un lado, se guardó el unicornio en el bolsillo y se levantó dispuesta a acompañarme.

No sé qué era lo que estaba esperando: quizá un mal gesto, una mala cara, un improperio inoportuno. En cualquier caso, Beatriz parecía comprender que no podríamos pasar la noche allí y debíamos retornar a la carretera. No me agradaba la idea de conducir por aquellas carreteras mal iluminadas, pero tampoco parecía existir otra opción. Desde luego, no pensaba caminar de casa en casa buscando una habitación libre para pasar la noche —¿acaso había esperado que ella expusiera una sugerencia tan descabellada como aquella?—, por lo que nos encontrábamos sin alternativas.

Caminamos junto al mercadillo. Las luces de diminutos faroles colgados de las primeras casetas se reflejaron en nuestros rostros mientras nos encaminábamos hacia el aparcamiento.

—Tendrías que haber comprado algo, cariño —me susurró Beatriz mientras nos internábamos por una callejuela.

Dejamos atrás la algarabía de la plaza y salimos a la carretera. Ya anochecía, y empezaba a refrescar. Abracé a Beatriz durante el resto del camino hasta nuestro coche, y ella apoyó su cabeza sobre mi pecho. Aspiré su olor, mezclado con el aroma del mar que nos traía una suave brisa nocturna. Al entrar en el aparcamiento nos encontramos con el mismo hombre que nos atendió al llegar. Sentado en un taburete de madera, con una gorra azul marino ladeada sobre su cabeza, nos dedicó una sonrisa y se levantó al vernos pasar.

—Me alegro de verles de nuevo por aquí, señores. ¿Qué han comprado ustedes en el mercadillo?

Beatriz reprimió a duras penas una carcajada y, liberándose de mi abrazo, corrió hasta el hombre con el pequeño unicornio entre las manos. Estupefacto, me quedé a unos metros de ellos,

observando cómo charlaban y sonreían y reían sus bromas privadas. Tardé demasiado en reaccionar, el tiempo suficiente para que Beatriz volviera conmigo y el hombre del aparcamiento se acercara hasta nosotros con actitud reprobadora.

—¿No ha comprado usted nada, muchacho? Debería, hágame caso —dijo, señalándome con el dedo.

—¿Qué? —acerté a responder, pues nunca he sido hábil con las réplicas.

—Lo que ha oído, muchacho. No me obligue a repetírselo.

Sentí la necesidad de encararme con aquel hombre, de demostrarle las pocas posibilidades que tenía de imponerme su voluntad. Pero al avanzar hacia él, el hombre me dio la espalda y Beatriz me retuvo, tomándome del brazo.

—Tiene *razón,* cariño, pero ya es tarde.

No supe qué responder. ¿Acaso todo el mundo a mi alrededor había perdido el juicio? ¿O estaba interpretando yo sus palabras de una forma equivocada? Dándole vueltas y vueltas a las ideas que rondaban mi cabeza, me dejé llevar por mi mujer hasta el coche. Tal y como lo recordaba, lo flanqueaban dos enormes Mercedes blancos.

—Dame las llaves, cariño, para que vaya preparando las camas.

Busqué en el bolsillo las llaves del coche y se las di a Beatriz. Había algo extraño en aquellos Mercedes. Me acerqué hasta el que se encontraba junto al asiento del conductor. El lateral cubierto de óxido se deshizo al rozarlo con la pernera de mis pantalones. Las ruedas estaban deshinchadas, una de ellas rajada por varios lados, muy probablemente con algún arma blanca. Pero lo que me hizo retroceder y buscar a mi mujer con el rostro demudado fue lo que descubrí en el interior.

—Beatriz —susurré, mientras me volvía.

Ella había abierto el maletero, había sacado las maletas y las había dejado sobre el asfalto. Una de ellas yacía abierta de par en par, la que llevaba la mayor parte de nuestra ropa. Tardé unos instantes en comprender que había rebuscado entre los vestidos y los pantalones hasta dar con su camisón, y que, sentada en el asiento trasero de nuestro coche, se estaba cambiando.

—¿Qué... qué estás haciendo? —acerté a murmurar.

Beatriz alzó la mirada mientras se despojaba de su falda y me mostraba su cuerpo. Nunca me había sentido menos excitado al

mirar a mi mujer desnudándose. Nunca me había sentido menos excitado en toda mi vida. Sentí un ligero escalofrío y apoyé mi mano en el coche.

—Vamos, cariño, me estoy cambiando —me dijo Beatriz con voz sugerente— ¿No vienes?

Retrocedí hasta que mi espalda contactó con la superficie del Mercedes. Beatriz, ajena a mis actos, terminó de cambiarse, acomodó la ropa bajo su cabeza y se tumbó sobre los asientos traseros del coche, dispuesta a dormir.

—Pásate un momento por el mercadillo, cariño. Yo te espero aquí —susurró, y aquellas palabras tumbaron las pocas esperanzas de recuperar la cordura que me quedaban.

Sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo, temblando, me alejé del coche, de todos aquellos coches llenos de gente tumbada en su interior, de gente que se removía inquieta en sueños, de gente que despertaba y me miraba y me señalaba con el dedo. Me crucé en mi alocada huida con diferentes personas —incluso, oh, Dios mío, algunos niños— que se dirigían hacia sus vehículos. Increpé a algunos, les grité a otros, incluso seguí a una joven pareja hasta un viejo coche en el que habían improvisado una pequeña cuna para su hijo recién nacido.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué demonios está sucediendo? —grité, pero sólo obtuve miradas cargadas de piedad, como si el loco allí fuese yo.

¿Y acaso no lo era? Para todas aquellas personas pasar la noche en sus vehículos parecía algo lógico, normal. ¿No había abandonado yo a mi esposa allí, rodeada de todos ellos? Trastabillé y caí al suelo de rodillas. Una inesperada laxitud se adueñaba por momentos de mi mente. No sabía cómo actuar, qué hacer a continuación. Desesperado, recordé los cuerpos inertes que había visto en el interior del Mercedes, dos cadáveres unidos en un macabro abrazo, dos jóvenes muertos unidos en una forma horriblemente antinatural. ¿Qué les había conducido a aquella situación? ¿Qué nos había conducido a todos nosotros hasta allí?

—El mercadillo —susurré, y supe entonces, con una clarividencia aterradora, que debía volver allí.

Volver allí, y comprar cualquier cosa.

Salí del aparcamiento envuelto en un rumor de motores encendidos, muy probablemente para permitir que funcionara el aire acondicionado; no creo que nadie pensara en marcharse de

allí, nadie excepto yo. No podía saber a ciencia cierta cuánto tiempo llevaba aquella gente allí, ni siquiera cuánto tiempo más pensaban quedarse. Intenté pensar en otra cosa, olvidarme de toda aquella pesadilla mientras me internaba por las calles mal iluminadas que desembocaban en la plaza. Recordé la existencia del hostal, y comprendí que lo único que podía hacer era acercarme hasta allí para telefonear a alguien, quizá a la policía, o al gobierno, o a alguien con suficiente poder para explicarme lo que ocurría en aquel lugar y ayudarme a abandonar aquel pueblo maldito.

Debía escapar. Huir de aquel pueblo de pesadilla y su maldito mercadillo. Quizá comprara algo antes, cualquier cosa que pudiera llevarme, pero después me marcharía de allí. ¿Vendría Beatriz conmigo? No tenía respuesta para esa pregunta. Le di vueltas y vueltas en mi cabeza hasta llegar a la plaza. El cartel del hostal parecía envuelto en llamas, iluminado por la multitud de faroles rojos que, colgados de altas pértigas de madera, florecían entre las casetas del mercadillo como si de un jardín de amapolas de cristal se tratara.

Entré en el vestíbulo del hostal sintiendo ríos de sudor deslizándose por mis brazos y espalda. Un dolor agudo me recorría el pecho y se agarraba a mis pulmones con cada inspiración. Sentía las piernas entumecidas y la cabeza embotada, como si acabara de realizar una larga travesía cruzando el desierto. Junto al mostrador de recepción no había nadie. Me acerqué hasta donde se encontraba y salté al interior, dominado por un ansia febril. Junto a un fajo de papeles encontré un viejo teléfono, pero al descolgarlo comprobé que la línea estaba muerta. Colgué violentamente y grité un par de veces, pero nadie acudió. Salí entonces de la recepción y caminé hasta la sala adyacente gritando todo tipo de insultos y maldiciones, pero nadie apareció.

Tuve entonces la certeza de que aquel lugar siempre había estado vacío. Todos los posibles clientes que aquel vetusto edificio podía albergar dormían no muy lejos de allí, encerrados en sus propios vehículos, esperando alguna señal que no acertaba a imaginar, algo que les indicara cuándo debían abandonar el pueblo. Porque no podían llevar allí tanto tiempo como los cadáveres del Mercedes blanco podían sugerir. No, aquello no tenía lógica. Beatriz vendría conmigo, me acompañaría cuando volviera con algún maldito regalo comprado en uno de aquellos

puestos. Beatriz vendría conmigo. Lo haría.

Me dejé caer en uno de los sillones. Sobre la mesa del centro descansaban algunas de las revistas que ella había estado mirando. Al acercarme para coger una de ellas advertí el polvo acumulado, las fechas, los colores desvaídos de las portadas. Sentí de nuevo aquella sensación de temor que proviene de todas aquellas situaciones que no podemos comprender, y me levanté con la intención de abandonar aquel lugar maldito. Reparé entonces en el cuadro que representaba la plaza, y todas mis esperanzas de abandonar aquel lugar se desvanecieron. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo podíamos haber estado tan ciegos? ¿Cómo no lo habíamos advertido?

En el cuadro un hombre saludaba desde el centro de la plaza, exhibiendo una sonrisa. Apoyaba su cuerpo contra una pequeña fuente y sostenía en su mano una vara de madera, quizá un bastón. Pero lo que abatió mi ánimo no fue la presencia de aquel hombre en la imagen, sino el tamaño de la plaza reflejado, ya que según la representaba el artista, tendría apenas cuarenta metros cuadrados. Y en aquel espacio se levantaba el mercadillo, repleto de puestos y personas. El mercadillo, que debía ocupar más de trescientos metros cuadrados si mis sentidos no se encontraban totalmente trastornados.

Corrí a la calle para comprobarlo con mis propios ojos, y sentí como las piernas se negaban a sostenerme. Las casetas se amontonaban unas sobre otras, formando una entidad inconcebible, una construcción imposible que trascendía los límites de la física. Estaba allí y, sin embargo, no podía estar.

—Oh, Señor —susurré, y varios de los dueños de los puestos se volvieron hacia mí.

—Vamos —dijo una señora mayor, haciendo gestos de apremio con sus dedos castigados por la artrosis—, acérquese hasta mi tienda, joven.

—Lo último de lo último —dijo un hombre de tez morena y larga barba, ataviado con una incongruente camisa de flores.

—Todo lo que usted siempre ha querido —dijo otra voz, y sentí un terror profundo, atávico.

Todo parecía haberse detenido, como si me encontrara en el interior de un cuadro. Y los rostros de los retratados estaban vueltos hacia mí, expectantes, ansiosos, como depredadores a punto de saltar sobre su presa. Los compradores, aunque su

número había disminuido considerablemente, se amontonaban sobre los puestos, pero los vendedores sólo tenían ojos para mí. Para mí.

Y yo sabía en mi interior que debía comprar algún objeto.

Animado por los gestos de los vendedores avancé hasta las primeras casetas y busqué entre los objetos exhibidos algo que llamara mi atención. Me arroparon sus sonrisas, sus gestos amables. Algo me decía que aquel no era el lugar, que debía marcharme. Pero los vendedores me animaron mostrándome pequeñas reliquias que consideraban serían de mi interés. Evitando los empujones de los turistas tomé un marco dorado entre mis manos, que brillaba como si ardiera a la luz de los faroles. Se lo devolví con una sonrisa a la vendedora, que me indicó por señas que me acercara a la siguiente caseta. A mi alrededor los tratos se cerraban con unos pocos billetes y un apretón de manos. Dos chicos me sonrieron, llevando entre sus manos una botella con un bergantín en su interior.

—Vea esto, amigo, quizá le interese —me dijo un hombre de larga barba, entregándome un diminuto icono de madera con la Virgen representada en él.

Se lo devolví, atraído por una gran figura de aires caribeños tallada en madera negra. Pregunté por el precio, pero otro hombre a mi lado ya la había comprado. Se deshizo en disculpas el vendedor y me ofreció otras baratijas, pero ya la marea humana me arrastraba hacia el interior del mercadillo, hacia otros puestos repletos de objetos deseosos de ser adquiridos. Cintas para el pelo con rosas engarzadas en ellas, huchas de metal con ilustraciones alegóricas del circo en sus laterales, polichinelas animados que saltaban ante mis ojos, un termómetro que perdía mercurio cada vez que el vendedor lo agitaba. Y entre los objetos, rostros ansiosos, manos lanzando monedas al aire, sonrisas mal disimuladas. Me detuve ante un puesto que sólo ofrecía calaveras, tal variedad de ellas que resultaba difícil decidirse por una. El vendedor sostuvo una entre sus manos, recitó algunas palabras, me sonrió con una sonrisa de cuencas vacías y dientes mellados. En otro puesto la luz macilenta de las velas iluminaba a varios animales encerrados en jaulas. Gallinas, cabras, gansos, todos coreando mi nombre mientras avanzaba hacia el siguiente puesto. Allí una joven de pelo largo y tez pálida exhibía pequeñas cunas negras, decoradas con símbolos que no acertaba a comprender.

Entre las cunas se veían cientos de muñecas rotas, de cuerdas para saltar a la comba, de peonzas que habían perdido el color años atrás.

—Deme a la niña —gritó una mujer a mi espalda exhibiendo una cartera llena de billetes, y la joven de aspecto enfermizo se levantó y desapareció en la trastienda.

Continué avanzando en ninguna dirección, internándome en aquella espiral de objetos olvidados que formaba el mercadillo. A mi alrededor continuaban las compras, las sonrisas, el intercambio de dinero por objetos cuyo valor no acertaba a comprender. Alguien tropezó conmigo, una mujer envuelta en un vaporoso vestido, en su ansia por alcanzar las primeras filas de un puesto que vendía flores secas. Las flores formaban marcos, y en ellos se veían fotografías en tonos sepia y en blanco y negro de familias enteras tumbadas sobre sus camas, vestidos con sus mejores galas. Tuve la certeza de que todos aquellos rostros enmarcados representaban a personas muertas. Frente a aquel puesto, otro vendía carne cruda. Los carniceros vestían trajes negros y los cubrían con delantales blancos, manchados de rojo por todas partes. En el siguiente puesto, un hombre gordo que no paraba de sudar ofrecía a los curiosos que se agolpaban, la gran mayoría niños, trufas de chocolate envueltas en papel dorado. Algunas, sin embargo, ocultaban cuchillas en su interior, una sorpresa desagradable que no parecía importarle a nadie.

—Salga de aquí —dijo una voz a mis espaldas, ahogada por las voces de compradores y vendedores.

El sudor recorría mi frente, notaba indicios de fiebre y una sensación de náuseas que sólo podía asociar al lugar y a la multitud. Las luces bailaban ante mis ojos, mezclando en mi mente compradores y vendedores.

—Salga de aquí —reiteró la voz, y apoyó una mano sobre mi hombro—. Su mujer le necesita.

Me volví y mis ojos se encontraron con los del vagabundo que nos cruzáramos Beatriz y yo aquella mañana. Había cordura en aquellos ojos, mucha más de la que podía encontrar a mi alrededor, incluso en mí mismo. Estuve a punto de caer al suelo, dominado por su mirada, y darle gracias por algo que no sabía bien de qué se trataba, pero algo que había hecho por mí. Algo.

—Tras el puesto de las esculturas, verá un camino. Tómelo. Busque a su mujer y márchese de aquí. Ahora —dijo el hombre, y

advertí que algunos de los vendedores comenzaban a mirarnos de forma extraña.

Balbuceé una frase de agradecimiento y me dirigí hacia el puesto que me había indicado sin mirar atrás. De reojo había apreciado como algunos de aquellos vendedores habían salido de sus puestos y caminaban hacia nosotros, atravesándonos con sus miradas de fuego. Dediqué un vistazo a las esculturas, enormes columnas atlantes con hombres y mujeres reflejando un sufrimiento indecible, mezclados entre ellos en posturas que en un primer vistazo podrían parecer lascivas, pero reflejaban un dolor insoportable, terrible. Me escabullí por un camino lateral, oscuro y húmedo. Allí, según me alejaba del mercadillo, la oscuridad se hacía más densa, más opresiva. Avancé a tientas, sintiendo la humedad de las paredes, cómo los ladrillos se deshacían entre mis dedos, cómo pequeñas criaturas correteaban sobre mis manos. Varias veces, al hundir el pie en un charco o tropezar con algún objeto que no podía identificar, volví la vista atrás, hacia las luces. Nadie me perseguía, nadie venía tras de mí. No recuerdo cuánto tiempo caminé, envuelto por aquel olor a cloaca, y la terrible sensación de estar caminando sobre cuerpos muertos. Cuando comprendí que jamás saldría de allí, que la única posibilidad que tenía era desandar lo andado y volver a la seguridad de las tiendas, me encontré en la plaza, frente al hostal.

—Beatriz... —murmuré, y caí al suelo de rodillas.

Sentí las lágrimas deslizarse por mi rostro. Me temblaban las manos, me temblaba el cuerpo, una mezcla de felicidad y pánico absoluto. Entonces me volví, miré al mercadillo.

El vagabundo estaba allí, en la entrada, tumbado en el suelo. A su alrededor se congregaban varios hombres y mujeres, expectantes, observando en silencio como un hombre robusto, quizá uno de los carniceros que había visto en el interior del mercadillo, golpeaba una y otra vez su cuerpo inerte con una vara de madera. Una y otra vez. Sin parar. Desde la distancia, los golpes quedaban amortiguados por el rumor de la multitud. De pronto, se detuvo, y me miró, como si supiera con exactitud dónde me encontraba.

—Compra algo, cómpralo ya —gruñó, sin dejar de mirarme—. ¿O acaso también quieres tu parte?

Me levanté y eché a correr en dirección al muelle. No tuve la necesidad de comprobar si me seguían, sólo con oír sus voces y sus

exclamaciones era suficiente. Me cogerían, y acabarían conmigo si no compraba nada. Y ellos debían conocer aquel pueblo, aquel maldito lugar. ¿Dónde podría esconderme? Atravesé calles vacías, poco iluminadas, sintiendo que ellos me perseguían, me acosaban. Tropecé varias veces, y al volverme no vi a nadie, pero al incorporarme volví a reanudar mi alocada huida, porque algo en mi interior me aseguraba que me perseguirían y acabarían con mi vida. Corrí, y llegué al muelle. Salté a la cala de arena y allí me quedé, tirado en la arena, bajo las estrellas, esperando a que llegaran mis perseguidores. Jadeando, temblando, tosiendo, pasaron lentamente los segundos, y mi estado de agotamiento me condujo, finalmente, al mundo de los sueños.

Desperté al contacto de las olas, que acariciaron mi cuerpo aterido de frío y empapado con el rocío del amanecer. Las gaviotas revoloteaban en el cielo, sobre las embarcaciones de los pescadores que permanecían en el mismo lugar en el que las habíamos descubierto la tarde anterior. Me incorporé, tiritando, y froté mis brazos para entrar en calor. La arena de la pequeña playa se había apoderado de mi piel, y sentía picores en todo el cuerpo. Paseé durante unos minutos por la cala, con la vista perdida en el horizonte, donde un sol perezoso iluminaba las embarcaciones y la promesa de otra orilla cercana se desvanecía en tonos verdosos.

Debía volver al mercadillo.

Caminé en silencio por las calles del pueblo, desde el muelle hasta el mercadillo. Durante el camino me acompañaron los sonidos del mar, y un suave aroma a pan recién hecho al cruzar junto a una de las casas blancas. No me crucé con nadie; sentí como si avanzara por un pueblo fantasma, rodeado de antiguos recuerdos y cáscaras vacías. Pero sabía que ellos me esperarían allí donde me dirigía. Y cuando llegué a mi destino, allí se encontraban.

Congregados frente a la primera caseta, cientos de personas me esperaban en silencio. Todas las miradas, tanto de vendedores como de compradores, convergían en mí. Sin embargo, no sentía miedo. Se había adueñado de mí una extraña sensación de aceptación, como la del preso condenado a muerte mientras espera en su celda el resultado de la última apelación. No tenía

sitio alguno al que huir, al menos no sin Beatriz. No sin ella.

La multitud se abrió, invitándome con un gesto al interior del mercadillo. En sus miradas no descubrí odio, ni siquiera disgusto. Interiormente todos ellos me sonreían, me invitaban a unirme a ellos, a formar parte de aquel lugar. Ya no tendría que volver a ningún lado, podría quedarme allí todo el tiempo que quisiera. Ellos me ayudarían si era necesario. Descubrí el rostro de Beatriz entre otros muchos que no significaban nada para mí, y vi que sonreía. Me animó a avanzar, a llegar hasta la primera caseta. Algunas persona me dieron palmadas de ánimo en la espalda, otras me sonrieron e incluso llegaron a aplaudirme.

Llegué hasta la caseta con lágrimas en los ojos; no podía determinar cuál era el motivo, tan confundidos estaban en mi interior la felicidad y la tristeza. La vendedora, una mujer joven, dejó caer un objeto diminuto sobre la palma de mi mano derecha, extendida como gesto final de derrota. Ni siquiera miré de qué se trataba. Apremiado por la expectación que se despertaba a mi alrededor, apremiado por la mirada nerviosa de Beatriz, me guardé el objeto en el bolsillo y busqué mi cartera.

—Gracias —dije mientras le entregaba a la vendedora un puñado de monedas—. Es lo que siempre he querido.

EL INSTANTE MÁS TRISTE

Hubiera querido, en aquel momento, decirle toda la verdad.
Porque, de pronto, la soledad le pesaba como una losa de hierro.
Paul Lattimer

Xavier observaba en silencio la puesta de sol, sentado sobre la tierra gris del desierto vandariano. La sobrecogedora imagen de aquella enorme bola de fuego descendiendo bajo el horizonte le hacía olvidar durante unos instantes todo lo que le rodeaba. Él y el ocaso eran uno, más allá de las trivialidades de la realidad. Junto a él, el nativo permanecía también sentado en silencio en una posición extraña, con dos de sus cuatro extremidades inferiores recogidas bajo su tronco. Sonreía, o al menos el gesto que se dibujaba en su rostro anguloso y alargado recordaba a Xavier vagamente la sonrisa de un ser humano. El nativo parecía ajeno a su presencia, ensimismado, con sus ojos multifaceteados fijos en el horizonte. Con las manos trazaba dibujos inconscientes sobre la tierra, apenas cinco o seis líneas, que luego borraba con descuido para volver a comenzar a los pocos segundos. A lo lejos, más allá de los retorcidos árboles pao, perdido en la oscuridad que comenzaba a extender su manto, algo grande emitió un alarido.

Cuando el sol se ocultó por completo y las sombras de la noche abrazaron los techos de paja y los muros de barro de las chozas del poblado, Xavier se levantó. Las estrellas brillaban en el cielo, y la luz de las lunas le permitió avanzar un trecho hasta llegar a la aldea. Los nativos habían improvisado un fuego con ramas de árboles pao trenzadas, y se habían congregado alrededor imitando la costumbre de los seres humanos. Xavier caminó hasta ellos, observando con cierta aprensión aquella sempiterna sonrisa bobalicona que florecía en todos sus rostros. Muchos de los voluntarios que, como él, habían acudido a conocer a los habitantes del desierto de Vandar, consideraban aquello como un signo de cierta estupidez, pero Xavier se resistía a aceptar que aquellos seres no eran inteligentes. Al menos los vandarianos parecían capaces de aprender, e imitaban a la perfección las costumbres de los hombres. Pensativo, se sentó junto al fuego y bostezó.

Estaba cansado. Cansado de estar allí, compartiendo el silencio con aquellas criaturas. Cansado de ir de un lugar para otro, de viajar con sus compañeros a través de Waheri, de formar parte de culturas que no comprendía, de convivir con especies que

le resultaban tan ajenas como los ángeles del cielo. Agitó la cabeza, apesadumbrado. Un escalofrío de nostalgia se apoderó de él, y sintió como el recuerdo de sus compañeros volvía a su mente. Pensó en la tripulación de la Gardini, en Xara.

—¿Xavier? —dijo Xara, tocándole el hombro con suavidad.

La sombra de la Gardini se deslizaba sobre la arena del desierto, devorando las chozas y ocultando los detalles del paisaje. Xavier, tumbado sobre su colchón térmico, abrió los ojos y miró a su compañera. Durante un instante le pareció percibir un gesto de crispación en su rostro, quizá una punzada de miedo. Se disponía a preguntarle si se encontraba bien cuando ella volvió a hablar.

—Han traído otro.

Xavier se incorporó con gesto pesaroso y avanzaron juntos bajo el sol abrasador, atravesando el improvisado poblado de chozas. Apenas a doscientos metros de allí se levantaba el complejo médico que habían erigido varios meses atrás. Lo formaban varias tiendas de campaña de color verde oscuro unidas mediante toldos blancos y grises. Más allá de las tiendas la mole de la Gardini, la nave auxiliar de reconocimiento, se levantaba incongruentemente, recortada contra el horizonte como un brillante y enorme juguete que un niño hubiera olvidado en el parque. Mientras caminaban sus botas parecían hundirse en aquella tierra arcillosa, y levantar trozos del suelo a cada paso que daban. Ambos sudaban copiosamente a pesar de llevar sólo una camiseta y unos pantalones cortos.

—¿Dónde lo han dejado? —preguntó Xavier, aminorando el paso. Sentía en la boca un sabor amargo y notaba los labios resecos.

Xara señaló más allá de una de las tiendas más grandes, aquélla en la que habían instalado el laboratorio médico y el equipo de comunicaciones. Caminaron hacia ella, y a pocos metros de la entrada se detuvieron. Ella le cogió la mano y le miró con una sonrisa triste en el rostro.

—¿De verdad quieres verlo? —preguntó en un susurro.

—Claro que no —respondió Xavier—. Claro que no. Pero debo hacerlo. Llévame hasta el lugar en el que habéis dejado el cuerpo.

Habían llevado al nativo hasta un árbol cercano y cubierto el cadáver con una sábana sucia. No podían desperdiciar los pocos

recursos de que disponían en los cuerpos de los fallecidos. Bajo las maltrechas ramas del arbusto, que apenas proporcionaba una débil sombra, Xavier se acuclilló y destapó el rostro del vandariano. Estaba muerto, las heridas en su cuello y garganta así lo demostraban. Marcas que parecían provocadas por un animal salvaje pero que, como se había demostrado en los casos anteriores, el vandariano las había realizado con sus propias manos. Xavier cubrió de nuevo el cuerpo y se incorporó. La sonrisa en el rostro de la criatura le turbaba.

—¿Te has fijado en su rostro? —dijo Xara, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Sí, claro. ¿Quién no lo haría? No comprendo cómo pudo morir así, con esa sonrisa en la cara.

Con esa sonrisa...

Con una sonrisa el vandariano más cercano le ofreció una fruta a Xavier y éste la aceptó en silencio. Alrededor del fuego se congregaron varias personas más, entre ellas algunas hembras y un par de crías. Las hembras apenas se diferenciaban de los machos, con sus largos brazos y sus robustas extremidades inferiores. Las crías empleaban dos de las cuatro extremidades inferiores para caminar, a diferencia de sus mayores. Xavier consideraba aquello un interesante objeto de estudio, así como los sistemas rudimentarios de comunicación que poseían. Lástima que no dispusieran de más tiempo para dedicarle a los vandarianos.

Mordió la piel de la fruta que el nativo le había entregado con un gesto de aprensión. Resultaba áspera al paladar, pero la pulpa poseía un curioso sabor, dulce y ácido a la vez. Habían realizado un análisis en el laboratorio comprobando su inocuidad, y los resultados habían sorprendido a los tripulantes de la Gardini. Rica en múltiples vitaminas y proteínas, además de poseer un sabor delicioso y peculiar, sería un probable éxito de ventas en las ciudades del norte. Aquel descubrimiento significaba un pequeño premio a tantos viajes de retorno con las manos vacías.

—¿Xavier? —murmuró una voz, distorsionada por la estática y la distancia.

El vandariano más cercano se apartó unos centímetros del humano, inquieto. Xavier se incorporó y buscó su comunicador en el bolsillo del pantalón.

—Sí —respondió.

—El transporte llegará al amanecer, como estaba previsto. Hemos recibido los informes procedentes de la Gardini, y nos sentimos satisfechos con el trabajo realizado. Lamento que no puedas disfrutar de más tiempo para tu trabajo de campo, pero ya sabes cómo son las cosas aquí.

Xavier se mordió el labio de forma inconsciente. Le hubiera gustado explicarle a aquella voz sin rostro como eran las cosas aquí, en Vandar, apenas a diez mil kilómetros de sus hermosas ciudades de cristal y de las colonias-gusano que excavaban la superficie de Waheri en busca de minerales. Pero, en realidad, no le iba a servir de mucho explayarse con su interlocutor. El mensajero no era importante.

—Estaré listo para entonces. Dentro de un rato recogeré el equipo y empaquetaré mis cosas —dijo.

—Claro. Como siempre. Nos vemos en seis horas —respondió la voz, y la comunicación quedó cortada.

Volvió junto a los nativos. Algunos de ellos habían abandonado el círculo alrededor del fuego, del que apenas quedaban unos rescoldos. La noche era fría en el desierto de arena gris, y los vandarianos preferían el calor del sol y la luz del día. La mayoría estarían ya en sus cabañas, durmiendo. Aquello le facilitaría la despedida. Para Xavier aquél era el instante más triste, más amargo. Se marchaba, consciente de que jamás volvería a ver a aquellas fascinantes criaturas.

Caminó en silencio hasta el laboratorio médico, sumido en sus pensamientos.

—¿Qué piensas? —le preguntó Xara, esbozando una sonrisa—. Te veo melancólico.

Estaban tumbados sobre el colchón térmico, abrazados, observando las estrellas. Suweharu, la luna mayor de Waheri, ocupaba gran parte del firmamento, brillante como un faro. Habían dejado junto al colchón una botella de vino y dos copas de cristal junto a sus ropas, amontonadas de cualquier manera, restos de una celebración tan breve como intensa. El resto de la tripulación de la Gardini ya estaba a bordo de la nave, el trabajo terminado.

—En nosotros, en nuestra vida, en todo esto —dijo Xavier,

abarcando con un movimiento de mano todo lo que les rodeaba—. A veces me pregunto si todo esto tiene algún sentido, si sirve para algo.

—No lo dices en serio —le recriminó Xara, volviendo su rostro hacia él.

—No lo sé. En el fondo, no estoy seguro de nada de lo que hago.

Xara se incorporó, dejando que su largo cabello negro resbalara sobre sus hombros. Frunció el ceño, pero no dijo nada. Permaneció en silencio unos segundos, abrazando sus rodillas y fijando la vista en el horizonte. Una suave brisa nocturna acariciaba sus cuerpos desnudos, provocándole pequeños escalofríos. Tiritando, alcanzó su ropa y comenzó a vestirse.

—¿Sabes? A veces no te entiendo —dijo Xara mientras se vestía—. Hemos encontrado un alimento nuevo, que nos va a dar una buena cantidad de dinero a todos, bien que lo necesitábamos. Quizá incluso bauticen esa fruta con nuestro nombre. Xarana, o Xavierto, yo que sé. Además, has tenido la oportunidad única de relacionarte con una nueva especie, desconocida por completo en las Ciudades de Cristal. ¿Y te estás quejando?

Xavier buscó a tientas su ropa sin saber qué responder. En el fondo, ella tenía razón. Pero él no podía evitar que surgieran dudas, recelos, en su mente. Para ellos resultaba muy sencillo, apenas contactaban con los nativos. Realizaban las pruebas iniciales, analizaban los resultados; luego toda la interacción con ellos quedaba en manos de los observadores. Y en la Gardini el observador era él. No, no era fácil marcharse de allí después de haber convivido con ellos durante tanto tiempo. Nada fácil.

—Para tí es fácil decirlo, ahora te marcharás con los demás —respondió Xavier, con un deje de amargura.

—¿Y eso es mejor? ¿Menos malo? Al menos tú dispondrás de unas semanas más de convivencia con ellos, y podrás estudiarlos y conocerlos mejor —dijo Xara—. Eres como un niño con una rabieta. En fin, me voy a la Gardini, se ha hecho tarde. Dentro de unos días nos veremos, en el transporte.

El transporte llegó a la hora prevista. Se trataba de un vehículo de varias toneladas, segmentado en seis secciones. Las enormes ruedas marcaban el sendero que trazaba como afiladas agujas

rasgando la piel. Se detuvo a pocos metros del poblado con un rumor agónico, expulsando bocanadas de humo y vapor de agua por las juntas que unían las diferentes secciones. Varios hombres y mujeres, hasta un total de siete, descendieron de la cabina principal y avanzaron hacia las chozas. Llevaban trajes blancos aislantes, botas de goma y cascos con visera de cristal. Andaban con precaución, como si temieran que de un momento a otro sus trajes se rasgaran y sus cuerpos quedaran expuestos al sol del amanecer. Pocos metros antes de llegar al poblado encontraron los primeros cadáveres. Los cuerpos de los vandarianos se amontonaban sobre la tierra gris.

Xavier fue a su encuentro y les saludó con un gesto casual. Entre los rostros que le rodeaban, distorsionados tras los cristales, reconoció el de Xara, que se mantenía apartada de él, en la retaguardia del grupo.

—¿Has terminado? —preguntó uno de los hombres.

—Claro —respondió Xavier, caminando hacia el transporte.

El hombre que había hablado hizo un gesto y todos los demás se movilizaron. Unos cuantos desarmaron y recogieron el equipo de comunicaciones, desmantelaron el laboratorio médico y lo almacenaron en el transporte. Otros, armados con lanzallamas, se dedicaron a incinerar los cadáveres de los nativos, desperdigados por todas partes. Machos, hembras y crías, muertos sobre la tierra gris del desierto, exhibiendo heridas terribles en sus rostros y en sus gargantas. Xara se acercó a Xavier llevando entre sus brazos una parte del equipo de análisis.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó.

Xavier no respondió. Observó a aquellos hombres trabajando, enfundados en sus trajes para evitar una posible contaminación. ¿Y él? Ni siquiera se había molestado en protegerse cuando liberó el gas nervioso. ¿Para qué? Los científicos le habían asegurado que resultaría inocuo para los seres humanos. Como las otras veces, tantas ya que ni lo recordaba. Llegar, observar, aprender. Experimentar con una o dos criaturas para preparar la matanza. Después, limpiar y recoger. Asqueado, se alejó de aquel sitio caminando, internándose en aquel desierto vandariano de tierra gris.

Ya vendrían por él si le echaban de menos.



Ante la inminencia de la muerte
la cigarra todavía se vuelve más melodiosa
en otoño
Shiki Masaoka

1

Le vi por primera vez en un pequeño parque al otro lado de la calle, junto al edificio gris y marchito en el que había pasado los dos últimos años de mi vida. Era un parque de césped verde y columpios de colores, con bancos al resguardo de árboles frondosos y una fuente de piedra con seis caños de los que manaba un débil hilillo de agua no potable.

Aquella tarde yo esperaba la llegada de mi hijo. Desde la muerte de Yolanda, su madre, la regularidad de sus visitas se había truncado, y hacía ya varios meses que no acudía a la residencia a visitarme. El tiempo todo lo cura, dicen. En nuestra familia aquel tópico parecía no funcionar. Mientras la noche iba cayendo sobre la ciudad y se hacía más evidente a cada minuto que pasaba que no vendría, decidí cruzar la acera y dar un breve paseo por el parque.

Una verja cubierta de herrumbre chirrió cuando intenté abrirla. El estado de deterioro de la entrada era evidente, cubierta de óxido y moho por partes iguales. Unas letras desdibujadas por el barro y la suciedad acumulada durante años mostraban el nombre del parque. Intenté leer lo que decían, pero había olvidado mis gafas en la residencia y me resultó imposible. El parque permanecía en un silencio mágico, envolvente. Decidí tomar uno de los caminos de tierra que se internaban entre las laderas de césped y llegaban hasta la fuente ornamental.

Caminaba sumido en mis pensamientos cuando algo pasó volando junto a mi cabeza, rozando mi oreja. Apenas pude verlo, brillante y rápido, y lo confundí con un pájaro. Sobresaltado, cubrí mi rostro con un brazo y emití un jadeo ridículo, impropio de un hombre maduro. De las sombras surgió un joven. Vestía unos vaqueros negros y una camiseta sin mangas del mismo color, y llevaba el pelo largo y descuidado recogido en una coleta. Al pasar a mi lado se detuvo un instante y exhibió una sonrisa de anuncio televisivo.

—Lo siento —susurró—. Pensé que no había nadie.

Azorado, le devolví la sonrisa. El joven se agachó, recogió un diminuto avión de papel realizado en brillantes colores, y me dedicó otra de sus encantadoras sonrisas, quizá demasiado forzada. El avión se agitó en sus manos, mecido por alguna inesperada corriente, y el joven se apresuró a introducirlo en una cajita transparente que llevaba en un bolsillo del pantalón.

—Origami. Ya sabe —dijo con voz grave, y desapareció entre los árboles.

Proseguí mi camino hasta la fuente y allí me senté en uno de los bancos de piedra a contemplarla. Dos horas más tarde desperté sobresaltado, sin saber el motivo. Aterido de frío, con una sensación amarga en la boca y un terrible dolor de cabeza, me arrastré hasta mi cuartucho en aquella prisión para ancianos lamentando en silencio otro mes de soledad.

El tiempo pasa muy despacio cuando nada en tu vida tiene sentido. Permití que la rutina del asilo me abrazara y durante meses me limité a comer, dormir y ver la televisión en la sala de recreo. A mi alrededor se formaban grupos de amigos que organizaban timbas de mus o dominó con apuestas ínfimas, para no arruinar la pensión a nadie. Un par de veces me invitaron a unirme a ellos, y los rechacé cortésmente. Prefería hundirme en uno de los sillones y permanecer unas horas mirando cualquier cosa que emitieran. Las disputas por elegir el canal llegaron a resultarme tan aburridas que cuando alguien se dirigía a mí para preguntar mi opinión, le premiaba con una sonrisa bobalicona, improvisaba una disculpa y subía a mi habitación a dormir.

En la residencia teníamos una pequeña biblioteca, un diminuto cuarto de paredes grises y descascarilladas con varias estanterías de metal, en las que se apilaban caóticamente todo tipo de ejemplares manoseados y ajados por el tiempo. Un día decidí sacar un par de libros y llenar mis noches de insomnio, que no eran pocas, con ellos. Las enfermeras recorrían por las noches los pasillos, indicándonos que apagáramos las luces como si aún fuéramos niños pequeños. Yo, obediente, apagaba la lámpara de mi mesilla, y en cuanto la enfermera de guardia volvía a su garita me dedicaba a devorar alguna de aquellas obras. Pronto

comprendí que poco podría sacar de aquella colección, limitada a obras de Cela, Gala o Pérez-Reverte. Sin embargo, en la sección de hobbies encontré un libro con una curiosa portada, una pajarita de papel de colores. Hablaba de papiroflexia, claro. Hablaba de origami.

3

Una mañana como cualquier otra decidí volver al parque. Bajo el sol todo se veía diferente. Donde antes encontraba misterio y seducción ahora florecía la vulgaridad. Multitud de niños inundaban el lugar, correteando de un lado para otro, deslizándose por los toboganes, jugando en los columpios, persiguiéndose, riéndose, peleándose… En dos ocasiones tuve que abandonar el camino de tierra para permitir que una mujer avanzara con un carrito de bebé. No, no era esta la imagen que yo recordaba, ni la que estaba buscando.

Volví a la residencia y comí en silencio, en una mesa apartada. Nos servían siempre dos platos, un primero suave y variado y un segundo fuerte pero bajo en grasas, para cuidar nuestra dieta. El vino estaba permitido, pero sólo una copa por comida. Yo siempre comía con agua, y apenas probaba bocado si el primero era una sopa y el segundo pescado a la plancha, como acostumbraban a servirnos todos los días de la semana menos los jueves. Una de las enfermeras se acercó a una de las mesas más alejadas y ayudó a una mujer a incorporarse. Observé la escena distante, como si yo no perteneciera a este lugar. Autosugestión, lo llaman.

La tarde transcurrió con indolencia, sentado ante el televisor sin apenas prestar atención a la pantalla, acompañado por el susurro constante de las fichas de dominó resbalando sobre una de las mesas cercanas. Aproveché uno de los intermedios en la programación para ir al servicio, y tuve que esperar varios minutos a que uno de los abandonados terminara. Recuerdo que aquel adjetivo, abandonados, lo sugirió uno de los guardias de seguridad uno de aquellos lejanos días de fiesta, cuando nadie se preocupaba de las copas de vino que consumíamos en las comidas. No volvimos a verle, pero la palabra quedó asociada a todos aquellos de nosotros que nunca recibía visitas, ni de familiares ni de amigos. Ahora yo formaba parte del grupo.

Por la noche, como de costumbre, nos instaron a recluirnos en nuestros cuartos. Tras varios minutos de discusión con la enfermera de recepción, en los que repetidas veces aludió a mi propensión a tener un infarto, a mis problemas de próstata y a mi cansancio y dejadez habitual, conseguí que me facilitara una llave y me permitiera salir a dar un breve paseo. La palabra breve fue remarcada con insistencia.

El parque destilaba silencio en la penumbra del anochecer. Rompí el encanto arrastrando mis zapatos por el suelo de tierra. Llevaba un chándal azul y unos zapatos de vestir, la típica imagen del viejo que empieza a chochear. Pero tampoco me importaba demasiado lo que los demás pensaran de mí, si he de ser sincero. Caminé un rato, mirando a un lado y a otro, esperando con el corazón en un puño. Cuando uno se hace mayor quedan pocos momentos de verdadero placer. Éste era uno de ellos: el placer de la espera, la sensación de que iba a producirse un momento mágico.

Y sucedió.

El joven apareció por uno de los caminos laterales, danzando alegremente tras un enorme avión de papel. El avión cabeceó un par de veces, se ladeó, y finalmente el peso del morro lo llevó a estrellarse contra el suelo, a unos centímetros de mis pies. Nervioso, me agaché y tomé aquel papel doblado entre mis manos. Noté, extrañado, que parecía estar caliente y palpitar en mi mano.

—Buenas noches —dijo el joven, extendiendo su mano y estrechando torpemente la mía mientras intentaba no dejar caer el avión. —No creía que volvería a verle por aquí.

Sonreí. El hecho de que me recordara me llenó de gozo. Amplié más mi sonrisa y le devolví su juguete.

—Me llamo Eduardo —dijo— ¿Conoce a Ken Blackburn?

Negué con la cabeza mientras rebuscaba en los bolsillos de mi cazadora de forma disimulada. Había esperado este encuentro mucho tiempo, y quería mostrarle a aquel extraño joven mis propios progresos. En el fondo de mi corazón tenía miedo de que se burlara de mí, pero al menos debía intentarlo. Al fin extraje del bolsillo derecho un pequeño modelo de avión hecho con un papel cuadrado del cuaderno de notas que descansaba en mi mesilla.

—Hice esto —murmuré, sonrojado.

Eduardo sonrió abiertamente y lo cogió. No dejó de sonreír en ningún momento, aunque sus ojos mostraban algo distinto. Noté,

curioso, un inesperado gesto de repulsión cuando lo tomó entre sus manos. Después retocó los alerones con cuidado y lo lanzó en dirección a uno de los bancos de piedra. El avión planeó unos segundos, apenas cuatro o cinco, y aterrizó sin contratiempos sobre el banco.

—Bravo, ha sido un gran vuelo —dijo, y añadió—. ¿Podría venir usted mañana? Le enseñaría algunas otras cosas, seguro que le interesan.

—Claro. Por supuesto. Sí. Y mi nombre es Francisco, pero todos me llaman Paco.

—Paco. Perfecto. Entonces, mañana le espero aquí, a la misma hora —y se despidió con un gesto.

Durante unos minutos más paseé por el parque, disfrutando de la soledad. Después volví a la residencia. Mientras caminaba, tarareé una vieja canción de la escuela que me vino a la cabeza. Hasta que no llegué a mi cuarto y me acosté, no recordé que había olvidado el avión en aquel banco de piedra.

4

—Yoshizawa, Nakano, Kaway… ¿qué sabrán ellos? Pliegan y pliegan y pliegan, pero… ¿y la vida? ¿Y el sentimiento? —decía Eduardo.

Yo escuchaba y asentía, asentía y escuchaba. En ocasiones realizaba alguna pregunta, y él me respondía sin dejar en ningún momento de sonreír, con aquella sonrisa carente de alegría que nunca abandonaba su rostro. Hablaba de aviones, de pajaritas, de plegados básicos, de tipos de papel, de los movimientos y los gestos. También hablaba de la vida, de la muerte, de las sensaciones. Era un erudito y yo, un hombre anciano sin apenas cultura, escuchaba embelesado a la única persona que parecía saber que yo existía.

Siempre nos citábamos en el parque al anochecer, como dos enamorados. Las horas en la residencia transcurrían con desgana mientras llegaba el momento de vernos. Las enfermeras habían notado el aumento de mis paseos nocturnos, pero no parecía que les preocupara demasiado. Mejor, no me agradaba la idea de tener que justificar mis andanzas a mi edad. Cuando el sol se ocultaba tomaba mi abrigo y una caja de zapatos en la que llevaba mis

creaciones y caminaba hasta el banco de piedra que habíamos acordado tácitamente como punto de reunión. Eduardo siempre llegaba unos minutos más tarde, la mayoría de las veces precedido por uno de sus aviones. Sonreía, se sentaba a mi lado, y fingía asombro —con un considerable buen corazón— por lo que él denominaba "mis fabulosos progresos". Mentía, pero lo hacía con tanto cariño que no me importaba. Yo era incapaz de crear modelos complejos, mis manos eran demasiado torpes y la vista me fallaba en los momentos críticos. A pesar de ello, ataqué varias veces un modelo de elefante que Eduardo consideraba muy hermoso, y acabé con mi bloc de notas antes de poder culminarlo.

Algunas noches Eduardo me mostraba sus obras. Los traía en cajitas de plástico transparente. Una vez trajo una jirafa, realmente preciosa. Otra, un chinito que agitaba la cabeza a modo de saludo. Algunos insectos, modelos de aviones que no podían volar. Incluso una vez trajo una máscara muy hermosa, pero no permitió que me la pusiera. En realidad, no permitía que tocara ninguna de sus creaciones. Las mantenía dentro de las cajas, encerradas, y yo las observaba durante horas, intentando adivinar cómo las había plegado. No me molestaba no poder tomarlas entre mis manos, pues muy probablemente sería incapaz de comprender la complejidad de su construcción. Pero si es cierto que me dolía esa falta de confianza, y una noche se lo reproché amablemente.

—¿Copiarlas, Paco? —y explotó en una carcajada—. No, amigo, no se trata de eso. Es... no sé, no puedo explicártelo de forma sencilla. Simplemente, una vez que las he terminado, nadie debe tocarlas. Nadie, ni siquiera yo. ¿Lo entiendes?

Su rostro adquiría entonces un tono sombrío, como si manipular aquellas creaciones de papel implicara algún tipo de peligro indefinido. No, no lo entendía, pero no tenía importancia. Ninguna importancia.

5

Cuatro días después vino mi hijo a visitarme.

Llovía, una lluvia fina que empapaba la ropa y te enfriaba la piel. Mi hijo llegó en su nuevo y flamante coche deportivo acompañado por una hermosa joven, de ojos grandes y largas piernas embutidas en unos vaqueros ajustados, a la que nunca

había visto. Corrieron bajo la lluvia desde el aparcamiento hasta la entrada, donde una de las enfermeras y yo esperábamos en silencio. Ambos exhibían unas sonrisas despreocupadas, y no pararon de hablar mientras recorríamos la residencia. Hablaban de su casa, de su coche, de su trabajo. Hablaban del tiempo, de política, de sus planes de boda.

—¿Por qué has venido, Jorge? —le pregunté, aprovechando un instante en el que nos quedamos solos.

La joven había danzado tras la enfermera en dirección a la cocina, probablemente con la intención de comprobar qué tipo de veneno de acción lenta nos servían a diario. Jorge y yo nos quedamos junto a la puerta de la sala de recreo. Mientras encendía un cigarrillo me miró de arriba abajo.

—Aquí está prohibido fumar —le recriminé.

—No me jodas con esas monsergas, papá —dijo, dando una calada—. Sabes por qué he venido. Te estás comportando como un jodido viejo loco, saliendo por las noches a Dios sabe dónde...

Habló durante varios minutos, reprochándome toda una vida. No respondí. Escuché en silencio, consciente de que mis palabras no tendrían ningún valor para él. Alguien encendió la televisión y el murmullo del aparato concluyó nuestra conversación.

Se marcharon como habían venido, corriendo bajo la lluvia. Nunca volví a verlos, y en el fondo de mi corazón no lo lamenté. A partir de aquel momento la vigilancia sobre mis movimientos furtivos a altas horas de la noche se estrechó. Dos enfermeras patrullaban el pasillo como si de dos perros de presa se tratara, y un guardia de seguridad permanecía apostado junto a la puerta de entrada durante toda la noche. En el fondo gozaba con la perspectiva de aumentar la cuenta de gastos de la residencia, pero la imposibilidad de reunirme con Eduardo me destrozaba por dentro.

Volví a la rutina, absorto en mis propios pensamientos. Si antes apenas me relacionaba con los internos, ahora me sumí en un estado de silencio e incomunicación absoluto. Me recluía en mi cuarto y dejaba pasar las horas tumbado en la cama, mirando al vacío. Algunos días abría la ventana y observaba la calle, pero desde allí no podía ver el parque y pronto me asaltaba la tristeza.

Los días pasaron como hojas de otoño, y se hizo evidente que mi estado depresivo no beneficiaba en absoluto el ambiente de la residencia. Una mañana especialmente triste, con nubes grises

inundando el cielo, la enfermera jefe me llamó a su despacho y mantuvo una larga conversación privada conmigo. No narraré los detalles, sólo diré que después de más de dos horas de tira y afloja, se me concedió un permiso para salir una noche al mes, siempre que regresara antes de la madrugada. Recuerdo que aquel día no era jueves, y creo que fue la única vez que acabé con los dos platos. Después subí a mi cuarto y, con trazo firme y seguro, marqué con una cruz la casilla del día doce de noviembre en el calendario que tenía colgado en la pared.

6

Eduardo estaba sentado en el banco de piedra, una gárgola en la oscuridad. Cuando puse mi mano sobre su hombro dio un respingo y se levantó de un salto. Retrocedí, asustado. Tenía los ojos rojos, inyectados en sangre, y la cara pálida, como si llevara varios días sin dormir, en un estado de extrema tensión.

—Ha vuelto usted, Paco —dijo, y su voz sonaba débil, mortecina—. Le estuve esperando varios días. Necesito que me ayude, que venga conmigo. He hecho algo terrible.

Algo en sus gestos y en su manera de hablar me indujo a desconfiar. Sentí temor, pues su actitud era muy distinta a la de tantas otras noches. Mientras pensaba en ello, Eduardo agitaba las manos y depositaba su peso primero en un pie y luego en el otro. Aquel joven probablemente era la única persona en el mundo a la que podía llamar amigo sin miedo a equivocarme, por lo que no tardé demasiado en armarme de valor y asentir con la cabeza.

—¡Estupendo! —gritó, intentando esbozar una sonrisa— ¡Estupendo! Vendrá conmigo, y ellos lo comprenderán. Usted se lo explicará, y ellos lo entenderán. Cualquiera puede tener un mal día, ¿verdad, Paco? ¡Cualquiera! Y más nosotros, que no llevamos una vida fácil. Oh, sí, y ellos saben perdonar...

Y continuó hablando y hablando sin parar durante todo el trayecto hasta su casa. Las calles giraban y se retorcían y giraban y terminaban en otra calle más amplia. Los semáforos se sucedían uno tras otro. No vimos coches, apenas uno o dos. No nos cruzamos con nadie. Mientras nos internábamos en la ciudad intenté memorizar el camino de vuelta, por si tenía que volver sólo. No lo conseguí, y lamenté no poseer un sentido de la

orientación más desarrollado.

—A veces es difícil, Paco, usted lo sabe —me dijo Eduardo mientras caminábamos por calles oscuras y las primeras gotas de lluvia caían sobre nosotros—. Muy difícil. Algunas noches ellos no paran de moverse, de agitarse. Y no puedo dormir. Paso noches enteras en vela, noches enteras oyendo sus voces... Y ellos me piden... me exigen que continúe con el trabajo... Pero yo no pedí esto, Paco. Yo no lo pedí. Yo no soy como mi padre.

Y llegamos hasta un portal iluminado. Subimos unas escaleras sin mirarnos y entramos en el edificio. Esperamos la llegada del ascensor en silencio. Eduardo se mordía las uñas como si tuviera quince o veinte años menos. Sus ojos no paraban de mirar alrededor, como si temiera que alguien se abalanzara sobre nosotros de un momento a otro. Al llegar a la puerta de su apartamento, Eduardo pareció recuperar un poco su presencia de ánimo y me dedicó una débil sonrisa, apenas una sombra de la habitual.

—Ahora, Paco, debe hablarles, debe explicarles lo que ha ocurrido... He sido débil, he permitido que mis sentimientos más abyectos me dominaran... Pero nunca quise hacerle daño, lo juro... Nunca quise hacerle daño —dijo, con lágrimas en los ojos, mientras abría la puerta del cuarto.

En el interior hacía calor, quizá demasiado para la época del año. Sin embargo, cuando noté cómo la puerta se cerraba tras de mí, sentí un escalofrío. Miré a mi alrededor con la boca abierta. La casa era en sí misma una sola habitación, cuatro paredes. Y desde el suelo hasta el techo las paredes estaban repletas de aquellas cajitas transparentes, aquellas diminutas cárceles de plástico. En el interior de cada caja una de las criaturas —sí, criaturas, no podría denominarlas de otra manera— se debatía contra las paredes. Pude oír sus voces, sus gritos mientras golpeaban una y otra vez los muros de sus prisiones. Y todas ellas se agitaban y movían a la vez, siguiendo un ritmo inexplicable, una letanía inhumana de papel plegado.

Reparé sin quererlo en un trozo de papel en el suelo. Había sido cortado una vez, y otra, y otra, con ayuda de unas tijeras. La belleza del elefante había sido mancillada, su vida segada por unas manos vengativas y rencorosas. Aún se movían sus patas en una agonía eterna de cortes sin sentido. La caja de plástico que lo había guardado descansaba algunos centímetros más allá,

quemada por los bordes, una muestra más del alma torturada y deshecha que había hecho aquello. Las voces clamaban justicia. Las voces clamaban venganza.

Las criaturas de las paredes saltaban y aullaban como posesos. Peces, árboles, aviones, leones, máscaras, pajaritas, androides, hombres, puertas... Todos sentían la pérdida, todos sentían el dolor. Sus voces llenaban mi cabeza, gritaban en mi alma.

Recogí las tijeras.

—¿Lo comprende ahora? —gritó Eduardo detrás de mí, apenas audible bajo aquella cacofonía.

Sentí su dolor, sentí su pérdida. Ellos me hablaban a mí, me necesitaban. Los aullidos de Eduardo no ahogaban sus súplicas. Clavé una y otra vez, una y otra vez, dejando que ellos guiaran mis manos. Cuando dejó de gritar, la habitación quedó en un completo silencio. Todos ellos se detuvieron, y a pesar de que la mayoría no tenían ojos, sentí cómo me miraban, y hasta mi alma llegó un suave murmullo de aprobación.

Después me senté en el suelo y lloré.

7

Algunas horas después me dejaron marchar, pero tuve que prometerles que volvería. Eduardo estuvo cuidando de ellos durante los últimos años, y necesitan que alguien siga haciéndolo. Comprendieron que no podría pasar mucho tiempo allí, que las responsabilidades de mi vida en una residencia me limitaban bastante. Por ese motivo prometieron ayudarme.

He llegado tarde a mi habitación, y la enfermera de guardia ha aprovechado la oportunidad para abroncarme. La he escuchado en silencio, con una sonrisa en el rostro. Ofendida, se ha marchado no sin antes decirme que se lo notificaría a la enfermera jefe. Cuando he cerrado la puerta, he sacado de uno de los bolsillos de mi abrigo una cajita de plástico transparente. En su interior una diminuta criatura se agitaba, nerviosa.

Prometieron ayudarme.

Esta noche lo harán.

LA HORA DE LA VERDAD

Toma de decisiones acerca de la muerte {1}

I. Introducción

Antes o después la muerte nos alcanza y, cuando lo hace, surgen multitud de decisiones importantes que debemos tomar.

Este documento trata de responder algunas de las preguntas más comunes referentes a las **medidas** que hemos de adoptar, las decisiones que debemos tomar y los requerimientos legales con los que nos enfrentaremos cuando la muerte llegue por primera vez a nuestra familia. Sin duda éste es un momento difícil para usted y para su familia. Por ello esperamos que este documento le sirva de ayuda a la hora de afrontarlo.

II. Preparativos

El primer paso a la hora de planificar un funeral es seleccionar correctamente la empresa de pompas fúnebres que se hará cargo de todos los trámites necesarios. Se trata de una decisión importante, por lo que le recomendamos invertir en ella todo el tiempo que considere necesario. Contacte con los directores de varias funerarias, acuda a visitar sus instalaciones y no dude realizar cuantas preguntas considere adecuadas antes de tomar una decisión definitiva. Ellos escucharán todas y cada una de sus preguntas con suma atención y se mostrarán comprensivos ante sus necesidades, su estilo de vida y sus preferencias religiosas. La mayoría de las funerarias podrán informarle acerca de los preparativos del funeral y el posterior alojamiento del fallecido. Para evitar cualquier tipo de malentendido, las funerarias prefieren tratar estos temas en persona, pero la mayor parte no se negarán a proporcionarle información básica por teléfono, correo electrónico o correo tradicional si usted así lo requiere.

Las empresas funerarias deben proporcionar, por ley, una lista general de precios por sus servicios al público cuando un cliente lo solicite. Esta lista debe incluir un surtido adecuado de ataúdes, sarcófagos, urnas crematorias y cualquier otro tipo de receptáculo

o lugar donde alojar al fallecido, indicando junto a cada artículo su precio de forma clara.

Muchas personas han descubierto que adelantar los preparativos y realizar una financiación previa de los servicios funerarios puede ayudar económica y mentalmente a los miembros de la familia que han sobrevivido. Esto reduce la dificultad de algunas decisiones que los familiares deben tomar, muchas veces apremiados por el tiempo. Adelantar los preparativos —detallándolos, por ejemplo, en el testamento— le asegurará que todas sus preferencias personales serán, siempre que sea posible, respetadas.

Para cualquier consulta acerca de las posibilidades de realizar una financiación previa, como un seguro de vida o un plan de inversión, puede dirigirse a su funeraria local.

iii. Muerte lejos del hogar

Cuando la muerte le sorprenda lejos de su hogar, no debe sentir ningún reparo a la hora de contactar con una funeraria de su ciudad. De hecho, recomendamos encarecidamente hacerlo, ya que en la actualidad existen tratamientos muy distintos dependiendo del país en el que nos encontremos (por mencionar dos ejemplos, en Francia se ha prohibido la cremación{2} y en Alemania todos los fallecidos son recluidos en edificios creados expresamente para ello{3}). Por ejemplo, si la muerte ha tenido lugar mientras disfrutaban de sus vacaciones, deben contactar a la mayor brevedad posible con las autoridades locales. Ellos se encargarán de hablar con las funerarias cercanas al área donde ha tenido lugar el fallecimiento. A partir de ese momento, personas especialmente preparadas entablarán conversaciones con una empresa de pompas fúnebres situada en su ciudad de residencia habitual, si ustedes no les facilitan una determinada. Tras acordar todos los detalles, se decidirán los pasos a seguir (funeral, repatriación del cadáver si es posible realizarla en las primeras cuarenta y ocho horas, cremación, alojamiento). Esto nos ayudará a prevenir una duplicación de servicios que conllevaría una innecesaria multiplicación de los gastos. Si, como indicábamos anteriormente, la muerte ocurre fuera del territorio de los Estados Unidos, recomendamos contactar con la embajada o consulado

americano para realizar todos los preparativos necesarios.

Las empresas funerarias están licenciadas por el estado. Son empresas que ofrecen diversos servicios y productos. Están específicamente preparadas para llevar a cabo todas las labores necesarias para asegurar que no suceda ningún imprevisto durante el funeral, así como proporcionar tanto al fallecido como a los familiares todo lo necesario para que el tránsito se realice con la mayor normalidad. Usted, por lo tanto, puede y debe elegir una funeraria con la que se sienta cómodo. Especifique con la mayor exactitud posible los servicios que desea y determine el coste exacto de cada servicio individual, así como el coste de la totalidad de los servicios proporcionados, antes de dar el paso definitivo.

IV. Donación de órganos

En el pasado la donación de órganos era una práctica rutinaria que ha ayudado a salvar miles de vidas de hombres, mujeres y niños cada año. Las personas que reciben un trasplante, en la mayoría de los casos, continúan sus vidas con total normalidad. Sin embargo, hay muchos más americanos esperando un órgano sano que donantes disponibles y, desafortunadamente, muchos mueren esperando. Aunque parezca increíble, nuestro país es uno de los pocos que mantiene la costumbre de la donación de órganos, ya que muchos otros han rechazado esta posibilidad basándose en prejuicios poco claros[4].

Los tipos de donaciones dependen en gran medida de las circunstancias asociadas a la muerte, la edad del donante potencial y su historial médico. Las posibles donaciones incluyen órganos, huesos, piel, válvulas del corazón, tendones, ligamentos y córneas. Por razones evidentes no se permite la donación del cuerpo entero, incluso después de haberle sido extraído el cerebro. Estas donaciones son usadas en un amplio abanico de procedimientos médicos:

- Los huesos son usados para reparar o reemplazar huesos tras accidentes de carácter grave, cáncer óseo o ciertas enfermedades degenerativas.
- La piel es usada para reducir el dolor y las posibilidades de

infección en pacientes con quemaduras graves, así como para reemplazar piel desprendida de nuestros familiares ya fallecidos.

- Las válvulas del corazón ayudan a niños nacidos con problemas cardíacos o a adultos que hayan sufrido infartos y posean un corazón débil. Debemos añadir aquí que es absolutamente falso que exista un mercado negro de venta de corazones en nuestro país{5}.
- Los tendones y ligamentos se emplean para reemplazar o reforzar posibles daños en las rodillas de los pacientes.
- Las córneas ayudan a muchas personas a mejorar su visión.

La donación de órganos puede realizarse en cualquiera de las múltiples organizaciones reconocidas por el estado.

Dependiendo del tipo de donación realizada, ésta puede o no interferir con los servicios funerarios que usted desee realizar. En cualquier caso, los órganos donados son extraídos por personal médico especialmente cualificado para ello. Todo el coste relacionado con este proceso será pagado por la agencia encargada de recoger la donación. En la actualidad ninguna religión está de acuerdo con esta práctica, por lo que quizá sería positivo consultar con su parroquia antes de tomar ninguna decisión{6}.

Cualquier americano de más de dieciocho años que no haya fallecido con anterioridad puede obtener su tarjeta de donante en previsión de su fallecimiento. Incluso aunque usted posea una tarjeta de donante necesita una confirmación por escrito de la agencia que le atienda para poder donar sus órganos. Si desea solicitar ese documento puede realizarlo a la misma agencia asignada y llevarlo junto a su tarjeta. Su familia más cercana tiene derecho a donar cualquier órgano de su cuerpo a menos que usted lo haya prohibido expresamente.

V. Ceremonias y servicios

El rito o ceremonia que sucede a la muerte goza de gran importancia para los supervivientes. Es necesario tomar decisiones acerca de la ceremonia, la mayoría de las cuales vienen determinadas por los deseos expresados y los arreglos previos realizados por el fallecido, así como por consideraciones culturales

y religiosas. Debemos recordar sin embargo que el funeral en sí es para los vivos, así que es importante incluir en él rituales que ayuden a familiares y amigos a sobrellevar el hecho.

Usted puede optar por un funeral clásico o un funeral con el cuerpo del fallecido presente{7}. No existe ningún requisito legal que impida la presencia de un clérigo durante el funeral. Si usted no pertenece a una parroquia local o no conoce a algún religioso de su confianza puede solicitar ayuda a su funeraria para que le aconseje a la hora de seleccionar el adecuado.

El rito puede tener lugar en una funeraria —la mayor parte de ellas cuentan en el interior de sus instalaciones con su propio oratorio multiconfesional—, en un tanatorio, en un cementerio, en el hogar o en cualquier otro lugar, tanto privado como público, previa aprobación de la funeraria seleccionada. Las prácticas culturales y religiosas determinarán en gran medida si el cuerpo debe estar presente o no, así como cualquier otra consideración.

VI. Muerte infantil

Los servicios para el fallecimiento de un niño son similares a los de un adulto. Incluye todos los servicios proporcionados en un funeral tradicional, con las mismas consideraciones religiosas y culturales que se tienen en cuenta con un adulto.

Sólo debemos remarcar la necesidad de extraer el cerebro al niño si éste es menor de seis años, como la ley actual exige{8}.

VII. Últimas disposiciones

Las últimas disposiciones que deben adoptarse con el cuerpo después de la muerte son responsabilidad tanto de la familia más cercana como del estado. Las diversas opciones que se le ofrece en la actualidad al cliente son: el enterramiento, la cremación, el encierro controlado y la donación{9}. A continuación se exponen diversos requerimientos legales que deben ser cumplidos antes de que las últimas disposiciones puedan ejecutarse:

- Cada cuerpo humano fallecido debe ser enterrado, incinerado, encerrado o donado antes de que transcurran las primeras cuarenta y ocho horas desde el fallecimiento.

- Un permiso debe ser cursado cuando se rellena el certificado de defunción. Este permiso facilita el posterior desplazamiento del cuerpo en el caso del encierro controlado o la donación.
- Los preparativos para el transporte del cuerpo en los casos anteriormente mencionados deben ser acordados con la funeraria.
- En los casos en los que se requiere una autopsia{10} por un forense o por una investigación policial el médico debe presenta por escrito un permiso del estado a la familia. Por supuesto, si se realiza esta autopsia el cerebro deberá ser extraído del cuerpo y destruido.

VIII. Tipos de disposiciones

Entierros y Cementerios

Los entierros eran, sin duda alguna, la última disposición más común en el pasado. Esta opción requiere la elección de un lugar adecuado en el cementerio para enterrar el cuerpo, así como si se desea una lápida o un mausoleo. Dependiendo del tipo de entierro que se desee (permanente o no) el tipo de tumba seleccionado será distinto, así como los servicios que el cementerio deberá proporcionar.

Algunos cementerios exigen que el ataúd sea provisto por ellos mismos o por funerarias asociadas. Esta exigencia suele tener lugar cuando se trata de un entierro no permanente, para facilitar el trabajo a los operarios del cementerio. En el caso de un entierro permanente no debe existir ningún tipo de problema.

Cada cementerio provee una serie de servicios diferente a la hora de realizar el entierro, por lo que será necesario que usted mismo acuerde con el encargado los detalles, que variarán en gran medida si se trata de un entierro permanente (lápida, coste de mantenimiento, extracción del cerebro) o uno no permanente (marca, vigilancia, munición{11}).

Si se trata de un entierro permanente, es necesario realizar la extracción del cerebro antes de proceder con los preparativos. Las leyes actuales prohíben realizar enterramientos, tanto permanentes como no permanentes, en propiedades privadas, bajo penas que pueden conllevar incluso el ingreso en prisión por

períodos superiores a un año.

Cremación

El número de personas que han solicitado ser incineradas en su testamento se ha incrementado de forma significativa en los últimos años y todo indica que seguirá creciendo en el futuro. De hecho, varias personas han solicitado la nacionalidad americana en la última década para poder acceder a este servicio que garantiza que el fallecido no volverá a la vida tras las veinte horas siguientes a su muerte{12}.

Los servicios de incineración pueden obtenerse mediante cualquier empresa funeraria licenciada del estado. Los precios pueden variar dependiendo de cada establecimiento, por lo que es recomendable visitar varios de ellos antes de tomar una decisión. Es posible que usted desee celebrar un funeral (de forma parcial o completa) antes de incinerar el cuerpo. En cualquier caso, deberá celebrarse en las primeras cuarenta y ocho horas desde el fallecimiento.

Para el servicio de cremación las empresas funerarias disponen de ataúdes a precios económicos. Las leyes estatales no requieren que el cuerpo incinerado se encuentre en el interior de un ataúd, pero la mayor parte de las empresas de pompas fúnebres exigen este requisito para facilitar el proceso y no crear una situación de peligro para sus propios empleados al manipular el cuerpo. La aprobación para realizar la incineración debe ser obtenida por escrito por el médico que certifica el fallecimiento y entregada a la funeraria a la hora de solicitarlo.

La cremación se realiza colocando el cuerpo del fallecido dentro del ataúd y llevando éste a una habitación especialmente acondicionada para ello. Mediante un calor intenso o la exposición directa a las llamas, el cuerpo es reducido a cenizas o fragmentos de hueso. La ley del estado no requiere que el cuerpo sea embalsamado antes de proceder a su incineración a menos que sea necesario por razones de salud{13}.

Antes de proceder a la cremación, usted debe obtener:

- Un certificado de defunción completo.
- Aprobación por escrito del médico que certifica el fallecimiento.

•Permiso por escrito de la persona a ser incinerada.

Los restos de la cremación pueden ser conservados en una urna. Esta urna puede ser enterrada, colocada en un mausoleo o permanecer con la familia. Las cenizas pueden ser incluso lanzadas en algún lugar significativo para la familia o el fallecido. Sin embargo, algunas leyes locales prohíben esta práctica[14].

Algunos cementerios que proporcionan sus propios crematorios proveen además jardines donde pueden lanzarse las cenizas, asegurando a la familia que la zona seleccionada no será utilizada durante un tiempo a determinar.

Encierro controlado

Con el paso de los años muchos americanos han adquirido una nueva sensibilidad respecto a la muerte, gracias en gran medida a la publicidad que desde los medios de comunicación se ha extendido por todo el país. Esta labor de concienciación ha conducido a una nueva modalidad de disposición última que, en los dos últimos años, se ha convertido en la más solicitada por los familiares de los fallecidos.

El encierro controlado ha tenido una acogida muy diferente dependiendo del nivel cultural y social del cliente. En la actualidad varios estados ofrecen grandes edificios excelentemente acondicionados para mantener en encierro controlado a sus familiares fallecidos, variando los precios dependiendo de los servicios que se deseen contratar. En cualquier caso supone un gasto económico considerable que no todos pueden permitirse. Los edificios suelen ofrecer habitaciones privadas, dobles o salas comunes, siempre preparadas con el equipo médico y el servicio de supervisión adecuado. Todas ellas disponen de grandes cristaleras que permiten a los familiares ver y comunicarse con sus fallecidos.

Dado que todavía no existe una solución válida para evitar la putrefacción, además del riesgo que conlleva cualquier acercamiento a los fallecidos, no se permite el contacto con los fallecidos excepto a través de las cristaleras anteriormente mencionadas. En el caso de pacientes que reciben tratamiento estético —renovación de piel, sustitución de órganos deteriorados —, operarios con preparación adecuada se harán cargo de todo lo

necesario.

La alimentación durante el encierro controlado supone uno de los gastos más importantes, ya que se requieren ciertos productos que no son fáciles de conseguir[15]. El régimen de visitas es estricto, siendo la alimentación uno de los momentos en los que se prohíbe el acceso al edificio. La ley actual indica que no se podrá mantener en encierro controlado a un cliente más de tres años, debido sobre todo a la progresiva degradación del cuerpo así como a la peligrosidad que entraña su vigilancia.

Para acceder al servicio de encierro controlado, el fallecido debe realizar ciertos pasos previos:

- Presentar un certificado de defunción completo.
- Presentar un permiso por escrito indicando el deseo de ser encerrado.
- Presentar un permiso que permita realizar el segundo deceso transcurridos el número de años que determine la ley.

Donación

La donación completa —no confundir con la donación de órganos— ha sido una de las decisiones más controvertidas que ha puesto en práctica el estado americano. Aunque todavía no se ha dado ningún caso entre los fallecidos, es posible que en un futuro éstos puedan entender lo que los vivos intentan transmitirles, mostrando inteligencia y reaccionando a los estímulos sociales tal y como lo hacían en vida. En la actualidad sus actos se limitan a emitir una serie inconexa de gruñidos y mostrarse inusualmente violentos en presencia de seres vivos, llegando a realizar actos de extrema agresividad si no se les detiene.

La donación completa garantiza al estado la posibilidad de utilizar a los fallecidos de la forma que considere más conveniente transcurridos los primeros tres años del encierro controlado. Realizar una donación completa es confiar en el estado, que sabrá cómo actuar ante cualquier eventualidad. Estamos dando los primeros pasos en control y educación de fallecidos, orientando el programa hacia la creación de puestos de trabajo e integración social[16]. Creemos que se trata de una excelente iniciativa que, con el apoyo de todos los americanos, podrá convertirse con el paso de los años en una admirable muestra de progreso a imitar

por el resto del mundo.

IX. Programas de atención a la familia

Existen varios tipos de programas, así como asociaciones y grupos de atención, dedicados exclusivamente a atender a las familias tras el fallecimiento de uno de sus miembros. Habitualmente estos grupos están patrocinados por hospitales, iglesias, hospicios, funerarias u otras organizaciones comunitarias.

Algunas funerarias poseen su propio equipo de atención a la familia o disponen de contratos en exclusiva con otros profesionales u organizaciones que puedan ayudar a la familia del fallecido en lo que necesiten.

Para encontrar todos los recursos disponibles en su área, contacte con su funeraria local, o con el hospital más cercano. Además, dispone de los teléfonos de Ayuda Funeraria que cada estado proporciona a sus ciudadanos.

X. Notas finales

Esperamos que este documento le haya sido de ayuda a la hora de enfrentarse al primer fallecimiento de un familiar. Esperamos así mismo que si observa cualquier tipo de irregularidad en el trato dispensado por la funeraria —como tratos vejatorios al cadáver, actitud irrespetuosa, problemas en el segundo deceso, condiciones inhumanas en el encierro controlado, uso indiscriminado de la palabra *zombi...*—, lo comunique sin dilación a cualquier autoridad local.

Departamento de Salud de Estados Unidos
www.health.state.us



No me mires de esa manera.
Tú no eres diferente a mí;
lo que te ocurre es que todavía no lo sabes.
La Flor del Mal

Laura, sentada en una silla de metal.

Sus pies, pequeños, envueltos en calcetines de color rosa, bailan en el aire, adelante, atrás, adelante. La niña mira a un lado y a otro, buscando a su madre. El pasillo, de paredes blancas, de suelo blanco, iluminado por grandes tubos fluorescentes, se extiende a ambos lados de la niña como los brazos de la cruz de una iglesia. Laura se rasca la nuca, cierra los ojos. Puede oír, a lo lejos, las voces de las enfermeras, el susurro de los pasos de un paciente que vuelve a su cuarto, las risas contenidas de una pareja que comparte un chiste privado. Abre los ojos, deja que sus pies se balanceen en el aire, adelante, atrás, adelante.

Desde donde se encuentra no puede ver el reloj, no puede saber qué hora es. Su madre ha salido un momento, no tardaré nada bonita, pero tarda demasiado. Laura apoya las manos sobre la silla, trata de sostener todo su cuerpo con dos puntos de apoyo, le tiemblan los brazos. Busca en el bolsillo de su vestido, encuentra un pañuelo blanco, una entrada de cine. Antes de venir al hospital han ido al cine, a ver una película de un tiovivo mágico, lleno de criaturas fabulosas, sonrientes, valientes. Laura ha disfrutado mucho de la película, pero cuando su madre le ha preguntado cuál de los personajes le ha gustado más, ha dicho que aquel con el cuerpo en forma de muelle, el del rostro azul, el de hielo. El malvado. A su madre no le ha gustado y se ha persignado. Ese gesto ha hecho que Laura le mire con rabia, con desprecio.

Quizá por eso se ha marchado y la ha dejado allí, sola, esperando.

Laura baja de la silla. La puerta del cuarto en el que descansa su abuelo está abierta. Se pregunta si debe entrar. Su madre le ha dicho que no, que espere fuera, que ella entrará sola a ver al abuelo, que está muy enfermo, que espere fuera. Laura quiere entrar. La última vez que vio al abuelo fue en Nochebuena. Se había disfrazado con un ridículo traje rojo, con una barba blanca que resbalaba por su rostro y mostraba su sonrisa amarillenta. Había traído regalos en un saco. Juguetes, muchos juguetes. A

Laura le había encantado que el abuelo se disfrazara. No le ven mucho, Laura cree que su madre está enfadada con él. Pero el abuelo no parecía enfadado la última vez. No, parecía quererlos mucho a todos. Incluso a su padre.

Laura, de pie frente a la puerta del cuarto.

Huele a desinfectante, a limpio. Pero bajo ese olor persiste otro, el olor que despiden los ancianos enfermos: un desagradable aroma a fruta podrida, a metal oxidado. Laura asoma su cabeza al interior del cuarto. La luz del sol se filtra a través de las persianas, la imagen borrosa de la televisión baila en la pantalla. Laura golpea con sus nudillos la hoja de la puerta, entra. Recuerda las palabras de su madre, su rostro enrojecido, sus ojos serios. Su abuelo, tumbado en la cama, murmura algunas palabras que la niña no puede entender. Laura da un paso dentro del cuarto. Desde donde se encuentra puede ver la cama, alta, blanca, y la forma de su abuelo recortada bajo las sábanas. Uno de sus brazos, grueso, surcado de venas, cuelga un lado como el tronco de un árbol arrastrado por el río y abandonado horas después junto a la orilla. Laura camina en silencio hacia su abuelo. En la televisión las imágenes carecen de sonido. La otra cama está vacía. Su madre le ha dicho que en cada habitación descansan dos personas. Allí, sin embargo, su abuelo está sólo.

—¿Abuelo? —dice la niña.

Como respuesta, el hombre carraspea, gruñe, alza la cabeza unos centímetros, un barco encallado en un mar de telas blancas. Laura se acerca un poco más a la cama. Oye voces en el exterior, voces que la llaman. Proceden de algún punto lejano, del pasillo, y reverberan en las paredes como cuando su padre sube la música y la voz de John Fogerty brota de los altavoces, corriendo a través de la jungla.

—¿Abuelo? —dice la niña, acercándose un poco más.

Las voces en el exterior se convierten en gritos. Laura se vuelve, mira hacia la puerta. Su madre no tardará en aparecer. Se enfadará al descubrirla allí dentro, se enfadará mucho. Gritará, la pegará; hablará con Dios. Laura piensa que sería mejor salir, volver al pasillo.

Entonces nota los dedos de la mano de su abuelo, gruesas ramas, enroscándose en su brazo.

—¿Abuelo? —dice, volviéndose.

El hombre la mira con ojos ciegos. Se ha incorporado, apoyando el peso de su cuerpo en el codo del brazo que agarra a la niña. El anciano abre la boca, y un esputo de sangre negra rueda por sus labios y cae sobre la cama. Laura aparta la vista, asustada. Su abuelo está muy enfermo, eso le ha dicho su madre. Tan enfermo que sería incapaz de reconocer a su propia hija, a su propia nieta.

—¿Qué? —dice la niña.

Un sonido ahogado ha brotado de la garganta de su abuelo, una palabra, pero no ha podido entenderla. Además se siente incómoda. Los dedos del hombre se clavan en su brazo, le hacen daño, pero el anciano no parece consciente, no muestra intención de liberar su presa.

—Zarza —dice el anciano—. Zarza.

Laura se vuelve justo cuando su madre traspasa el umbral de la puerta.

—¿Qué has hecho, maldito cabrón? ¿Qué has hecho, hijo de cien mil putas? —grita su madre, abalanzándose sobre ellos.

El anciano abre la mano y Laura, sin saber realmente qué hacer, retrocede hasta que su espalda queda pegada al televisor.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —grita su madre, sin acercarse al abuelo.

Aparecen algunas enfermeras, un doctor. De pronto la habitación es un caos de voces, de gritos. También grita la televisión. Laura comienza a llorar. Se sienta en el suelo, se cubre los ojos con las manos. Oye un pitido horrible, insoportable, que procede de una de las máquinas que rodean a su abuelo. Antes de que las lágrimas la cieguen, mira una última vez hacia la cama. Hay manchas de sangre sobre las sábanas, sangre que ha brotado de la boca de su abuelo.

Sangre que empapa la palma de la mano que, segundos antes, ha sujetado con fuerza su brazo.

Laura, en el patio del colegio.

Cuatro niñas, sentadas a su alrededor, sostienen cada una de ellas una muñeca entre sus manos. La miran con recelo, como miran las niñas a los recién llegados. Una de ellas muestra una sonrisa mellada, otra parpadea tan rápido que Laura no se atreve a

mirarla por miedo a reírse de ella. Las otras dos sostienen sus muñecas —pequeños esbozos de plástico de lo que nunca serán— entre las manos, y no apartan la vista de Laura.

En el patio hace frío a pesar de que están sentadas bajo el sol. Tras ellas un grupo de chicos corretea tras una pelota. Otros dos, más allá, sentados en un banco de piedra, balancean sus pies mientras comparten un tebeo. La algarabía, los gritos, las carreras, las sonrisas, las miradas, alteran a Laura. Se siente incómoda, nerviosa. Asustada.

Se siente así en presencia de conocidos, de extraños.

No le gusta la gente, no le gusta que se acerquen a ella, que hablen con ella, que bromeen con ella. Que la toquen.

Una de las niñas extiende su mano, le ofrece su muñeca.

—¿Quieres verla? —dice.

Laura asiente.

Coge la muñeca —pelo rubio, ojos grandes, ropas caras—, la mira. En la puerta del patio aparece una monja (susurro de largos ropajes oscuros), una de las religiosas que imparten clases y cuidan de los más pequeños. Da unas palmadas. El recreo termina y deben volver a sumergirse en los números, en las letras, en los credos. En el aburrimiento. Laura no quiere volver dentro: quiere quedarse fuera, en el patio, con la muñeca, sola. Las niñas son un torbellino de risas y gritos y pequeños pies enfundados en zapatitos negros que corretean hacia la puerta de entrada. Laura se levanta, camina por el patio en dirección a la fuente, llevando la muñeca entre sus manos. La monja advierte la desobediencia, sale tras ella con rostro serio. Niña maleducada, aprenderás.

Laura, de pie junto a la fuente.

—Ven inmediatamente aquí —dice la religiosa.

Laura niega con la cabeza, forma con sus pequeñas manos un recipiente, bebe agua de la fuente. En el cielo dos gorriones se persiguen trazando una cinta de moebius hasta descender junto a la niña, sólo para remontar el vuelo de nuevo. Algunas niñas observan desde la entrada. La monja, rabia indefinida danzando en su mirada, se acerca a Laura.

—Te he dicho que vengas. Que vengas ahora mismo. Vas a aprender a obedecerme —dice, mostrando entre los pliegues de su ropa una larga vara de madera.

Laura retrocede, sacude sus manos, espolvoreando gotas de agua sobre la arena del patio. Busca la muñeca. La ha dejado junto al grifo, la coge. La monja coloca una de sus manos sobre el hombro derecho de la niña, con la otra tira de su pelo.

—Vas a aprender... —dice.

Y entonces grita y suelta a la niña y da dos pasos hacia atrás. Alza sus manos ante Laura, que abre la boca y la cierra mientras ve la sangre que empapa la piel de las palmas de las manos de la monja, estigmas surgidos de la nada que hacen que ella grite y las niñas griten y la hermana grite y la muñeca caiga al suelo, rota, atravesada por un millar de alfileres.

Laura, tumbada en el suelo, en el salón de casa.

Oye a sus padres hablando en el dormitorio. Hablando, gritando. Ellos creen que no puede oírlos; han cerrado la puerta y tratan de no elevar la voz, pero no lo consiguen. Laura oye los gritos de su padre.

—¡Familia de locos! ¡Maldita familia de locos!

Su madre llora. Laura sabe que está llorando, por sus palabras entrecortadas, por los gemidos. Laura mira la televisión. Ha bajado el volumen para poder oír a sus padres. Tiene miedo cuando la gente discute a su alrededor. Tiene miedo de lo que pueda ocurrir. No quiere hacer daño a nadie, pero cuando la gente discute, ella le hace daño. Sin querer.

—¿Otro colegio? ¡Eso no vale de nada! ¡Deberíamos entregarla a un circo! —dice su padre, y a sus palabras le sigue un golpe seco.

La puerta del dormitorio se abre y Laura aparta la mirada de la televisión. Sus ojos se encuentran con los de su padre, que se acaricia la mejilla con una mano. Hay rabia en los ojos de su padre, rabia y tristeza. Laura piensa que ella tiene la culpa y siente ganas de llorar. Su padre sale del cuarto, se acerca. Se sienta con las piernas cruzadas frente a la niña, trata de sonreír.

—Tú no tienes la culpa, preciosa —dice, como si le hubiera leído el pensamiento—. Tú no tienes la culpa.

Acaricia su cabeza, su pelo. Laura está asustada. Su padre retira la mano, frunce el ceño. Laura sabe que ha vuelto a hacerle daño, como tantas otras veces. Como a su abuelo. Quiere decir algo, quiere pedir perdón, pero prorrumpe en un llanto

incontrolado. Quiere que su padre le dé un abrazo, que le diga que todo está bien. Él no lo hace. Con esa expresión de tristeza que tanto asusta a la niña, mirando la palma de su mano con inquietud, su padre se levanta y se va.

Su madre observa la escena en silencio desde el dormitorio, y se santigua cuando le ve marchar.

Laura, de pie, en la cocina.

—¿Y papá? —pregunta Laura.

Su madre deja la sartén sobre el fuego. Tiene los ojos rojos, el maquillaje derretido por toda la cara.

—Mejor que te olvides de él, Laura. Mejor —dice.

Abre el frigorífico, saca unos huevos. Los parte contra el borde de un plato y tira las cascaras a la papelera. Una de ellas cae al suelo, Laura la recoge.

—¿No va a volver? —pregunta la niña.

—No —responde su madre—. No va a volver.

—¿Estamos solas? —pregunta la niña.

La madre se vuelve. Rostro serio, mirada severa.

—Nunca estaremos solas. Dios está con nosotras.

Laura, sentada en el salón.

En la televisión se suceden las historias vulgares de personas vulgares. Laura, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, simula leer un libro. Las hojas se deslizan entre sus dedos, pero sus ojos miran la pantalla con una mezcla de ansia y aversión. Dos mujeres se enzarzan en una discusión. Un hombre se levanta y se marcha. Laura pasa una hoja, mira la pantalla. Siente dolor en los tobillos por la posición forzada que mantiene.

—¡Prepara bien el examen para mañana! ¡Dios no querría que suspendieras! —oye decir a su madre.

Laura mira la televisión, pasa las hojas. Recuerda el examen de mañana. No quiere ir al colegio, no quiere ver a esos niños y niñas que temen acercarse a ella, que la miran como si fuera un bicho raro, alguien extraño. Alguien que saldría en la televisión. Laura pasa una hoja, y un latigazo de dolor recorre su mano. Se levanta de un salto, ahoga un grito.

—¿Qué pasa? —grita su madre.

—¡Nada! —responde Laura.

Un fino hilo de sangre, una media luna, brilla en su dedo índice. Se ha cortado con una de las hojas del libro, del maldito libro. Laura recoge el libro, lo aprieta entre sus manos. Las hojas se agitan, se doblan, se rasgan. Desde la pared, un Cristo crucificado que languidece como una flor muerta le mira con ojos llorosos. Laura deja caer el libro al suelo. Las tapas muestran profundos agujeros, desgarros que recorren el cartón de lado a lado, que atraviesan las hojas y perforan el papel. En la televisión una niña sonríe y se levanta cuando aparece su abuela en escena. Se abrazan.

Laura quiere abrazar a su madre.

Laura quiere que alguien le abrace.

Laura, en el cuarto de baño.

—El Señor escogió la forma de una zarza ardiente para hablar con... —dice su madre mientras ella se seca el pelo con una toalla.

—¿Por qué una zarza? —pregunta.

Su madre la mira con una sombra de repugnancia en el rostro. Laura deja de secarse el pelo. Su piel blanca, todavía húmeda después de la ducha, brilla bajo la luz del techo.

—Vístete. Ya tienes el cuerpo de una mujer, no deberías andar desnuda en mi presencia.

Laura, sentada en una silla.

A su lado, su madre. Frente a ella, un hombre vestido con una bata blanca. Lleva unas gruesas gafas y barba de varios días. Laura recuerda que su padre nunca dejaba crecer su barba, ni siquiera los fines de semana.

—Entonces, ¿no tienes amigas? —dice el hombre.

—Me tiene a mí, tiene a Dios —dice su madre, pero el hombre la mira a ella, espera una respuesta por su parte.

—No —susurra Laura.

El hombre asiente, anota algo en una libreta que descansa sobre la mesa. El hombre es un loquero, así lo ha llamado su madre. Laura se siente incómoda bajo su mirada, porque ese loquero, ese doctor —como se denomina a sí mismo—, quiere obtener respuestas a preguntas que ella no quiere que formule.

—¿Amigos? ¿Alguno especial? —pregunta el doctor.

—Es muy joven todavía para esas cosas —dice su madre.

—No —susurra Laura.

El hombre asiente, juega con el bolígrafo entre sus dedos. Laura ve que una de las paredes está cubierta de arriba abajo con diplomas como los que ella tiene. Se pregunta si están allí para que el doctor pueda recordar sus éxitos, o si simplemente son una manera de demostrar a sus pacientes su solvencia. Paciente. Él la ha llamado así, paciente, pero Laura prefiere que la llamen por su nombre.

—¿Sabes por qué estás aquí, hablando conmigo? —pregunta el doctor.

—Sí —dice Laura, anticipándose a su madre—. Por lo que le ocurrió a Bea.

El doctor cruza sus manos bajo su barbilla, la mira.

—Eso es. ¿Qué le ocurrió a Bea? —pregunta.

—Esa niña presuntuosa se lo ha inventado... —dice la madre de Laura, pero el doctor interrumpe su verborrea con un gesto.

—Preferiría oír lo que Laura tiene que decirnos.

Laura advierte el agradable olor a café recién hecho en el ambiente. Busca la cafetera en el cuarto, pero no la encuentra. Baja la mirada. En su regazo, entre sus manos, descansa la Biblia. Su madre también lleva una, dentro del bolso, ese enorme bolso negro que reposa en el suelo, entre las sillas, separándolas. El doctor espera, paciente, una respuesta. Laura busca una en su interior, una respuesta satisfactoria a lo ocurrido, pero no encuentra ninguna. Sería difícil, imposible, explicar con palabras lo que le ha ocurrido a Bea. Aunque hay algo que lo que está completamente segura.

—Hice daño a Bea —murmura.

—¿Qué? —pregunta el doctor, aunque Laura sabe que ha oído con toda claridad sus palabras.

—Hice daño a Bea —repite, y su madre se agita, inquieta, en su silla.

Laura, de pie, en la ducha, la sangre deslizándose entre sus muslos.

—Límpiate —dice su madre, tendiéndola una toalla húmeda —. Ya eres una mujer.

Laura, llorando.

—No es culpa tuya, cariño, no es culpa tuya —dice su madre, acariciándola.

Su madre trata de rodearla con sus brazos, pero el gesto muere un instante antes de terminar. Incluso ella misma tiene miedo, ella que sabe lo que ocurre, ella que conoce toda la historia. Laura comprende, al descubrir entre las lágrimas el rostro horrorizado de su madre, que de nuevo ha surgido la zarza, y se aparta, tambaleándose, en dirección a su habitación.

—¡Laura! —grita su madre, pero la joven que ya no es una niña se encierra en su cuarto y cierra la puerta.

Se tumba sobre su cama, y una miríada de diminutas agujas perforan las sábanas, el colchón. Laura se retuerce sobre la cama, liberándose, y se queda sentada, sosteniendo la Biblia entre las manos. Buscar refugio en Dios, tratar de comprender lo que significa su cuerpo, su cambio. A su espalda el rostro triste de la Virgen la observa con mal disimulada curiosidad.

—¡Laura! —grita su madre al otro lado de la puerta.

—Bruja —susurra la joven—. Bruja.

Piensa en su madre, piensa en ella misma. Brujas. Ha leído mucho en la biblioteca del instituto, ha tratado de comprender qué le ocurre. No ha encontrado nada que le sirva de ayuda, sólo una rémora de acusaciones, de remordimientos, de miedos, de rabia. Brujas, eso es lo que son. Por eso se marchó su padre. Por eso murió su abuelo. Brujo. Si lo hubiera sabido antes, si ella se lo hubiera contado, no hubiese permitido que aquel hombre hubiera posado sus amargas manos sobre ella.

Mientras abre la Biblia las lágrimas resbalan por su rostro. Busca el pasaje de la zarza ardiente. Entre sus líneas encontrará la respuesta al mal que la atormenta. Esa es, al menos, la esperanza a la que se agarra, pues no comprende qué debe hacer, cómo debe solucionar su problema, como lo llama su madre. Sabe que la culpa fue suya, lo recuerda perfectamente aunque no pueda creerlo. Los sarmientos helados de la mano de su abuelo rodeando su antebrazo, sus palabras.

Ella es la zarza.

Laura, de pie frente a la gasolinera.

El olor dulzón que impregna el aire hace que sienta la necesidad de abrir la boca. Dos coches esperan junto a sendos surtidores. Operarios vestidos con pantalones grises y camisetas naranjas atienden a los clientes introduciendo la manguera en el depósito de combustible. Laura intuye algo grosero en el acto, algo que la repugna. Dos mujeres hablan con un operario junto a un enorme bloque metálico blanco que exhibe la ilustración de un oso polar en el costado. Una de ellas lleva un extraño recipiente de plástico gris que previamente ha llenado de gasolina. Las mujeres se ríen, el hombre se pasa la mano por la nuca, sonríe.

Laura se siente incómoda, pero espera de pie frente a la gasolinera.

La llegada de una moto alborota la estación con el ruido del motor. De ella se baja un hombre alto, obeso; al quitarse el casco, Laura ve que es un hombre mayor, demasiado mayor para montar en moto. Una madre y una niña, que coge su mano, salen de la tienda de la gasolinera portando cada una de ellas un helado de cucurucho. Dos hombres se dirigen a la tienda con intención de pagar. Un coche arranca y se pierde en el río de la circulación. Laura ve que sigue la calle que conduce a su casa, apenas a tres manzanas de allí. Le gusta pasear desde el instituto a casa, sola. Hoy es la primera vea que se detiene en la gasolinera, aunque siempre pase por allí y disfrute del olor que despide el combustible. No sabe decir por qué, pero le agrada, y le agrada abrir la boca para tragar una bocanada de ese aire caliente con sabor a motor de coche.

Las mujeres en las que antes se ha fijado pasan a su lado.

—¿Señora? —dice Laura, demasiado alto, casi un grito.

Las mujeres se detienen. Una de ellas, la que lleva el recipiente de plástico gris, se vuelve. La otra sonríe, se pasa una mano por el pelo.

—El primer síntoma de la vejez. Te ha llamado señora —dice, y ríe.

La mujer del recipiente mira a Laura, sonríe.

—No la hagas caso —dice—. Lleva mal la cuarentena. ¿Qué querías?

A Laura le cuesta mucho hablar con otras personas, sobre todo con desconocidos. Hace acopio de todo su valor para pronunciar unas pocas palabras.

—¿Dónde… podría comprar eso? —dice, y señala lo que la mujer sostiene en su mano derecha.

—¿Gasolina? —dice la mujer, y Laura niega con la cabeza—. Ah, el cacharro. No te preocupes, si no tienes uno, en la gasolinera te lo dan. Nadie quiere que los coches se queden tirados por ahí, ¿verdad?

La mujer espera unos segundos —eternos, incómodos segundos— y, viendo que Laura no levanta la vista del suelo, se marcha con su acompañante. Laura las oye reír mientras caminan, y piensa que se burlan de ella, de su torpeza, de su ignorancia.

No le importa. Ya tiene su respuesta.

Laura, sentada, en la clase.

Lleva el pelo recogido, ropas grises, amplias. Mantiene la mirada baja, en su libro, mientras escucha las palabras del profesor. A su alrededor las chicas viven en un caleidoscopio de colores y risas; los chicos revolotean como gaviotas hambrientas, demasiado inmaduros aún. Laura no habla con nadie. Se sumerge en el estudio como un buzo en un lago de aguas negras, aislada de todo lo que ocurre más allá de su propio mundo. Sus compañeros la toleran como la criatura extraña que es, y hablan a sus espaldas de una madre dominante, de un padre que la ha abandonado; de ella.

El profesor alza la voz, se vuelve, y escribe en la pizarra con trazos gruesos algunos nombres, algunas fechas. Laura pasa la hoja de su libro, lee. Entre sus pies descansa su bolso de tela, en su interior un cuaderno en blanco, algunos lápices, una Biblia. Ha aprendido a no mostrarla en público para evitar las burlas. No tiene la fuerza de voluntad de la que su madre hace gala, no puede anteponer la imagen de Dios a su vida diaria.

—Salga a la pizarra —dice el profesor, y se oye un coro de risas contenidas.

Laura alza la mirada y sus ojos se encuentran con los del profesor.

—Vamos, señorita, no tenemos todo el día.

Laura tiembla como una hoja, y siente la inminencia de las espinas a través de su piel blanca. Respira hondo, se levanta. Varias chicas se cubren la boca con una mano, se ríen. Laura no las mira. Sabe que si lo hiciera, se haría daño, les haría daño. Deja

su asiento y camina hasta la mesa del profesor.

—Relacione las fechas con los nombres —dice el profesor, tendiéndole la tiza.

Laura tiembla. Sostiene la tiza entre sus dedos temblorosos y la apoya contra el manto verde que amenaza con devorarla. Mira a sus compañeros, y entre el bosque de medias sonrisas descubre un par de ojos serios, fijos, que desaparecen tras los párpados cuando ella trata de compartir una mirada. Un chico tímido, introvertido, que se sienta en la última fila.

—Es para hoy.

Laura se vuelve y, apresuradamente, relaciona fechas y nombres uniéndolos mediante flechas. Cada trazo que realiza sobre la pizarra rechina en su cabeza, en sus dientes. Oye débiles protestas a sus espaldas, pero las ignora, deseando terminar y volver a su sitio, a su soledad.

—Vaya, me ha sorprendido usted —dice el profesor cuando Laura termina y le ofrece la tiza.

Sin embargo, cuando el profesor trata de cogerla de la palma de la mano de la joven, retira la mano y se lleva un dedo instintivamente a la boca. Una delicada esfera de sangre brota de la última falange de su dedo índice, un globo bermellón que trata de apartarse de la piel y termina deslizándose por ella, convertido en manantial.

—Pero, ¿qué...? —murmura el profesor, buscando un pañuelo en el bolsillo, cubriendo su dedo—. Siéntese, siéntese.

Laura, obediente, vuelve a su sitio y se sienta. El trozo de tiza blanco, salpicado aquí y allá de diminutos puntos rojos, sigue adherido a la palma de su mano, atravesado de lado a lado por una fina aguja. Laura cierra el puño, trata de relajarse. Oye las risas de los chicos cuando el profesor envuelve el dedo con el pañuelo. Suena el timbre que indica el final de la clase y todos se escabullen en tropel, gritando, cantando, chillando, encendiendo un cigarrillo.

Todos menos el chico del fondo, que está de pie, junto a ella.

Laura deja caer el trozo de tiza al suelo, mira al joven.

—Me llamo Julio —dice él, y sonríe.

Laura, sorprendida, también sonríe.

Laura, sentada en un banco, en el parque.

Julio está sentado a su lado, en silencio. Han improvisado una barrera de bolsos y libros entre ellos. Miran al frente, a un grupo de hombres mayores que juegan a la petanca. De vez en cuando se observan el uno al otro de reojo. No hablan.

No necesitan hacerlo.

Laura, caminando por la calle.

Julio camina a su lado. Sonríen, comentan anécdotas que han tenido lugar durante los últimos días. Hablan de las clases, del instituto, de los compañeros. Pero también de sus gustos, de sus anhelos. Y sonríen. A Laura le asombra comprobar que, en contra de lo que esperaba, puede sonreír. Con Julio, el chico callado de la mesa del fondo, se siente cómoda, relajada. Nunca se había sentido así con nadie, ni siquiera con su madre.

Ni siquiera con Dios.

Y desea que Julio le quiera, le abrace. Sabe que tendrá que ir despacio, pues ambos son tímidos, introvertidos, torpes en las relaciones sociales. Además, quiere ser para él suave como los pétalos de una rosa. Laura nunca ha acariciado los pétalos de una rosa, pero intuye que deben ser suaves, cálidos. No como sus espinas.

No como la zarza.

—¿Te apetece que vayamos al cine? —pregunta Julio, ruborizado, y Laura asiente antes de que el joven tenga tiempo de arrepentirse.

Laura, frente a la entrada del colegio.

Julio cruza el umbral —despreocupado, sonriente— y baja las escaleras que le separan de ella con premura. Se detiene a unos centímetros de su rostro y simula lanzar un beso con su mano. Laura se sonroja, mira al suelo, sonríe.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta sin alzar la vista.

—Bien —responde Julio—. Bien. Sólo quería darme una reprimenda por mis notas. Dice que han bajado este último semestre.

Laura quiere decir algo, pero Julio la interrumpe.

—No es culpa tuya, quítate eso de la cabeza. Y ahora, vamos a dar una vuelta por el parque, lo necesito.

Se marchan juntos (uno al lado del otro, rozando el dorso de sus manos) bajo la atenta mirada de sus compañeros, que no terminan de comprender qué extraño romance ha surgido entre los dos alumnos más extraños que acuden a su instituto.

—Esto es para ti —dice Julio, entregándole un encendedor.

En uno de los lados, un corazón sonrosado en relieve. En el otro, sus iniciales.

Laura sonríe.

Laura, frente a la puerta de su casa.

Julio está junto a ella, indeciso. Finalmente reúne el valor necesario y la abraza. Laura, atrapada entre sus brazos, tiembla como una hoja en otoño, pero no lo rechaza.

Nunca antes la han abrazado.

Extiende sus brazos por la espalda de Julio, completa el abrazo. Cierra los ojos. Se siente viva, querida.

—¡Aparta tus sucias manos de mi hija, malnacido! —grita su madre desde la puerta de la casa.

Julio se vuelve, la mira.

—¡Señora! Deje que la explique... —dice, pero ya es demasiado tarde.

Demasiado tarde para los abrazos, para las disculpas. Laura siente pánico al escuchar las palabras de su madre, y se retuerce entre los brazos de Julio, tratando de alejarse de él. Cuando lo hace, desgarra sus ropas, su piel, su alma. Julio grita, y una miríada de heridas rasga su piel. La sangre brota por todos lados. Son heridas superficiales, le dirá el médico al día siguiente, sin importancia. ¿Cómo te las hiciste? ¿Te caíste en una zarza?

Pero en ese instante, cuando el dolor le aguijonea como una amante despechada, Julio no trata de comprender lo que ocurre, sólo quiere salir de allí, huir, alejarse de la criatura de cuyo cuerpo brotan espinas y puñales, la criatura que le ataca. Laura chilla al separarse de él, y Julio corre calle arriba, gritando, temblando, llorando.

Laura, de pie, en la gasolinera.

—A ver si lo he entendido bien, ¿quieres que te de gasolina? —dice el hombre de la camiseta naranja, escrutándola con la

mirada.

Laura, cabizbaja, asiente.

—A mi padre se le ha parado el coche. Me ha mandado a mí a por ella —dice, sorprendiéndose a sí misma por ser capaz de encadenar tantas palabras.

—Muy bien —dice el hombre—. Espera aquí un momento.

Desaparece en el interior de la tienda. Laura respira el aroma de la gasolinera, embriagador. Se siente mareada. Mira sus ropas, manchadas de sangre. Sus manos temblorosas. Sus ojos rojos, su rostro bañado en lágrimas. Se pregunta si el hombre volverá con la gasolina o, por el contrario, llamará a la policía.

Por primera vez, reza a Dios. Reza en silencio para que el hombre vuelva y le de lo que necesita. Hasta ahora sus conversaciones con el más allá siempre han sido forzadas: se sentía como un locutor de radio que habla a través de un micrófono estropeado. Ahora es diferente. Dios tiene que escucharla, Dios tiene que ayudarla. Nunca le ha pedido nada, nunca lo ha necesitado. Ahora es diferente.

El hombre vuelve con un recipiente en su mano derecha. Se lo entrega a Laura, mira sus ropas.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, pero algo en sus ojos, en sus manos, hace que Laura comprenda que no quiere oír la verdad.

Quiere una respuesta sencilla, directa, que le permita dormir esta noche, que le permita dormir el resto de su vida si la joven con la ropa manchada de sangre que está de pie frente a él hace algo inesperado con la gasolina que le está vendiendo. Quiere tranquilizar su conciencia.

—Sí, no se preocupe —dice Laura, paga y se marcha de allí con paso decidido.

El hombre ni siquiera la mira cuando abre el recipiente, hunde dos dedos en su interior, y se los lleva a la boca.

Laura, en el interior de su cuarto.

Sostiene el recipiente entre sus manos, vacío. Un aroma a combustible impregna el cuarto. Laura se siente mareada. Trastabilla, apoya las manos en la mesa de estudio. Al incorporarse deja dos manchas oscuras sobre la madera. Laura camina hasta su cama, empapada de la cabeza a los pies. Se sienta, busca bajo la almohada la Biblia. La abre por la página marcada.

Oye la voz de su madre en la cocina, llamándola.

Laura abre un cajón de la mesa, busca el mechero que Julio le regaló. Lo sostiene entre sus manos temblorosas, lo alza sobre su cabeza, lo baja al regazo, lo lleva de un hombro a otro, lo besa. Oye de nuevo la voz de su madre. Cierra los ojos, que le arden con cada gota de combustible que resbala por sus párpados.

—Yo soy la zarza —murmura, y nota en sus labios el desagradable sabor de la gasolina.

Enciende el mechero.

Laura, envuelta en llamas.

—¡Laura! ¡Laura! —grita su madre, tomándola del brazo.

Las llamas devoran la piel, la carne. Laura grita cuando siente los dedos de su madre aferrándose a su antebrazo como una garra de acero. Las llamas consumen su pelo, muerden sus ojos. Las lágrimas resbalan por su rostro, luchando una batalla perdida.

—¡Agua! ¡Agua! —oye decir a su madre, y se derrumba mientras el fuego crepita sobre su cuerpo, sobre su alma.

Laura, tumbada en el suelo, envuelta en llamas.

Laura, tumbada en la cama, en el hospital.

Oye voces a su alrededor, no se atreve a abrir los ojos. Un zumbido continuo en sus oídos le provoca náuseas. Durante un instante el sabor de la gasolina y el olor del fuego asaltan sus sentidos. Un solo instante, suficiente para obligarla a abrir los ojos y chillar.

Pasos, una mano sobre su frente. Voces susurran palabras amables y manos firmes tienden de nuevo su cuerpo sobre la cama. En el techo las luces parpadean, a lo lejos oye música. Laura se tranquiliza al ver el rostro de una enfermera junto al suyo.

—Ha venido tu padre a verte —dice, y se marcha.

Un rostro conocido, surcado de arrugas, trata de mostrar una sonrisa; no lo consigue. Queda allí, suspendido sobre ella, unido a un cuerpo marchito, cansado, que no consigue transmitirle tranquilidad.

—Me alegro de verte —dice su padre.

Laura trata de hablar, pero los vendajes y el dolor que siente al mover los labios se lo impiden. Alza un brazo cubierto de

vendas, empapado, supurando líquidos entre los vendajes. Su padre toma su mano entre las suyas, de nuevo esboza una sonrisa.

—Tenía que haberme quedado —dice, y sus ojos miran a la pared, incapaz de fijarse en el cuerpo, en el rostro torturado de su hija—. ¿Podrás perdonarme? Tenía que haberme quedado, pero no podía hacerlo. Miedo. Sentía miedo cada vez que tu abuelo hablaba, cada vez que tu madre recitaba aquellos versos, cada vez que...

Laura agita la cabeza a un lado y a otro. Se siente impotente, incapaz de compartir con su padre la amargura de su dolor.

—Al principio sólo eran pequeñas cosas, ¿sabes? Insignificantes. Un gato desaparecido, un vecino maleducado que tiene un accidente doméstico, un atropello, un incendio en la cocina. Pequeñas cosas. Creo que no fue hasta un año después de tu nacimiento que no comprendí lo que podían hacer con las palabras.

La joven cierra la mano alrededor de los dedos de su padre. Él le devuelve el gesto, y por primera vez una sonrisa real, no una máscara fingida, llena su rostro.

—Las palabras —dice su padre, con una sonrisa triste en su rostro—. Todo se reducía a eso. Las palabras.

Entonces la abraza. Y mientras su padre la abraza, Laura llora. Llora por el tiempo perdido, llora por el reencuentro, llora por los que se han ido, llora por seguir con vida; llora por todo lo que ama y llora por todo lo que ha temido.

Mientras su padre le abraza, Laura se transforma en agua.

LO MÁS DULCE

Traté de limpiar tu esencia
de la superficie de mi piel.
Traté de ahogar mi memoria.
Traté de acallar tu voz
que todavía resuena en mis oídos.
Traté de ahuyentar las sombras.
L'âme Immortelle

Santi circulaba por el valle sin prisa, admirando el paisaje. Centenares de árboles de troncos grises, descascarillados como si hubieran recibido una descuidada mano de pintura, se levantaban a ambos lados de la carretera, amenazando con invadir el arcén. Sus ramas se desplegaban en un entramado caótico, ahogando los rayos del sol de la tarde que pugnaban por alcanzar el suelo cubierto de hojas. Santi conducía por la carretera que atravesaba de un extremo a otro el valle y, si el mapa que llevaba en la guantera no mentía, terminaba en el pueblo en el que había reservado habitación para la noche. Le habían recomendado aquella ruta, una alternativa a la autovía, porque aunque las sucesivas curvas que transformaban la carretera en una enorme serpiente acababan por marear a cualquiera, ver el valle desde el interior no tenía precio. Hasta ahora Santi no se había arrepentido. La belleza del valle quedaba reflejada en los bosques de altos y delgados árboles que circundaban la carretera, en los ocasionales pueblos de casas blancas que se distinguían en las faldas de las montañas perdidos en un mar verde y vibrante, en los caminos de tierra que serpenteaban y morían más allá de los vallados donde pacían las vacas, ajenas a todo lo que no fuera su alimento. Todo emanaba paz, justo lo que ellos necesitaban en aquel momento.

Santi miró por el espejo retrovisor para comprobar que su hija, Marta, hecha un ovillo, dormía en el asiento de atrás. Entre sus brazos sostenía su peluche de la abeja Maya, un regalo que él mismo le había hecho el día que nació, siete años atrás. Cuando la veía así, dormida, tan dulce, con los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta, no podía evitar pensar en Laura, su madre. Había salido a ella, nadie albergaba dudas respecto a ello. Su rostro, sus manos, incluso sus gestos cuando hablaba, cuando reía. Todos iguales a los de su madre. Para Santi siempre había sido algo hermoso disfrutar de una pequeña réplica de Laura, sentirla entre sus brazos, jugar con ella, compartir cada momento de su vida. Ahora los recuerdos se agolpaban en sus ojos y brotaban como lágrimas. Tenía que esforzarse en olvidar, en seguir hacia delante, como toda la familia, como los amigos, le habían dicho.

De nada servía sumergirse en el dolor de la pérdida. Ambos debían superarlo y continuar, y aquellas vacaciones representaban el primer paso en el largo camino del olvido.

Recordó la conversación mantenida con sus padres una semana antes, después de la misa que ella no habría querido realizar —ella no creía en Dios, ni en la resurrección, ni en la vida después de la muerte y las demás zarandajas, como las denominaba; sólo había accedido a bautizar a su hija por el empeño que él había puesto—, pero que consideraba necesaria para su hija, para su familia, para él mismo. Había antepuesto su egoísmo a los últimos deseos de Laura, nunca pronunciados aunque presentes en su mente y en su alma, esa alma en la que ella no creía. Lo había hecho por amor, por la niña; eso quería pensar. Recordó la conversación con sus padres mientras el vehículo circulaba por una zona de claros y los árboles daban paso a los campos verdes, a las casas bajas, a los primeros atisbos de la costa.

—Lo mejor sería que os marcharais lo más lejos posible, hijo —le había dicho su padre, apoyando sus manos en sus rodillas y acercando su rostro al suyo, como si fueran confidentes—. A la niña le hará bien olvidarse de todo esto.

—Id a la playa, o mejor, a alguna isla —había dicho su madre—. Allí seguro que lo pasáis bien, allí nunca ocurren desgracias.

—No creo que sea buena idea —había respondido él, sintiendo un repentino escalofrío—. No creo que pudiera montar de nuevo en un avión.

Santi miró de nuevo el reflejo de su hija en el retrovisor. Le entristeció que no disfrutara como él de la exuberante belleza que los rodeaba, pero no se atrevió a despertarla. Las primeras semanas la niña había tenido pesadillas, terribles pesadillas en las que aviones en llamas, centenares de ellos, brillaban en el cielo nocturno como luciérnagas, instantes antes de precipitarse contra el suelo. Cuando ella despertaba gritando y él acudía a su habitación, dispuesto a escucharla y tratar de consolarla, maldecía en silencio a los medios de comunicación, a los informativos, que habían mostrado sin rubor las imágenes del avión siniestrado, deteniéndose en maletas abiertas, en el fuselaje desgarrado, en sutiles atisbos de los cuerpos carbonizados. Habían pasado los malos tiempos y ahora las pesadillas volvían en contadas ocasiones, así que cuando Santi veía que Marta dormía sin

sobresaltos prefería esperar a que despertara ella misma, permitir que disfrutara de sus sueños.

A un lado de la carretera surgió un puñado de casas de piedra, con tejados desmoronados y grietas en las paredes. Santi redujo la velocidad con cierta brusquedad y Marta murmuró algo ininteligible. Eso significaba que estaba a punto de despertar. Santi pensó, mientras dejaban atrás las casas, que sería un buen momento para detenerse y tomar algo. En los últimos kilómetros apenas habían atravesado pueblos —como mucho un maltrecho cúmulo de casas abandonadas; frente a una de ellas, en un banco de piedra, se sentaba una pareja de ancianos que había agitado sus manos en señal de saludo al verlos pasar—, pero tampoco necesitaban buscar un restaurante de carretera para detenerse. Llevaban una nevera con agua fría, algunos botes de refrescos y, envueltos en papel de aluminio, algunos sándwiches de pavo y queso. Con eso bastaría para aguantar hasta su destino. Sólo necesitaba un claro entre los árboles y espacio suficiente para poder detener el coche. Santi levantó un poco más el pie del acelerador, con la vista fijada en la carretera, ansioso por descubrir un lugar adecuado.

—¿Llegamos ya? —dijo Marta.

Santi vio su reflejo en el retrovisor. Marta frotaba sus ojos y bostezaba. Después se rascó la nuca, estiró los brazos, sonrió. Parecía tan adorable, tan dulce.

—¿Falta mucho?

—No, no queda mucho —respondió Santi—. Vamos a parar un momento antes, para estirar las piernas y comer algo, ¿te parece bien?

—Claro —respondió la niña, recostándose en el asiento y abrochándose el cinturón.

Santi agradeció el gesto en silencio. Desde el accidente no se sentía con fuerzas para obligarle a abrochárselo. Pensaba que debía ser al contrario, que precisamente tras la muerte de Laura lo normal sería volverse más severo en aquellos casos. Sin embargo, algo dentro de él no se lo permitía. Era incapaz de levantarle la voz a Marta, de darle órdenes. Volvió su atención a la carretera justo cuando se cruzaron con otro coche, un deportivo rojo que pasó a su lado como una exhalación. Apenas había podido ver el rostro del hombre que conducía. Consciente de que se había despistado, probablemente por el tiempo que llevaba conduciendo

sin parar, decidió detenerse a la primera oportunidad que surgiese. Surgió dos curvas después, en forma de casa de piedra con espacio a un lado para poder detener el coche. Mientras aparcaba, vio el cartel con una abeja dibujada y tres palabras en grandes letras negras: se vende miel.

—¡Esa es la abeja Maya! —dijo Marta, y Santi sonrió.

—Esa es, preciosa —dijo, desabrochándose el cinturón—. ¿Bajamos a estirar las piernas?

—Vale —dijo ella.

Santi bajó del coche y abrió la puerta de atrás. Todavía mantenía la costumbre de llevar los seguros bajados cuando la niña viajaba atrás: no quería que, en un momento en el que él no la vigilara, ella cometiera una imprudencia y saltara del coche en marcha. Los pies de la niña se deslizaron sobre la tierra con un sonido que le recordó a los cereales crujientes que tomaba para desayunar. Un instante después recordó que odiaba los cereales, que la única persona en la casa que los tomaba, que los había tomado, era Laura.

—¡Mira qué flor más rara! —gritó Marta, corriendo hacia unos arbustos que crecían al lado de la carretera.

—Ten cuidado, no salgas a la carretera, ¿eh? —dijo Santi, yendo tras ella—. Es muy bonita.

Marta sonrió. Llevaba en la mano el peluche de la abeja, como si no quisiera volver a separarse de él. Cuando recibieron la noticia de la muerte de Laura, el peluche descansaba, olvidado, a los pies de la cama. Marta creyó que la muerte de su madre era un castigo que Dios les mandaba por no ser cuidadosa con sus cosas, con Maya, que con tanto cariño le habían regalado sus padres. Se convenció de que, si la llevaba siempre consigo, nada le pasaría a su padre. Eso le había contado a Santi el psicólogo que la trataba, así que decidió que lo mejor sería dejarla que la llevara a todas partes. Ya superaría esa fase.

Santi se acercó hasta la casa y vio que la puerta estaba abierta. Miró al otro lado de la carretera y vio, más allá de los árboles, la línea del horizonte descansando sobre una fina hebra de mar. Ya quedaba poco para llegar hasta el pueblo que, según las fotografías que había visto, crecía como una colmena junto al acantilado. Todos los que habían estado allí le habían dicho que era precioso; las fotografías lo confirmaban. Un pueblo de pescadores, pequeño y tranquilo, les proporcionaría el refugio y la

tranquilidad que ambos necesitaban. Les permitiría pensar en ellos mismos, superar los recuerdos. Volvió su atención hacia Marta, que se había sentado en el suelo, junto a la planta que tanto había llamado su atención. Jugaba con su peluche, ajena a todo lo demás. Santi envidió su tranquilidad, aunque fuera fingida.

—Voy a entrar a comprar un poco de miel —dijo, y Marta alzó la cabeza para escucharle mejor—. No te muevas de ahí, ¿vale?

—Vale —dijo ella, sonriendo, y Santi supo que podía confiar en ella, que había crecido tanto en los últimos días que tenía que dejar de tratarla como a una niña pequeña.

Entró en la casa sin poder evitar echar un último vistazo a su hija, tan frágil, tan fuerte. En el interior hacía calor, y flotaba en el ambiente un aroma dulce, empalagoso. Vio, sobre una mesa, varios recipientes de cristal con diferentes tipos de miel en el interior. Junto a la mesa, varias cajas con velas de colores brillantes, y una estantería con más botes de cristal, algunos libros, pequeñas figuras representando abejas, postales del valle y otros recuerdos. Tras un mostrador, una anciana de rostro amarillento y manos surcadas de arrugas sonreía.

—Bienvenido. ¿Qué desea? —dijo con voz dulce.

—Pues… no lo sé —dijo Santi, sonriendo—. Voy a mirar un poco, si no le importa.

—Claro —dijo la anciana—. Adelante.

Santi dio una vuelta alrededor de la mesa, cogió un par de botes, volvió a dejarlos en su sitio. Se acercó hasta la estantería y vio los libros, todos orientados a niños, centrados en la apicultura, en los orígenes de la miel, en dibujos de abejas y bosques para colorear. Pasó junto al mostrador, bajo la atenta mirada de la anciana, para acercarse a otra caja llena de velas.

—¿Papá? —dijo una voz, y Santi se volvió, sobresaltado, el corazón latiendo desbocado en su pecho.

Marta estaba en la tienda, de pie junto a la puerta de entrada, con las piernas cruzadas.

—Tengo pis —dijo la niña.

Santi miró a la anciana, y vio que ella miraba a la niña con una expresión de horror en el rostro. Un instante después la sonrisa se apoderó de sus facciones, pero Santi tuvo la impresión de que, por un instante, había visto el verdadero rostro de aquella mujer, el sufrimiento que la dominaba.

—Por aquella puerta, bonita. Sube las escaleras —dijo la

anciana, señalando una puerta en la que Santi no había reparado al entrar.

—¡Vale! —dijo la niña, y antes de que Santi pudiera detenerla, abrió la puerta y se perdió en el interior.

Santi sintió deseos de correr tras ella, pero se contuvo. Si seguía comportándose como un padre sobreprotector, como un paranoico inquieto a cada instante, acabaría por perderla. Cogió un par de velas y volvió a la mesa. Con la mano libre cogió uno de los botes al azar y dejó todo sobre el mostrador, frente a la anciana. La mujer sonreía, pero sus ojos miraban en todas direcciones, el sudor resbalaba por su frente, las uñas de sus dedos se clavaban en la madera. Santi sintió el miedo en su interior como una bola de acero fría atrapada en su garganta.

—¿Ocurre... algo? —preguntó.

Los ojos de la anciana chillaron, pero su rostro mostró una sonrisa más amplia aún.

—¿Esto es lo que se va a llevar? —dijo.

Sus manos se arrastraron por el mostrador de madera hasta coger los objetos. En el camino, una de sus uñas se quebró, pero la mujer no pareció darse cuenta. Santi miró hacia la puerta por la que había desaparecido su hija mientras la mujer introducía los objetos en una bolsa. Pensó si todo aquello estaba en su cabeza, si en realidad aquella anciana se estaba comportando con normalidad y su mente enferma convertía un acto tan sencillo, tan mundano como comprar un poco de miel de camino a su destino, en una experiencia dantesca.

—¿Aceptan tarjeta? —dijo Santi al comprobar que no llevaba dinero en la cartera.

La anciana asintió y Santi bajó la vista, pues los ojos de aquella mujer seguían gritando, implorando, suplicando. Volvió a mirar la puerta por la que Marta había desaparecido, inquieto. Tardaba mucho, o quizá no. No sabía qué pensar. La anciana apartó la bolsa a un lado, cogió un papel y un lápiz que descansaba sobre el mostrador. Las manos le temblaban. Sonreía. Cogió el lápiz como si fuera un cuchillo y garabateó unas letras en el papel. Santi leyó mientras la anciana escribía.

Salve a la niña.

Miró a la anciana, y entonces comprendió que aquella sonrisa

era una máscara, una horrible máscara. Arrancó el papel de sus manos, leyó de nuevo. Salve a la niña.

—¿Qué coño… qué coño es esto? —dijo, mostrando el papel a la anciana.

—¿Me da su tarjeta, por favor? —dijo ella.

Santi sintió un miedo irracional recorriendo su espina dorsal. Apoyó las manos sobre el mostrador, acercó su rostro al de la mujer. Cuando descubrió el horror que albergaban sus ojos, una oleada de pánico le hizo retroceder.

—¿Qué… quién es usted? —preguntó, pero su voz se perdió en un susurro.

La anciana sonrió, y algo dentro de Santi se rompió. Gritó y se abalanzó sobre ella, saltando el mostrador. Al hacerlo el cuerpo de la anciana cayó hacia atrás con un crujido, y ambos acabaron en el suelo. Santi se incorporó a medias, sólo para descubrir que el cuerpo de la anciana quebrado a la altura de su cintura. Sus piernas continuaban en pie, ancladas al suelo, como la parte inferior de una figura de cera. Del tronco cercenado brotaba un líquido dorado. Santi gritó, una mezcla de horror y rabia dominando su mente. Miró a la anciana, a la mitad de la anciana, que yacía a sus pies como un muñeco roto.

—¡Joder! ¡Joder! ¿Qué hay arriba? —preguntó, aullando.

La anciana abrió la boca, y la miel brotó a borbotones de su garganta, empapando sus labios, su rostro. Le miró con ojos amarillentos, desesperados.

—¿Qué hay arriba, vieja loca? ¡Maldita seas! ¿Qué coño hay allí arriba, puta asquerosa? —gritó Santi, zarandeándola por los hombros, ignorando su cuerpo quebrado.

—Umbría —balbuceó la anciana, su voz convertida en apenas un zumbido—. Umbría.

Después su cabeza cayó hacia atrás, separándose del tronco y rodando por el suelo. De su tráquea cercenada fluía un líquido espeso, ambarino, tan parecido a la miel que, durante unos segundos, Santi estuvo tentado de hundir su mano en él y llevarse los dedos untados a la boca. Sacudiendo la cabeza para alejar aquellos pensamientos, Santi se incorporó y se dirigió a la puerta. El cuerpo de la anciana no era más que una carcasa vacía, mutilada, que se desmoronaba a cada segundo. Abrió la puerta, y una vaharada de olores dulces, empalagosos, saturaron su olfato. Sintió una arcada, pero se obligó a entrar. Tras la puerta se

levantaba un tramo de escaleras, oscuro, con barandillas a ambos lados. Las paredes rezumaban algo parecido a la miel. Es miel, le dijo su mente, todo lo que te rodea es miel. Oyó un zumbido procedente del piso superior. Puso el pie en el primer escalón y a punto estuvo de resbalar. Su mano derecha se agarró a la barandilla, húmeda, y la soltó con un gesto de repugnancia. ¿Habría subido Marta aquellas escaleras? No podía haber salido por ninguna otra parte sin que la viera. Debía de estar allí arriba. Los escalones, al menos medio centenar de ellos, se perdían en la oscuridad, pero entre las sombras descubría en la parte más alta de la escalera los contornos de algo que semejaba una puerta. Las paredes, empapadas en miel, tan cercanas, le oprimían. Sintió un amago de claustrofobia, como no lo sentía desde su niñez. Miró hacia atrás, a la seguridad de la estancia, y abrió la boca para tragar una bocanada de aire fresco.

Oyó entonces una risa, lejana, amortiguada. La risa de Marta. Estaba allí arriba. Sola. O quizá no, quizá se reía porque alguien la había hecho reír. Santi tembló. Apoyó de nuevo la mano en la barandilla, colocó el pie en el segundo escalón. El olor dulzón empapaba su piel, mezclándose con su sudor. Pensó en Laura, pensó en Marta. No las perdería a las dos. Subió otro escalón, otro, y de pronto estaba corriendo, resbalando, cayendo y levantándose de nuevo.

—¡Marta! ¡Marta, ya voy! —gritó.

Cuando llegó al último escalón se detuvo, jadeando. Los contornos de la puerta ahora le resultaban visibles. Tenía forma hexagonal, y era más alta de lo normal. Buscó a tientas un pomo, algo a lo que asirse, y sus manos resbalaron por la superficie sin encontrarlo.

—¡Marta! —gritó.

Oyó la voz de la niña al otro lado. Tenía que abrir aquella condenada puerta. O llamar la atención de Marta para que lo hiciera, si podía. Si no la estaban reteniendo allí. Miró hacia atrás. Los escalones se fundían abajo con la luz procedente de la puerta que había dejado entreabierta. Las paredes se deshacían en ríos dorados que resbalaban hasta las barandillas, impregnándolas de aquella sustancia densa, desagradable. Pensó en la anciana. ¿Qué era aquella cosa? ¿Qué hacía allí? Comprendió que habían sido atrapados por algo que se ocultaba tras esa puerta, algo monstruoso capaz de convertir a una anciana benévola en una

marioneta de cera.

—¡Marta! ¿Puedes oírme? —gritó Santi, golpeando la puerta con ambas manos, sintiendo bajo los puños el chapoteo de la miel.

La puerta se movió unos centímetros hacia dentro, y Santi vio que no estaba cerrada, que nada le impedía empujarla y entrar. Apoyó su hombro contra aquella entrada hexagonal y descubrió cómo, poco a poco, centímetro a centímetro, se abría. El olor dulce que empapaba su cuerpo le mareaba. Apoyó ambas manos contra la puerta, retrocedió un paso y empujó con todas sus fuerzas. Al otro lado oyó risas. Marta reía, alegre. Santi resbaló y cayó al suelo. Se agarró como pudo a la barandilla para no rodar por las escaleras, y se golpeó la cabeza contra la pared. Se llevó una mano a la oreja, donde se le había instalado un zumbido que se resistía a desaparecer. Empapado, convertido en una estatua dorada que se deshacía a pedazos, se incorporó y empujó de nuevo. La puerta se movió lo suficiente para dejarle pasar, así que se coló por la abertura.

Marta estaba de pie junto a un camastro desvencijado. Le miró con sus enormes, preciosos ojos, y sonrió.

—Hola, papá —dijo.

La criatura que descansaba sobre la cama agitó su cuerpo —enorme, dorado— y alzó la cabeza. Santi apartó la vista. El rostro de la criatura cayó hacia un lado, como si se burlara de él. Santi trató de pensar, trató de comprender qué era aquella monstruosidad que sostenía la mano de Marta con la suya. En un primer momento había pensado que se trataba de una mujer extremadamente obesa, su piel impregnada de aceite. Al ver por un instante su rostro —sus fauces sin dientes, sus ojos faceteados, la ausencia de nariz y orejas—, su cuerpo, su mente había imaginado que aquella cosa era una enorme abeja atrapada en el interior del cuerpo de una mujer, pugnando por salir. Parecía incompleta, una transformación parcial en cualquiera de los dos sentidos.

—Ella me ha dicho que puedo quedarme aquí cuanto quiera, papá —dijo Marta.

Santi le oyó, pero sus palabras carecían de significado para él. Había descubierto los cuerpos de las paredes. Hombres, mujeres, niños, colgando de las paredes, atrapados en la sustancia ambarina que envolvía toda la casa. Sus cuerpos mutilados se fundían unos con otros, sus brazos y sus piernas formando un entramado de

carne y miel que recorría todo el cuarto. Santi miró a su alrededor, recorriendo con la mirada los torsos desnudos, los rostros desencajados, los ojos ciegos. Vio multitud de abejas en el suelo, en las paredes, en el techo, revoloteando sobre los cuerpos. Se acercó a uno de ellos, un chico al que le faltaba un brazo cuyo rostro era una masa amorfa, indefinida. Retrocedió, andando como un borracho, cuando vio como se abría y se cerraba su boca. En el camastro, la criatura volvió a tratar de incorporarse, pero su enorme abdomen no se lo permitía. Marta seguía a su lado, atenta a sus movimientos. Santi no sabía qué hacer. Vio una ventana entre dos de los cuerpos, y pensó que podría tratar de huir por allí. Cogería a Marta entre sus brazos y saltaría. Se acercó hasta ella, miró por la ventana, y el estómago se le contrajo cuando descubrió que los árboles habían desaparecido, que el mar había desaparecido, y había sido sustituido por la oscuridad de la piedra negra, por un entramado de puentes y cubiertas, por las luces brillantes que engarzaban las cestas de una colosal noria.

—Ha dicho que me llevará a ver la noria —dijo Marta—. En Umbría tienen la noria más grande del mundo.

Santi escuchó con la boca abierta. Estaban en Umbría, donde quiera que estuviera aquello. Miró a su hija con lágrimas en los ojos.

El brazo de la niña se fundía con el brazo de la criatura que yacía en la cama, como si en realidad ambas fueran la misma cosa. La piel de Marta había adquirido un terrible tono dorado, y parecía tan suave, tan frágil, como una cucharada de miel cristalizada. A su alrededor las abejas revolotearon, acompañadas de su eterno zumbido. Ricardo agitó las manos, apartándolas de su rostro. Vio cómo varias de ellas se posaban sobre los cuerpos de las paredes, se introducían por los orificios nasales, por las cuencas vacías. Algunos cuerpos abrieron la boca, emitieron murmullos apagados, el susurro de insectos volando entre restos de comida. Marta parecía ajena a todo aquello. Sostenía en su mano izquierda —su única mano, pues su otro brazo ya no le pertenecía, convertido en una extensión de la monstruosidad del camastro— a su abeja de peluche, y sonreía. Por el amor de Dios, sonreía.

—¿Papá? —dijo, con el tono de voz que reservaba a las grandes preguntas, aquellas que siempre se revestían de cierto misterio antes de ser formuladas.

—¿Sí? —dijo Santi, apoyando una mano en la pared, sintiendo cómo la sustancia que la impregnaba empapaba sus dedos.

—¿Puede ser ella mi nueva mamá? —preguntó, y miró a la monstruosidad sin nombre tumbada sobre la cama.

La criatura movió su cabeza y, durante un instante, sus ojos faceteados contemplaron a la niña. Santi creyó ver algo en aquellos ojos, algo que le volvió loco y arrancó de su mente las últimas briznas de cordura que le quedaban. Se llevó la mano a la boca y chupó sus dedos. Marta le miraba, esperando una respuesta. Santi saboreó la miel, dejó que resbalara por su garganta.

Aquello era lo más dulce que había probado jamás.

VIVO EN TU ARMARIO

Vivo en tu armario, oculto entre tus ropas. Por el día duermo, una de mis cabezas apoyada sobre tus zapatillas viejas, el cuerpo colgando de una percha de plástico. Por la noche me despierto y te espío por la rendija que tu madre deja abierta. Sé que sabes que vivo aquí, sé que se lo has dicho muchas veces a tus padres.

Sólo por eso te odio.

Por descubrirme.

Me gustaría salir y despedazarte con mis dientes, hacerte pagar lo que me debes por delatarme.

Pero no lo hago. Me escondo entre tus ropas y espero, como he hecho siempre, soportando mi miedo en silencio.

Porque yo no acecho; yo me oculto.

Me oculto del monstruo que vive debajo de tu cama.

ANUNCIACIÓN

La antigua tradición de que el mundo
va a ser consumido por el fuego
al término de seis mil años es verdadera,
como he aprendido del Infierno.
William Blake

Ha transcurrido casi una eternidad desde la primera vez que sentí bajo mis pies el suelo laminado de Santuario. Una eternidad de búsqueda interior, de soledad; de meditación. Durante todo este tiempo no he tenido contacto con ser humano alguno, a excepción del Chambelán y los Maestros de Ceremonias, si a estos últimos se les puede considerar así. Han sido años de esfuerzo, duro trabajo diario y sufrimiento. Pero hoy, este Día del Renacimiento, ahora que me han concedido las alas, dos amorfos paneles solares que sobresalen de mi exoesqueleto como hojas de palmera, todo ha adquirido un sentido. Me han dicho y repetido y vuelto a decir varias veces que debo marcharme, pero me resisto a aceptar la terrible certeza que anida en mi mente modificada: jamás volveré a ver Santuario.

Mientras asciendo en la atmósfera y mis alas se despliegan en toda su envergadura, las luces del Templo del Chambelán, el inmenso edificio que se levanta en el centro del asteroide como un brillante engarzado en un anillo de plomo, se apagan una a una, una despedida simbólica que mis ojos sin lágrimas no ignoran. Las columnas de mármol que sostienen la imagen de Nuestro Señor a más de mil metros de altura parpadean, tiemblan, se desvanecen en el aire. Una bruma oscura envuelve los barracones prefabricados que se amontonan alrededor del Templo y, poco a poco, los contornos que definen el asteroide se difuminan en la negrura del espacio. Santuario permanecerá oculto para todos los mortales hasta el próximo Renacimiento.

Cuando abandono la estratosfera y el frío del espacio me rodea, mi mente apenas es consciente de las sensaciones que invaden mi cuerpo modificado. Me sumerjo en una especie de letargo, una inconsciencia irreal, que me prepara para mi largo y aburrido viaje hasta la Zona de Contención. La oscuridad más absoluta se apodera de mis ojos y siento como mis alas, sin intervención consciente por mi parte, adoptan la posición adecuada para almacenar la mayor cantidad de energía posible procedente de las estrellas y permitirme recorrer el largo trayecto que me espera. Perdido entre planetas y estrellas y asteroides, derivo por el vacío sideral como un cometa errante. Sólo mis

sistemas de comunicación permanecen conectados sabedores de que, antes o después, aquéllos que marcharon antes que yo, aquellos pioneros que abandonaron Santuario y se refugiaron en la soledad del manto de estrellas, contactarán conmigo.

Estoy solo, otra vez.

No pasa mucho tiempo antes de que a mi mente acudan los recuerdos y las viejas leyendas.

Llegaron un frío día de noviembre, envueltos en un manto de falso misticismo.

Enormes nubes blancas se rasgaron como bolas de algodón en las uñas de un gato y de ellas brotó una luz celestial que inundó el mundo. Aquel extraño fenómeno sucedió simultáneamente en más de dos mil núcleos urbanos, así como en otros diversos lugares repartidos por el planeta, desde simples campos de maíz a cascotes polares, cónclaves inocentes de una anunciación inesperada.

Durante más de una hora el tiempo pareció detenido, congelando las vidas de millones de personas. Abandonando sus trabajos, sus casas, sus familias, contemplaron cautivadas el asombroso acto que se desarrollaba ante ellos en toda su plenitud. Algunos lloraron, otros cayeron de rodillas y suplicaron por sus vidas, pero la mayoría se mantuvo en un silencio reverencial, observando el mensaje que descendía de los cielos. El planeta entero amanecía a una revelación simultánea, la prueba definitiva para la débil fe de los hombres. Mientras tanto, se desataron los actos de vandalismo, se sucedieron los accidentes, se multiplicaron los suicidios. En aquella primera hora, miles de personas perdieron la vida. El día del Juicio Final había llegado, dijeron algunos.

Estaban equivocados.

Allí no habría jueces ni jurado, ni se celebraría ningún tipo de juicio a la humanidad. Allí sólo se celebraron ejecuciones.

Ellos descendieron de los cielos batiendo sus grandes alas, envueltos en el clamor de una multitud enfervorecida, que olvidaba sus miedos y abría sus corazones. Al menos en cien países sus ciudadanos dispararon contra aquellos seres antes de que llegaran al suelo. No supuso ninguna diferencia. Cuando las primeras oleadas alcanzaron el suelo, la humanidad entera comprendió que no se trataba de ángeles. Al menos no de esos bonachones querubines que aparecían en las postales de Navidad

y en los frontispicios de las iglesias cristianas de medio mundo. Estas criaturas poseían alas membranosas semejantes a las de los murciélagos, con un color blancuzco surcado de largas líneas sonrosadas que se enroscaban en un complicado laberinto de vasos sanguíneos. Sus cuerpos desnudos, alargados y del mismo color que sus alas, refulgían como armaduras sagradas bajo la luz del sol. En sus manos agrietadas, de falanges nudosas, largas garras negras cortaban el aire con cada movimiento. Buscaron con ojos muertos, sin pupilas, a aquellos que los recibían. Y sonrieron, una mueca torva en un rostro demencial. Sonrieron mientras nos aplastaban como a insectos.

Durante siete días y siete noches aquellos seres se extendieron por el mundo como la peste. Se abalanzaban sobre hombres y bestias y acababan con sus vidas sin remordimientos ni piedad. Nos defendimos, por supuesto. Como especie poderosa, dueña de nuestro planeta y con colonias repartidas por todo el sistema solar, luchamos con todas las armas que habíamos sido capaces de crear a lo largo de nuestra historia de autosuperación, sufrimiento y dolor. Armas biológicas, nucleares; armas de fuego, cuchillos; ultrasonidos, rayos láser; palos, piedras, puñetazos, mordiscos... Nada parecía detenerles, nada parecía herirles. Atravesaban nuestras defensas como si fueran de papel; ignoraban nuestros ataques y acababan con nuestras vidas con extrema facilidad.

Creo que fue entonces cuando decidimos dialogar con ellos, pero ya era demasiado tarde. Nuestra raza había sido diezmada, y los supervivientes decidieron abandonar el planeta y refugiarse en las colonias espaciales. No todos, sólo unos pocos. La gran mayoría se quedó allí, en la Tierra, a merced de aquellos seres. A merced de la Anunciación.

Derivo en el vacío espacial, ajeno a las sensaciones que registran mis sentidos alterados. Mis alas desplegadas recogen y almacenan toda la energía de la que son capaces, conscientes de que la lucha será terrible. ¿Cuántos antes que yo han sido enviados? No obtengo respuesta, ni a ésta ni a todas las otras preguntas que recorren mi mente.

Luces brillantes en el panel que sella mis ojos me informan de todo lo que debo saber sobre mi nuevo cuerpo. Los niveles son estables; si pudiera esbozaría una sonrisa. Lamentablemente, mi

rostro ha sido modificado tantas veces que apenas pude reconocerlo antes de emprender la marcha. Encerrado en mi cuarto, ajeno a la Llamada, busqué en un arrebato de tardío romanticismo un espejo para ver por última vez aquel rostro transfigurado. No pude hallar ninguno, así que llené de agua el lavabo y observé mi reflejo en un absurdo silencio. Si alguna vez me consideré humano, si alguna vez pensé que pertenecía a aquella orgullosa raza de aventureros y conquistadores, mi reflejo en el agua apagó por completo toda simpatía por ellos.

A pesar de todo aquello proseguí con la misión, pues los años que habían transcurrido desde mi nacimiento hasta ese terrible momento me habían preparado para lo peor. Mis padres me entregaron a la Orden al cumplir los nueve años, un instante después de sentir en mi rostro la bofetada que me confirmaba como siervo del Señor. Lloré de emoción cuando nos separamos, pero no eran lágrimas de dolor las que brotaban de mis ojos, sino una muestra de mi alegría ante la bendición que suponía para mi alma marchar a Santuario, el satélite artificial en órbita con Júpiter que representaba el último baluarte de la civilización humana.

Nadie supo explicar cómo llegaron hasta la Tierra sin ser detectados, pero pronto dejó de ser importante. Los ángeles negros, como fueron conocidos a partir de entonces, dominaron el planeta y el papel del hombre quedó relegado al de esclavo. Las grandes ciudades fueron abandonadas y arrasadas, y nuevas construcciones se alzaron sobre los cimientos de sudor y sangre de una humanidad derrotada. Torres de cristal y jade, altas como montañas. Inmensos palacios de piedra negra, repletos de minaretes coronados por vastas estancias en las que los ángeles se reunían y dialogaban en un idioma incomprensible para nuestra especie. Para construir aquellas maravillas no se emplearon materiales tradicionales, ni siquiera consideraron la posibilidad de aprovechar maquinaria humana. Las ciudades de los invasores se levantaron con el sufrimiento de los esclavos, convirtiendo el planeta en un colosal Valle de los Reyes.

Durante los primeros siglos varias naves procedentes de las colonias más cercanas, Luna y Titán, se atrevieron a realizar incursiones en el espacio aéreo del que antaño fuera nuestro

mundo atacando edificaciones al azar, en un vano intento de demostrar que no nos habíamos rendido, que nuestro espíritu combativo no había muerto. Expediciones de castigo procedentes del planeta invadido asolaron los hogares de los agresores como respuesta, acabando con todo rastro de vida humana en ellos. Las colonias supervivientes se refugiaron en el silencio y la cobardía, y buscaron consuelo en los dioses que nos habían abandonado. Así surgió la Orden.

De las cenizas de la cultura occidental y de los símbolos inmutables de las religiones monoteístas nació una sociedad teológica que condenó a los ángeles negros, los asoció a un impertérrito Lucifer y ofreció a los millares de supervivientes un sentido caótico a su torturada existencia. A partir de aquel momento, las familias criaron hijos para entregarlos a la Orden, en una nueva cruzada contra el mal cuyo resultado se presumía incierto. Mientras los ciudadanos recibían consuelo espiritual, científicos e ingenieros se afanaban en nuevos y arriesgados diseños y alocadas construcciones, un intento desesperado por ofrecer una verdadera resistencia a la invasión infernal.

Los años transcurrieron perezosamente, y aquella época fue conocida como la Era de la Asimilación. Durante milenios la historia fue retorcida y tergiversada, manipulada y vuelta a retorcer. Se abandonaron todos los estudios referentes a un posible origen extraterrestre de los invasores, se quemaron todos los trabajos que no acataban la ortodoxia de la Orden, se suprimieron todos los cultos profesados por millones de personas desde tiempos inmemoriales y se unificaron en uno, único e indivisible: aquel que promulgaba la Orden. La humanidad sufría la humillación de la derrota replegándose sobre sí misma, convirtiéndose en un ente con un único propósito: recuperar lo que una vez fue suyo.

Al principio es sólo un zumbido, un gemido apenas audible que se desliza por mi cuerpo como una descarga eléctrica de baja intensidad, acariciándome. Aumenta la frecuencia lentamente, permitiendo que mis sistemas se activen y comiencen el proceso de reconocimiento de la señal. He esperado mucho tiempo para este momento. La comunicación se estabiliza, y de improviso mi mente comprende el mensaje que quieren transmitirme.

Coordenadas, directrices de acción, códigos encriptados, descripciones detalladas de mis blancos. Debo ser preciso, rápido. No estaré solo más tiempo.

Adopto una posición fetal casi sin ser consciente de ello mientras los biochips insertados en mi médula espinal procesan las instrucciones recibidas y modifican parámetros de estado en mi exoesqueleto. Mis alas se repliegan y mi cuerpo se transforma, adoptando la estructura externa de algo que recuerda vagamente a una ballena. Me deslizo por el espacio como un pez en la corriente de un río que se dirige a desovar. Ahora conozco mi destino, y sé que muchos como yo esperan allí, impacientes por entrar en acción. Recuerdo las últimas instrucciones del Chambelán, y activo todos los sistemas defensivos de mi nuevo cuerpo, en previsión de cualquier situación hostil que encuentre en mi camino. Nada debe ocurrir, pero es necesario permanecer atento ante cualquier eventualidad.

Mientras avanzo sobre una creación estática que me contempla como lo que soy, una criatura nueva ajena a todo lo que antes ha existido, rememoro nuestra historia en un intento de comprender mi propia existencia.

Las colonias humanas, establecidas en asteroides naturales de Júpiter y Saturno, y en diferentes asteroides artificiales repartidos por todo el Sistema Solar, prosperaron durante milenios, ignorando los hechos que acontecían en nuestro mundo de origen. Industrias alimentarias, que obtenían alimento para poblaciones con un control demográfico estricto; investigaciones militares, que desarrollaron nuevas armas y nuevos sistemas de defensa a partir de nuestros propios cuerpos; avances en biociencia, que permitieron modificar a seres humanos y adaptarlos a la vida en el espacio… Todo ello tuvo un objetivo primordial, la supervivencia de la especie humana. Al menos, así lo aceptaron los habitantes de las colonias. En realidad, en sus corazones, sabían que todos los pasos que dábamos conducían a un único objetivo: la venganza.

La Orden, un estatuto de poder intangible que formaba parte de la humanidad en una simbiosis necesaria y a la vez denostada, controlaba todo lo que una vez fue propio de cada persona. Nadie permanecía ajeno a La Orden. Todos, de una forma u otra, formaban parte de su destino. Por aquel motivo, cuando se decidió

construir Santuario y crear allí nuestro último baluarte defensivo, todas las colonias, representadas por hombres controlados, cansados de sus propias vidas miserables, apoyaron el proyecto. Santuario nació como una promesa de vuelta al hogar. Los experimentos con seres humanos modificados avanzaban a pasos agigantados, y la necesidad de creer en algo, innata en el hombre, promovía voluntarios para enfrentarse de nuevo a aquellas criaturas que en tantas otras ocasiones nos habían derrotado. Varios siglos transcurrieron desde que el proyecto fue aprobado hasta que Santuario fue una realidad. Perdido en un punto indeterminado del espacio, convertido en un asteroide fantasma invisible e indetectable, pocos fueron los elegidos que llegaron hasta él. Un nutrido grupo de biocientíficos acompañó al destacamento permanente que la Orden destinó a aquel lugar. Allí terminaron todos los indeseables, los culpables de crímenes improbables y los suicidas, ofrecidos como material genético para la experimentación.

Los resultados se mantuvieron en secreto, y así hubieran permanecido durante una eternidad si no hubiera sucedido algo tan increíble que conmocionó a la humanidad. Casi por azar, en el curso de unas investigaciones sobre otro sistema de la galaxia realizado por varias sondas, hallamos el planeta de origen de los ángeles negros. Al menos eso creímos, tras comprobar las imágenes que nuestras sondas transmitieron antes de ser destruidas. Al fin y al cabo quizá recuperar la Tierra no significara nada comparado con invadir aquel nuevo planeta. Quizá golpear en otro punto de su imperio nos daría una cierta ventaja. Santuario mostró al mundo sus creaciones: ángeles capaces de sobrevivir en el vacío espacial, preparados para el enfrentamiento contra el enemigo en condiciones de igualdad. Mostraron bocetos, diseños, experimentos a medio terminar y resultados fallidos, pero prometedores.

La Orden decidió apoyar la idea. El Chambelán en persona viajó hasta Santuario, y fijó allí su lugar de residencia. Le acompañaron sus Maestros de Ceremonias, ancianos alterados con implantes biomecánicos que se negaban a morir hasta ver la completa destrucción de sus enemigos. Todo entonces estuvo preparado para la contraofensiva, para el primer ataque. Daríamos el primer paso asolando aquel nuevo planeta, y después recuperaríamos nuestro mundo, nuestro hogar. Miles de niños

fueron entregados a la Orden para ser convertidos en ángeles, un paso más cerca de Dios. Transcurrieron años de operaciones, de dolor, de reconstrucciones, de dolor, de intervenciones quirúrgicas, de dolor, de implantes que nuestros cuerpos rechazaban... de un dolor insoportable.

Apenas unas decenas sobrevivieron, convertidos en criaturas mecánicas con alma humana con un único objetivo, la venganza.

Yo fui uno de ellos.

Allí, desperdigados sobre el oscuro tapete del universo como diamantes, los que me habían precedido aguardaban mi llegada, expectantes. Sentí sus sensores escaneando mi estructura, examinándome sin pudor. A través de los canales de comunicación abiertos pude oír sus voces, que jamás procederían de unas cuerdas vocales. Me abrí a su música embriagadora, creada a través de sensaciones imposibles de comprender para alguien que no hubiera sido modificado en Santuario. Había alegría en su recibimiento, y por primera vez en los últimos años sentí que formaba parte de un todo, que mi existencia aparentemente vacía entraba en comunión con aquellos seres que eran yo mismo.

Retorné a mi forma antropomórfica y extendí mis alas, agradeciendo a los míos su calidez. Varios derivaron hasta mí y me contemplaron con sus ojos multifaceteados, escrutando mi exoesqueleto como si de una obra de arte se tratara. Noté ciertas imperfecciones en los suyos, circuitos desgastados y diseños obsoletos antes incluso de mi llegada al asteroide. Algunos de mis hermanos apenas podían moverse, y eran ayudados por otros en su divagar espacial. Aquí y allá observé los errores de programación, los ensamblajes incorrectos, el rechazo de los componentes a formar un yo indivisible. Formábamos una extraña *troupe,* una feria de monstruos sintéticos que se erigían como salvadores de sus propios creadores.

Comuniqué mi desasosiego al grupo, pero las respuestas me tranquilizaron. Había entrado a formar parte de una comunidad cerrada, un grupo de élite reducido a escombros que pugnaba por sobrevivir en el vacío sideral. Ellos no sentían lástima de sí mismos; estaban orgullosos de la criatura en la que se habían transformado: ángeles biomecánicos con alma humana. Donde yo veía defectos, ellos resaltaban individualidad. Comprendí entonces

que mi sentimiento de ser uno entre distintos había sido la norma en todos los niños crecidos en Santuario. Hasta que alcanzaban al grupo no ocurría que su corazón de metal se llenaba de ese sentimiento que alberga cuando uno se siente querido por otros, cuando comprende que hay otros como él que le aprecian y le ayudan.

El Primero se deslizó hasta mí. Su estructura resultaba muy diferente a la mía, sus rasgos humanos se desvanecían en un conglomerado de metal y circuitos de fibra óptica. Poseía varios miembros rudimentarios, más que cualquier ser humano, y un caparazón que ocultaba su cuerpo como si de una tortuga se tratara. El Primero, la leyenda que todo joven alumno de Santuario adoraba, me habló por los canales de comunicación estándar, permitiendo que todos los demás oyeran su mensaje. Habló de nuestra especie, de lo que habíamos sido y de lo que éramos ahora. Habló de los hombres, de su mundo. Habló del espacio, de nuestro mundo. Todos permanecimos atentos, escuchando sus palabras, ajenos a todo lo demás. Comprendimos que yo era el último, que no esperarían a ninguno más, que en aquel mismo instante lanzaríamos el ataque devastador contra nuestros enemigos, aquellos que nos habían transformado en lo que éramos.

Todos estuvimos de acuerdo. Todos entendimos las motivaciones, la lógica del pensamiento. Así que extendimos nuestras alas, adoptamos nuestras formas de combate y nos dirigimos hacia nuestro objetivo.

Santuario permanecerá invisible para la humanidad hasta el próximo Renacimiento. Nadie sabrá dónde se oculta el asteroide artificial que representa el último baluarte de la humanidad.

Nadie, excepto nosotros.

AL FINAL DE ESTE VIAJE

Una de las provincias se llama Avan,
y sus habitantes nacen con rabo.
Cristóbal Colón,
en una carta fechada
15 febrero de 1493

Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma,
y antes de morirme
quiero echar mis versos del alma
José Martí, Versos sencillos

Amalgamas cobrizas y azules sobre un lienzo gris, un cuadro improvisado por un artista del barrio. Así veía Ernesto el amanecer, como la obra de un pintor aficionado con más pasión que talento. Sentado junto al muro, sintiendo el arrullo del mar en sus oídos y las gotas de agua salpicando su cuerpo, Ernesto disfrutaba mirando la costa más allá del rompeolas, donde las olas se deshacían en un baño de espuma. Varios pescadores, el torso desnudo y la cabeza cubierta por una gorra o un sombrero de paja, se arremolinaban en los alrededores, junto a sus cañas y sus bicicletas. Los primeros turistas en levantarse —o los últimos en acostarse, a juzgar por sus movimientos erráticos y el olor a ron que desprendían sus ropas— ya recorrían el Malecón como si caminaran por la superficie de otro planeta, observando las frágiles fachadas de los edificios coloniales, apuntalados con precarios maderos, que se erguían como combatientes, orgullosos de sus heridas, en la Avenida Antonio Maceo. A lo lejos, junto a un enorme barril (del tamaño de un elefante pequeño) que dispensaba cerveza por un diminuto grifo, cuatro hombres habían fabricado una mesa con varios tablones y jugaban una silenciosa partida de dominó.

Ernesto sonrió, su mejor sonrisa, y levantó su viejo cuerpo para comenzar su paseo diario. Cada día le costaba más recorrer las calles bajo el calor abrasador que castigaba la isla en los meses de verano y la humedad, que se apoderaba de sus ropas como un perfume barato. Los años devoran el ánimo, y si alguien sabía de años ese era Ernesto: había cumplido los setenta una semana atrás, un miércoles caluroso, solitario, apenas recordado, en compañía de una botella de ron barato y un plato de congrí. Ernesto arrastró los pies por la maltrecha acera en dirección a una pareja de turistas. La mujer, con la característica piel blanca y el sombrero nuevo de los recién llegados, tomaba fotografías sin descanso. Edificios, vehículos, personas; todo llamaba su atención. Una joven caminaba por la acera contraria junto a la línea de edificios coloniales a punto desmoronarse, acompañada de su madre, en dirección a Prado. Las ropas elegantes, el maquillaje y la alegría que embriagaba a ambas permitieron deducir a Ernesto que la

joven disfrutaba ese día de su quinceañera. La mujer realizó varias fotografías, sin saber con certeza qué celebraban, pero atraída por el colorido de sus vestidos. El hombre consultó su guía, sonrió y señaló hacia Vedado, hacia el enorme hotel que había sido el Hilton antes de que el Comandante lo liberara.

—¿Español? ¿English? —preguntó Ernesto cuando pasaron a su lado, mostrando su mejor sonrisa.

Los años habían trazado una orografía peculiar en la piel de su rostro y de sus manos, pero sus ojos azules seguían siendo su mejor arma. Sus ojos y su labia, esa labia cubana que muchos amaban y muchos detestaban; esa mezcla de dulzura y acoso tan característica de su pueblo. La mujer se volvió, sonrió. La cámara, fuera de su funda, colgaba de su cuello como el obsequio de alguna tribu tecnológicamente muy avanzada. El hombre tomó a la mujer del brazo, pero Ernesto sabía que su gesto llegaba tarde. Ella sentía ganas de hablar con aquel viejo simpático, compartir algo de su mundo privado y llevárselo como recuerdo a su rica ciudad.

—Españoles —dijo la mujer, pasándose la mano por el pelo.

—¿De Madrid tal vez? —dijo Ernesto.

Ambos asintieron con un movimiento de cabeza.

—De Madrid al Cielo pasando por La Habana —recitó Ernesto.

Ambos sonrieron, y el viejo supo que ya habían oído aquello antes, varias veces, pero que no les incomodaba oírlo de nuevo. Dependiendo de la ocasión se encontraba con turistas que retrocedían un paso o que, por el contrario, avanzaban más deprisa; otros simplemente ignoraban sus palabras y continuaban andando como si no hubieran advertido su presencia. Dependía mucho del tiempo que llevasen en La Habana, claro. Al principio se mostraban amables, después desconfiaban. Excepto, claro, los que venían buscando algo especial en Cuba, algo que no podían obtener en su país. En cualquier caso, ese tipo de turistas no mostraba interés alguno por personas como Ernesto.

—¿Periódico? —dijo el viejo, mostrándoles un ejemplar de Granma—. El periódico de la Revolución, amigo.

Extendió el brazo y el hombre, dubitativo, lo tomó entre sus manos. Lo desplegó, leyó algunas líneas, pasó la página. La mujer enfocó con su cámara la escena y tomó una fotografía, tratando de incluir tanto a su pareja como al anciano que les había entregado el periódico. Ernesto sonrió.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó el hombre, pero Ernesto agitó la mano con despreocupación.

—Nada, no cuesta nada. Hazme un regalo y ya está —dijo.

—Ahora mismo no llevamos dinero encima —dijo ella.

—No pasa nada, cuando me veas de nuevo, me das algo y ya está —repitió Ernesto.

La mujer sonrió, cogió el periódico.

—Vale, estamos en el Sevilla —dijo, y el hombre le dedicó una mirada de reproche—. Pásese por allí y le daremos algo.

—Claro, claro —dijo Ernesto—. Cuando volvamos a vernos. Y ahora, a pasear por el Malecón, que se ve muy bello a estas horas.

Ambos se despidieron con un gesto y Ernesto continuó su camino en dirección al Castillo de San Salvador de la Punta, alejándose. Confianza, en eso consistía el sistema. Debías mostrar confianza: les entregabas el periódico sin esperar nada a cambio y ellos se sentían impelidos a regalarte algo. Cualquier cosa estaba bien, claro. En Cuba todo era bienvenido, pues no resultaba fácil vivir con la libreta y apenas un puñado de pesos al mes. Nadie pasaba hambre, pero tampoco alcanzabas a disfrutar algunos pequeños placeres que todos los cubanos, incluso los que más defendían el régimen, anhelaban.

Ernesto continuó su paseo hasta el Parque de los Enamorados y giró al llegar a la calle siguiente a Prado para evitar a la multitud que se congregaba en el paseo. Caminaría hasta pasar frente al hotel Sevilla, para comprobar cómo andaba el lugar, y luego continuaría hasta la Catedral. Allí, en la plaza, siempre encontraba compradores para su periódico. De aquellos que no miraban la línea superior que marcaba los inflexibles veinte centavos, de aquellos enfundados en ropas de marca, con la piel blanca tachonada de rosetones provocados por los mosquitos y con una sonrisa perenne en sus rostros. Turistas, un añadido necesario en la vida de muchos cubanos, inconformistas o no.

Dos de ellos pasaron a su lado, con cámaras de fotos colgadas al cuello y pantalones cortos para mostrar las picaduras de los mosquitos y las quemaduras del sol. Ernesto no podía comprender qué les llevaba a la isla en julio y agosto, meses en los que hasta los cubanos se marchaban de vacaciones para escapar del clima. Desde luego no podía tratarse del dinero, de ahorrar algo en el viaje. Al yuma no le importaba el dinero.

—¿Español? ¿English? —dijo Ernesto, pero los turistas

(mayores, con gesto adusto, mirando a todas y a ninguna parte) continuaron su camino sin volverse.

Los vio ignorar a los hombres de los coches de caballos —tan zalameros como inoportunos— mientras enfilaban presumiblemente hacia el Capitolio. Venían del Museo de la Revolución, o quizá del Museo de Bellas Artes. La primera opción parecía más segura, ya que pocos eran los turistas que, sin comprender realmente lo que veían, dejaban de visitar el museo a su paso por La Habana. Sólo dando una vuelta a su alrededor, viendo a los soldados caminar con gesto hosco entre aviones y tanques, rodeando el venerable barco que trajo la libertad a la isla, paradójicamente encerrado en una urna de cristal, uno debía de sentir la Revolución y entrar en el museo. Ernesto caminó junto a los bicitaxis, vehículos absurdos creados para los turistas más frívolos, y se detuvo un instante para observar el mítico Granma. Después continuó su camino hacia el hotel, sintiendo en su interior una emoción que ya creía olvidada.

Dos hombres uniformados esperaban en la esquina, charlando con una mujer de pelo rubio y labios brillantes. Sonreían, se mostraban relajados y distraídos, pero no apartaban sus miradas de la calle, atentos a cualquier señal de acoso. En los últimos meses se habían recrudecido las medidas contra los jineteros, tratando de evitar la sensación que embargaba a los turistas cuando viajaban a La Habana. La mayoría opinaban lo mismo: los cubanos eran insoportables. Y aquello no era ni mucho menos buena publicidad para la Revolución. Ernesto caminó junto a los policías, sonrió. Uno de ellos le dedicó una mirada de desprecio, el otro ni siquiera pareció advertir su presencia, una de sus manos enredada en el pelo de la mujer. El anciano continuó su camino hasta el hotel y enfiló hacia las puertas con despreocupación. La música procedente de una de las casas cercanas —creyó reconocer un viejo tema de Arsenio Rodríguez— impregnaba el aire y se pegaba a las ropas como el sudor. Dos chicos correteaban, gritando y sonriendo, arrastrando tras ellos dos vehículos deportivos de madera pintados de rojo y unidos a sus manos por dos cordeles.

En la puerta del hotel Sevilla esperaban varios taxistas, sus camisas azules bailando al son de los caprichos de los clientes. Dos hombres de seguridad —grandes, serios, con gafas de sol— hablaban con ellos animadamente mientras bebían agua de una

botella. Uno de los hombres de seguridad le hizo señas con la mano, invitándole a cambiar de acera y continuar su camino alejado del hotel. Ernesto mostró su mejor sonrisa y continuó avanzando, consciente de que aquel hombre, si pudiera, le partiría la espalda en dos segundos. Pero no lo haría. En las puertas de los hoteles no se permitían ese tipo de cosas. Cuando llegó a la entrada, el hombre de seguridad le dedicó una mirada agresiva. Después le guiñó un ojo.

—Amigo, nadie quiere tus periódicos aquí —dijo con tono serio, pero su mirada desmentía sus palabras.

Ernesto asintió con la cabeza, echó una mirada a la carpeta y siguió su camino sin detenerse. Tampoco quería enemistarse con aquel hombre: se habían visto demasiadas veces, se verían muchas más. En el interior del hotel había atisbado un par de mujeres maduras —rubias, altas, no demasiado atractivas— acompañadas de dos jóvenes cubanos de cuerpo atlético y sonrisa inmaculada que vestían ropa americana. Jineteros. En el fondo, la mejor forma de acceder a los bolsillos de los turistas. Aquellos jóvenes daban mala fama al régimen, tratando a los recién llegados como dólares con patas con las hormonas desatadas. Pero, al fin y al cabo, sólo trataban de ganarse unos pesos.

Volvió sobre sus pasos —cruzando de acera para evitar un encuentro desagradable— y se dirigió hacia la Catedral. Un camello se detuvo junto a una acera cercana, haciendo sonar varias veces el claxon. La multitud amontonada, sentada en el suelo, se incorporó con presteza y trató de introducirse en aquella bestia de metal, mitad camión mitad dinosaurio, respetando el turno de manera que a un profano le resultaba casi mística. Ni siquiera aquellas deformidades con ruedas podían paliar los problemas de transporte en la ciudad. Las guaguas, quisieras o no, siempre estaban llenas a rebosar. Ernesto sacudió la cabeza, incómodo, mientras introducía su mano en el bolsillo del pantalón y acariciaba las pocas monedas que había conseguido recaudar aquel día. Pocas, pero suficientes para una semana de buena cerveza y algo de ron, si no era muy exigente.

Tejadillo, una de las calles que conducían hasta la Catedral, rebosaba vida. Turistas y cubanos la invadían, andando arriba y abajo, sentados en las puertas de las casas, bebiendo, comiendo porciones de pizza, charlando y tratando de embaucar unos, fotografiando y sonriendo a modo de disculpa otros. Un hombre

con el torso desnudo hurgaba en el interior de su máquina, un hermoso Chevrolet de los años cincuenta, la carrocería azul brillante. Junto a una bodega varias mujeres esperaban cola en silencio. Unos metros más adelante dos jóvenes portaban una tabla con frutas y repartían porciones entre los más pequeños. Antes de llegar a la Catedral, vio a dos policías acercándose a un jinetero que había sido descuidado. Acoso, lo llamaban. Ernesto no sabía bien quién o quiénes eran los acosados. Ellos no tenían acceso a los restaurantes, a los hoteles, a las playas. Ni siquiera a ciertos bienes materiales que para muchos otros ciudadanos de países extranjeros eran comunes, casi indispensables. Pero no era bueno pensar en esas cosas, no a su edad, cuando los anhelos y las esperanzas habían sido ya enterrados bajo una fina capa de arrugas y achaques.

—¡Eh, compañero! —dijo una voz a su espalda, y Ernesto se volvió.

Un turista vestido con una camisa guayabera, empapada de sudor, y unos pantalones vaqueros largos de color gris se acercó hasta él. A su lado otro joven, con bermudas y camiseta sin mangas, oriundo de Cuba, le dedicó una sonrisa cómplice. No estaba bien visto aquello en la isla, al menos no todavía, pero había oído que allí en Europa las relaciones de hombres con hombres se habían vuelto muy populares. En La Habana se esperaba que aquel tipo de personas rondara el cine Yara y no invadieran el resto de la ciudad.

—Eh, compañero, esto es para ti —dijo el turista, y su aliento delataba que, a pesar de que el sol brillaba en el cielo hacía ya varias horas, para ellos la noche todavía no había acabado.

Le entregó una mochila, de las que llevaban el nombre del fabricante en letras grandes, de las que valían dinero, y Ernesto la cogió, agradecido. En el interior había un par de botellas de ron y unos vasos, que tintinearon al cerrar la cremallera y llevarse la mochila al hombro.

—Muchas gracias, amigo —dijo Ernesto, entregándole un ejemplar de Juventud Rebelde—. El periódico del día.

—Gracias, compadre, muchas gracias —farfulló el turista, y pasando el brazo por encima del hombro de su acompañante continuó su camino en dirección a la Catedral.

Ernesto dejó que lo adelantaran, y se escabulló por una de las calles laterales. Se preguntó por qué aquel hombre le había

entregado la mochila. Podía habérsela dado a su acompañante, hubiera sido lo normal. O quizá para él tenía reservado algo muy especial, y simplemente quería mostrarse generoso en público, como un reclamo. En cualquier caso, Ernesto siempre se sentía dispuesto a aceptar un regalo. Sabía que muchos habaneros, que muchos cubanos, rechazaban aquella actitud, y respondían mendicidad cuando él mencionaba amabilidad, limosna por regalo. Quizá tenían razón, quizá no. Para Ernesto no tenía importancia, pues aquella era la única forma de vida que conocía desde hacía ya muchos años.

Pensó en el gesto del hombre, el brazo sobre el hombro de su joven amigo. Quizá, al llegar a la Catedral, algún policía le dedicaría un gesto de aviso al acompañante y éste se vería obligado a separarse, arguyendo cualquier excusa. No estaba bien visto aquello, no, pero tampoco se le podía llamar la atención a una bolsa de dinero andante. Al fin y al cabo, ellos mantenían viva la Revolución con sus dólares y sus euros.

Giró por otra calle, llena de vida como todas las demás. En un paladar una pareja tomaba una porción de pizza y unos mojitos. Sonrieron al verlo pasar, y Ernesto les devolvió la sonrisa. Consideraba a los cubanos, a sí mismo, gente alegre, siempre dispuesta a bailar, a sonreír, a compartir una cerveza. Muchos caminaban por las calles o se sentaban en las aceras y en los bancos, o se dirigían hasta el Malecón para disfrutar del rumor del mar y la compañía. Se estaba mejor fuera que en casa, lejos de las restricciones, de los cortes de luz, de la falta de agua. Fuera podías compartir, dentro la soledad te amargaba. Y Ernesto desde que Dulce, su esposa, muriera, se sentía más sólo que nunca en su propia casa.

Por ello decidió internarse por las calles mal asfaltadas de la Habana Vieja buscando un lugar relajado, tranquilo, donde sentarse a beber unos tragos de la botella que aquel hombre le había dado. No muchos, sólo los suficientes para acallar los lamentos de Dulce, que siempre volvían a su cabeza cuando el sol estaba en lo más alto y atenuaban su volumen cuando caía la noche. Una joven morena, vestida con pantalones vaqueros y una blusa blanca, pasó a su lado como una exhalación, montada en su bicicleta. Ernesto la saludó con la mano, ella no le devolvió el saludo. Ernesto pensó en cuántas veces aquella joven, cuando era apenas una niña, había hablado con él, sentada en sus rodillas,

mientras su madre acudía a la compra. Ahora, ensimismada en su sueño de salir de la isla, no tenía ojos para un pobre viejo que amaba la Revolución. No, los jóvenes inquietos, inteligentes, sólo aspiraban a salir de la isla. Ya nadie quería estudiar, ya nadie quería trabajar, como le había dicho la madre de la chica.

—Ni siquiera ha aprobado el último curso. Ni se ha presentado a los exámenes —decía la buena mujer, y lo decía con tristeza, porque terminar la carrera te ataba a la isla al menos por unos años, y ella no quería que su hija se marchara.

Ernesto, un hombre cuya mayor inquietud había sido satisfecha cuando contrajo boda con Dulce, no lograba comprenderlo. Le acusaban de conformista, de hombre sin esperanzas, y él sonreía ante sus muestras de incomprensión y se marchaba a repartir los periódicos y a charlar con los turistas y a tomar un poco de cerveza y ron. ¿Acaso necesitaba algo más ahora que Dulce, el verdadero sentido de su vida, ya no estaba? ¿Acaso había necesitado algo más que la compañía de su esposa, su cariño, cuando ella estaba a su lado? Ahora los jóvenes ya no se conformaban con compartir con su pareja una película en el cine Yara y un jimagua en Coppelia. No, tenían inquietudes. Inquietudes.

Se detuvo junto a un portal abierto, cruzado por dos tablones, que conducía a unas escaleras maltrechas que se perdían en la oscuridad. Dos pilares de madera carcomida sostenían los restos de una terraza, cuya barandilla yacía desperdigada a sus pies. Echó un vistazo al interior, colando la cabeza entre los tablones, y cuando decidió que aquel sitio parecía lo bastante solitario, se introdujo con cuidado de no hacerse daño. Una mujer pasó en aquel momento, llevando en la mano una bolsa llena de caramelos —el obsequio de un turista, sin duda alguna—, pero no prestó atención al anciano. Al fin y al cabo, aquella podría ser su propia casa, pues el estado ruinoso que presentaba no difería demasiado de la de muchos otros compatriotas.

Ernesto se sentó en las escaleras y abrió la mochila. En el interior encontró dos botellas de ron de siete años de la marca Varadero. Al parecer el hombre que las había comprado tenía un mínimo de gusto por la bebida nacional, así que podría dejar por una ocasión aquel horrible Silver Dry que solía tomar. Junto a las botellas encontró un par de vasos de plástico azul, y decidió recordar aquel día como su día de suerte. Abrió la botella y sirvió

un generoso trago en uno de los vasos.

—Es tu día de suerte, viejo —murmuró.

Oyó pasos a su izquierda, en el patio interior del edificio, y se volvió.

Dos hombres altos, de gran envergadura, enfundados en largas gabardinas grises, permanecían de pie junto a la entrada del patio, mirando en su dirección. Ernesto no supo si le miraban a él o no, porque las sombras del edificio ocultaban parcialmente sus rostros. Por el color de su pelo y su complexión le parecieron extranjeros, quizá alemanes, quizá suecos. Sus ropas, sin embargo, resultaban harto inapropiadas para la isla y para las fechas en las que se encontraban. Dos gángsters trasnochados que se habían escapado de una época olvidada del Vedado.

—No sabía que aquí vivía gente, amigos. En un momento me marcho —dijo, apurando el vaso de un trago.

—¿Guajiro? ¿Habanero? —dijo uno de los hombres, y Ernesto creyó oír entre las palabras algo parecido a música.

—Habanero —dijo el otro, como si la conversación no incluyera al anciano, y ambos avanzaron hacia él.

Cuando llegaron a su altura, Ernesto pudo verlos con claridad. Rostros pálidos, de mentón prominente, con una nariz pequeña y enormes ojos blancos, blancos como la leche. Ambos exactos, dos mellizos idénticos de ojos ciegos, sin pupilas. Llevaban las manos en los bolsillos de sus gabardinas, que cubría sus grandes cuerpos, de espaldas desmesuradamente anchas, como si de una mortaja se tratara.

—De La Habana, sí señor —respondió Ernesto, y guardó el vaso en el interior de la mochila.

—De Madrid al Cielo —dijo el de la izquierda, sonriendo.

Su sonrisa era blanca, perfecta, inmaculada. Había algo en ella que transmitía serenidad, calma. Sin embargo, Ernesto se sintió intranquilo. Había algo extraño en aquellos hombres, no respondían al prototipo del típico turista europeo que visita la ciudad y evita a los acosadores.

—Pasando por La Habana —dijo el de la derecha. También sonreía.

—Así es —dijo Ernesto, levantándose.

—Olvidas la botella —dijo uno de ellos.

Se agachó a recogerla y se la entregó a Ernesto, que la tomó con manos temblorosas. Abrió con torpeza la mochila y la guardó

en el interior. Sentía miedo en presencia de aquellos dos hombres, y no sabía explicar por qué, pues todos sus gestos, todos sus movimientos, transmitían calma. Sus ojos, se dijo, son sus ojos.

—Sois ciegos —dijo Ernesto, más una pregunta que una afirmación.

—Sólo para lo que no queremos ver —dijo uno de ellos.

—A ti, sin embargo, te vemos con claridad, Ernesto —dijo el otro, y el anciano dejó caer la mochila al suelo.

—Quizá debería de marcharme —dijo Ernesto, pero le temblaba la voz y sus piernas se habían transformado en dos gruesos troncos de madera anclados al suelo.

Los hombres sonrieron aún más, si aquello era posible. Oyó un revoloteo a sus espaldas, y las gabardinas se agitaron bajo una inesperada ráfaga de viento. Allí hacía calor, como en toda la isla. Un calor que empapaba tu cuerpo de sudor, de la cabeza a los pies. Aquellos hombres no sudaban, ni mostraban gesto alguno de incomodidad bajo sus gruesas ropas.

—Para eso hemos bajado hasta aquí, Ernesto —dijo uno de ellos.

—Para ayudarte en tu marcha —dijo el otro.

Ernesto recogió la mochila, la abrió. Sacó la botella y bebió directamente de ella, dejando que el ron ardiera en sus entrañas. Tosió, dejó caer algunas gotas de aquel brebaje sagrado al suelo. Los hombres lo miraron sin inmutarse. Ernesto les ofreció la botella.

—¿Un trago?

—No, gracias —dijo uno.

—Consume sólo lo que sea necesario —dijo el otro.

—¿Dónde queréis llevarme? —preguntó Ernesto, y dio otro trago de la botella.

El hombre de la izquierda miró hacia las escaleras, hizo un gesto con la cabeza.

—Arriba —dijo.

—¿Dónde si no? —dijo el otro.

Las escaleras se perdían en la oscuridad del edificio. Los primeros escalones mostraban cicatrices que los recorrían de lado a lado, y Ernesto recordaba cómo habían crujido cuando se había sentado. Sobre uno de ellos descansaba una pluma blanca, brillante, que debía pertenecer a una gaviota. Una gaviota muy grande. Arriba quizá estarían mejor los escalones, más limpios,

más cuidados, pensó Ernesto. Arriba, pero no en el interior del edificio. Miró de nuevo a aquellos hombres, y vio como sus espaldas se agitaban, se debatían, aprisionadas por las gabardinas.

—¿Qué hay allá arriba? —dijo Ernesto.

—Paz —dijo uno de los hombres, rascándose la barbilla con una mano de dedos largos y uñas pulcramente recortadas.

—Amigos, recuerdos y todo lo demás que siempre has querido —dijo el otro.

—¿Y la Revolución? —preguntó Ernesto.

El hombre de la derecha se echó a reír, una risa honesta, clara, que llenó todo el edificio y reverberó en los oídos de Ernesto como si estuviera en el interior de una Casa de la Trova.

—Allí terminó la revolución hace mucho tiempo —dijo el hombre de la izquierda.

—Ya no quedan barbudos arriba —dijo el otro, sonriendo.

Ernesto miró de nuevo hacia las escaleras.

—Aquí, en el caimán, creemos en la Revolución —dijo, Ernesto.

Los hombres se miraron entre sí, sonrieron.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Ernesto—. ¿Y por qué queréis que vaya con vosotros?

—Vinimos con Dennis hasta Trinidad —dijo uno de ellos, y Ernesto recordó la llegada del huracán a la isla, apenas dos días antes.

No comprendía qué relación tenía el huracán con aquellos hombres; no, con aquellos seres ciegos que se hacían pasar por hombres y ocultaban sus verdaderos cuerpos bajo gabardinas grises.

—Y, antes de volver arriba, pensamos que quizá querrías venir con nosotros. Al fin y al cabo, aquí no te queda nada —dijo el otro.

—Me quedan los recuerdos —dijo Ernesto.

Uno de los hombres asintió, como si comprendiera. El viejo pensó que no podía ni siquiera imaginar su dolor. Dulce y él siempre habían sido uña y carne, desde muy niños. Nacidos en familias muy diferentes, educados él en la santería y ella en el catolicismo, nunca habían dudado que, al llegar la mayoría de edad, se casarían. Sus padres los veían jugar, los veían crecer, y nunca pusieron impedimentos. Era amor lo que había entre ellos, y nadie debe luchar contra un sentimiento tan puro. Cuando Dulce

se marchó, cuando Babalú Ayé trajo la enfermedad que la arrancó de su lado, Ernesto sintió tanto dolor que dejó a un lado babalaos y sacerdotes, santos y orishas y se refugió en el ron. Al menos daba lo que prometía, y el mal que te causaba siempre tenía una razón de ser. No como la muerte de Dulce, no como su sufrimiento.

Entonces sintió una punzada de esperanza. Había oído un viejo refrán español de boca de un turista: «Dios aprieta pero no ahoga». Quizá había llegado el momento de perdonar. Quizá había llegado el momento del reencuentro, y ellos habían venido a ofrecérselo. Dulce siempre había creído sin miedos, sin reservas. Él, sin embargo, siempre había dudado. ¿Merecía esa recompensa?

—¿Está… ella arriba? —preguntó Ernesto, y había súplica en su voz.

Los hombres se miraron y, tras lo que a Ernesto le pareció una eternidad, negaron con un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿por qué debería marcharme de la isla? —dijo el viejo, y volvió a sentarse en uno de los escalones.

Sacó la segunda botella de la mochila y se sirvió un vaso.

—Ella está con la gente de Avan —dijo uno de ellos.

—Con los revolucionarios —dijo Ernesto, bebiendo un trago de ron, sintiendo cómo abrasaba sus lágrimas y su dolor.

—No es un buen sitio para vivir —dijo el otro, torciendo el gesto.

Ernesto sonrió, llenó otro vaso.

—Eso dicen de Cuba, compañero. Pero yo creo que están equivocados, ¿sabes por qué?

Los dos hombres negaron con la cabeza.

—Porque aquí creemos en dos cosas: las mujeres y la Revolución. Y me temo que allí… arriba, os faltan ambas. Brindo por ello —dijo Ernesto, y apuró de nuevo el vaso.

Sintió en la cabeza el efecto del ron. Al ritmo que llevaba no tardaría en emborracharse —si no lo estaba ya—, y era justo lo que quería hacer. Uno de los hombres se acuclilló frente a él. Sonreía, y su espalda se agitaba en aleteos incontrolados.

—Quizá tengas razón, viejo —dijo el hombre—. Ya pasó el tiempo de las revoluciones… allá arriba.

—Tenemos que marcharnos ya —dijo el otro, de pie.

Ernesto tendió el vaso al hombre —al menos eso era lo que aparentaba ser, pues ya sabía que en realidad se trataba de algo

muy distinto— acuclillado frente a él y sonrió.

—¿Un trago para el camino? —dijo, y el hombre tomó el vaso entre sus manos, le devolvió la sonrisa y bebió.

El otro los miró con una mueca extraña, mezcla de repugnancia y piedad, mientras su compañero le devolvía el vaso vacío.

—Nosotros nos marchamos —dijo, y comenzaron a subir las escaleras.

—Yo me quedo —dijo Ernesto.

Uno de ellos ya había desaparecido. El otro se detuvo un instante, se volvió.

—Eso es lo que os concedió: la posibilidad de elegir al final de este viaje —dijo el hombre, y se perdió más allá de las escaleras.

Ernesto oyó un aleteo, un rumor de viento atrapado entre paredes, y después el silencio. Se sirvió la última copa, pues la botella ya estaba vacía, y miró a través de los tablones a la calle, silenciosa, vacía. Recordó entonces que no había leído el periódico del día, y tomó un ejemplar de Granma entre las manos. Leyó las desgracias que Dennis había causado en Trinidad, y sintió cierta responsabilidad. Si era cierto que ellos habían venido hasta allí sólo por él, lamentaba que otros compañeros hubieran sufrido por su culpa. Dio un trago, sonrió. Ya le llegaría su turno.

Al fin y al cabo, pensó, poco me queda para el final de este viaje.

FRAGMENTOS DE UNA FLOR DE PÉTALOS CARMESÍ

Contemplando los pétalos
desperdigados sobre el mantel,
supe que jamás los hallé tan ordenados
como en aquella ocasión.
Carlos G. Notario

Oirá un ruido.

Su mujer, que descansa a su lado, murmurará algunas palabras incomprensibles en sueños. Hará frío, quizá porque no recordó que debía dejar encendida la calefacción por la noche. Su mujer se apartará de él, dándose la vuelta. Él permanecerá atento, expectante. En la habitación reinará un silencio quebradizo: el rumor lejano de los coches circulando, el susurro contenido del calentador de gas, la respiración entrecortada de su mujer. Pensará en qué puede haberle despertado. ¿Quizá el claxon de un vehículo? ¿Una de las acaloradas discusiones de sus vecinos? Recordará que compraron el chalet adosado dos años atrás, en un barrio caro del extrarradio de la ciudad, buscando una tranquilidad que no encontraron. Toserá, cerrará los ojos. Dejará que el sueño vuelva a apoderarse de su mente. Al día siguiente, como casi todos los días del resto de su vida, debe marchar temprano al trabajo.

Oirá un ruido.

Se sobresaltará, abrirá los ojos. Se incorporará, apoyando los codos sobre el colchón. Los muelles emitirán un gemido ahogado cuando se siente en la cama y busque sus zapatillas tanteando con los pies en la oscuridad. La luz de una farola cercana se filtrará entre las persianas, y en unos segundos se habrá acostumbrado a la penumbra. Su mujer continuará durmiendo, murmurando palabras dulces en sueños, ajena a sus movimientos. Con cuidado, en silencio, se levantará y abrirá la puerta del dormitorio. Saldrá al pasillo. Allí comprobará que el ruido es más claro, más audible, y deducirá que proviene del garaje. Su primer pensamiento será que un ladrón poco hábil se ha colado en su casa, pero lo descartará de inmediato. Demasiado evidente. Pensará entonces en el gato de sus vecinos, esa voluminosa masa de pelo anaranjado que le bufa al pasar junto a la ventana todas las mañanas. No sería la primera vez que ha saltado la valla y se ha colado en su propiedad. Pensará que habrá encontrado alguna manera de burlar a sus dueños y colarse en el garaje. La idea le parecerá ridícula, pero más aceptable que otra que pugna por formarse en su mente, rayando la demencia.

Otra que tiene mucho que ver con su coche.

Y con la niña.

Volverá al interior del cuarto, temblando de frío. O de temor. Su mujer se revolverá en la cama, se apoderará del espacio que él ha dejado libre. Observará durante un instante su rostro, de cejas fruncidas y frente surcada de finas líneas. Ella siempre ha dormido con esa expresión de dolor, de tristeza. Se preguntará si alguna vez ha tenido pesadillas, si alguna vez ha soñado con la esperanza de una vida diferente, una vida mejor. Hace tanto tiempo que no hablan de sus sueños, de los planes que habían preparado juntos, que la nostalgia le embargará. Acariciará su pelo y, cuando esboce una sonrisa, oirá de nuevo ese ruido.

El roce del metal sobre la pared.

Saldrá de nuevo al pasillo, bajará las escaleras que conducen a la planta baja, a la entrada. Sentirá una indefinible sensación de fatalidad, como si de alguna manera nada pudiera evitar lo que debe ocurrir. La certeza que su conciencia culpable le proporciona le instará a continuar, a dirigirse con paso presuroso hacia el garaje, donde su destino le espera oculto entre las estanterías de madera, acechante. Avanzará a tientas, sin encender la luz, acariciando la pared a cada paso. Pensará en su mujer, pensará en sí mismo. Creerá que no es justo lo que le está ocurriendo, y no podrá evitar maldecir en voz baja.

Saldrá a la calle ataviado con su bata y su pijama, recorrerá el camino de tierra que conduce al garaje. Entrará, encenderá la luz. En el interior hará frío, más que en la casa. Mirará a su alrededor, a las paredes repletas de estantes donde se olvidan los recuerdos de la infancia, de la juventud. Abrirá la puerta del coche, buscará en su interior. Saldrá, mirará de nuevo alrededor, temblando. Tardará unos segundos en tranquilizarse, en comprender que se trata nada más que de otra pesadilla, de una que le persigue y le acosa desde que vio a aquella niña.

Y entonces, cuando sienta que todo está en orden, cuando haya perdido el miedo, verá reflejado en la carrocería del coche la fuente de todos sus temores.

Caerá al suelo de espaldas, sintiendo un dolor ardiente en el rostro, en el párpado derecho. Alzará las manos mientras retrocede, la espalda contra el cemento, el frío que recorre su piel y eriza el vello. La luz del garaje, una bombilla que pende del techo unida por dos cables doblados, parpadeará, temblará. El

martillo caerá de nuevo y sentirá cómo los dedos de su mano derecha se quiebran, rasgando la carne, sangrando.

Gritará.

Ella avanzará un paso, no se detendrá, golpeará de nuevo con el martillo, en el codo, quebrándolo, arrancándole una súplica teñida de lágrimas y desesperación. Ella, con el rostro ceniciento, el pelo negro cubriendo parte de su rostro. Ella, sangre manando de la herida en su cabeza, empapando su blusa blanca, su falda de colegiala.

Gritará.

No podrá retroceder más, su espalda quedará contra la pared del garaje, atrapado junto a las ruedas del coche. Las estanterías vibrarán, como azotadas por la corriente eléctrica descargada en el ambiente. Ella dará otro paso y descargará de nuevo el martillo, golpeará sobre el rostro. Su cuerpo delgado temblará, impreciso como una pantalla mal sintonizada, se desvanecerá, volverá a formarse, mientras él, en un último intento lleno de desesperación, tratará de arrebatarle el martillo.

Gritará.

Ella golpeará.

Golpeará.

Golpeará.

Después, cuando los gritos del hombre cesen, dejará caer el martillo.

En el rostro de la niña se dibujará una sonrisa, quebrada allí donde las cicatrices deforman el labio y lo estiran de forma desagradable hacia sus ojos vacíos. El hombre sufrirá convulsiones, sangrará. Uno de sus ojos se hinchará tanto que la piel a su alrededor se tornará negra. La niña sonreirá, caminará hasta que su cuerpo quede pegado al coche, acariciará la carrocería con sus dedos fracturados.

—¿Cariño? —dirá una voz femenina al otro lado de la puerta.

La niña sonreirá, la sangre que brota de su cabeza se deslizará por su rostro, formando una intrincada telaraña que parecerá latir bajo la luz temblorosa de la bombilla.

Parpadeará.

Desaparecerá.

—¿Has lavado el coche? —dice la mujer, gritando desde la cocina.

El hombre, sentado en el sofá del salón, no la oye. Presta atención a las imágenes del televisor, noticias de un atentado que se ha cobrado demasiadas víctimas. Sangre resbalando por el arcén, deslizándose en el interior de las alcantarillas. El hombre apaga un cigarrillo en un cenicero de cristal, bebe un trago de un vaso de agua, lo deja sobre una mesa baja junto al sofá.

—¿Estás sordo? —dice la mujer, entrando en el salón, secándose las manos con un trapo—. Te he preguntado si has lavado el coche otra vez.

Sobresaltado, el hombre asiente con la cabeza.

—Esa maldita mancha —murmura.

—No entiendo esta nueva manía tuya, ¿sabes? —dice la mujer, y se marcha de nuevo a la cocina.

El hombre asiente de nuevo, vuelve su atención al televisor. Accidentes de tráfico, un camión volcado. Regueros de sangre deslizándose bajo el vehículo. El hombre cierra los ojos, los abre algunos segundos después. Tamborilea con los dedos sobre el brazo del sofá, suspira. En el fondo, piensa, ya no tiene importancia. Sabe que su rostro no aparecerá en las noticias, él no tuvo nada que ver con lo sucedido.

Nada que ver con lo sucedido.

Cenan en la mesa de la cocina. Una tortilla francesa, una ensalada, un poco de queso bajo en calorías. Beben vino, y brindan un par de veces por los recuerdos que a veces se olvidan. A través de la ventana abierta les llega el rumor del tráfico. Compraron la casa cerca de la circunvalación, en un barrio residencial, y han tenido tres años para arrepentirse de ello. El hombre recuerda la habilidad del vendedor, mostrándoles sólo las partes de la casa mejor cuidadas, evitando entrar en los cuartos con humedades, invadidos por cucarachas. Ya tendrán tiempo de verla con detenimiento más tarde, recuerda que fueron sus palabras.

Y no mentía.

—Me gustaría que mañana fuésemos al centro comercial, tenemos la nevera vacía —dice ella, y el hombre asiente mientras bebe de su copa.

—Claro —responde un instante después—. Mañana, en cuanto vuelva del trabajo te recojo y vamos para allá.

La mujer sonríe, comienza a recoger los platos. El hombre se levanta, vuelve al salón, enciende de nuevo la televisión. Mientras

su mujer friega los platos, presta atención a uno de los cientos de concursos que se emiten diariamente. Los concursantes responden a preguntas absurdas con respuestas absurdas. El público aplaude, los marcadores se iluminan. Cambia de canal. Un partido de fútbol entre dos equipos de divisiones inferiores, narrado sin pasión.

—¡Deja la tres, que van a echar una película de romanos! —grita su mujer desde la cocina, y él, obediente, lo hace.

Un anuncio de coches. Un vehículo gris metalizado se desliza por una calle helada mientras la gente agolpada en las aceras saluda su paso. El mando tiembla en la mano del hombre y cae al suelo al descubrir entre la multitud el rostro de la niña.

—No… —gime, notando como un sabor amargo se agolpa en su garganta.

Dominado por el pánico, incapaz de controlar el temblor de sus manos, se levanta del sofá y se dirige hacia la puerta de la casa. Se cruza con su mujer, que le dedica una mirada mezcla de enfado y preocupación.

—¿Se puede saber qué coño te pasa ahora? —pregunta, dejando percibir un tono de preocupación en su voz.

—Nada, nada —responde el hombre, abriendo la puerta—. Voy a dar un paseo para bajar la comida.

Cierra la puerta tras él y sale a la calle del barrio residencial en la que viven. Medio centenar de chalets adosados de paredes de ladrillo rojo y tejados de pizarra se alinean frente a él como un pelotón de fusilamiento. Está anocheciendo, y las farolas empiezan a adquirir un tono amarillento, enfermizo. A lo lejos, una mujer con un vestido de flores pasea un perro pequeño. Nervioso, recorre el camino de baldosas grises que atraviesa el jardín en dirección a la entrada del garaje. Podría haber entrado directamente por la cocina, pero ella hubiese sabido a dónde se dirigía y se lo hubiera echado en cara. La puerta metálica está cerrada, como debe. Busca su llave magnética en el bolsillo del pantalón y la introduce en una ranura situada en un lateral de la puerta. Ésta comienza a abrirse con un chasquido. El hombre mira hacia arriba, a la ventana de su dormitorio, que da al jardín, temiendo ver a su mujer asomada, recriminándole por su comportamiento.

Su mujer.

La puerta se abre por completo y el hombre entra. Hace más frío en el interior del garaje. Enciende la luz, introduce las manos en el interior de los bolsillos del pantalón y se acerca al coche. Lo

ha limpiado tantas veces que la piel de la palma de las manos se le ha agrietado, al igual que la pintura del capó. Y, sin embargo, las manchas todavía están allí, en la carrocería. Se agacha junto a la rueda derecha delantera, mira más de cerca. No hay duda alguna, son las mismas que un compañero le ha señalado esta mañana en el trabajo. Las mismas que las de los días anteriores.

—Me temo que ese perro ya no volverá a casa esta noche, ¿eh, socio? —le ha dicho, palmeándole la espalda, señalando la rojiza línea delgada y las marcas redondeadas a su alrededor.

Y las ha limpiado, frotando, rayando la carrocería incluso. Y están allí de nuevo, donde no deben estar.

—Oh, Jesús —susurra, y busca una esponja y un cubo para limpiarlas de nuevo.

Despertó sobresaltado.

Oyó ruido abajo, en la cocina. El inconfundible sonido de la licuadora, pensó. Parpadeó varias veces, bostezó. Le dolían los párpados. Se frotó los ojos con las manos mientras se incorporaba. Buscó a tientas con los pies sus zapatillas de andar por casa, y todavía tratando de despertarse se dirigió al cuarto de baño. Encendió la luz, entrecerró los ojos, bostezó de nuevo. Vio su reflejo al pasar frente al espejo, un hombre mayor, desnudo, con la espalda curvada. Un hombre que había luchado contra su vida rutinaria y, tras perder la última batalla, había firmado un acuerdo diplomático.

Abrió el grifo de la ducha y esperó, colocando bajo el chorro de agua la mano, hasta que la temperatura le pareció la apropiada. Reprimió un gemido cuando el agua empapó su pelo, su cuerpo. Entre la media docena de botes de su mujer encontró su gel habitual, y dedicó un cuarto de hora a lavarse a conciencia y despejarse. Cerró el grifo al oír la voz de su mujer.

—¿Sí? —preguntó, mientras salía de la ducha y se envolvía en su albornoz.

Su mujer entreabrió la puerta del cuarto de baño —nunca habían instalado un pestillo, ella se sentía incómoda con las puertas cerradas— y le dedicó una sonrisa somnolienta.

—Te he preparado el zumo, me vuelvo a la cama —dijo en un murmullo, y cerró la puerta.

El hombre sonrió, pasando una mano por su rostro. Sería

mejor afeitarse antes de salir, decidió. Enchufó la maquinilla eléctrica y dio dos pasadas por su cara, hasta que quedó satisfecho. Después salió del cuarto y fue hacia el vestidor sin encender las luces. Su mujer dormía de nuevo. Se preguntó por qué se empeñaba en prepararle un zumo todas las mañanas. Le había dicho varias veces que no era necesario, que él podía preparárselo y así ella podría aprovechar para dormir unas horas más. Ella no quería ni oír hablar de ello.

—A veces creo que no entiendes lo que significan algunas cosas —había dicho ella, enfadada.

Desde entonces no había vuelto a comentar el tema.

Se vistió en silencio y bajó a la cocina. El vaso de zumo descansaba sobre la encimera. Se lo bebió de un trago, y disfrutó como todas las veces del escalofrío que le provocaba la acidez de las naranjas mezcladas con el pomelo. Siempre lo tomaba sin azúcar, para que le ayudara a despertarse. Al llegar a la oficina le pediría a su secretaria un café bien cargado, pero todavía le quedaba un viaje en coche de algo más de media hora hasta llegar allí.

Salió a la calle, cerró la puerta y se dirigió hacia el garaje. Amanecía, y los rayos del sol lanzaban destellos sobre la puerta metalizada. El hombre pensó que los reflejos en sí mismos eran un mal augurio. Desde pequeño había sido supersticioso, y los años no le habían hecho cambiar su visión prejuiciosa del mundo. Cualquier nimio detalle podía revivir sus temores más arraigados. Juntó su pulgar y su dedo índice y los besó, una vieja fórmula para anular los malos presagios. Abrió la puerta del garaje, entró. El coche le estaba esperando como una mascota bien educada. Sonrió.

El tráfico en la circunvalación de entrada a la ciudad se hizo más denso. Durante los primeros veinte minutos había circulado por la autopista con normalidad, escuchando la radio, disfrutando ocasionalmente de la imagen de un cartel de publicidad. Al acercarse a las entradas de la ciudad, los vehículos que se acumulaba a su alrededor, copando los tres carriles, le habían obligado a decelerar y moverse al carril adyacente al de los autobuses. Allí se encontraba incómodo. Siempre había imaginado a los pasajeros del autobús sentados en sus asientos, cuchicheando entre ellos mientras le señalaban y se burlaban de él, viéndole desde las alturas. Otro prejuicio, otro momento incómodo. Sabía

que en realidad la mayor parte de ellos estarían dormidos, ajenos a su presencia, deseando terminar la jornada de trabajo antes incluso de haber llegado y tomar el autobús en sentido contrario, de vuelta a sus casas. Pero la certeza se venía abajo cuando su vehículo se detenía al lado de alguno de aquellos transportes.

Al llegar al desvío hacia sus oficinas —una calle ancha, de tres carriles en el sentido en el que circulaba y dos en el contrario—, giró y se detuvo en el semáforo. Miró el reloj luminoso incrustado en el salpicadero, y vio que se había retrasado algunos minutos. No tendría tiempo de desayunar en la cafetería de enfrente; tendría que conformarse con un café de los de la máquina del vestíbulo, aguado y con un sabor sospechosamente amargo. Oyó el claxon tras él, vio que el semáforo había cambiado a verde.

—Ya voy, ya voy —murmuró mientras arrancaba y se internaba en la calle.

Apenas cincuenta metros más adelante comenzaba la entrada al túnel. Dos carriles continuaban por ese camino, mientras el tercero, el que estaba situado a su derecha y estaba más cercano a la acera, seguía normalmente. En la entrada del túnel los coches estaban detenidos, quizá por un atasco en el semáforo de la salida. Miró a ambos lados. En el sentido contrario también se habían detenido los vehículos, el carril de su sentido que no se introducía en el túnel parecía completamente despejado, sin coches. Vio que en la acera se congregaban un grupo de chicos y chicas de uniforme, esperando a la puerta de un conjunto de edificios bajos. Un colegio, pensó. Miró al otro lado, a la otra acera.

Entonces vio a la niña.

Pretendía, aprovechando que el tráfico estaba detenido, cruzar de un lado a otro de la calle. No había semáforos, ni siquiera un paso de cebra. El hombre se sintió incómodo. La niña comenzó a andar entre los vehículos, sonriendo, saludando con la mano. Desde el otro lado de la calle, el hombre vio como algunos de sus compañeros le devolvían el saludo, sonreían. La niña avanzó hasta su coche, y durante un instante se volvió y le miró. En ese instante, el hombre supo que debía avisarla. Por el espejo retrovisor veía como un coche subía por el carril libre, aquel que no entraba en el túnel, a demasiada velocidad. El instante que se cruzaron sus miradas debió durar apenas unos segundos. El hombre ni siquiera intentó hacer un gesto. Se limitó a contemplar como la niña continuaba su camino y el coche —los frenos

gritando, los neumáticos ardiendo sobre el asfalto— la embestía y la doblaba y la arrastraba por el suelo antes de detenerse.

Varios de los jóvenes gritaron, se llevaron las manos al rostro. Las portezuelas de los coches situados tras el suyo se abrieron, la multitud se agolpaba en el arcén. El hombre advirtió que el coche que había atropellado a la niña se había detenido varios metros más adelante, y que su conductor —joven, imprudente, desecho en lágrimas de culpabilidad— corría hacia el cuerpo de la niña, que había quedado junto a su coche. No pudo reprimir el gesto de mirar de nuevo, de verla allí tumbada.

Cuando lo hizo, vio que los ojos de la niña seguían clavados en él.

Atrapado, maniobró para salir del atasco que se había organizado. Se incorporó al carril lateral, y entre malos gestos y gritos salió de allí en dirección a ninguna parte. Sentía un dolor profundo en el pecho, como si le clavaran agujas desde el interior. Creyó que podría tratarse de un infarto. Condujo hasta llegar a un parque, se detuvo. Por aquel camino no llegaría hasta la oficina. Respiró profundamente, clavó las manos en el volante intentando tranquilizarse.

Al fin y al cabo, él no la había atropellado.

No podía haber hecho nada por evitarlo.

Nada.

Salió del coche, caminó hasta el parque, entró. Dio un paseo por uno de los caminos de tierra, se sentó en uno de los bancos de piedra. ¿Por qué le había mirado la niña? ¿Sabía lo que iba a ocurrir y le había puesto a prueba? No, no podía tratarse de algo tan absurdo. Nadie querría morir atropellado a su edad. Agitó la cabeza, acarició sus cabellos con dedos engarriados.

—Vamos, vamos —murmuró—. Tranquilicémonos. En el fondo, no he hecho nada malo.

Se levantó y volvió por el mismo camino hasta su coche. Condujo por calles estrechas hasta que retornó a la calle principal, algunas manzanas más allá de la salida del túnel. No se atrevía a volver por aquel camino. Tendría que buscar una alternativa, aunque tardara dos horas en salir de la ciudad. Llegó al trabajo tarde, y detuvo el coche frente a la garita de seguridad. El vigilante salió y le indicó por señas que bajara la ventanilla.

—Buenos días, señor —dijo con rostro serio.

—Buenos días —respondió el hombre.

—Sólo quería decirle que tiene algo sobre el faro derecho, en el capó —dijo el vigilante, levantando la barrera y franqueándole el paso—. Creo que algún gracioso le ha manchado el coche.

El hombre asintió, trato de sonreír. Llevó el coche hasta su plaza de garaje, en el primer sótano bajo el edificio en el que trabajaba. Cuando apagó el motor, le incomodó el silencio. Buscó en la guantera un trapo y abrió la portezuela del conductor. No recordaba ninguna mancha, pero el rostro del vigilante, habitualmente amable, se había convertido en una máscara de piedra.

—Maldita sea —murmuró mientras caminaba hacia la parte trasera del vehículo.

Abrió el maletero y cogió un limpiador líquido que siempre llevaba. Mientras caminaba hacia la parte delantera del coche humedeció el trapo, y al llegar se detuvo.

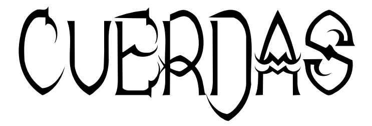
Una delgada línea roja recorría el capó, y a su alrededor se amontonaban varias circunferencias del mismo color. Retrocedió un paso, volvió a mirar.

Debía ser sangre, sangre de la niña, que con el impacto había saltado hasta su coche. Le sorprendió la forma que había adoptado, aquella extraña configuración. Como si un niño hubiera dibujado sobre el metal una retorcida flor de pétalos carmesí. Aterrado, volcó el bote de limpiador sobre la mancha y comenzó a frotar con el trapo. Los pétalos se descascarillaron en cientos de fragmentos como si se tratara de una capa de pintura vieja, la línea se quebró y desapareció bajo la furia del hombre. Tardó apenas tres minutos en eliminar todo rastro de la mancha. Notó que el corazón le latía con un ritmo extraño; abrió la portezuela del asiento del acompañante y se sentó un momento en el interior.

Sangre de la niña en el coche, pensó. No puede ser bueno.

Subió al segundo piso, a su despacho. Durante todo el día estuvo distraído, incapaz de centrarse en el trabajo. No atendió ninguna llamada, pensando en lo que había sucedido. Oyó la radio, pensando que quizá mencionarían la noticia en los sucesos del día. No lo hicieron. Cuando llegó la hora de comer, le dijo a su secretaria que no se encontraba bien y que se marchaba a casa. Bajó en el ascensor hasta el garaje, caminó hasta el coche. En un gesto mecánico, comprobó la parte delantera.

La flor había vuelto a aparecer.



Vi por primera vez las alfombras
en los patios traseros de otros vecindarios
***Alfombras mágicas,* Steven Millhauser**

Vi el anuncio en la televisión, una de esas tardes aburridas de agosto en las que lo único que apetece hacer es tenderse sobre la alfombra y dejar que las imágenes te conduzcan de la mano al sueño. Mi madre había abierto las ventanas y retirado las cortinas para lavarlas, y la luz del sol se colaba en el salón, arrastrándose por el suelo con la forma de un gusano dorado. Moría a pocos centímetros del lugar en el que me encontraba, como si se tratara de una fila de hormigas despistadas y hubiéramos extendido, alrededor de la alfombra, aquellos polvos blancos que mi padre solía rociar por las esquinas de la casa y que una vez mi hermano pequeño, Toño, se había llevado a la boca y había enfermado y había vomitado durante dos días seguidos.

Vi el anuncio en la televisión tumbado sobre la alfombra, con un trapo de cocina desplegado frente a mí, sobre el que mi madre había dejado un vaso de leche y un puñado de galletas rellenas de chocolate. Emitían una película de vaqueros, de las favoritas de mi padre, y cuando llegó el momento más inoportuno —justo un instante después de comenzar el duelo entre dos de los protagonistas— la interrumpieron para llenar nuestros ojos de reclamos de compra en la lista habitual, interminable, de anuncios publicitarios. En ese momento yo sostenía en una mano el vaso de leche y en la otra una galleta a medio comer. No dispuse, por tanto, del tiempo necesario para cambiar de canal, y fue por ello que descubrí las cuerdas.

Un hombre de piel morena y enorme bigote, vestido con ropas amplias, de colores llamativos, y un turbante en la cabeza, sonreía a la cámara. Una voz que no le correspondía y apenas se sincronizaba con sus labios recitó una larga letanía sobre viejas leyendas hindúes, conocimientos olvidados por la ciencia occidental y varias tonterías más —supercherías, las llamaba mi padre—, para luego dar paso a una serie de testimonios absurdos de personas que habían comprado el producto y su vida había cambiado por completo. Tardé varios minutos en comprender de qué se trataba, pues sólo marginalmente se apreciaban las cuerdas, erectas de una forma casi obscena, surgiendo de pequeños recipientes de plástico depositados en el suelo y perdiéndose más

allá de la vista.

—Yo prefiero música clásica —decía una mujer, acariciando el pelo de un niño de unos cinco años— pero él prefiere uno de esos grupos modernos de nombres absurdos que ninguno podemos recordar.

—Lo primero que me sorprendió fue la facilidad con la que funciona, hasta un niño podría utilizarlo —decía otra mujer sentada en un sillón junto a lo que parecía su numerosa familia.

—Al volver del trabajo, no hay nada que me relaje más —decía un hombre vestido con chaqueta y corbata, el arquetipo del ejecutivo agresivo.

La imagen se centró entonces en los pequeños cubos de plástico blanco y las cuerdas que surgían de su interior. El anuncio hacía hincapié en la imposibilidad de transferir de un cliente a otro el producto, ya que cada cuerda pertenecía a una y sólo a una persona. Me tragué una galleta de un bocado y busqué el mando de la televisión para subir el volumen. En la pantalla dos hombres ascendían con facilidad por la cuerda, como si sus manos resbalaran por ella, y quedaban arriba, tumbados en una posición imposible, el cabo más alto de la cuerda bajo su espalda, sonriendo. Tras ellos se alzaba una imponente noria, de brillantes colores, y los hombres saludaban con la mano a los niños que se habían montado en ella.

—Sin riesgo alguno para usted. Nunca podrá caerse —decía la voz, acompañada por las sonrisas forzadas de los protagonistas.

—Puedo disfrutarla en casa o en el jardín, es sorprendente —decía un hombre.

Después algunas imágenes más de las cuerdas, pero nada del precio, sólo un número de teléfono en letras grandes, brillantes, doradas. Lo repetí en voz baja varias veces mientras me levantaba, acudía al escritorio de mi padre y lo anotaba con uno de sus bolígrafos —de los que tienen grabado su nombre en letras plateadas, regalo de la empresa en la que lleva trabajando más de veinte años— en un trozo de folio previamente rasgado.

Lo comenté con mis padres durante la cena. Mi madre había preparado unos canelones, el plato favorito de mi padre, por lo que el ambiente resultaba propicio para compartir mis inquietudes. Mi hermano Toño, sentado en su trona, sonreía y murmuraba palabras ininteligibles mientras esquivaba las acometidas de los aviones que una y otra vez despegaban desde el

brazo de mi madre hacia su boca. Procedente de alguno de los pisos inferiores nos llegaba a través de la ventana entreabierta el rumor de una discusión. En el salón la televisión murmuraba noticias sobre accidentes en carretera y animales olvidados por sus dueños en gasolineras.

—He visto un anuncio hoy en la televisión —dije, la boca llena de carne, tomate y pasta.

—¿No será el de las cuerdas de las que habla todo el mundo sin parar? —dijo mi madre, y yo negué con la cabeza y un segundo después, tras procesar sus palabras, asentí.

—¿Qué cuerdas? —preguntó mi padre.

—Creo que Ana y Fidel tienen una —dijo mi madre, sin darle importancia.

—¿En serio? —dije yo— ¿Y dónde la han comprado?

Toño aprovechó para balbucear algunas palabras (si aquellos sonidos grotescos que emitía a todas horas podían interpretarse así) y dejar que su comida, un puré de frutas, resbalara por su boca y empapara su babero, su ropa y parte de la silla.

—¡Toño, por Dios! —dijo mi madre, limpiándole los labios y la barbilla—. Lo pidieron por televisión, claro. Pero es muy caro, hijo.

—¿Qué es muy caro? —preguntó mi padre, pero la conversación ya había terminado.

Vi mi primera cuerda de cerca dos semanas después, un día de brisa fría y hojas muertas crujiendo bajo mis pies. Vivíamos en un barrio viejo, de edificios antiguos con fachadas que imploraban a gritos desde las ventanas abiertas una reforma. Si recorrías andando las calles de la zona sólo encontrabas gente mayor, de la que ha decidido que quiere quedarse a vivir allí desde hace muchos años, y no les preocupa demasiado ciertas incomodidades, siempre que puedan llamar al tendero por su nombre de pila. Muchos pequeños negocios habían abierto y la mayoría de ellos, como la tienda de frutos secos que más me gustaba, habían acabado cerrando. El caso más llamativo había sido un viejo cine —cerrado durante seis meses por obras, reconvertido posteriormente en un multicine con cuatro salas— que había cerrado menos de un año después. No había mucho dinero en el barrio: se respiraba en cada calle, en cada esquina.

Por eso me sorprendió mucho ver mi primera cuerda de cerca en el parque, junto a la zona en la que se reunían los mayores para jugar a la petanca. Yo había acudido al parque con un amigo, Luis, y un balón de fútbol, pero cuando llegamos y vimos al hombre de la cuerda, nos olvidamos del balón y corrimos a sentarnos en un banco cercano para mirar. Alrededor del hombre de la cuerda se había congregado una decena de personas —al menos un par de ellos portaban aquellos ridículos bolsitos para llevar las bolas de petanca, aunque no parecían muy entusiasmados con la idea de jugar una partida—, pero la mayoría de la gente no prestaba especial atención. Para nosotros, sin embargo, se trataba de un evento único, asombroso. El hombre descansaba sobre la cuerda a unos cinco o seis metros de altura, sentado con las piernas cruzadas, leyendo un libro. No parecía interesado en los demás, ni consciente del interés que despertaba. La cuerda, erguida como una barra de acero, asomaba de un pequeño cubo de color verde y negro, distinto al que yo recordaba de los anuncios. Era precioso, y así se lo dije a Luis.

—Mi padre me ha dicho que le va a comprar uno a mi madre —dijo Luis, en respuesta a mis palabras—. Yo he pedido uno para mi cumple.

—Yo también —dije, consciente de que mis padres no lo comprarían.

El hombre pasó la página del libro que estaba leyendo sin prestar atención a su improvisado público. No debía de tener más de treinta años, más joven que mi padre, y llevaba ropas cómodas, desgastadas, de las que jamás se pondría mi padre. Desde donde me encontraba podía apreciar una leve sonrisa en su rostro, como si toda aquella absurda situación, en el fondo, le provocara cierta risa.

—¿No vamos a echar un partidillo? —preguntó Luis, y yo negué con la cabeza.

Los petanqueros se marcharon arrastrando los pies hacia las pistas marcadas que tenían en la parte baja del parque, junto a un lago artificial que nunca tenía agua, y pronto el resto de la gente los imitó, perdiéndose por los caminos de tierra en dirección a sus propias vidas. Incluso Luis, cuando comprendió que yo no pensaba marcharme de allí, optó por dar un par de patadas al balón y correr tras él, desapareciendo tras los árboles.

No recuerdo cuánto tiempo transcurrió hasta que el hombre

cerró el libro. Hacía más frío y empezaba a oscurecer, y Luis hacía ya tiempo que se había marchado. Siendo realistas, todo el mundo se había marchado. Los jugadores de petanca, las madres con los cochecitos de sus hijos, el tiovivo de hombres vestidos con ropas deportivas. Sólo quedábamos el lector y yo, así que cuando el hombre cerró su libro y miró al suelo, no pudo reprimir el gesto de saludarme con la mano.

—¡Hola! —dije yo, agitando la mano.

Como aquella vieja película de vampiros que habia visto por televisión una de las noches que mis padres nos habían dejado solos en casa, aquella en la que Drácula salía de su cuarto por la ventana y se deslizaba por la pared, así descendió aquel hombre por la cuerda. Lejos de inquietarme, la suavidad de sus movimientos excitó mi imaginación, y deseé poder emularle en mi propia cuerda, limitarme a subir y bajar una y otra vez por ella sin detenerme jamás.

—Es hora de que vuelvas a casa, ¿no crees? —dijo el hombre al llegar a mi lado.

Tenía los ojos azules, una de las cualidades que mi padre, de ojos negros, calificaba de recesiva, significara lo que significase aquello. Yo sonreí y asentí con la cabeza. Después cerré la boca, que llevaba varios minutos estúpidamente abierta. El hombre sostenía entre sus manos la caja de colores de la que pocos instantes antes brotaba la cuerda. Al descender, la cuerda había caído en su interior, lacia, para desaparecer por completo. Sobre la caja descansaba un libro del que sólo pude leer el título. «El lanzador de cuchillos». Me inquietó que un hombre tan relajado, tan tranquilo, pudiera leer un libro con un título tan agresivo.

—Mañana me pasaré por aquí sobre las tres —dijo el hombre, y añadió—. Por si quieres venir.

Y yo, con una sonrisa enorme dibujada en mi rostro, asentí.

Día a día, semana a semana, vi cómo proliferaban las cuerdas. Lo que parecía una atracción destinada a olvidarse en unos pocos días se convirtió en una fiebre que se extendió por todo el país como una plaga de moscas en verano. En cualquier tienda, en cualquier supermercado, se vendían cuerdas. Mi padre me dijo que pronto veríamos los escaparates llenos de imitaciones baratas, de esas que se fabricaban en empresas sin escrúpulos que contrataban a sus trabajadores en países pobres. No fue así. Sólo se vendían las cuerdas que yo había visto anunciadas en televisión, como si

dispusieran ellos de la patente en exclusiva y nadie más fuera capaz de idear algo similar, y mucho menos de imitarlo.

El hombre del parque volvió, claro, y con él decenas de personas portando sus propias cuerdas, ocultas en el interior de cubos rojos, negros, verdes, con grabados, con dibujos, metálicos, de plástico y de tantas y tan variadas formas que mi envidia se difuminaba en un mar de admiración. Hablé con muchas de aquellas personas, bien una vez que bajaban, bien a gritos desde mi posición privilegiada en uno de los bancos del parque. La mayoría de ellos se mostraban amables, incluso simpáticos a veces; unos pocos rehusaban prestarme atención y preferían centrar su atención en lo que quiera que hubieran venido a hacer al parque. Esa minoría me irritaba. Si no querían que la gente hablara con ellos, ¿por qué no utilizaban las cuerdas en el interior de sus casas? ¿O en un jardín? Si decidían venir al parque era porque, en el fondo, querían exhibirse ante los demás, y yo no era más que un niño curioso que disfrutaba conversando a la espera de tener mi propia cuerda.

Pronto descubrí que la cuerda no funcionaba igual para todo el mundo. Mientras unos ascendían con relativa facilidad, a otros se los veía a veces detenidos a medio camino, mirando a todos lados como si se hubieran perdido y buscaran a un guardia urbano para preguntarle por una calle. Las más hábiles eran las mujeres jóvenes, los más torpes los hombres de edad avanzada. A veces resultaba ridículo ver a un hombre de más de sesenta años, con sobrepeso, colgado en mitad de la nada, incapaz de subir o bajar, con la desesperación bailando en su rostro. Aunque esas situaciones no duraban mucho, apenas unos minutos, pues enseguida la misma cuerda parecía ayudar a la persona a encaramarse a su parte más alta. Nunca vi a nadie caer al suelo. Imagino que, de alguna extraña manera, las cuerdas no lo permitían.

A Luis, que me acompañaba a regañadientes al parque, aburrido de sentarse conmigo a observar las cuerdas, le regalaron su cuerda un día de nieve y barro. Sus padres no profesaban la fe católica y se negaban a celebrar las fiestas navideñas, pero siempre le regalaban algo su hijo, para que no se sintiese incómodo con el resto de los niños. Se lo entregaban un día cualquiera, sin preocuparse de si coincidía o no con una fecha señalada para los demás. Creo que siempre era un sábado, pero

tampoco lo sé con certeza. Lo que yo sí sabía, gracias a mi amistad con Luis, era que los regalos los traían los padres. Quizá convivir con él me hizo descubrirlo demasiado pronto, quizá le quitó parte de la ilusión. Tampoco me preocupé.

Llovía, ríos desbordados inundando los cristales de la ventana de mi cuarto, cuando Luis vino a casa a enseñarme su cuerda. Abrió la puerta mi madre, y el niño, empapado, entró y subió corriendo hasta mi cuarto. Recuerdo que yo miraba por la ventana, embobado, en dirección al parque, solitario, abandonado. La lluvia deshacía la nieve acumulada durante la mañana y creaba ríos de barro que se deslizaban entre los bancos, entre los árboles. Luis llevaba entre sus manos la caja metálica. Había pegado a ambos lados dibujos de monstruos que él mismo hacía con lápices de colores. Quedaba ridículo, pero eso no evitó que sintiera una punzada de envidia cuando vi que lo que más ansiaba descansaba entre sus dedos de uñas mordidas.

—Si quieren tus padres, podemos verla abajo, en el salón —dijo, sonriendo.

Yo asentí con un movimiento de cabeza, incapaz de hablar, casi de respirar. Exhalé el aire de mis pulmones y le seguí escaleras abajo. A lo lejos restalló un trueno, sentí la vibración en el pasamanos de la escalera. La tormenta estaba justo encima de nuestras cabezas. Cuando llegué al salón Luis ya había depositado la caja sobre la alfombra, en el lugar que habitualmente estaba destinado a la mesita de centro. Mi padre había apartado la mesa y la había dejado junto al televisor. Vi que las huellas de sus dedos se adherían al cristal, señal de culpabilidad, pero mi madre estaba tan absorta con la cuerda que no pareció darle importancia. Me sentí incómodo, quizá desgraciado, no lo sé. Fuera continuaba lloviendo. En la cocina, olvidado en su trona, Toño lloriqueaba y hablaba en su propio lenguaje de llantos y rabietas.

—Ésta es la mejor parte —dijo Luis, abriendo la caja.

De su interior brotó el cabo de la cuerda y se irguió apenas unos centímetros, una serpiente ciega buscando a su presa. Mi madre se llevó una mano a la boca, sobresaltada. Mi padre sonrió como un niño pequeño.

—Se levanta con la música —dijo Luis, y mi padre se apresuró a buscar uno de sus discos y colocarlo en el plato.

—¿Podría... podría crecer tarareando? —preguntó mi madre.

Yo me senté en el suelo, junto a la caja.

—No la toques —dijo Luis mientras mi padre colocaba la aguja sobre el disco—. Si la tocas, se caerá.

Moví la cabeza a un lado y a otro, luego asentí; no sabía muy bien qué quería decir. Mi madre tarareaba una vieja cancioncilla popular. Luis, que se había sentado a mi lado, se incorporó cuando la cuerda, mecida por los acordes de uno de los temas favoritos de mi padre, una vieja canción francesa que hablaba del mar y del amor, se alzó.

Todos mirábamos hacia allí arriba cuando se detuvo a escasos centímetros del techo, la distancia suficiente para que el cuerpo de Luis yaciera tumbado, como comprobamos unos segundos después entre tímidos aplausos y miradas cómplices.

Llovía cuando Luis se marchó, llevándose la caja.

—Al final tendré que comprarme una —dijo mi padre cuando nos despedimos en la puerta de entrada.

Yo supe en ese momento que lo haría, que la compraría, y que la cuerda no sería para mí.

Los primeros comentarios acerca de las desapariciones los vimos en la televisión. Imágenes de barrios marginales, de países pobres, donde las cuerdas también habían encontrado su nicho de mercado, donde los rumores contaban que las personas se marchaban de sus casas, no volvían. Muchos querían relacionarlos con las cuerdas, pero no tenía ninguna base, más allá de que los desaparecidos poseían una. En aquel tiempo, todas las familias, incluida la mía, poseían al menos una. En todos los casos las cajas se habían encontrado cerradas, guardadas en su lugar habitual, ajenas a la falta de dueño. Además, ¿quién podría desaparecer subido en una cuerda? Pocos lo hacían en la intimidad de sus casas, las cuerdas invitaban a compartir la experiencia en jardines, en parques, en la misma calle.

No le dimos importancia, nadie lo hizo. No dejó de ser otra noticia sensacionalista más, otra historia para rellenar los tiempos muertos entre guerras, accidentes y enfrentamientos políticos. Por aquel tiempo mi amistad con Luis se había ido marchitando, y pasaba más tiempo en casa, evitando a mis padres, leyendo y mirando por la ventana, que en la calle con mis amigos. Desde la ventana veía el parque, donde se congregaban los orgullosos propietarios de una cuerda. Ya no bajaba a verlos, porque entre

ellos estaba Luis. Y mi padre, con su caja verde con una margarita negra ilustrando una de sus caras. No, ya no me apetecía compartir mi tiempo con ellos, ya no me fascinaban como antaño. La envidia no es buena compañera, decía mi madre, pero sus ojos me confirmaban la sospecha de que no sólo viajaba conmigo.

Mi padre pasaba las horas muertas en el parque, y mi madre lo evidenciaba cada vez más en su rostro, en su comportamiento conmigo, en su llanto. Mi padre volvía del trabajo, cogía dos o tres revistas de crucigramas y su caja, y bajaba al parque con una despedida rápida, anunciando que volvería en cuanto anocheciera. Mi madre daba de comer a Toño apresuradamente y preparaba la tortilla de patatas, mi plato favorito, con más lágrimas de las habituales. Yo me encerraba en mi cuarto, me tapaba los oídos, miraba por la ventana. A veces llovía, y yo sonreía.

Vi a mi padre por última vez una noche de mantas gruesas y polvo acumulado en el alféizar de la ventana. Había en su rostro frío marcas de tristeza, de cierta pena que no supe identificar. Me besó en la mejilla —un beso frío, que me erizó el vello— y me acarició la cabeza con la mano. Oí a Toño llorar en el cuarto de al lado, mi madre no tardaría en levantarse. Mi padre suspiró, acercó la silla en la que yo solía dejar la ropa antes de acostarme, se sentó en ella. No encendió la luz, y su silueta recortada contra la ventana, por la que se colaba la luz de la luna, me atemorizó.

—Sabes que te quiero mucho, ¿verdad? —me dijo.

Su rostro era un tintero vertido sobre papel reciclado. Asentí, pero no creo que él me viera hacerlo. Quizá ni siquiera me estaba mirando.

—También quiero a Toño, y a mamá, y ella me quiere a mí —dijo, y se detuvo para toser un par de veces—. Creo que debería comprar dos cuerdas más, una para ella y otra para ti.

—Sí —murmuré, aunque no sabía a qué tipo de cuerdas se refería.

—Bueno, mañana lo pensaré, ¿vale? Buenas noches —dijo, y se marchó para siempre.

Dos agentes de policía, un hombre y una mujer uniformados de azul, visitaron mi casa y hablaron con mi madre y hablaron conmigo y registraron todo. Nos hicieron algunas preguntas, muchas de ellas no tenían sentido para mí. Mi padre se había marchado y nos había dejado solos, decía mi madre. Los agentes parecían preocupados por otras cosas. Hablaron de desapariciones

en masa, hablaron de cosas demasiado raras, demasiado extrañas, incluso para un niño con tanta imaginación como yo. Porque yo no creía que mi padre se hubiera marchado. Yo sabía que mi padre, como los demás, había desaparecido. Se lo habían llevado ellos, los dueños de las cuerdas.

Mi madre se vino abajo con la desaparición de mi padre. Me habló de una chica joven que trabajaba con él, pero no entendí lo que quería decirme. ¿Tenía ella también una cuerda? Comíamos en silencio platos fríos, improvisados, sin el cariño que acostumbraban llevar en su realización, tan necesario como la sal o las especias. Ella lloraba sentada frente a la televisión mientras yo me refugiaba en mi cuarto y leía, o miraba por la ventana, o simplemente me tumbaba en mi cama y dejaba que transcurrieran las horas mirando al techo. Ninguno de los dos nos acordábamos de mi hermano pequeño excepto para lo imprescindible. Los agentes de policía vinieron al menos dos veces más, tratando de relacionar a mi padre con las otras personas desaparecidas. Mi madre no quería hablar de ello; para ella no había desaparecido, nos había abandonado.

Por aquel entonces empezaron los debates en televisión, aconsejando a la gente no utilizar las cuerdas. No, no veían relación directa con las desapariciones, pero no lo consideraban sano ni adecuado, especialmente para los niños. La cuerda de mi padre permanecía en el armario del dormitorio de mis padres, olvidada en el interior de la caja metálica con la margarita negra. Mi madre había pensado en tirarla, pero yo había insistido. Cierto, no podíamos utilizarla, pero verla me hacía pensar que, de alguna manera, también volvería a ver a mi padre.

Pasó el tiempo, y las desapariciones remitieron. Todo pareció volver a la normalidad. Yo seguí sumido en mi soledad, mi madre en su dolor. En el colegio todo el mundo parecía tener una cuerda excepto yo. Los chicos, acompañados de sus padres, se congregaban en el parque y se sentaban allí arriba durante horas, sin hacer nada, haciéndolo todo. Yo, ajeno a las amistades y a los deseos de compañía, me centré en los estudios y mejoré mis notas durante el primer trimestre. Mi madre estaba contenta con ello, aunque no lo demostraba. Bebía demasiado, a veces se quedaba dormida en el salón mirando la televisión. No me gustaba, pero tampoco podía hacer nada. Enfrentarnos a la ausencia de mi padre, a los primeros problemas económicos, no nos hizo más

fuertes, más bien nos derribó como una ráfaga de aire a un castillo de naipes.

Toño crecía cada día un poquito más, y las ausencias de su madre yo las compensaba a duras penas. Calentaba su comida en el microondas, la servía en un plato, le daba una a una las cucharadas necesarias hasta que lo terminaba todo. Toño lloraba y reía y lloraba. Mi madre parecía no sentir ningún interés por él. Un día especialmente triste llegué a pensar incluso en tirarlo desde la ventana a la calle. No lo hice. Con el tiempo, con el tiempo las cosas cambiaron. Mi madre vio luz al final del túnel, y con ayuda de algunas amigas fue reponiéndose de la pérdida. Puede decirse que aquellas buenas mujeres nos adoptaron, pues sin ellas no hubiésemos salido adelante.

Vi en el cristal de la ventana mi reflejo, y sentí cierta pena. Las hojas verdes empezaban a crecer en los árboles, las flores brotaban por doquier. Los exámenes habían terminado y me sentía animado, casi renovado. Las amigas de mi madre la visitaban con frecuencia, todo parecía mejorar. Incluso Luis me había llamado, incómodo, sin saber bien qué decir pero con ganas de hablar, cansado de nuestras cabezas bajas y nuestras miradas huidizas en los pasillos del colegio. Él no tenía la culpa, así se lo dije. Quedamos en vernos el fin de semana en el parque. Él llevaría su cuerda, pero si yo se lo pedía no la utilizaría. Le dije que no me importaba.

Estaba en mi cuarto, terminando de prepararme para bajar, dispuesto a estrenar mis botas nuevas, las que mi madre me había regalado por mi cumpleaños. Me acerqué a la ventana.

Miré al parque, y lo que vi me dejó helado. Un centenar de cuerdas alzadas hacia el cielo, un bosque de cuerdas carente de vida, enfermizo, malsano. Pocos instantes antes todas aquellas cuerdas exhibían con orgullo a sus propietarios coronándolas, dedicados a los más diversos menesteres: leer, dormir, hablar entre ellos, dar migas de pan a los pájaros. Ahora estaban vacías, erguidas como postes, y verlas daba miedo. No sólo a mí.

Varias personas en el parque se habían detenido junto a ellas, mirando al cielo, señalando, gritando, llorando. Ellos debían de haber visto lo que había ocurrido, ellos debían saber dónde estaba la gente. Pensé en Luis, uno más entre los desaparecidos. Sentí

ganas de llorar.

—¡Por el amor de Dios! —gritó mi madre, en el piso de abajo.

Bajé corriendo las escaleras y llegué al salón. Allí, en mitad de la sala, la cuerda de mi padre se alzaba hasta el techo. Mi madre agitaba la cabeza entre sus manos, tratando de mantener el control. Yo me acerqué hasta la cuerda, estiré un brazo. Sentí la tentación de tocarla, de hacerla caer (¿no decían que si las tocaba una persona que no era su dueño caían al interior del cubo?). Oí los gritos en el exterior. Algo ocurría. Pensé en quién habría llevado la cuerda al salón. Mi madre, sólo podía haber sido ella.

Entonces surgió de la nada, del vacío sobre la cuerda, aquella extremidad grisácea de piel muerta y uñas quebradas, a la que siguió otra, y ambas asieron con fuerza la cuerda, como si ascendieran cuando en realidad, desde nuestro punto de vista, descendían.

Muchos se habían preguntado qué había ocurrido con los que habían desaparecido, con los que se habían ido. Cuando se hizo visible el rostro del dueño de aquellas extremidades, comprendí que nuestra verdadera preocupación no era el destino de los que se habían ido.

Nuestra verdadera preocupación la representaban los que iban a venir.

AL CAER LA NOCHE

Yo vi pasar la noche con el asombro de su mirada
ese asombro que es peor que un reconocimiento
Erik Lindegren

—Mamá, alguien viene —dijo la niña, y corrió hacia la cocina.

La mujer, limpiando sus manos en un trapo, caminó hasta la ventana y oteó en la oscuridad de la noche. La luz de la luna rasgaba el camino que conducía desde el río al pueblo, serpenteando entre la frondosidad del bosque. Los altos árboles y los matojos apenas permitían descubrir el sendero, y por mucho que la mujer se esforzara no podía ver a nadie caminando por él.

—¿Dónde viste a ese alguien? —gritó, sin apartar los ojos de la ventana, pero la niña no respondió.

Ya comenzaba el frío, y pronto sería hora de encender el fuego para calentar el cuerpo. La mujer pensó en la cena que debía preparar aquella noche, volvió a la cocina y no tardó en olvidar las palabras de su hija, mientras removía el caldero con carne de oveja, zanahorias, puerros y una cebolla que la vecina le había prestado. Un viento del norte, frío, procedente de las montañas, se adueñó de las calles del pueblo, y pronto las contraventanas de madera golpeaban contra las paredes de piedra. Por la noche nadie salía al exterior, y si el viento quería moverlas, se moverían.

Mientras preparaba la mesa, colocando meticulosamente los platos sobre un mantel de plástico a cuadros, la mujer pensó en la necesidad de improvisar alguna manera de mantener las contraventanas en su posición. Algunas noches se hacían interminables, ya que el viento visitaba a menudo las calles y el escándalo que provocaba terminaba por resultar insoportable. Decidió comentarle a su marido el problema y sugerirle la posibilidad de atar las contraventanas con cuerdas, pero lo haría después de cenar, cuando estuvieran bajo las mantas y charlaran en voz baja.

—¡A comer! —gritó la mujer, colocando tres vasos de cristal sobre la mesa.

—Ya vamos, mujer —respondió su marido, entrando en la cocina y sentándose en una de las sillas.

La mujer sonrió a la niña, que llevaba entre sus manos una botella de vino medio vacía. La tomó de sus manos, la dejó junto a su plato y acarició el pelo de su hija, que le devolvió la sonrisa y se sentó a la mesa. En silencio comenzaron a comer, untando pan

en el plato de vez en cuando, lo que complació a Lidia. Se sirvió un vaso de vino y le sirvió otro a su marido. Tendría que decirle a Luci, la mujer de la tienda, que le trajera otra remesa de botellas, ya que no le quedaba más que otra en la despensa. Pensó si le alcanzaría el dinero para comprar algo de jamón, o quizá un chorizo; lo dudaba.

Entonces llamaron a la puerta.

—¿Ves? —dijo la niña, dejando la cuchara sobre el plato—. Ya te dije que venía alguien.

—Nadie viene por la noche, Laura. Ya lo sabes —respondió la madre, levantándose y limpiándose las manos con un trapo.

—Deja, ya voy yo —dijo el hombre, con una mirada apagada, y salió de la cocina en dirección a la puerta de entrada.

Las dos mujeres se quedaron allí, en la cocina, esperando en silencio. Lidia frotando sus manos con el trapo, Laura agitando sus piernas en la silla como si estuviera balanceándose. En el reloj de pared, un recuerdo de sus escasos viajes a la ciudad que tenía forma de hoja y estaba fabricado en cuero, las agujas marcaban más de las diez. Hacía ya más de dos horas que había anochecido, por lo que el visitante debía ser alguien del pueblo, alguien que, de pronto, había sentido la obligación de salir en medio de la noche. No, no era muy probable, pensó Lidia. La idea de Laura, por ilógica que resultara inicialmente, parecía más plausible: un visitante inesperado, alguien que no pertenecía a aquel lugar.

El hombre entró en la cocina, sobresaltándolas. Le acompañaba un joven de aspecto enfermizo, alto y delgado. Vestía con ropas humildes y calzaba madreñas. A la espalda llevaba una bolsa de piel que no había envejecido bien, y presentaba rasguños y algunas heridas abiertas en el lateral. El joven saludó con una inclinación de cabeza, y bajó la mirada antes de hablar.

—Luis me ha invitado a pasar. Soy Fernando, y he venido a hacer la talla —dijo.

Lidia percibió un deje de melancolía en su voz, y un acento que no procedía de la provincia.

—Prepara otro plato, mujer. Yo acercaré una silla —dijo Luis, con el rostro contraído por el dolor.

Los recuerdos volvían a ellos. Sabían que, antes o después, alguien llegaría para hacer la talla. Alguien como Fernando, joven y delgado, que viviría con ellos un tiempo hasta que terminara. Lo sabían, pero no estaban preparados para ello. No ahora que Laura

parecía haber olvidado por completo. No ahora que las cosas volvían a funcionar en su hogar. Sin embargo, Lidia no se mostró arisca al alcanzar un plato y servirle la comida al joven. Incluso buscó en la despensa el salchichón que les quedaba y le cortó un par de rodajas bajo la inquisitiva mirada de la niña, que la reprendía por no dárselo a ella.

—No se moleste —dijo el joven cuando ella hizo amago de servirle la bebida—. Nunca bebo vino.

El joven mostró buen apetito, y devoró con avidez el plato caliente que la mujer había preparado. Después, sintiendo la mirada de la niña fija en él, se comió las rodajas de salchichón acompañadas por un trozo de pan. Bebió un par de vasos de agua y, cuando terminó, alzó la vista. Toda la familia le contemplaba en silencio, con su plato a medio terminar. Se sintió turbado, inquieto.

—¿Un café? La cafetera está caliente —dijo Luis, y su mujer se levantó y comenzó a recoger los platos.

La niña saltó de la silla y salió corriendo en dirección al salón tarareando. El joven permaneció sentado mientras Luis encendía un cigarro con unas cerillas —tuvo que intentarlo varias veces, ya que algunas estaban húmedas y no prendían— y daba unas caladas. Junto al fregadero Lidia se afanaba con los platos y los vasos, provocando una melodía extraña y discordante que el joven encontraba agradable. En el exterior, el viento asolaba las calles y confería al pueblo un cierto aire de resignada melancolía.

—Tomaremos el café en el salón, mujer. Tráenos dos tazas —dijo Luis, apagó el cigarrillo en una concha que hacía la función de cenicero y se dirigió al salón.

El joven le siguió. Todavía llevaba la bolsa al hombro. Cuando se sentó en un banco de madera, junto a la chimenea, dejó la bolsa a sus pies. Laura estaba tumbada sobre una estera, mirando el crepitar de las llamas. Entre las manos sostenía una muñeca de trapo a la que le faltaba un brazo. No parecía triste, pensó el joven, más bien resignada con lo que la vida le podía ofrecer. Lidia entró en el salón con una bandeja, la dejó en el banco junto a su invitado.

—Tome una —dijo Luis, que ya había cogido una taza y se había sentado en una mecedora—. ¿Quiere que encienda la radio?

—No, no es necesario —respondió Fernando, echando una cucharada de azúcar al café.

—Ya no le esperábamos —dijo Lidia, y su marido le dedicó una mirada de reprobación.

—Siento la tardanza, pero estos últimos meses todo se hace más difícil —respondió Fernando, intentando sonreír sin éxito.

—¿Cuánto tiempo se quedará? —preguntó Lidia, ignorando a su marido.

—Una o dos noches, tres a lo sumo —dijo el joven—. Intentaré molestarles lo menos posible.

—No se preocupe —terció Luis—. No se preocupe. Necesitamos la talla lo más pronto que pueda. Ha estado por aquí hace unos días. Y nos preocupa Laura.

La niña alzó la cabeza, pero no prestaba atención. El joven vio que junto a la muñeca tenía un libro, y lo estaba leyendo. No pudo ver el título, pero por las cubiertas amarillas y las ilustraciones dedujo que se trataba de un libro de una vieja colección del oeste. Recuerdos de otros tiempos, de su propia familia, acudieron en tropel a su cabeza procedentes de su memoria marchita. La sonrisa desdibujada de su madre, el rostro severo pero cariñoso de su padre, la alegría de su hermana.

—Dormirá aquí, junto al fuego. Le traeré unas mantas para que se encuentre más cómodo —dijo Luis, levantándose y saliendo del cuarto.

Lidia se marchó a la cocina, y el joven se quedó sentado tomando su café junto a la niña. Las llamas de la chimenea perdían fuerza, y dentro de poco no serían más que unos rescoldos. Le habían dicho que en aquella región de altas montañas haría frío, pero hasta ahora no lo había sentido. Debe de ser por la tensión acumulada, o quizá por la presencia cercana del río, pensó el joven, y dejando a un lado el café abrió su bolsa.

—¿Qué llevas ahí dentro? —susurró la niña, mirándole con atención.

Fernando inició una sonrisa que quedó en una triste mueca. Con cuidado extrajo de la bolsa varios objetos y los depositó en el suelo, entre la niña y él. Laura observaba en silencio, expectante, sabiendo que aquel joven que aparentaba ser un hombre se sentía tan nervioso como ella misma. Fernando cerró la bolsa y la dejó a un lado. Después, señalando uno por uno los objetos, le indicó a Laura de qué se trataba.

—La madera fresca de pino, del interior de un árbol de corteza carbonizada que no pereció en el incendio. Las herramientas

tradicionales para trabajar la madera. La piedra de afilar. El libro que contiene las recitaciones, encuadernado en madera fina de pino y escrito con tinta verde de savia de árbol sobre hojas de pergamino. Eso es todo.

Laura escuchó con la boca abierta, mirando con detalle todos los objetos. Para ella todos eran distintos a cualquier cosa que hubiera visto antes, excepto el libro, y aun así éste le resultaba curioso por sus tapas. Acercó la mano para coger una de las herramientas, pero Fernando se lo prohibió con un gesto.

—Lo siento —le dijo, con rostro compungido—. Sólo el oficiante debe tocarlas. Quizá cuando haya terminado.

—Vamos, Laura, es hora de irse a la cama —gritó Lidia desde la cocina, y la niña se levantó, tomó el libro de tapas amarillas entre sus manos, y desapareció por la puerta.

En aquel momento entró Luis en el salón. Dejó un par de mantas raídas de colores desvaídos junto a la chimenea y se despidió del joven con un gesto.

—Nosotros nos acostamos ya. Usted haga lo que deba.

Fernando realizó un gesto de asentimiento con la cabeza mientras Luis se marchaba. Con delicadeza tomó el trozo de madera entre sus manos, del tamaño de un libro grueso, y recogió una de las herramientas. Debía empezar, todo se había retrasado ya demasiado. Comenzó la tarea de desbaste de la madera, liberándola de los restos de corteza quemada. Cada movimiento lo acompañaba en susurros con una letanía cadenciosa, recitando palabras en un idioma ya olvidado que sólo unos pocos podían entender. De vez en cuando se detenía, abría su libro de recitaciones, y consultaba algunos párrafos que no había memorizado a la perfección. En esos instantes imaginaba la cara de su maestro, dominada por la cólera. Tendría que disculparle, se dijo, pues todavía no dominaba por completo el arte de la talla. Además, tantas otras preocupaciones albergaba su mente que no le permitían retener por completo las palabras y los versos sin atisbo de duda.

Las llamas se consumieron, y la temperatura en el cuarto descendió con rapidez. Con ojos enrojecidos, cansado por el esfuerzo, el joven decidió que por aquella noche ya era suficiente. Estudió el trabajo que tenía entre sus manos, y vio que había avanzado mucho más de lo esperado. Mañana lo terminaría, muy probablemente al caer la noche. Guardó la talla en la bolsa y

comenzó a recoger los objetos. En ello estaba cuando oyó claramente como llamaban a la puerta de entrada.

Dos golpes secos, después el silencio. Fernando escuchó, atento. Los golpes se repitieron un instante después. Golpes que tantas otras veces había oído, golpes que exigían una respuesta. Fernando terminó de recoger y preparó su cama improvisada con las mantas. Los golpes se repitieron en varias ocasiones, pero el joven los ignoró. Sabía quién llamaba a la puerta, sabía por qué lo hacía. Se tumbó, con la mirada perdida en el techo, usando como almohada su bolsa de viaje. Dejó que los golpes en la puerta, siempre de dos en dos, siempre con la misma cadencia, formaran parte de su cansancio, le acompañaran, le arrullaran, entonaran para él una canción de cuna como la que su madre le cantaba, hasta que se quedó profundamente dormido.

—Veo que ha madrugado —dijo Luis, y Fernando se volvió, abandonando por un momento su tarea.

El hombre llevaba entre sus manos un gran tazón de leche, y lo dejó junto al joven. Recogió la taza de café de la noche anterior y se quedó allí un instante parado, de pie, mirando a su invitado. Junto a él descansaba la talla, macabramente familiar. Las imágenes no traían buenos presagios, pensó Luis, apartando la vista de aquella abominación tallada en madera. Vio que el joven notaba su rechazo, y se sintió azorado. Dominado por sensaciones encontradas, al fin encontró palabras para romper el silencio que crecía entre ellos.

—¿Cree que... alguien del pueblo podría aprender...?

—No —respondió, lacónico, el joven.

—Ya. Por lo de la sangre y todo eso, ¿verdad? —continuó Luis, jugueteando con la taza de café entre sus manos.

Fernando tomó el tazón de leche y bebió. Limpiando los restos de nata de sus labios con la manga de su camisa, cogió la talla y se la mostró al hombre.

—Por la sangre. También por la habilidad, por la inspiración. Por muchas pequeñas cosas, formando un todo. Por todo.

Luis sintió un escalofrío. Intimidado, volvió a la cocina.

—Sólo... quería ser de ayuda —susurró, pero el joven no le oyó, enfrascado de nuevo en su trabajo con la madera.

Luis dejó la taza en el fregadero y le dio un beso a Lidia en la

mejilla. Ella sonrió, una sonrisa con líneas de tristeza marcadas en el rostro, y removió algo que hervía en un cazo sobre el fuego. Despedía un olor delicioso, mezcla de varios condimentos que el hombre no podía identificar.

—Marcho al trabajo. Volveré temprano, antes de que anochezca —dijo Luis, y ella asintió con la cabeza.

En el salón Luis se cruzó con Laura antes de salir por la puerta. Removió su pelo enmarañado a modo de despedida, le dedicó un gesto vago al joven de aspecto enfermizo que decía llamarse Fernando —si los suyos en realidad tenían un nombre— y salió de la casa en dirección a la vieja fábrica de humo. Al pasar junto a la ventana de la cocina se despidió de Lidia como acostumbraba a hacerlo, y ésta respondió con una sonrisa y un movimiento de cabeza.

—¿Te molesta la luz? —le preguntó Laura.

Fernando dejó la talla en el suelo para prestarle atención. La niña llevaba un vestido rosa de volantes con varios zurcidos en las mangas, que había perdido color con el paso de los años. Iba descalza, y parecía más interesada en el tren de madera que tenía entre las manos que en una posible respuesta. No te engañes, se dijo el joven, ella sabe más de lo que aparenta. Fernando fue consciente de que, desde que había salido el sol, se había ido alejando de su luz centímetro a centímetro de forma inconsciente, recluyéndose en las sombras que proporcionaban las paredes de piedra y adobe.

—No, sólo me distrae a la hora de trabajar, como tú —respondió.

—Ya —dijo la niña—. Eso dice papá. Que no debo distraerte. ¿Por qué cantas mientras trabajas?

Y se sentó a su lado, esperando una respuesta.

—Recito. Forma parte de mi trabajo.

—¿Lo que estás haciendo es un regalo para mi hermano?

Fernando se envaró. La niña no había cambiado el gesto, por lo que la pregunta en sí misma no parecía entrañar un doble sentido. Quizá no comprendía en su totalidad lo que estaba ocurriendo, quizá sólo intuía lo que representaba su presencia en la casa. Recordó las palabras de su maestro, cuando narraba la veneración de la que eran objeto los de su casta. Recordó cómo contar con los servicios de un tallador requería grandes sumas de dinero, sólo al alcance de los más poderosos. Eran otros tiempos,

tiempos en los que ellos eran muchos y bien preparados, y sus rivales tímidos e ignorantes. Cuánto había cambiado todo en los últimos años.

—¿Por qué crees eso? —preguntó, evitando mirar directamente a los ojos de la niña.

—Eso me dijo anoche. Vino a verme para decírmelo —respondió Laura, mientras hacía correr el pequeño tren de madera sobre el suelo.

—¿Y tú que le dijiste? —continuó Fernando, consciente de que se movía en terrenos brumosos.

La niña pareció perder el interés por la conversación y se centró en sus juegos con el tren. El joven advirtió la presencia de Lidia en la puerta del salón, y supuso que aquello le había hecho callar. Volvió a centrarse en su trabajo: moldear la madera a imagen y semejanza de la presencia que acechaba, recitar los textos que santificaran cada esquirla y cada marca. Centrado en su trabajo transcurrió la mañana, acompañado por las risas y los juegos de Laura, que no volvió a interrumpirle, y por el aroma de la comida que Lidia cocinaba a fuego lento. Marcaba las tres el reloj cuando Lidia, secándose las manos en el delantal, le dijo que la comida estaba lista.

—Si tiene usted tiempo, claro. Si lo prefiere, puedo servírselo aquí.

—No, no se preocupe. Comeré con ustedes —respondió Fernando, guardando la talla en la bolsa y echándosela al hombro.

No podía dejar la bolsa en el salón, accesible a las manos inquietas de Laura. En aquel momento del proceso sólo sus manos debían tocar la madera, y sólo mientras entonaba los cantos que protegían y santificaban. Aquellos cantos, según le dijo su maestro, tenían más años de los que la humanidad podía recordar. Habían sido transmitidos oralmente de generación en generación entre los suyos, hasta que la necesidad les había obligado a transcribirlos. Sin embargo, el proceso había sido lento y tedioso, pues no era posible escribirlos sobre cualquier material, ni empleando cualquier tipo de tinta. Por aquel motivo los libros de recitaciones eran tesoros preciados, que debían ser protegidos con la propia vida, al igual que las tallas.

La comida estaba caliente y el sabor era agradable. Entre los trozos de patatas descubrió algunos pedazos de carne cocida, que se deshilachaba en su boca. Mientras comía bebió varios vasos de

agua fresca, siempre pendiente de las miradas de la niña. Nadie dijo nada mientras comían, nadie pronunció palabra alguna. Fernando era dolorosamente consciente de lo que su presencia significaba para aquella familia. Había vivido muchas veces la misma situación: rostros serios, miradas nerviosas, repentinos envaramientos. Después llegarían los llantos, y una amarga alegría que no serviría de consuelo por la pérdida. Sin embargo, él ya no estaría allí para verlo.

Terminó su plato y, con un gesto, se disculpó y volvió a la sala. Sentado de nuevo junto a la chimenea, volvió a centrarse en su trabajo mientras un sol moribundo recorría de nuevo su camino hacia las montañas, donde desaparecería y daría la bienvenida a la noche. Las horas transcurrieron en un apacible silencio, sólo alterado por el susurro de las palabras recitadas que surgían de los labios del joven. Lidia, sentada en una mecedora, se dedicó a remendar algunos calcetines y continuar la labor con una chaqueta pequeña, quizá para su hija. Laura se refugió en su cuarto, y no fue hasta ya avanzada la tarde cuando, aprovechando que su madre volvía a la cocina para preparar la cena, se acercó de nuevo al joven para continuar la conversación.

—Mis padres dicen que Lorenzo está muerto —dijo Laura, y el joven dejó por un momento su trabajo.

—No deberías decir esas cosas —respondió Fernando, pero la niña no le prestó atención.

—En realidad mienten, porque yo le he visto. Varias veces. ¿Quieres que te diga lo que creo que ha pasado?

Fernando asintió con la cabeza, aunque no quisiera realmente escuchar las palabras de la niña.

—Creo que mi hermano hizo algo malo, algo muy malo que no quieren que yo sepa. Por eso dicen que ha muerto, y no le dejan entrar en casa.

Fernando permaneció en silencio, sin saber qué responder. Los niños pequeños siempre causan problemas, le decía su maestro. Y en gran medida tenía razón, pues muchas de sus tallas tenían forma de niño. Quizá no como eran en vida, ya que la talla reflejaba con crudeza las horribles transformaciones que la muerte provocaba en el cuerpo, pero desde luego representaban a niños. La imprudencia de la juventud, la falta de respeto a sus mayores, sus reiterados intentos de rebeldía contra las leyes establecidas. Él nunca fue así, siempre respetó las normas y fue obediente. Lo

llevaba en la sangre. Por eso le costaba tanto comprenderlos, entender cuáles eran los motivos que les llevaban a la desobediencia y a exponer con aquella ligereza sus propias vidas.

—Esta noche vendrá a por tu regalo. Me ha dicho que le abra la puerta, pero papá me lo ha prohibido. ¿Le abrirás tú? —dijo Laura, y había un tono sarcástico en su voz.

—Sí, lo haré. Pero recuerda —respondió Fernando, apoyando una mano en el hombro de la niña y mirándola a los ojos—, hoy será el último día que veas a tu hermanito. Y a mí.

—Eso lo veremos —respondió ella, y salió de la sala corriendo en dirección a la cocina.

El joven se sentía agotado. ¿Había una amenaza velada en la afirmación de la niña? En cualquier caso, carecía de importancia. Ella no haría nada que le colocara en una situación de peligro, nada que evitara lo que debía hacer. ¿Lo haría? Oyó un rumor en la puerta de entrada —la pesada llave oxidada girando en la cerradura— e instantes después se abrió. Luis entró, cubierto su rostro por un pañuelo, con evidentes síntomas de agotamiento. Descubrió su rostro y le dedicó una sombría sonrisa a Fernando.

—Un día horrible. Estoy agotado. Cenaremos en unos minutos, si no tiene inconveniente. ¿Será esta noche cuando...?

—Sí, esta noche. Tras la cena. No creo que tarde —respondió el joven, guardando la talla en su bolsa y echándosela al hombro.

—¿Ha terminado ya esa... esa cosa? —preguntó Luis, dejando la chaqueta junto a la entrada.

—Sí, pero no creo que quiera verla. No se preocupe. Antes de medianoche me habré marchado.

Se sentaron a la mesa en completo silencio. Lidia había preparado rebanadas de pan con aceite y tomate con un poco de queso y salchichón, acompañado de unas ciruelas como postre. Una cena frugal, por si era necesario interrumpirla, supuso Fernando. Comió con parsimonia, saboreando cada bocado, deleitándose como hacía siempre que se alimentaba por placer. Laura parecía nerviosa, y no dejaba de mirar su bolsa mientras jugueteaba con la comida. Luis la reprendió con la mirada, pero la niña no prestó atención a su padre. Y entonces, inesperadamente, saltó de la silla y se abalanzó sobre la bolsa del joven.

—¡Laura! —gritó la madre, pero ya Fernando se había levantado y, con violencia contenida, detenido a Laura golpeándola en el rostro con el dorso de su mano.

Lidia tomó entre sus brazos a la niña mientras ésta lloriqueaba y gemía y se debatía, abalanzándose sobre el joven.

—¡Déjame tocarla, mamá! ¡Déjame tocarla! ¡No quiero que haga daño a Lorenzo! —aullaba, y Luis continuaba comiendo como si nada ocurriera.

—Déjela, ya no ocurrirá nada —dijo Fernando, soportando con estoicismo la mirada de odio de la madre—. Siento haber tenido que tocarla.

—Maldito seas, engendro de... —susurró Lidia.

Entonces llamaron a la puerta.

Todos callaron al instante. Un silencio sobrecogedor invadió la cocina, sólo roto por el rumor de las contraventanas golpeando las paredes de la casa. La niña miraba con ojos aterrorizados a su alrededor, sin saber qué hacer. Lidia aún la retenía entre sus brazos, sintiendo como las lágrimas, incontrolables, empapaban su rostro. Luis, sosteniendo de forma ridícula la rebanada de pan, abría y cerraba la boca como si quisiera masticar el aire. Los golpes se repitieron en la puerta. Dos golpes secos, dos golpes que exigían respuesta.

—Quédense aquí —susurró Fernando, abriendo la bolsa—. Yo iré. Salgan cuando cierre la puerta de entrada. Todo habrá terminado, y yo me habré marchado.

Sin esperar una respuesta salió de la cocina y se dirigió con paso decidido hasta la puerta de entrada. Frente a ella extrajo la talla de la bolsa y la sostuvo entre sus manos con aire reverencial. Los golpes se repitieron por tercera vez y, sin dudar, Fernando abrió la puerta.

Un niño pequeño, de apenas seis años, le miró con ojos turbios y enrojecidos. Llevaba ropas elegantes, poco adecuadas para su edad, pero cubiertas de barro y sangre. Agitaba la cabeza a un lado y a otro, abría y cerraba las manitas acabadas en largas uñas negras, temblaba de excitación nerviosa.

—¿Me... invitas... a... entrar? —gruñó con voz gutural, propia de una criatura como la que era.

Fernando le mostró la talla, y el niño emitió un bufido. Su cuerpo se envaró y sus ojos se volvieron negros, mientras retrocedía un paso sin dejar de mirar su propia imagen reproducida en madera. Abrió la boca, la cerró, mostrando sus enormes colmillos engarfiados.

—¿Me... invitas... a... entrar? —repitió, y todo su cuerpo se

convulsionó.

—Desde luego —susurró Fernando—. Entra.

La criatura que había sido un niño se abalanzó sobre Fernando, buscando con ansia su cuello. Sorprendido por la virulencia del ataque, el joven retrocedió y cayó al suelo, sosteniendo con una mano la garganta del niño y con la otra la talla.

—¡Gracias! —gruñó la garganta de Lorenzo.

Fernando sintió el hedor procedente de la boca del niño, tan cerca se encontraban sus rostros. Intentó apartarlo de encima de su cuerpo girando, pero no pudo, la fuerza que ofrecía le imposibilitaba casi cualquier movimiento. Jadeando, buscó apoyo con los pies y estiró su cuerpo como si de un gato se tratara. Una vez adquirida la posición que tantas veces había practicado con su maestro, proyectó el cuerpo del niño hacia el techo de la casa. Sorprendida, la criatura aflojó su presión mientras los cuerpos se separaban. Fernando aprovechó el momento para incorporarse, tomar la talla entre las dos manos, y hundir la punta afilada en el pecho de Lorenzo.

Con un último aullido, la criatura que había sido el hijo de Lidia y Luis cayó al suelo, se revolvió intentando extraer de su cuerpo la estaca que le consumía, y se disolvió en un mar de cenizas y huesos calcinados.

—Lo siento —susurró Fernando, agotado—. Lo siento.

Oyó gemidos procedentes de la cocina. Era la hora de marcharse, de abandonar aquella casa llena de temores y mentiras. Tomó la bolsa del suelo y se la echó al hombro. Con cuidado removió las cenizas, comprobando que, como en anteriores ocasiones, la talla había desaparecido, consumida por el mismo mal que había acabado con el niño. Sabía que apenas quedaba madera sagrada en su bolsa, que apenas quedaba madera sagrada en ninguna parte. Día a día perdían esta batalla. No transcurrirían muchos años antes de perder definitivamente la guerra.

Salió a la calle y cerró la puerta. Hacía frío, un frío que procedía del viento y del miedo que embriagaba el pueblo. Caminó por el sendero, entre los altos árboles, en dirección al río. No miró atrás, a la casa de una familia más que perdía definitivamente a un ser querido, pero recuperaba la tranquilidad. A un pueblo dominado por el miedo, que no tardaría en volver a

requerir su ayuda. Mientras caminaba, notó que se le había abierto una herida en la palma de la mano derecha. No sangraba, pero dolía.

—La sangre —murmuró para sí—. Todo está en la sangre.

Y se perdió más allá del bosque, ajeno a los llantos y las lágrimas.

POR UN PUÑADO DE DÓLARES

Lo normal sería decir: Un buen día Joel volvió
pero faltaríamos a la verdad. Porque el día que Joel volvió,
no fue demasiado bueno para algunos.
Ni tampoco para él.
Ros M. Tatbot

I

Observé a través de la ventanilla la maltrecha agrupación de árboles que crecían al lado de las vías, apenas tres docenas de troncos delgados y marchitos terminados en resquebrajadas ramas que parecían implorar al cielo una lluvia que nunca llegaba. Mantenidos con las exiguas reservas de agua que habían almacenado durante la primavera, no tardarían en quebrarse y morir, como los otros, cuyos restos a veces bloqueaban el paso del tren y nos obligaban a detenernos. El suave traqueteo del vagón y el aroma del cigarro me sumían en una especie de sueño intranquilo, y sólo me mantenían despierto los malditos insectos que se colaban en nuestro departamento por las ventanillas entreabiertas y los inesperados cambios en el árido paisaje por el que avanzábamos. A lo lejos, perdida en la línea del horizonte, se levantaba una cordillera escarpada, las cimas de sus montañas más altas cubiertas por nubes grises. Imaginé con qué desesperación debían de observar todas las mañanas los habitantes de End Hill aquellas lejanas promesas de lluvia que nunca llegaban.

End Hill. El nombre del pequeño pueblo en el que nací todavía me estremecía. Rememoraba aciagas épocas de trabajo y sufrimiento para sobrevivir y levantar nuestro propio rancho. Durante muchos años mis padres habían luchado contra un viento inclemente y un sol abrasador, con la esperanza de crear un hogar para sus tres hijos en aquella colina arenosa. Nosotros ayudábamos como podíamos: levantando vallas que al amanecer aparecían combadas y derribadas por la fuerza del viento, cuidando de un ganado que demandaba más agua y alimento del que podíamos proveer. Fueron años duros, y nunca obtuvimos fruto de ellos. Keith y Joseph, mis hermanos mayores, abandonaron el rancho cuando nuestro último pozo dejó de dar agua y se marcharon al norte, en busca de oportunidades. Lo último que supimos de ellos fue que intentaron perpetrar un robo en un conocido banco de la zona. Los ahorcaron, sin ni siquiera ofrecerles un juicio justo. Eran culpables, y aquellos eran malos

tiempos. Después de aquello, emigramos de nuevo al este; mis padres olvidaron el sueño del oeste y se refugiaron en sus ajados libros de contabilidad y en el profundo dolor de la pérdida. Poco a poco, nos fuimos distanciando. Era lo mejor.

El tren bramó, y una columna de vapor visible incluso desde mi posición se deslizó sobre los vagones como una serpiente de niebla. Los postes del telégrafo, que nos habían acompañado durante la mayor parte del viaje, desaparecieron y dieron paso al irregular suelo de madera de la estación. Me levanté de mi asiento y me dirigí a una de las puertas del vagón mientras el tren se detenía. Un hombre ayudaba a una joven con su maleta, dos niños se peleaban por ser los primeros en descender a la estación. Dejé caer el cigarrillo medio consumido al suelo y lo aplasté con la bota. El movimiento abrió mi abrigo e hizo visible durante unos instantes el cinturón del que pendía mi revólver. Los niños detuvieron su discusión y me miraron, con el temor brillando en el blanco de sus ojos. Descendí despacio, y caminé en silencio hasta un banco de madera bajo las miradas curiosas de varios de los viajeros. Mi sombrero de ala ancha apenas me protegía del sol del mediodía, y pronto comencé a sudar. Estiré las piernas, encendí otro cigarrillo, esperé. Algunos minutos después, el tren anunció su salida, y los dos niños que me habían precedido y no dejaban de señalarme y mirarme con aprensión volvieron a su vagón. Advertí entonces que nadie más me había acompañado hasta End Hill; todos continuaban su viaje. No me preocupé demasiado. Era muy probable que los otros ya hubieran llegado. Cerré los ojos durante unos instantes, y poco a poco la somnolencia que había sido mi mejor compañera durante todo el trayecto me atrajo de nuevo entre sus brazos.

Soñé con Keith. En el sueño, yo le acompañaba en su camino hacia el norte, cada uno a lomos de un caballo negro, envueltos en nuestros largos abrigos y ocultando nuestro rostro bajo un pañuelo. El sonido de los cascos sobre la tierra árida me tranquilizaba, me hacía sentir parte de todo aquello. En esos instantes, mientras avanzábamos bajo el sol y dejábamos atrás diminutas nubes de polvo, mi vida entera adquiría sentido. Cada objeto, cada persona, cada sensación: todo parecía estar perfectamente dispuesto en el mundo, como diamantes engarzados en un gigantesco anillo de oro. Pero cuando volví el rostro hacia mi hermano, noté que las sombras que creaba en su rostro el

sombrero no podían ocultar una profunda cicatriz enrojecida que recorría su cuello y asomaba bajo las puntas del pañuelo. Le pregunté por aquello, temeroso de escuchar su respuesta, una respuesta que ya conocía. Y él me miró como siempre lo hacía en el sueño, con sus ojos sin vida, con una sonrisa triste...

—Eh, amigo.

Noté una mano sobre mi hombro y abrí los ojos. Me quité el sombrero y miré el rostro curtido del hombre que se había dirigido a mí. Había dado un respingo, sobresaltado por su contacto, y descubrí una mueca semejante a una sonrisa en sus labios resecos. Era un tipo alto, de aspecto rudo y color de piel aceitunado, y sus ropas elegantes delataban que no vivía cultivando la tierra. Una levita negra dejaba entrever una camisa recién planchada y unos pantalones oscuros sin mota de polvo en ellos. Llevaba un revólver al cinto, con la cartuchera atada al muslo. Sobre la culata descansaba su mano derecha en un gesto nada casual. Me levanté despacio, permitiendo que viera mi propio revólver bajo mi abrigo. Gotas de sudor perlaban la frente del hombre, surcada por varias líneas, como si mantener el arma en su funda le costara un gran esfuerzo de concentración.

—Tu nombre es Joel —dijo.

No se trataba de una pregunta. Asentí con la cabeza, comprendiendo que aquél debía ser uno de los dos tipos que ahora trabajaban con Frank. Me indicó con un gesto que le acompañara, y juntos abandonamos la estación sin intercambiar más palabras. End Hill había cambiado mucho en los últimos años, como pude comprobar. A ambos lados del camino de tierra que hacía las veces de calle principal se levantaban varios edificios destartalados, entre los que destacaban la oficina del sheriff y el salón, una vetusta construcción que apenas se mantenía en pie, con sus puertas batientes carcomidas y los cristales de las ventanas cubiertos de grasa y herrumbre. A su alrededor se apiñaban tiendas y casas bajas de madera, y todas parecían desiertas, con las ventanas cegadas por tablones de madera, o con las contraventanas cerradas, o exhibiendo descoloridas cortinas corridas sin que nadie tras ellas nos espiara. A lo lejos llamaba la atención el cartel recién pintado del banco, justo al lado de la pequeña tienda de madera negra que los mineros utilizaban para cambiar su oro por un puñado de dólares. Ambos edificios, alejados del centro del pueblo, centraron nuestra atención, ya que

significaban el motivo principal por el que nos encontrábamos allí. Dos hombres charlaban en la puerta del banco, ajenos a nuestra presencia. Más allá de las calles principales los pequeños ranchos vallados, con su exigua cantidad de cabezas de ganado, se perdían en el terreno árido. Recordé nuestro rancho familiar, nuestro pozo seco, y no pude evitar un gesto de desagrado. Llamó mi atención que en todo el trayecto hasta llegar al salón no nos cruzáramos con una sola alma. Aquel parecía un pueblo fantasma, muy alejado de la imagen de bullicio y animación que yo tenía grabada en mi mente. Al parecer los años de prosperidad en las minas habían acabado y los metales preciosos comenzaban a escasear, como el agua.

—Mi nombre es Sergio. Frank nos espera aquí —dijo mi acompañante, y entramos en el salón.

El ambiente sofocante y un olor agrio me detuvieron en el umbral. Cuatro mesas bajas desperdigadas con un puñado de sillas alrededor estaban dispuestas a unos metros de una barra cubierta de polvo que había conocido tiempos mejores. En algunos lugares el barniz de la madera se había desprendido, dejando marcas que semejaban heridas provocadas por algún animal salvaje. Tras la barra dos filas de botellas sucias y polvorientas ocultaban parcialmente un gran espejo surcado de lado a lado por una irregular cicatriz que distorsionaba su reflejo de forma alarmante. En uno de los extremos del local, junto a las escaleras que conducían al primer piso, un escalón de madera daba acceso a un diminuto escenario. En algunas ocasiones mi padre había llevado allí a mis hermanos para que contemplaran coristas entradas en carnes, que habían dejado atrás la juventud, improvisar números musicales de ínfima calidad y pretendido erotismo. Sólo una vez consintió en que yo les acompañara, y recuerdo que me dediqué todo el tiempo a observar al hombre que, sentado a los pies del escenario, acompañaba el número de las bailarinas con su música, arrancando notas de una vieja pianola. Comprobé que la pianola ya no estaba en su lugar habitual, y que el decadente estado del salón no invitaba a creer en la presunta prosperidad que habíamos esperado encontrar reflejada en la caja fuerte del banco. Frank, acompañado por un hombre de tez pálida y fino bigote, nos esperaba en una de las mesas, y nos dedicó una apagada sonrisa cuando entramos.

—Servíos algo y acompañadnos, chicos —dijo Frank, y advertí

por su tono de voz que las cosas no marchaban todo lo bien que ambos quisiéramos.

Sergio y yo caminamos hasta la barra y pedimos dos cervezas. Nos atendió un empleado de rostro adusto y piel blanca como la cal. Las bolsas grises que se formaban bajo sus ojos y sus movimientos torpes le daban un aire enfermizo muy acorde con la decoración del lugar. Mientras nos servía las cervezas, me fijé en su actitud, limpiando los vasos con abundante agua. Aquello resultaba sorprendente, pero decidí posponer las preguntas hasta después de haber tenido una charla con Frank. Tomé un trago mientras nos sentábamos y saboreé la cerveza en la boca antes de dejar que se deslizara hasta mi estómago. Estaba tibia; algunas cosas no habían cambiado.

—¿Cuánto tiempo hacía que no te pasabas por aquí, chico? —me preguntó Frank, con un tono de reproche en su voz.

—Años —respondí, dando otro trago a mi botella.

—Muchas cosas han cambiado desde entonces, ¿no crees?

Bebí otro trago como respuesta. No necesitaba decir nada, todo el pueblo se había transformado. Bastaba con echar un vistazo al salón para darse cuenta de que aquel miserable lugar se mantenía en pie por pura cabezonería. ¿Cuántas personas seguirían viviendo en este agujero malsano? No quería pensarlo. Desde que nos marcháramos de allí, había intentado borrar de mi mente todos los recuerdos de aquel pueblo maldito. La única razón por la que me encontraba de nuevo allí era la venganza. Vengarme de un lugar que me había arrebatado a mis hermanos, y después a mis padres. Cuando Frank me sugirió la posibilidad de robarle a aquellos desalmados, que habían permitido el hundimiento del sueño de mi familia sin parpadear, no dudé un instante en aceptar su proposición.

—¿Por qué no tiene muescas? —dijo Sergio interrumpiendo el hilo de mis pensamientos mientras señalaba mi revólver y me miraba a los ojos, en un gesto desafiante bastante inoportuno y pueril.

En sus palabras descubrí una insinuación velada, como si no confiara en mí. Y, sin embargo, apenas habían pasado unos minutos desde que nos viéramos por primera vez. ¿Tenía que demostrarle algo a aquel chicano? No, creía que no.

—Me gusta usar una herramienta nueva para un trabajo nuevo —le respondí, sin apartar la mirada, consciente de que había

mucho más en juego en aquel duelo visual de lo que podría pensarse en un principio.

Frank alzó una mano y nos indicó con un gesto que no era el momento adecuado para iniciar una discusión. El empleado del salón se dedicaba en aquel momento a fregar el suelo con una fregona mohosa. Me fijé en el cubo, lleno a rebosar. Desde mi niñez, recordaba los continuos problemas con el suministro de agua que teníamos en End Hill. De hecho, no pocas eran las veces que los trenes que llegaban a la estación apenas podían repostar, dado que nuestro depósito prácticamente estaba vacío. Finos ríos de agua jabonosa se deslizaron entre las grietas de la madera mientras aquel hombre se afanaba en su cometido, sin apartar la vista del suelo. Frank se levantó y se dirigió hacia la barra con unos dólares arrugados en la mano. Pagó las bebidas y volvió hasta nuestra mesa con un gesto de cansancio dibujado en el rostro.

—¿Qué vamos a hacer, Frank? —pregunté, nervioso. Sergio y el otro hombre volvieron sus rostros hacia Frank, y los tres esperamos en un silencio tenso su respuesta.

Frank rebuscó en su camisa y encontró un cigarrillo mal liado. Lo encendió, dio una calada, y clavó su intensa mirada en mí. Yo ya conocía aquella mirada. La había visto sólo en otras dos ocasiones, y en ambas las cosas habían terminado mal para alguien. Era la mirada de un hombre desesperado, capaz de cualquier cosa. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que nos habíamos visto, y todo parecía haberle ido mal desde entonces.

—Escúchame, Joel —dijo, mientras el humo del cigarro bailaba frente a su rostro—, y los demás también. Escuchadme atentamente, porque no lo repetiré. Nos han contratado para robar ese banco, y eso es lo que vamos a hacer. No se qué demonios encontraremos dentro, pero viendo el estado en el que se encuentra este pueblo, no se trata de dinero. Así que meteos eso en la cabeza. Entraremos, nos llevaremos lo que hemos venido a buscar, y nos largaremos de aquí. Cuando alguien me paga, siempre termino el trabajo. Deberíais saberlo.

El hombre pálido aplaudió dos veces, con una sonrisa burlona en el rostro.

—Bien dicho, Frank —dijo, y su voz era el susurro de una serpiente de cascabel—. Bien dicho.

Frank le miró, pero no dijo nada. Nos indicó que le siguiéramos y saliéramos a la calle tras él. Antes de salir, me detuve en la puerta y observé al empleado. Continuaba fregando el suelo, sin preocuparse por el precioso líquido que se derramaba y se perdía. ¿Qué actitud era aquella? ¿Acaso los problemas de agua habían terminado en End Hill? Sentí la tentación de acercarme a él, zarandearle y preguntarle por qué desperdiciaba de aquella manera el agua, pero me contuve. Habíamos venido a hacer un trabajo, y eso era lo único importante. Las preguntas deberían esperar, aunque al final quedaran sin respuesta.

En la calle sólo me esperaba Sergio, que jugueteaba con su revólver a plena luz del día.

—Frank y el otro tipo han ido a por los caballos, enseguida se unirán a nosotros. Tú y yo entraremos ahora, prepárate —dijo, enfundando el arma.

Caminamos hacia el banco. El sol nos torturaba, y gotas de sudor resbalaban de mi frente y mis cejas hasta caer al suelo polvoriento que pisábamos. Las puertas de las casas permanecían cerradas, y las ventanas reflejaban la luz de la calle, sin permitirnos atisbar el interior. Un silencio casi palpable se extendía por todo End Hill, un silencio que me ponía los pelos de punta. Noté que mi mano derecha, inconscientemente, había liberado el revólver de su funda. Los nervios estaban apoderándose de mí, y los recuerdos de mi vida en aquel pueblo tantos años atrás, así como los sueños sobre mis hermanos, se abalanzaron sobre mí, haciéndome temblar de ansiedad. Sergio me miraba de reojo, sin apartar la vista de las puertas del banco. Dos hombres nos esperaban allí. Ambos tenían la piel blanca, y aquel aspecto enfermizo que había observado en el empleado del salón. Pero lo más extraño de ellos era que no portaban armas, al menos no visibles. Por algún extraño motivo, aquello me intranquilizó aún más, y aferré la culata del revólver, oculto aún bajo mi abrigo, como si se tratara de un crucifijo y yo estuviera rezando.

Nos encontrábamos apenas a veinte metros del edificio cuando uno de aquellos hombres decidió prestarnos atención. Hasta aquel momento ni siquiera habían reparado en nosotros. Advertí que Sergio se llevaba la mano a la cadera, y supe que en pocos instantes ambos nos veríamos obligados a disparar. Fruncí el ceño, procurando que los rayos de sol no me cegaran. Ya estábamos a menos de quince metros. Los dos hombres hablaron entre ellos y

nos señalaron. Una gota de sudor se deslizó bajo mi camisa hasta mis dedos. Tenía el torso completamente empapado. Parpadeé varias veces, y aquel fue el instante preciso que Sergio eligió para desatar el infierno. Desenfundó su revólver y disparó contra el primer hombre, que cayó hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo en la mandíbula. El otro hombre intentó entrar en el banco, pero yo le detuve con tres disparos en la espalda. Agonizando, abrió las puertas y su cuerpo inerte quedó allí, colgado en una postura inverosímil. Recorrimos los últimos pasos a la carrera y entramos en el banco a la vez, gritando.

—¡Todos al suelo! ¡Que nadie se mueva si quiere vivir! ¡Todos al suelo!

Pero allí no había nadie.

Las oficinas del banco habían sido abandonadas muchos años atrás, y nadie había vuelto a entrar durante mucho tiempo. Al menos, aquella fue la impresión que tuve al ver el lugar. Montañas de libros y periódicos se amontonaban contra las paredes, cubiertas de polvo y telarañas. Nuestros pasos en el interior del local levantaban nubecillas del polvo acumulado con el paso de los años, y un olor a rancio y a cerrado nos rodeaba por todos lados. Sergio me miró, y la pregunta que ambos queríamos formular se dibujó en sus ojos.

—¿Qué demonios...? —dijo, inquieto.

—Aquí no hay nada, excepto polvo. Polvo y libros —le respondí, tomando uno de los libros por la cubierta, sintiendo como se deshacía entre mis manos.

Sergio golpeó una pila de papeles con la puntera de sus botas, y éstos se desmoronaron como una torre de babel, convirtiéndose en polvo. Maldijo varias veces entre estornudos y cubrió su rostro con el pañuelo que llevaba al cuello. Yo hice lo mismo con el mío, sintiéndome como un estúpido por no haberlo hecho antes de comenzar a disparar. Cualquiera que nos hubiera visto podría reconocernos sin esforzarse demasiado. Mientras Sergio rebuscaba entre los viejos libros, envuelto en una nube de polvo, yo miré a través de las ventanas, inquieto. Nadie parecía haberse alarmado ante nuestro agresivo comportamiento. Caminé hasta una pequeña puerta de madera negra en la pared opuesta. Pensé que tras ella encontraría el despacho del director del banco o, siendo optimista, la caja fuerte. En el fondo, no perdía nada por investigar un poco antes de marcharnos. Frank todavía no había vuelto con los

caballos, y en el pueblo nadie había dado señales de vida. Bueno, dos personas sí lo habían hecho, pero brevemente. La puerta había sido atrancada a conciencia, probablemente con una tranca de madera desde dentro. Aquello me desconcertó, porque ¿quién querría encerrarse en un cuarto que no podía abrirse desde el exterior? En el lado en el que yo me encontraba no había cerradura, ni siquiera un pomo. Golpeé un par de veces la puerta con la bota, comprobando su consistencia. Parecía hecha de madera muy sólida. Golpeé con el hombro, intentando derribarla, pero resistió. Desenfundé entonces el revólver. Sergio se acercó a mí, cubierto de polvo hasta las cejas.

—Frank tarda demasiado —dijo.

Y era cierto.

Disparé contra la puerta, y el sonido de los disparos retumbó en el banco como un trueno. Dos irregulares agujeros, apenas a un dedo el uno del otro, se habían abierto, y una luz brillante se colaba a través de ellos. Me acerqué hasta la puerta, dispuesto a atisbar en su interior. ¿Qué ocultaban allí? ¿Acaso lo que habíamos venido a buscar? Sergio tosió. Me agaché, agrandé los agujeros con un golpe seco de la culta de mi revólver y miré en el interior del cuarto. La luz, que erróneamente pensé que procedía de la calle, la proporcionaban miles de velas. Velas de todos los colores, y todos los tamaños, repartidas de forma arbitraria por toda la estancia. Las paredes habían sido decoradas con extraños símbolos e inscripciones en algún idioma que no pude entender. Habían usado pintura roja, que destacaba con fuerza sobre las paredes blancas, y la luz de las velas dotaba al cuarto de un aspecto más bien infernal. Pero el objeto que llamaba mi atención descansaba en un atril, en el centro de la sala. Un libro de páginas amarillentas, abierto de par en par, y colocado de tal manera que me recordó una Biblia. Entonces, vi —más bien presentí— un movimiento fuera de mi campo de visión, y algo grande y silencioso pasó ante mis ojos. Noté su olor agrio y, sobresaltado, me alejé de la puerta. Oí un gruñido, un susurro de garras sobre el suelo de madera.

Le indiqué a Sergio mediante señas que saliéramos a la calle. Algo marchaba mal. No, todo marchaba mal. En el banco no encontrábamos nada de valor, ni señales de que alguien hubiera entrado en años. Tras la única puerta que había en el interior se ocultaba algo que gruñía como un oso y se movía muy rápido.

Para colmo, los dos hombres que acabábamos de matar ya no estaban donde los dejamos. Sergio me miraba con ojos vidriosos, buscando respuestas. Me agaché junto a la puerta del banco, que estaba abierta, y toqué los restos oscuros que empapaban el suelo con dos dedos. No había duda, aquello era sangre. Habíamos alcanzado a aquellos tipos, no una sino varias veces. Sin embargo los cuerpos habían desaparecido, dejando como recuerdo las manchas de sangre y los contornos desdibujados sobre el polvo.

—Larguémonos de aquí —dije, con una horrible sensación en la boca del estómago—. Olvidémonos de los caballos, del dinero, de Frank; simplemente salgamos de aquí como alma que lleva el diablo.

La cosa que estaba al otro lado de la puerta gruñó de nuevo. Sin embargo, aquel sonido parecía más una voz que un gruñido, al menos aquella era la impresión que me embargaba. Mis nervios me traicionaban, imaginando criaturas aterradoras que se materializaban ante nosotros. Recordé una vieja canción infantil que nuestra madre nos cantaba, acerca del hombre del saco. Sergio apartó el pañuelo de su boca. Parecía a punto de llorar.

—No podemos hacer eso, Joel.

—Una mierda no podemos hacerlo —respondí mientras salíamos a la luz del día, escuchando los aullidos de aquella cosa —. Caminamos hasta uno de los ranchos, robamos dos caballos, y nos...

No pude terminar la frase. Hasta nosotros llegó el ruido seco de varios disparos, el sonido de los cascos. Y los aullidos. Aquellos horribles alaridos, que no podían provenir de ninguna garganta humana ni de ningún animal conocido. Después, el silencio. Sentí un escalofrío, y preparé el revólver. No saldríamos vivos de allí, ninguno de nosotros. Sergio temblaba como un chiquillo, el revólver en mano y dispuesto a disparar. La calle seguía vacía, las casas cerradas. Sin embargo, sabíamos que algo iba a ocurrir de un momento a otro, se respiraba en el ambiente. Una gota de sudor resbaló por mi párpado y se coló en mi ojo izquierdo. Parpadeé varias veces, pero no sirvió de nada. Me sequé el sudor de la frente con la mano, sintiendo un molesto picor en los ojos, producto del sudor y el polvo acumulado. Oímos relinchar a varios caballos.

—¿Joel? —dijo Sergio, y sus manos temblaban.

Al final de la calle apareció Frank, acompañado del jinete

pálido cuyo nombre desconocía. Cabalgaban en silencio, o al menos así me pareció al principio. Vi como Frank se volvía y disparaba varias veces a su espalda, hacia alguien —o algo— que les perseguía. El otro hombre se volvió y disparó también hasta que el arma quedó sin balas. Después, se lanzaron a galope hacia donde nos encontrábamos. Tras ellos apareció un hombre, luego otro, y otro más. Después, una marabunta humana se desparramó por la calle principal como un río desbordado. Venían armados con azadas, palos, piedras, cuchillos. Y avanzaban en silencio, sin pronunciar una sola palabra. Advertí que varios de ellos se encontraban cubiertos de sangre, y aún así continuaban caminando. No, caminando no era lo correcto. Corrían, corrían como animales sedientos de sangre persiguiendo a sus presas.

—¿Joel? —repitió Sergio, y tras él apareció uno de los tipos del banco.

No había duda, le habíamos alcanzado, ya que parte de su rostro había desaparecido, convertido en una masa informe de huesos, carne, y restos de pólvora. La sangre que se deslizaba por la herida empapaba su camisa y fluía por la pernera de su pantalón. Con dedos engarfiados se abalanzó sobre Sergio y le derribó al suelo, intentando estrangularle. Paralizado por la súbita aparición, me quedé contemplando la pelea como una estatua. No fui consciente de que Frank estuvo a mi lado hasta que disparó contra aquello, y ayudó a levantarse a Sergio.

—Subid a los caballos, deprisa —dijo Frank, que no había perdido la serenidad en ningún momento.

Pero ya era demasiado tarde. No debían haber parado a recogernos, no debían haberlo hecho. La multitud había alcanzado las escaleras del banco, y ya nada podía salvarnos. Aterrado, disparé contra los dos primeros hombres. En un instante estaban sobre nosotros. Todos disparamos, intentando alcanzar los caballos. Sólo habían traído tres, y la multitud ya había derribado uno de ellos. El hombre pálido avanzó codo con codo a mi lado, y cuando vaciamos los revólveres la emprendimos a puñetazos contra aquel pueblo de maníacos. Eran demasiados, nunca conseguiríamos llegar hasta nuestras monturas.

—¡Malditos hijos de puta! —grité, presa de la desesperación—¡No me cogeréis!

Frank y Sergio se abrieron camino disparando y golpeando. Observé horrorizado cómo entre el grupo aparecían mujeres y

niños, que se lanzaban sobre nosotros con la misma ferocidad que los hombres. Una niña rubia me mordió la mano, un hombre anciano me golpeó con un bastón en las costillas. Avancé otro paso, y sentí el cuerpo del caballo junto a mí. Dos hombres derribaron a Frank, y uno de ellos le mordió en el cuello. Una mujer clavó sus uñas en el rostro del hombre pálido, y pude oír sus gritos. Fui consciente de que aquella gente no decía nada, no pronunciaba una palabra, ni gritaba, ni reía. Todo aquel silencio sólo quedaba interrumpido por nuestros aullidos, por el sonido de un brazo al romperse, por los relinchos de los aterrados animales. Sergio cargó su revólver y disparó contra una anciana desnuda que trataba de hundir un cuchillo de cocina en su estómago. Frank se debatía bajo la multitud, gritando. Algo me golpeó en la cabeza, oí la voz de Sergio a mis espaldas.

—¡Los caballos!

Sin saber cómo, noté la grupa de un caballo entre mis brazos. Monté como pude, tiré de las riendas, e intenté salir de allí, rodeado como estaba por la muchedumbre. Otro de los caballos aún permanecía en pie, a escasos centímetros de mí. Una mujer apuñaló en el estómago a Sergio, que se retorció de dolor y la abofeteó, derribándola. Frank ya no se movía, y vi horrorizado como dos niños seccionaban su brazo derecho a la altura del codo y peleaban por él. No pude localizar al otro hombre entre la multitud, pero cuando Sergio se abalanzó sobre el otro caballo sangrando por varias heridas, decidí que había muerto, como Frank. Aquel era el precio que debíamos pagar para salir de allí con vida. Espoleé mi caballo y salí de allí al galope, derribando a todos aquellos que intentaron retenerme. Sergio cabalgaba a mi estela, gimiendo y gritando y llorando. No quería escucharle, no quería mirar atrás. Sobre todo, no quería mirar atrás.

—¿Joel? Debemos volver, Joel. A por Frank. Le prometí a su mujer que volveríamos juntos, que no dejaría que le ocurriera nada. ¿Joel? Debemos volver. Le he dado mi palabra.

—No importa tu palabra, sino a quién se la das —dije, y me arrepentí de ello casi al instante.

Habíamos cabalgado durante apenas dos horas, hasta que los

caballos no habían aguantado más. Preocupado por nuestro estado, no había advertido las heridas que presentaban en las patas y en la grupa. Aquellos bastardos se habían empleado con saña mientras luchábamos por nuestras vidas, y era un milagro que los animales hubieran resistido tanto tiempo antes de caer. Lo más probable era que el miedo les hubiera mantenido así hasta el momento en el que el caballo de Sergio se detuvo, dobló las rodillas y derribó a su jinete. Instantes después, mi montura cayó al suelo, exánime. Apenas tuve tiempo de descabalgar y recoger el arma que llevaba al costado, un winchester que esperaba nos ayudara a continuar con vida algún tiempo más.

Desde que abandonamos el pueblo, una sola idea daba vueltas en mi cabeza. ¿Iban a darnos caza? En mi interior, un continuo estado de terror que me embargaba desde el momento en el que Frank había aparecido con los caballos, me repetía una y otra vez que nos perseguirían, nos capturarían y luego nos devorarían como si de un ternero se tratase. Sin embargo, mi yo racional se negaba a admitirlo. ¿Cómo iban a seguirnos? Habían actuado como animales salvajes, abalanzándose sobre nosotros sin miedo a nuestras armas, inconscientemente. ¿O seguían un plan prefijado de antemano? Parecía difícil de creer. Era como si, de pronto, hubieran sido conscientes de nuestra presencia en el pueblo, del peligro que significábamos para su comunidad, y hubieran decidido darnos muerte a cualquier precio. Pero, ¿por qué no dispararnos? ¿Acaso no sabían utilizar un arma? Y, ¿por qué ese salvajismo? ¿Por qué usar mujeres y niños en aquel ataque que sin duda causaría bajas entre ellos?

Pasé la mano por mi rostro, notando la barba incipiente de varios días arañar con suavidad la palma. Habíamos acampado entre dos grandes rocas cubiertas de musgo verde, apartados de los caminos principales, a menos de una milla de donde habíamos abandonado a nuestras monturas. Algunos matojos de hierba crecían aquí y allá, pugnando por sobrevivir en aquel ambiente hostil. Dentro de algunas horas anochecería, y el calor del sol que nos asolaba en esos momentos resultaba bastante más soportable allí, a la sombra de las rocas. Una salamandra de llamativos colores se deslizó a un palmo de mi mano, ignorando nuestra presencia. Invadíamos su casa, pero no parecía molesta con ello.

—¿Joel? Te digo que...

—Cállate, joder. Cállate y duerme un poco —dije, mientras

intentaba liar un cigarrillo con manos temblorosas—. No vamos a volver. Descansaremos un poco, y cuando anochezca continuaremos en dirección al pueblo más cercano para que te miren esa herida. Después… después ya veremos.

Sergio me miró con una expresión hosca y abatida a la vez, pero no dijo nada. La herida de su abdomen continuaba sangrando, y no sabíamos cuando pararía. Había cortado una de las mangas de mi camisa y habíamos improvisado unas vendas para intentar detener la hemorragia. Algo habíamos conseguido, pero la palidez que se adueñaba poco a poco del rostro de mi compañero no presagiaba nada bueno. Encendí el cigarro y le di un par de caladas, alejando el humo de Sergio. Mentalmente evalué nuestra situación, que estaba muy lejos de resultar halagüeña. El pueblo más cercano, si mi memoria no me engañaba, se encontraba a más de veinticinco millas de distancia; imposible llegar a pie hasta allí. El terreno que separaba ambas poblaciones no ofrecía reposo alguno al viajero: un territorio salvaje, árido, sin pozos de agua para poder repostar y sin árboles bajo los que guarecerse del sol. Disponíamos de dos cantimploras de agua medio vacías y algunas raciones de carne y café, insuficiente para realizar el recorrido. Los caballos no se levantarían ya. Sergio había sacrificado al suyo nada más caer; el mío murió poco después, agotado por el esfuerzo. Pensé en Frank, y en su poco tino a la hora de escoger los animales. Le maldije entre dientes y di una larga calada, intentando ordenar mis pensamientos. En realidad, poca culpa tenía Frank de todo aquello.

Me levanté, procurando no hacer ruido, y escalé hasta la cima de una de las dos rocas que nos servían de protección y nos ocultaban de miradas indiscretas. Desde allí observé detenidamente el paisaje que nos rodeaba, con la esperanza de poder localizar algún punto de referencia que me permitiera orientarme, ya que ni siquiera sabía si nos dirigíamos hacia Staunton Village, el pueblo más cercano. A mi alrededor se extendía la desolación más absoluta. Millas y millas de terrenos baldíos, resecos y torturados; el hogar de alimañas y serpientes, de matojos retorcidos y árboles moribundos. A lo lejos, las montañas se perdían sobre la línea del horizonte, ajenas al sufrimiento que padecía esta tierra. Recorrí con la vista todo el lugar, protegiendo mis ojos del sol con una mano. ¿Era aquello que veía apenas a una

milla una elevación en el terreno? Probablemente sí, y si no me equivocaba podría corresponder a una de las minas pertenecientes a End Hill. Pero aprecié algo extraño en la parte superior, una capa que, desde la distancia, semejaba un vergel de hierba. Aquello, desde luego, no podía ser más que un espejismo provocado por el calor que despedía la tierra y la luz de un sol moribundo que se hundía en el horizonte. Desde mucho antes de que yo naciera, End Hill había sufrido una continua carencia de agua. Sin embargo, recordaba con detalle al empleado del bar fregando el suelo con un cubo lleno hasta el borde. Había algo extraño en todo ello, algo que no alcanzaba a comprender.

Volví a mi sitio, a la sombra de las rocas, junto a Sergio. El hombre se había quedado dormido, como le había sugerido minutos antes. Aquello era lo mejor. Como precaución habíamos retirado los caballos del camino unos metros, ocultándolos bajo una capa de arena que se desvanecía bajo el viento. Cada vez estaba más convencido de la inutilidad de aquel gesto. Nadie nos perseguiría, nadie vendría a por nosotros. ¿Qué demonios habíamos hecho en End Hill? ¿Qué había provocado aquella inesperada reacción de sus habitantes? Casi veinte años habían transcurrido desde la última vez que mis pies habían recorrido las calles del pueblo. Mucho tiempo, sin duda. Los edificios habían cambiado, las calles permanecían inmutables. Sin embargo, no había sido capaz de reconocer ningún rostro entre la multitud. ¿No vivía ya allí Larry Carrigan, el viejo matasanos? ¿Y los hermanos Carrados, famosos por su habilidad con el revólver? Quizá veinte años cambian mucho a la gente. Tal vez demasiado. Poco a poco dejé que el sueño me invadiera, y me quedé dormido pocos minutos después.

Cuando desperté, olí el sabroso aroma del café recién hecho, y no pude menos que sobresaltarme. Sergio se inclinaba sobre una improvisada hoguera de matojos y trozos de tela, avivando el fuego. Un cazo humeante reposaba sobre el fuego, a la espera de ser retirado.

—Maldita sea —dije, aún medio adormilado— ¿Por qué has encendido un fuego? ¿Es que quieres que nos encuentren?

Sergio me dirigió una mirada apagada. Su rostro pálido y sus movimientos imprecisos sugerían que no merecía la pena iniciar una discusión. Por mucho que lo intentáramos, no podríamos salir de allí en su estado actual. Tendríamos que pensar en algún plan

alternativo. Sin embargo, todas las ideas que circulaban por mi cabeza las deseché al instante: no incluían a Sergio, y yo me sentía algo responsable. Me incorporé y el hombre me alcanzó una taza, esbozando una sonrisa. Me fijé en el vendaje de su estómago, y sentí alivio al comprobar que la hemorragia parecía haber remitido en su mayor parte. Quizá podríamos intentar marcharnos aquella misma noche, quizá mañana. Quizá.

Mientras tomábamos el café en silencio, las sombras de la noche se adueñaron del paisaje, hundiendo aquella bola de fuego inmisericorde tras la línea quebrada del horizonte. La oscuridad se deslizó entre nosotros casi con dulzura, y una débil luna menguante ascendió al firmamento entre parpadeantes estrellas. La temperatura descendió súbitamente varios grados, y nos acercamos más a nuestra hoguera escuálida, que no duraría muchas horas más. En la lejanía aullaron los coyotes, alborozados por la caída de la noche.

—Joel, quizá deberíamos marcharnos —susurró Sergio, y su voz me provocó un escalofrío.

Tenía razón. Debíamos caminar durante la noche; era nuestra única oportunidad. Acerqué las manos al fuego para calentarlas, y me levanté. No tendríamos que llevar mucho peso con nosotros, apenas un morral de comida, dos cantimploras y el rifle, pero dudaba que Sergio fuera capaz de mantener un ritmo constante. Desde que llegamos a las rocas, había intentado incorporarse en dos o tres ocasiones, y siempre se había vuelto a sentar, como si se encontrara mareado.

—Joel...

Le ayudé a levantarse y le sostuve contra la pared de una de las rocas. Noté que estaba nervioso, consciente de que en aquel momento por mi mente circulaban ideas peregrinas cuya premisa principal consistía en abandonarle allí, a su suerte. Sergio sonrió, tosió un par de veces y se tambaleó hasta los matojos en los que habíamos dejado las cantimploras. Abrió una de ellas, bebió un trago, y la dejó de nuevo en el suelo. Un silencio perturbador se deslizó entre nosotros, y nuestras miradas se cruzaron. Ambos acariciamos la culata de nuestro revólver en un gesto instintivo, como si asistiéramos al preludio de un duelo sin sentido.

—Joel, puedo hacerlo. Puedo ir contigo, Joel —dijo Sergio.

En sus ojos brillaba la desesperación, y un hombre desesperado siempre es peligroso. Una ráfaga de viento avivó las

ascuas del fuego, que lanzaba sus últimos coletazos, y trajo consigo el aullido apagado de alguna bestia, probablemente otro coyote. Sonaba triste, lejano. Esbocé una sonrisa y aparté la palma de mi mano del revólver, intentando tranquilizar a Sergio. Busqué con la mirada el rifle, que descansaba apenas a unos centímetros de la cantimplora.

—Vamos, Joel, déjame acompañarte —suplicó Sergio, y en su tono de voz advertí que no dispararía, que si yo realizaba algún movimiento amenazador, ni siquiera desenfundaría.

No me gusta que me supliquen. Mi padre me dijo una vez que detrás de una súplica hay siempre una mentira. Sin duda sus palabras tenían algún fundamento en el mundo de la economía empresarial, pero aquí, en el desierto, cuando un hombre era consciente de que su vida estaba en las manos de otro, aquella frase hecha parecía carecer por completo de sentido. Sergio tosió de nuevo, apoyó la espalda contra las rocas.

—Por favor...

Y entonces sentí un movimiento a su espalda, oí un gruñido apagado, olí el áspero aroma de la muerte que aquello había ocultado caminando contra el viento. Recordé los aullidos que erróneamente había asociado a los coyotes, y una oleada de pánico recorrió mi cuerpo. En la oscuridad de la noche los contornos de aquella bestia permanecían misericordiosamente indefinidos, y apenas pude discernir la garra que se abalanzó sobre Sergio y lo alzó del suelo como si de una muñeca de trapo se tratara. En aquel momento reaccioné, desenfundando mi revólver y disparando sobre la oscuridad que cubría el cuerpo de mi compañero. Disparé una y otra vez, una y otra vez, y seguí haciéndolo hasta que el revólver quedó sin balas, e incluso después.

Tardé una eternidad en conseguir tranquilizarme, y comprender que si no me largaba de allí, yo sería el próximo. El silencio de la noche se quebraba por los gritos contenidos de Sergio, que no había parado de gritar desde que aquella cosa le había agarrado. Aterrado, pensé que mi única oportunidad era llegar a la mina que había visto desde nuestro absurdo escondite. Salté sobre una de las rocas y comencé a correr, presa de la desesperación. A lo lejos, pero no tan lejos como podía desear, los rugidos de la bestia ahogaban los gemidos desesperados del chicano. Sentí como las piernas me ardían mientras recorría la

imprecisa distancia que me separaba de la mina. Corría al límite de mis posibilidades, jadeando como una locomotora, llevándome la mano al costado. Un pensamiento funesto —había olvidado todas las provisiones, así como el winchester, junto al fuego— me invadió, pero lo deseché al instante. Continué corriendo, el rumor de mis botas sobre la arena del desierto acompañándome. Ya no podía oír a Sergio.

Mis piernas se enredaron en un arbusto petrificado, y caí al suelo, arañándome las manos y los antebrazos. Avancé unos metros gateando, me incorporé, continué mi alocada carrera. El costado me ardía, los músculos de mis piernas se quejaban como ovejas antes de ser esquiladas. Trastabillé al tropezar con algo —quizá una piedra— , maldije en silencio. A pesar de la oscuridad, identifiqué la elevación natural que había asociado con la entrada a una de las minas del pueblo. Iba a lograrlo, podría hacerlo. Dentro del laberinto de las minas podría perderlo, alejarme de aquella criatura.

Oí su rugido, demasiado fuerte, demasiado cerca.

Avanzaba rápidamente, acortaba las distancias. Grité, lloré, pero no detuve mi carrera. Sentía su olor envolviéndome, un aroma a descomposición, a algo que no debería estar vivo. El dolor de mi costado ya era insoportable, y mi ritmo había descendido peligrosamente. Aunque llegara hasta allí, la criatura me atraparía y me despedazaría sin darme tiempo a reconciliarme con Dios. A pesar de todo, no me detuve. El instinto de supervivencia me mantuvo en pie hasta alcanzar la entrada a la mina, y lanzó mi cuerpo agotado y maltrecho a su interior. Allí me detuve, jadeando, exhausto, esperando a que aquel ser infernal me devorara.

Pero no lo hizo.

Se detuvo ante la entrada, mirándome con dos ascuas, babeando, el pelaje alborotado, cubierto de sangre. Abrió la boca, una caverna chorreante repleta de dientes afilados y desiguales, y su fétido aliento me provocó arcadas. Tosí, me incorporé sin apartar mis ojos de aquella cosa inhumana que no debería existir. Sin duda me encontraba frente a la bestia que custodiaba el libro, o al menos una de su especie. ¿Habría más como ella, vagando por el desierto, acechando? Dios no lo quisiera. Me temblaban las piernas en una mezcla de miedo y dolor producto de los calambres. Retrocedí en el interior de la cueva hasta que mi

espalda quedó contra la fría piedra, y todavía temblaba. Jadeé, dejé que mi cuerpo resbalara hasta quedar sentado en el suelo. La criatura arañaba el suelo con sus garras en silencio, sin apenas prestarme atención. Algo la mantenía en el exterior de la mina, no la permitía entrar. Fue en aquel momento, sentado frente a aquel engendro monstruoso en la oscuridad de la noche, cuando supe cuánto valoraba mi vida, qué miedo sentía ante la posibilidad de perderla. No quería terminar como Joseph, como Keith. Mientras mi respiración se acompasaba, y mi corazón recuperaba su ritmo natural, me dije a mí mismo que saldría de allí con vida, volvería al este, formaría una familia.

Otra familia.

Transcurrió una eternidad antes de que la bestia que me había perseguido decidiera marcharse, dejándome solo con mis pensamientos. La oí caminar sobre sus cuatro patas cubiertas de pelo negro, apelmazado por los cuajarones de sangre coagulada que lo empapaban, y perderse en la noche en un silencio si cabe más aterrador. No me moví durante varios minutos, casi deseando en silencio que volviese, que se quedara allí, en la entrada, donde pudiera verla. Al final, viendo que no volvería, me levanté. Tenía los muslos doloridos, los pies llenos de rozaduras. Un dolor sordo me recorría las costillas, quizá me había fracturado alguna en la caída. En la carrera había perdido el cinturón con la munición, y aunque conservaba el revólver en mi mano y un par de balas —mis balas de la suerte— en un bolsillo del pantalón, la perspectiva de salir al exterior resultaba desalentadora. Así que decidí recargar el arma e internarme en la mina, con la esperanza de encontrar otra entrada más allá que me alejara de aquel lugar maldito.

En el interior la oscuridad era casi absoluta. La luz de la luna se filtraba por pequeños agujeros practicados en el techo del túnel, y me permitía ver el comienzo de unos raíles y, a lo lejos, lo que parecía una vagoneta abandonada. Más allá reinaba la negrura, que devoraba los contornos de las paredes y sumía las vías en un mar de oscuridad. Si avanzaba en aquella dirección, la única posible, antes o después me encontraría perdido. Busqué en el bolsillo de mi camisa, pero no llevaba cerillas ni nada parecido.

Pocas opciones me quedaban, pero permanecer allí sin hacer nada hasta que amaneciera tampoco parecía buena idea, así que armándome de valor comencé a caminar, internándome en el túnel. El sonido de mis pasos reverberaba en las paredes, deslizándose por ellas y acompañándome. Tosí, y un latigazo de dolor me cruzó el pecho, obligándome a detenerme y apoyar una mano en la pared. Estaba húmeda al tacto, casi resbaladiza. Pero no podía preocuparme ahora por esos detalles, no cuando cada vez era más evidente que tenía alguna lesión interna, probablemente una fractura. Diez pasos más, y la entrada de la mina ya no era visible. Las vías, cubiertas de herrumbre, se deshacían bajo mis botas. Diez pasos más, y la oscuridad me rodeaba por completo. Rocé con una mano la superficie del vagón, volcado contra la pared a unos metros de los raíles. Estaba fría.

Un ruido a mis espaldas llamó mi atención, y me volví. La luz de una antorcha iluminó la entrada de la mina, y tras ella llegaron varias más, sostenidas por sombras informes con rostros desdibujados. Abrí la boca, a punto de gritar. Me contuve y me deslicé tras la vagoneta, rezando en silencio, suplicando que no me hubieran visto. Porque aquellos hombres y mujeres que avanzaban en procesión, susurrando una letanía impía que helaba mis tímpanos, aquellos hombres y mujeres eran los habitantes de End Hill. Entraron casi con delicadeza, con un rumor de pies deslizándose sobre la piedra, canturreando aquella extraña melodía, tarareándola. Intenté comprender sus palabras, hallar sentido a sus murmuraciones. El idioma me resultaba extraño, ajeno, pero los sonidos que entonaban tenían una estructura, una forma.

—¡Zi Dingir Kia Kanpa! —parecían decir aquellas voces, pero aquel galimatías nada significaba para mí.

Caminaron junto a la vagoneta sin volverse, sin reparar en mi presencia. Avanzaban sin prisa pero sin detenerse. Cuando pasaron frente a mí los primeros portadores de antorchas, me amparé en la oscuridad del interior de la vagoneta para pasar desapercibido. Después, mientras las primeras luces se perdían en el interior del túnel, sentí que mi habitual audacia me invadía con energías renovadas y me aventuré a espiar los pasos de la comitiva. A punto estuve de gritar una maldición cuando vi que entre aquellos hombres se encontraban mis tres compañeros. Dos hombres fornidos arrastraban el cadáver de Frank y el de Sergio, ambos

mutilados, dejando en el suelo de piedra un rastro de sangre. Un tercero llevaba en brazos el cuerpo sin vida del hombre pálido, que tenía la cabeza girada en un ángulo imposible y una expresión de horror en el rostro. Me oculté de nuevo, y tras varios minutos de agónica espera, decidí seguirlos. ¿Por qué decidí aquello en vez de huir de allí, escapar de aquella locura? Creo que dos razones pesaron en la decisión. La primera, el pánico que me inspiraba la bestia que había acabado con la vida de Sergio; me la imaginaba acechando a la entrada de la mina, esperándome. La segunda razón fue mi curiosidad. Todo aquello debía tener un sentido final, un objetivo que diera coherencia a todo aquel cúmulo de absurdos. Un hombre debe ser lo que debe ser, me dijo una vez mi padre, y yo era todo menos un valiente. Sin embargo, abandoné mi precario escondite y me interné en la mina tras aquellos hombres, caminando lo más silenciosamente que pude y persiguiendo las sombras que danzaban en las paredes.

Recorrimos un túnel tras otro, y varias veces me creí perdido, hasta que de nuevo veía a lo lejos el brillo de las llamas y continuaba mi absurda persecución. Sentí que descendíamos, que nos adentrábamos en la tierra, y a cada paso que daba una sensación de desasosiego se alojaba en mi cuerpo. Nunca podría volver a recorrer el camino que ahora realizaba. Perseguir a aquellos hombres sería mi última acción en la vida. A pesar de todo, no cambié de opinión. Debía saber, debía comprender. Mis compañeros no podían haber muerto por nada. Llegué a una encrucijada en el camino, y dudé durante unos instantes. Indeciso, consciente de los preciosos segundos que estaba perdiendo, me puse en cuclillas y palpé el suelo. La humedad allí era más acentuada, pero las palmas de mis manos descubrieron entre los ocasionales charcos restos de algo más espeso, más denso. La sangre de Sergio, quizá la de Frank. Tomé el camino correcto acelerando el paso, dispuesto a llegar hasta el final.

Al volver un recodo, me detuve. Un hombre pálido, obeso y desnudo de cintura para arriba, portando una antorcha, bloqueaba el camino. Su rostro abotargado me observaba con atención, intentando comprender que hacía yo allí.

—Edin Na Zu —gruñó, amenazador, señalándome con la antorcha.

A mi mente acudieron viejos recuerdos. La imagen de Keith apoyando sus manos sobre mis hombros y mirándome a los ojos

pocos días antes de marchar se materializó ante mí. Habíamos discutido la noche anterior, una de esas discusiones sin sentido entre hermanos. Aquella mañana, cuando me confesó que él y Joseph se marchaban del rancho, abandonándonos a nuestra suerte, diferentes emociones cruzaron mi alma: envidia, desprecio, dolor, odio. Aparté sus manos y le golpeé en el pecho, gritando y maldiciendo. Las lágrimas de ira y miedo me cegaban, y le grité insultos y acusaciones absurdas. Él se mantuvo en silencio, protegiéndose de mis golpes sin devolvérmelos. Aquello me hirió aún más, y en un arrebato desenfundé mi revólver. Le grité de nuevo, y Keith me abofeteó con fuerza. Trastabillé y dejé caer el arma, anonadado. Nunca me había puesto la mano encima. Escuché entonces sus palabras, aquellas últimas palabras que nunca podré olvidar:

—Cuando tengas que disparar, dispara; no hables.

Lo hice.

Desenfundé el revólver y disparé dos veces sobre aquel hombre, en la cabeza y en el pecho. Se derrumbó con un gemido y la antorcha cayó al suelo, apagándose. Lancé el revólver a la oscuridad del túnel, consciente de su inutilidad, y avancé hasta quedar junto al cuerpo. Descubrí una entrada en la pared, probablemente el objeto de custodia de aquel tipo. Unas escaleras de caracol descendían hacia una luz brillante, cegadora. Mantuve la mirada fija en aquella luz varios segundos, intentando acostumbrarme, y comencé el descenso. Resbalé —los escalones estaban húmedos y eran desiguales—, pero conseguí evitar la caída apoyándome en la pared. Oí un rumor de voces, un cántico que se hacía más fuerte a medida que descendía a las profundidades de aquel abismo. Y también oí algo más, un chapoteo, algo grande moviéndose sobre el agua. Sentí un escalofrío, pero no me detuve. Varios escalones más abajo, el agua se deslizaba en pequeños riachuelos desde el techo, descendía por las paredes y formaba charcos entre mis botas. La luz, cada vez más brillante, me obligaba a entrecerrar los ojos. Las voces se habían transformado en un clamor.

Los últimos escalones desembocaban en una especie de mirador, con una balaustrada tallada en la misma piedra. Otro tramo de escaleras continuaba el descenso, pero no lo descubrí hasta más tarde. El espectáculo que se desplegaba ante mis ojos era sobrecogedor. Inmensas columnas, de un grosor mayor que el

tronco de un árbol, se elevaban hacia el techo, sosteniendo lo que semejaba ser una cúpula de proporciones ciclópeas. Las columnas habían sido talladas con motivos humanos, la mayoría de ellos de cuerpo entero, en posiciones obscenas o con expresión de sufrimiento. Desde donde me encontraba podía apreciar los contornos de una mujer desnuda, de color gris, que parecía suplicar clemencia al cielo. Avancé un paso y entonces toda aquella construcción se abrió ante mí. Debíamos de estar en el interior de un edificio de dimensiones abrumadoras. Cómo había podido permanecer oculto a los ojos del hombre hasta ahora resultaba un misterio inexplicable. Apoyé mis manos en la baranda, temblando. Hasta donde alcanzaba la vista las columnas se levantaban hasta el techo, y todas ellas exhibían aquellas figuras retorcidas.

Varias decenas de pies más abajo, los habitantes de End Hill se congregaban ante un tosco altar de piedra. Tras el altar, una cascada de agua brotaba de la misma pared y se deslizaba a su alrededor, formando una corriente que terminaba en un lago. Allí algunos hombres se bañaban, otros se arrodillaban y bebían. Observé anonadado el espectáculo, sin comprender nada de aquello. ¿De dónde manaba aquel agua? ¿Y la luz, de dónde procedía? Así con más fuerza la barandilla, hasta que mis nudillos se tornaron blancos. La mayoría de aquellas personas habían dejado atrás sus ropas, y retozaban desnudos por el suelo de piedra. Los últimos, los más remilgados, estaban siendo ayudados por sus compañeros. Todos entonaban aquella horrenda canción, aquella invocación pagana. Busqué los cuerpos de mis compañeros, pero no los encontré. Con toda probabilidad los habrían arrojado al lago, un final injusto para ellos.

De pronto, sin previo aviso, todos los presentes enmudecieron y se detuvieron. Los que estaban tumbados o arrodillados se incorporaron, y volvieron su vista hacia el altar. Yo hice lo mismo, temblando como un niño. No comprendía nada de aquello. El silencio sobrecogedor que envolvía la situación me horrorizaba. Los hombres, las mujeres y los niños buscaron sus manos, las entrelazaron. Avanzaron hacia el altar como uno solo, sin pronunciar palabra. Poco a poco iban formando una cadena, uniendo sus manos unos con otros. Sonreían, una sonrisa estúpida. Congregados alrededor del altar, alzaron la vista hacia la cúpula. Asustado, temiendo que alguien me viera, retrocedí un paso. Oí de

nuevo aquel rumor de voces cantando, entonando. Desde mi nueva posición apenas podía verlos, el altar quedaba oculto tras la pared de roca. Intenté recuperar el valor, avanzar de nuevo hasta la barandilla.

Entonces miré al otro lado, hacia el lago.

Y comprendí qué era lo que había provocado aquel chapoteo que había oído mientras descendía las escaleras.

Ahogando un gemido, me hundí en las sombras, alejándome de aquella aparición. Una llamarada de fuego creció en mi pecho y me hizo caer de rodillas al suelo. Intenté gritar, pero los pulmones se negaban a recoger el aire necesario. Caí al suelo y me quedé allí, sollozando, recorrido por escalofríos que me agitaban como a un títere. En mi mente permanecía la terrible visión de aquella cosa, aquel ser indescriptible del tamaño de un edificio que había salido del lago reptando sobre su cuerpo informe y blancuzco mientras los habitantes de End Hill, los que antaño fueron mis vecinos, le recibían alborozados, entonando salmos en su honor. Desde abajo me llegaban las risas, las canciones, y un extraño susurro sibilante que identificaba como la respiración de aquella criatura surgida del infierno. Entonces comprendí que estábamos en su morada, en su guarida. Con horror mi mente se desdijo, me gritó que me equivocaba. No, este lugar maldito no era una guarida: era un templo, una iglesia. Aquí los feligreses se congregaban alrededor del altar y cantaban sus himnos. La gran diferencia era que ellos, al contrario que yo, tenían pruebas físicas de la existencia de su dios.

Todavía invadido por un pánico incontrolable, me incorporé. Saldría de allí, me enfrentaría a la bestia que me aguardaba si era necesario, antes que permitir que ellos me encontraran y me llevaran ante Él. Reí como un loco, una risa nerviosa que surgía de mi cordura desgajada, mientras me acercaba a las escaleras. No podrían oírme desde allí, estaban demasiado ocupados. Me volví por última vez, dominado por un impulso irreprimible. Desde donde me encontraba podía apreciar los contornos de las columnas más cercanas. Envueltas en la luz sobrenatural que invadía la estancia, los cuerpos esculpidos parecían agitarse, intentando liberarse de la piedra que les aprisionaba. Observé las figuras, los rostros. Y entonces sentí que me asomaba al abismo de la locura, pues en verdad aquellos cuerpos pugnaban por librarse de la prisión de piedra que les retenía, con expresiones de horror

en rostros de gargantas mudas. Y entre aquel maremagno de cuerpos castigados, mis ojos se encontraron con los de Frank, que pataleaba en vano, atrapado para siempre en aquel lugar de horror indefinible. Frank me miró, y en sus ojos vi un dolor inhumano, un dolor que había transcendido la muerte y encontrado su propio infierno. Intentó hablar, pero de su garganta ya no podían surgir palabras. Con su única mano me suplicó que me quedara, que le ayudara...

Grité, grité con todas las fuerzas que me quedaban, ajeno al dolor que me rasgaba el pecho. Grité y corrí escaleras arriba, sin parar de gritar en ningún momento. Mi mente, misericordiosamente, cayó entonces en un estado de ensoñación, y mientras corría por aquellos túneles y me hundía en la oscuridad más absoluta un velo de inconsciencia me invadió.

Me encontraron varios días después tres hombres de Staunton Village, delirando en el desierto. Había perdido mucho peso, tenía dos costillas rotas y estaba deshidratado. Apenas podía balbucear, y cuando me preguntaron por lo ocurrido, sólo pude prorrumpir en una serie de sollozos incontrolados y aullidos histéricos que alarmaron en extremo a aquellos hombres fornidos. Me dieron algo de beber, y trataron de contener la fiebre con un remedio de hierbas. Cuando intentaron llevarme de vuelta a End Hill, pueblo al que se dirigían, caí de nuevo en un ataque de histeria que los obligó a cambiar de planes y volver a su hogar.

Transcurrieron varias semanas en Staunton Village mientras recuperaba las fuerzas. Dos de aquellos hombres marcharon a End Hill, pero no volvieron. La intranquilidad que producía en aquel pequeño pueblo ganadero mi presencia, unida a la desaparición de aquellos hombres, provocó pequeños altercados y la decisión final del sheriff de acudir en persona a End Hill, para comprobar por sí mismo que estaba ocurriendo allí. El sheriff, que se llamaba Luger y era un hombre delgado y de rostro cetrino, escuchó atentamente mi experiencia, pero por su mirada burlona y el brillo de sus ojos supe que no creía ni la cuarta parte de lo que le había relatado. Acompañado de cuatro hombres, marchó a aquel pueblo de pesadilla, prometiéndome que si tenía oportunidad visitaría la mina a la que yo había hecho referencia.

Tardó cuatro días en volver. Lo hizo sólo, pero ya no era el mismo. Su mirada carecía de vida, su voz carecía de entonación. No hablaba con nadie, no salía de su oficina. En una ocasión pasé

frente a la puerta, y le oí murmurar en un idioma extraño, pero terriblemente familiar. Dos noches después, robé un caballo y salí de allí al galope. No he vuelto jamás, pero sé que, sea lo que sea lo que los habitantes de End Hill están conjurando, todavía no ha terminado. Aún quedan demasiados huecos en esas columnas.

Cuando terminen, que Dios se apiade de nosotros.

POLAROID

1

Una máquina de escribir metálica, brillante. Las teclas han sido sustituidas por agujas hipodérmicas, restos de sangre coagulada manchan el interior de todas ellas. Las agujas se clavan en los dedos del escritor mientras mecanografía, la sangre resbala entre sus dedos hasta las hojas en blanco, amontonadas a sus pies.

2

Una cadena metálica, trufada de espinas, enrollada alrededor del tronco de un árbol. Las espinas se hunden en la corteza, y finos hilos de sangre verde se deslizan lentamente hasta el suelo. A los pies del árbol, dos niños de ojos rasgados y piel negra abren la boca y muestran sus lenguas bífidas, ansiosos por lamer el precioso líquido.

3

Alguien ha vaciado la televisión y ha sustituido sus componentes por un acuario improvisado. Media docena de peces de los más diversos colores se deslizan en el agua entre los restos del tubo catódico. Yo los observo en silencio, sosteniendo entre mis manos el cable desenchufado.

4

Una mujer enana, deforme, el pelo teñido de rojo, mueve las cuerdas de una enorme marioneta de madera, un títere del tamaño de un hombre, vestido con ropas elegantes. La multitud abuchea y grita y lanza objetos contra el títere, que bajo su pelo blanco esconde un rostro sin facciones.

5

Una tarta de cumpleaños. Un puñado de velas encendidas

aguijoneando la superficie cubierta de nata. Frente a ella, sentada, una anciana con los ojos cerrados. Ni siquiera recuerda que debe soplar las velas.

6

Dos amigos se enzarzan en una discusión estéril. De pronto, en la mano de uno de ellos brilla la hoja afilada de una navaja. El hombre hunde el arma blanca una y otra vez en la carne, desgarrando piel y músculos. Cuando se separan, el hombre armado descubre que el cuerpo que ha mutilado es el suyo.

7

Una colosal botella de agua volcada sobre la arena. Bajo la boca de la botella se encuentran dos personas diminutas, ínfimas. Alzan sus miradas, esperando una gota de agua prendida en el cristal que se resiste a caer. Cuando lo haga, sin duda morirán ahogados. Sin embargo, sonríen y alzan los brazos esperanzados.

8

Abro el libro y descubro que en su interior todas las páginas están en blanco. Sostengo la cuchilla entre los dedos de mi mano derecha y, con cuidado, realizo un corte transversal en mi muñeca izquierda. Con la sangre que brota de la herida dibujo hermosas rosas, tan hermosas que al mirarlas me siento mareado y me falta el aire.

9

Un grupo de niños se agazapa tras el sofá, susurrando, conteniendo el llanto. En la misma habitación, un hombre sostiene entre sus manos temblorosas un hacha ensangrentada. De vez en cuando canturrea el nombre de uno de los niños. Cuando lo hace, sonríe.

10

La cabeza del niño ha sido recubierta por alambre de espino.

Hilos de sangre se deslizan por su rostro, por su boca, por sus ojos ciegos, allá donde el alambre ha desgarrado la piel. Otra niña, la cabeza cubierta por una bolsa de plástico transparente, abre y cierra la boca como un pez fuera del agua mientras trata de arrancar el alambre de su piel.

11

Un hombre sentado en una silla, frente a un monitor apagado. A su alrededor, un centenar de sillas vacías frente a un centenar de monitores encendidos. Una barra de acero atraviesa los dos tobillos del hombre y lo mantiene unido a la silla. Alguien le ha arrancado los párpados.

12

Un hombre elegantemente vestido se arrastra por el suelo impulsándose con sus brazos. Sus piernas yacen varios metros atrás, amputadas, inmóviles. El hombre vuelve la cabeza a cada momento, los ojos muy abiertos, temiendo que, en cualquier momento, las piernas corran tras él.

13

Una bandada de pájaros blancos, cubiertos de ceniza, agita sus alas sobre mi cabeza. La ceniza se adhiere a mi pelo, a mi rostro, a mis ojos. Lloro, y las lágrimas que se deslizan por mis mejillas son de color negro.

14

Una mano cercenada descansa sobre una mesa de piedra negra, junto a un teléfono móvil. La pantalla del teléfono está iluminada, y una voz entrecortada susurra palabras ininteligibles, provocando espasmos en los dedos de la mano.

15

Un payaso, el rostro blanco como la cal, la lengua fuera en gesto de burla, los ojos abiertos desmesuradamente, se balancea

bajo una viga de madera a unos centímetros del suelo recién encerado, su cuello amoratado rodeado por una brillante cuerda de colores.

16

Dos hombres desnudos flotan sobre el agua, sus espaldas marcadas por el sol. Desde el mirador, junto a la playa, un grupo de niños lanza migas de pan a sus cuerpos. Las gaviotas descienden y, en su ansia por recoger el alimento, arrancan jirones de piel de los cadáveres.

17

Entro en una habitación repleta de peluches. Miles de ojos saltones engarzados sobre cuerpos blandos y suaves me miran mientras me interno en el cuarto. Sus cuerpos forman un caleidoscopio de colores y formas imposibles, un caos de serpientes, osos, calabazas, gatos, langostas, perros, casas, gusanos. Para mi sorpresa, esperan hasta que toco al primero de ellos para empezar a moverse y susurrar y gritar y abalanzarse sobre mí.

18

Un torrente de arañas negras se desborda por mi almohada. Han tejido sus redes sobre mis párpados, cegándome. Puedo oírlas caminando sobre la tela, reuniéndose alrededor de mi cabeza. Me pregunto cuál de ellas será la primera en internarse en mi oreja.

19

Una criatura mecánica asciende por la pared del edificio en el que vivo, hundiendo sus extremidades de acero en el cemento, desgarrándolo. Apoyado en el alféizar de la ventana, jaleo cada uno de sus movimientos, y la abucheo cuando se detiene, alza su cabeza metálica y me mira con su único ojo.

20

Veo un hombre desnudo que camina hacia mí. Las plantas de sus pies sangran y dejan tras de sí un rastro retorcido, de color bermellón, que se agita a cada paso que da como una serpiente descabezada.

21

Cuatro mujeres desnudas golpean, con ayuda de mazos y palas, a un hombre vestido con un traje elegante que yace en el suelo, cubierto de sangre. El hombre alza las manos al cielo, suplicando ayuda, pero con cada nuevo golpe que recibe no puede reprimir una sonrisa.

22

Desde la ventana de mi cuarto veo el amanecer. Cuando los primeros rayos del sol alcanzan a los primeros viandantes, éstos estallan en llamas, consumidos por una repentina combustión espontánea. Yo doy una calada a mi cigarrillo y dejo caer la ceniza sobre la acera.

23

Un niño junto al lago, vestido con un traje negro; su cara y sus manos pintadas de blanco; inmóvil como una estatua. A sus pies una caja de cartón con unas pocas monedas. Una paloma blanca, sobre la cabeza del niño, picotea entre su pelo enmarañado en busca de alimento.

24

Una mujer desnuda, atada a una silla de madera con tiras de cuero negro. De sus ojos ciegos brota un centenar de alfileres. Su boca está abierta en un grito mudo, y un hilo de saliva escapa por la comisura de sus labios. Frente a ella, en la pared, un viejo proyector de cine muestra, temblorosa, la palabra.

HUERTO DE CRUCES

Si terminase así el pueblo,
resultaría de una fórmula de perfección
o de simulación intelectualista
Gabriel Miró

Cuánto tarda el tren en llegar, pensó Gabriel. Moría la tarde en el horizonte, envuelta en un charco de sangre desteñida, y las copas de los árboles más lejanos extendían sus ramas hacia las vías como ancianas artríticas. *Cuándo tarda en llegar*, pensó Gabriel, y sintió pereza y quiso levantarse, pero se arrepintió en el último momento. Se removió sobre el banco de piedra, inquieto, y miró a un lado y a otro, a la gente que como él esperaba en el andén a que llegara el último tren. *Dónde irán todos estos*, pensó, *que no tienen más necesidad que la que les crea su avaricia*, y volvió su atención a las vías. Una moneda brillaba bajo los rayos del sol, olvidada entre listones de madera, quizá de un viajero que ya no la necesitaba, quizá de un niño que no pudo comprar su helado. Gabriel apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo, sintiendo el frío del asiento de piedra en las palmas, y se meció adelante y atrás. *No puede tardar ya mucho el tren*, se dijo, *no me hará esperar mucho más*. No dejaba de llegar gente, advirtió mirando hacia las vallas de entrada. Hombres de piel morena y rostros surcados de arrugas; mujeres envueltas en vestidos negros, el pelo cubierto por un pañuelo; niños vestidos con trajes caros o con harapos, el rostro congelado en una mueca triste y seria. Les habían robado incluso la risa de los niños, tan querida y necesitada por todo el pueblo. Los hombres de blanco, con su rostro de cristal y sus armas, les habían arrebatado todo lo que tenían, y ahora les conminaban a marcharse, a abandonar todo lo que una vez había sido suyo. Abandonar el pueblo para siempre en un tren que les conduciría a las calles sucias y oscuras de una lejana ciudad. Los hombres de blanco, con sus falsas sonrisas y sus amenazas veladas. *Así debía ser*, pensó Gabriel, *así debía ser, desde el momento que Tomás decidió volver a casa*. Y, mientras esperaba, escuchando el ruido de las voces de los hombres silenciando los llantos de los niños, escuchando el arrastrar de las maletas llenas a rebosar sobre el empedrado de la estación, escuchando los suspiros contenidos de las mujeres al volverse y mirar más allá de las vallas, Gabriel recordó a Tomás, al viejo Tomás, y su terca decisión de volver a ver a su familia.

El viejo había empezado a toser varios años atrás, una tos seca y desagradable que había paliado con uno de aquellos remedios caseros que preparaban los mayores del pueblo. «Paños calientes y una cucharada de este remedio, mano de santo, y mañana estarás como nuevo, Tomás», habían dicho las mujeres. Pero al viejo le costaba no toser, y se le veía más débil cada día que pasaba. Ya no se levantaba tan temprano como antes, y empezaba a faltar a las faenas del campo, dejando que sus hijos llevaran el tractor y se preocuparan de la siembra. Había perdido a su mujer de joven, en un accidente mientras volvían de las viñas con el remolque cargado de uva, y los únicos que podían atender los problemas del viejo eran sus hijos, tan tercos y orgullosos como él mismo. Dos jóvenes fuertes, decididos, de pocas luces, que ya rebasaban la treintena y no habían encontrado mujer en el pueblo que quisiera estar con ellos.

Pronto se ausentó de la taberna, y no fueron pocos los que le echaron de menos para la partida de tute. Algunos, los más allegados, los que reían con ganas cuando Tomás contaba por enésima vez sus chistes apolillados y le perdonaban cuando no buscaba el cante en la partida, acudieron a su casa sólo para comprobar que, quisieran o no, el viejo se marchaba. Los hijos, carcomidos por el dolor de la pérdida y, al mismo tiempo, torturados por las labores del campo, apenas disponían de tiempo para pasarlo junto al lecho de su padre moribundo. Los amigos inventaron excusas y arguyeron disculpas, y pocos fueron los que acudieron a su casa a preguntar por su estado. Así pasó Tomás los últimos días de su vida, solo y enfermo, entre visitas del médico, que agitó la cabeza y apoyó la mano sobre el hombro de uno de los hijos al marcharse la última vez que pasó por el pueblo. A todos nos llegará, dijo el médico, y el hijo menor, de ojos azules y rostro aniñado, rompió en lágrimas y corrió hacia su cuarto, quizá para esconder su vergüenza por su debilidad, quizá para no ver la agonía del único hombre al que, a su manera, había querido.

Quiso la mala fortuna que Gabriel estuviera allí el día que Tomás falleció, y fue mala fortuna, pues a él le tocó velar el cadáver hasta que el juez acudió desde Molino Blanco para certificar la defunción. Vivían en un pueblo pequeño, de casas marchitas y calles sin asfaltar, en el que sólo perduraban los recuerdos y un puñado de familias voluntariosas, poco bagaje para

permitirse sus propios jueces y sus propios médicos. El juez tardó un día entero en llegar, pues Tomás decidió abandonar el mundo un domingo temprano. «Me voy, me voy», había dicho, tomando la mano de Gabriel, que aquella mañana se había sentado junto a la cama en un taburete bajo.

«Me voy», había dicho, «pero quisiera volver».

Y Gabriel había sentido el valor premonitorio de sus palabras como una azada rasgando la piel y preparando el cuerpo para ser sembrado.

Cuánto tarda el tren, pensó Gabriel, y miró en dirección a Las Nieves, el pueblo que crecía al pie de las montañas como un alud de blancas rocas desperdigadas. Flotaba en el aire un olor extraño, un olor que embriagaba y al mismo tiempo revolvía el estómago. Gabriel creyó que se trataba del olor de la carne poco hecha. Quizá, en el interior de la estación, alguien estaba cocinando. Quizá, si se acercaba hasta allí, quienquiera que fuese le convidaba a la comida y a un poco de vino. Cansado, pero hambriento al mismo tiempo, se levantó con esfuerzo del banco de piedra y arrastró sus pies hacia el interior de la estación. Le dolía el brazo derecho, un dolor continuo que palpitaba en su antebrazo, como el picotazo de un mosquito que se resiste a ser ignorado. Ignorándolo, entró en la estación.

El interior estaba desierto a excepción de un niño sentado en un banco, que al verlo entrar alzó sus ojos tristes. Sostenía entre las manos, sobre sus rodillas, un balón de fútbol de parches blancos y negros, un tablero de ajedrez esférico que había perdido sus fichas. «Creí que servían comida aquí», dijo Gabriel, y el niño negó con la cabeza. «Comida tienen fuera las madres», respondió el niño. Y Gabriel pensó que eso era bueno sin saber realmente por qué. Se sentó en un banco frente al niño, y buscó en sus bolsillos un caramelo. Sólo encontró un puñado de papeles arrugados, y un pañuelo sucio, manchado de sangre. Lo sostuvo ante sus ojos, extendiéndolo como si se tratara de un mantel. El niño bajó la mirada, acarició el balón. Las manchas de sangre sobre la tela blanca le arrastraron de nuevo hasta Tomás.

Un viejo testarudo, decían de él las voces que se reunían en la

plaza del pueblo, sentadas junto a la fuente, viendo pasar el día con su monotonía de rumor de tractor. Un viejo testarudo, sí; y no había duda de que lo era. Porque dos noches después de ser enterrado, volvió a su casa, y lo hizo a su manera, llamado la atención. Aquel día se habían reunido en la plaza las mujeres, solteronas y casamenteras, casadas y jóvenes, a charlar de sus maridos y sus novios y sus anhelos y sus tristezas. Brillaba un sol tristón, devorado por nubes grises hambrientas de tormenta, y las conversaciones se tornaron melancólicas con el paso de la tarde. Contaron después las más viejas cuando les preguntaron los mozos que Tomás pasó junto a ellas sin verlas, caminando como si estuviera borracho, la mirada fija en el camino y apestando a muerte y olvido. Hasta los perros que campaban a sus anchas por el pueblo, animales famélicos que más de una vez habían comido de su mano, huyeron aullando cuando lo encontraron en las calles vagando sin rumbo.

Lo cierto es que a pesar del estado en el que se encontraba, Tomás llegó hasta su casa sin demasiados contratiempos. Cuentan los que le vieron que llamó a la puerta dos veces, y que al ver que no le abrían, aulló al cielo y arañó las paredes y las maderas de la puerta hasta que se le desprendieron las uñas. Dicen también que el primero en llegar y verle fue su hijo menor, y que abrió la puerta y le franqueó el paso, volviéndose después hacia los curiosos con exabruptos e improperios. Pero Gabriel nada supo de ello hasta después, entrada la tarde, cuando volvía de trabajar en las viñas, con la espalda dolorida y el cuerpo cansado. Damiana, su mujer, que preparaba una ensalada para la cena como era su costumbre, le comentó lo que se murmuraba en las casas y en los patios, y le dijo que vendría el alguacil a buscarle, pues buscaba hombres con arrestos para marchar al campo santo a comprobar las afirmaciones. «Podrían ir a la casa y llamar», dijo Gabriel, pero su mujer le respondió que ya se había hecho, y que los chicos se habían negado a abrir la puerta. Gabriel no dudaba de la veracidad de las palabras de sus vecinos, y un escalofrío le recorrió la espalda mientras esperaba al alguacil, tomando un trozo de queso y una copa de vino para ayudarlo a entrar, como solía decir.

El alguacil llegó cayendo la noche, cuando las sombras abandonaban el refugio del bosque y campaban a sus anchas por las calles del pueblo. Venía en compañía de Isaías, el encargado de

la tienda, y tras ellos avanzaba El Tuerto, el dueño del único bar de la plaza del pueblo. Los tres se mostraron temerosos y cautos al hablar con Gabriel, los tres le trataron con respeto y asintieron en silencio cuando tomó su abrigo y salió con ellos al frío de la noche. «Es un camino traicionero», dijo el alguacil, «pero todos queremos saber qué ha ocurrido». «No es ésta una buena noche para pisar tierra de muertos», dijo Isaías. El Tuerto escupió al suelo, y abrió la marcha en dirección al cementerio. Avanzaron por el camino de tierra en silencio, sabiendo que una palabra mal dicha, si no atenazaban sus miedos, podría obligarles a dar vuelta y volver a sus casas. Al llegar a la verja de entrada, cerrada con cadena y candado, el alguacil sacó un manojo de llaves oxidadas del bolsillo y procedió a abrir. Sin embargo se detuvo al comprobar que la cadena yacía en el suelo como una serpiente al acecho y que el candado descansaba sobre ella, quebrado e inútil. «Mala noche, ya os dije», dijo El Tuerto, y abriendo la verja entró en el campo santo.

Encendieron linternas, iluminaron el camino. Se internaron entre las veredas de tierra que rasgaban el lugar de descanso de los muertos, dejando a un lado y a otro lápidas, nichos y tumbas rodeadas de vallas oxidadas por el tiempo. Las luces de las linternas les mostraron flores muertas, vasijas de agua volcadas, nombres de parientes y de amigos y de esas personas que cuando se marchan se olvidan y nadie más habla de ellas. Algo nerviosos se detuvieron frente al agujero de tierra removida que se abría a los pies de la lápida de Tomás. «Es mala cosa cuando los muertos no saben estarse quietos», sentenció Gabriel, abriéndose paso y acuclillándose junto a la tumba profanada. La tierra había sido removida por manos decididas, y los tablones quebrados del ataúd descansaban entre los despojos de carne y arena. «Mejor hubiera sido incinerarlo, digo yo», dijo el alguacil, y se santiguó a continuación. El Tuerto escupió de nuevo, pero no dudó en persignarse tras el gesto del alguacil. «Deberíamos volver y decirle a los chicos del Tomás que nos dejen ver a su padre», dijo Gabriel. «Y que nos dejen volver a enterrarle, por el amor de Dios», dijo Isaías, y todos asintieron algo apesadumbrados.

El niño dejó caer el balón, que rodó hacia los pies de Gabriel, despertándolo. No sabía bien si se había quedado dormido, o

quizá se encontraba tan cansado que el agotamiento que había acumulado en los últimos días al fin le había vencido. Golpeó el balón con el pie, enviándolo hacia el niño, que le ofreció una sonrisa casi por obligación. Para él no era más que otro hombre viejo, otro enfermo que compartiría un vagón de tren para abandonar el pueblo en el que había nacido y buscar refugio en una de aquellas ciudades que cambiaba tierra por hormigón y amistades por conocidos.

Gabriel salió de nuevo al frío de la estación. Sentía el estómago revuelto, y no pudo reprimir una arcada al aspirar el olor del cigarrillo de uno de los hombres que esperaban pacientemente la llegada del tren. *Sí que tarda esta vez*, pensó. *Quizá ya no vengan a por nosotros*, se dijo. Pero no parecía normal. Les habían dicho que los evacuarían a todos. Evacuar, una palabra que nunca había relacionado con salir del pueblo. Pero los hombres de blanco, con sus armas automáticas y sus máscaras, sabían lo que había que hacer en estos casos. Siempre lo sabían, trabajaban para el gobierno. Y él era sólo un ignorante campesino, al que no le habían prestado ninguna atención al entrar en la estación. «¿Le han mordido?», le habían preguntado, y él había negado con la cabeza. A pesar de ello le habían conducido a un pequeño cuarto y le habían obligado a desnudarse. «¿Me quito también esto?», había preguntado, sonrojado, señalando su ropa interior, unos gruesos calzoncillos grises que su mujer le había tejido años atrás. La enfermera había sonreído, tratando de aliviar la sensación de vergüenza que les embargaba a ambos. «No será necesario, señor, no se preocupe», había respondido ella con cortesía, sonrojándose, y Gabriel había asentido, más tranquilo.

Gabriel paseó por la estación sin rumbo fijo. Pensó, al cruzarse con una pareja joven, en cuántas personas de las allí reunidas no conocía siquiera de vista. Habían acudido hasta la estación desde pueblos cercanos que no disponían de apeadero, y muchos de ellos no significaban nada para él. *Cuántas personas que no he podido conocer, cuánto tiempo perdido en miserias*, pensó Gabriel. Un hombre, el rostro oculto tras la máscara de cristal y el cuerpo embutido en plástico blanco, le indicó con un gesto que se detuviera y diera la vuelta. Gabriel comprendió que se había acercado demasiado a la valla, y se detuvo. Buscó a su mujer con la mirada más allá del alambre de espino, de los tablones de madera. Quería verla una última vez antes de marcharse.

Salieron del cementerio y bajaron por el camino en dirección al pueblo. Iba a llover, Gabriel lo notaba en los huesos. Se despidieron en la puerta de la casa del alguacil, y cada uno continuó su camino hasta su propio hogar en silencio, la mente perdida en las implicaciones de lo ocurrido. Gabriel llegó a casa con humor sombrío, sin ganas de conversación. Por ello eludió las preguntas de su mujer y le dijo que sería mejor acostarse, que mañana sería un día muy largo. «Estoy preocupada», dijo su mujer, «por lo que nos pueda ocurrir». «No pasará nada, créeme», respondió Gabriel, y subió a acostarse.

Su mujer se entretuvo un rato más fregando algunos platos, y cuando subió, él ya se había dormido.

Por la noche oyeron ruidos en la puerta, Gabriel decidió levantarse para tranquilizar a su mujer. «No será nada, algún perro solitario, algún gamberro», dijo mientras le acariciaba el pelo y ella volvía a dormirse. Buscó sus zapatillas bajo la cama, ignorando los golpes en la puerta, cada vez más fuertes, y bajó en silencio hasta la puerta de entrada. Oyó de nuevo los golpes, y con temor se acercó hasta la mirilla. Allí no había nadie. Los golpes callaron, y Gabriel oyó pasos arrastrados y gemidos en la calle. Un escalofrío le recorrió la espalda, y no pudo evitar pensar en su mujer, sola en el dormitorio. Había algo ahí fuera, pero ya se había marchado. Por la mañana todo sería más sencillo. Volvió al dormitorio, se acostó. Ya lo resolvería mañana.

Despertó algunas horas después, cuando el amanecer despuntaba sobre los campos de trigo. Oyó disparos, relinchar de caballos y gritos, muchos gritos de auxilio. Al volverse sintió pánico, pues su mujer no estaba a su lado. Bajó las escaleras como un chico, trastabillando, arrastrando con sus manos torpes un cuadro colgado en la pared. Ella estaba abajo, mirando a través de la ventana a la calle, y le hizo señas de que callara mientras le veía entrar en la cocina. «Es el Tomás, que no quiere ir», susurró, volviendo su atención a la calle. Gabriel llegó a su lado, apoyó una mano sobre su hombro desnudo, sintiendo la piel fría bajo su palma. En la calle yacía Tomás, babeando, las ropas cubiertas de sangre, los dedos engarriados. Intentaba levantarse, pero una gruesa argolla alrededor de su cuello unida a una larga cadena se lo impedía. Cuando trataba de incorporarse los dos chicos que

sostenían la cadena —el hijo del alguacil y uno de los jornaleros que Isaías contrataba temporalmente para la vendimia— tiraban de ella para derribarle. «Tengo que salir», dijo Gabriel y el cuerpo de Damiana se estremeció, pero no dijo nada.

Al retirar la tranca y abrir la puerta, los chicos se asustaron y retrocedieron un paso, arrastrando con ellos a Tomás. «Vamos, vamos, es Gabriel», dijo el alguacil, sosteniendo su escopeta de caza con el brazo derecho, la misma con la que solía cazar conejos en sus tierras. Gabriel saludó con un gesto, caminó hacia él. Tomás hizo intento de levantarse, los chicos volvieron a derribarle. Se les notaba nerviosos, sin saber bien qué hacer. Mantenían la distancia con el viejo, que olía a muerte tan fuerte que mareaba, y al mismo tiempo permanecían atentos a los gestos del alguacil. «Éste es peligroso, Gabriel, y mírale, tan campante, y le he metido dos tiros en el pecho, Gabriel», dijo el alguacil, los ojos enrojecidos de llorar, las manos temblorosas. «¿Y los chicos?», preguntó Gabriel. «No querrías verlos, Gabriel, no querrías, son como éste, Gabriel, que no te cojan, que no te muerdan», dijo el alguacil, y levantando el arma, la apoyó contra su barbilla y disparó.

Gabriel oyó a lo lejos un silbido desesperado que sólo podía surgir de una garganta metálica. *Tarde, pero ha llegado*, pensó mientras la gente recogía sus maletas y arrastraba los pies hacia las vías. *Tarde, pero llegaron*, pensó Gabriel. Los hombres de blanco habían llegado dos días después de que Tomás decidiera volver al pueblo, y en aquellos dos días muchos otros se habían levantado y habían vuelto, cubiertos de sangre y tierra, torpes como marionetas de madera carcomida, hambrientos como una plaga de ratas. El rumor del tren acercándose a la estación le tranquilizó. Miró más allá de las vallas de metal, aquellas verjas que los hombres de blanco habían levantado para recluir a los afectados, como los denominaban. Amontonados, apilados unos sobre otros, los rostros contra las vallas, las manos arañando en el vacío. Todos sus conocidos, todos sus amigos, se encontraban al otro lado de las verjas, convertidos en algo menos que animales, con los ojos blancos y las bocas abiertas, babeando y aullando. Dio un paso en dirección a las verjas, y uno de los hombres de blanco le detuvo colocando una mano enguantada en su pecho y apuntándole con

su arma. «No puede pasar, señor», dijo con su voz metalizada, con su mirada envuelta en la niebla de vidrio que cubría su rostro. «Sólo querría ver a mi esposa antes de marchar», dijo Gabriel. El hombre apartó su mano, bajó el arma. «Hágalo desde aquí», señor, «no dé un paso más, es por su seguridad», dijo el hombre. *No protegieron así a mi esposa*, pensó Gabriel, pero no dijo nada, sólo miró a las verjas, buscando su rostro entre las bocas desencajadas y las manos desgarradas.

«Sólo un mordisco», susurró.

Sólo un mordisco había bastado, un simple mordisco de aquellas cosas y te convertías en uno de ellos. Los hombres de blanco, los soldados enviados por el gobierno, ellos sabían lo que ocurría. Y no les habían dicho nada, no les habían informado. «Por todas partes, señor, por todo el país», le había dicho un joven soldado, y nunca más lo había vuelto a ver. Hablaba demasiado para ser uno de ellos. *Por todas partes*, pensó Gabriel. ¿Adónde irían entonces? Si ellos ya estaban en las ciudades, ¿adónde podrían ir? Volvió a buscar el rostro de su mujer entre los hombres y mujeres y niños atrapados tras las vallas, prisioneros hambrientos de un improvisado campo de concentración. ¿Adónde iría él sin su mujer? Sin ella no era nada, sólo un viejo inútil y acabado. Había estado siempre a su lado, apoyándole en los momentos difíciles, consolándole cuando necesitaba consuelo, dándole su cariño cuando necesitaba amor. El tren entró en la estación susurrando despedidas a media voz, fragmentando conversaciones que terminarían en lágrimas. ¿Adónde podría ir si no era al lado de su mujer? *Al menos estoy vivo*, pensó Gabriel, *ellos me han protegido*.

Y, sin embargo, a ella no habían podido protegerla.

A su alrededor la gente comenzó a subir al tren, arrastrando sus pesadas maletas tras ellos. Hombres armados ayudaron a las personas mayores, a los niños. Les obligaron a dejar atrás sus pertenencias. Gabriel oyó gritos, protestas. Querían subir al tren, huir de allí, pero no querían hacerlo con las manos vacías, manos que habían trabajado la tierra, manos castigadas que querían su recompensa. Algunos levantaron esas mismas manos contra los hombres de blanco, y las armas automáticas hablaron en su lengua de sangre y fuego. Gabriel miró hacia las verjas, buscando a su mujer. Debía estar allí, entre ellos, una más entre la multitud que arañaba y aullaba y deseaba abalanzarse sobre los que huían.

Debía estar allí, pero no podía encontrarla. Sintió una punzada de dolor en el bajo vientre, y una repentina humedad en la entrepierna. No, no quería verla, ni que ella lo viera así. Dando media vuelta, caminó hacia los primeros vagones. Caminó junto a un hombre que yacía en el suelo, un río bermellón de vida escapando de su cuerpo hacia las vías. El hombre agitó una mano, una mujer la tomó. Dos hombres de blanco gritaron órdenes, aléjense, aléjense, monten en el tren, márchense. Y después se deshacían en disculpas con la mujer, que lloraba y gritaba y maldecía.

Gabriel alcanzó la puerta de entrada de uno de los vagones, alguien le detuvo. «Espere aquí», dijo el hombre que le había detenido mientras le miraba, mientras le tocaba los brazos, las piernas, el estómago, el rostro. «¿Tiene alguna herida?», preguntó, y Gabriel negó con la cabeza, mareado, sintiendo náuseas por el olor corporal que despedía aquella persona. «Pase, vamos», dijo el hombre, franqueándole el paso. En el interior del vagón la gente gritaba, se abrazaba, lloraba. Gabriel buscó un sitio junto a la ventanilla, se sentó. Le temblaban las piernas. Podía oler la sangre del hombre herido desde donde se encontraba. Y tenía hambre. El chico de la estación, la pelota entre sus brazos, le miraba desde uno de los asientos más alejados. «No dejes que me cojan, no dejes que me cojan», repetía un joven abrazado a una mujer, una letanía sólo rota por el llanto entrecortado de ella. «Todos acabaremos igual, murmuró una anciana», golpeando la ventanilla con su dedo acusador. «Estos ni siquiera saben lo que hacen», murmuró la anciana, señalando a los soldados. Gabriel sintió arcadas. La cabeza le dolía como las mañanas que salía al campo tras una noche de vinos y aguardientes. Tenía la boca seca, y se sentía mareado. «¿Se encuentra bien?«, dijo un niño apoyando una mano en su hombro, y Gabriel asintió sin mirarle. «Tiene mala cara», murmuró una mujer. «Parece enfermo», dijo un hombre. «Quizá deberíamos llamar a los soldados», dijo otro hombre.

Con un chirrido apagado, el tren arrastró sus extremidades oxidadas sobre las vías. Gabriel se llevó una mano a la frente, la retiró cubierta de un sudor grasiento, pegajoso, que quedó adherido a la palma de su mano. Notó de nuevo el dolor en su entrepierna, allí donde ella le había besado con el amor que sólo se profesan los casados. Donde ella había posado sus labios por última vez, con mirada vidriosa, mientras balbuceaba

incoherencias y trataba de hundirle las uñas en el vientre. Miró sus pantalones, empapados de sangre, despidiendo un olor nauseabundo. Un olor que le provocaba arcadas, que le provocaba hambre. «La Virgen nos acoja en su seno», dijo una mujer levantándose, alejándose de él. Gabriel recordó el rostro desencajado de su mujer, la inesperada sensación de dolor cuando ella le mordió, desgarrándole la piel, cortando el músculo. «Santo Dios, es uno de ellos, es uno de ellos», dijo otro hombre. El tren continuó su avance, alejándose de la estación. Gabriel alzó la mirada, intentó hablar. «Que alguien avise a los soldados», gritó una mujer. Pero allí no había soldados, sólo víctimas huyendo de la devastación. Gabriel se levantó tambaleándose, miró por la ventanilla sin ser consciente de lo que buscaba. A su alrededor la gente corría, huía, en dirección a ninguna parte. Cuando Gabriel se volvió, sólo vio al chico de la estación, sosteniendo su pelota. No lo reconoció. Abrió la boca, mostrando sus dientes.

El chico, los ojos llenos de lágrimas, dejó caer su pelota al suelo.

Gabriel no la recogió.

COPYRIGHT

Publicado en *V Antología Melocotón Mecánico* (Grupo AJEC). *Mención Especial del Jurado V Concurso Melocotón Mecánico.*

Polaroid ©2007 Santiago Eximeno. Publicado en *Vórtice en Línea* 10(Parnaso).

Huerto de cruces © 2006 Santiago Eximeno. Publicado en *Paura Volumen 3* (Bibliópolis). *Premio Xatafi-Cyberdark 2007. I Premio Vórtice de Fantasía y Terror.*

AGRADECIMIENTOS

Esta obra nunca hubiera sido concebida sin *Julián Diez, Luis G. Prado* y *Juanma Santiago,* que de una forma u otra asistieron al parto de gran parte de estos relatos; sin *Raúl Gonzálvez del Águila,* que tuvo el valor de reunirlos en este libro; sin la *Asociación Cultural Xatafi,* cuyos integrantes me animan a seguir adelante cada día, aunque no lo sepan; y sin *The Garden of Delight,* que ahogaron con su música el aullido del procesador de textos.

SOBRE EL AUTOR

Santiago Eximeno, autor madrileño nacido en 1973, es uno de los referentes del cuento de terror en España, galardonado en dos ocasiones con el Premio Ignotus que concede la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror y traducido a varios idiomas. Sus relatos, que transitan desde el horror más descarnado hasta el realismo mágico más intimista, han aparecido en numerosas antologías y revistas especializadas. Además ha publicado varios libros: *Asura* (Grupo Ajec, 2004, 2008), *Imágenes* (Parnaso, 2004), *Subcontratado* (Ediciones Efímeras, 2006) y *Cazador de Mentiras* (Jaguar, 2007). Su interés en el género fantástico no se limita a la literatura, y pronto verá la luz su primer juego de mesa, *Invasión* (Edge, 2008), diseñado junto a Pedro Belushi.

Mantiene una web, www.eximeno.com, con información actualizada sobre su obra.

Notas al pie

{1} Documento traducido por el doctor Luis Díez del original *A Time for Choices,* publicado por el Departamento de Salud de Estados Unidos (Mortuary Science, 2016). Como tal, no es aplicable en su totalidad en el estado español, aunque puede servir como guía inicial a la hora de tratar la muerte de un familiar, El parlamento aprobará a finales de este año una ley sobre el tratamiento de las defunciones en España (N. del E.).

{2} Aprobado por referendum popular hace cuatro años, tras la publicación del famoso artículo *Les révoltés* en el periódico parisino *Le Fígaro* (23 de Abril de 2012) (N. del T.).

{3} Muchas ciudades han acondicionado antiguas *Leichenhaus* (edificios de aspecto normal que alojan en su interior a los fallecidos) o construido algunas nuevas tras los polémicos artículos publicados en la revista *Hufelands Erbe* (Marzo, Abril, Junio; 2011) (N. del T.).

{4} Estos supuestos prejuicios son analizados en detalle por el doctor Oliver Sacks en su obra *Cariño, ¿has vuelto a casa?* (Grijalbo, 2014) (N. del T).

{5} Hace referencia al reportaje *The Tell-Tale Heart* (CNN, 2013) en el que se acusaba a Estados Unidos y otros países de la Unión Europea de traficar con corazones humanos con varios países africanos (N. del T).

{6} En España la Iglesia Católica se acoge a la encíclica *De Morte* (Acerca de la Muerte, 2005), última de S.S. Juan Pablo II, que condena y excomulga a los fieles que realicen cualquier tipo de donación de órganos (N. del t.).

{7} Evidentemente, si el cuerpo del fallecido está presente deberá realizarse antes de que transcurran cuarenta y ocho horas desde el fallecimiento (N. del T.).

{8} Sorprende esta actitud mojigata americana, capaz de criticar sin embargo las decisiones europeas en materia de cremación (N. del T.).

{9} Actualmente España no observa la posibilidad de la donación, por considerarlo una práctica que degrada moral y espiritualmente al sujeto. Es importante recordar que esta donación, que será explicada en detalle en el siguiente capítulo, nada tiene que ver con la donación de órganos. Sin embargo, en Europa se pretende que en un futuro a medio plazo las familias puedan hacerse cargo de sus familiares fallecidos (N. del T.).

{10} En Europa las autopsias deben ser confirmadas por la familia, no por el estado (N. del T.).

{11} En Europa el segundo deceso no se realiza con armas de fuego, sino con un arma blanca, de forma similar a varios países asiáticos, por lo que el coste de la munición es inexistente (N. del T.).

{12} Muchos americanos han seguido el camino contrario, acogiéndose a países europeos en la hora de su muerte para evitar el segundo deceso (N. del T.).

{13} Estas razones, sin embargo, no son detalladas en ninguna parte a lo largo del documento, lo que induce a pensar en ciertos prejuicios de los operarios (N. del T.).

{14} En la actualidad, catorce estados lo prohíben (N. del T.).

{15} Esto alienta los rumores de una red de tráfico de corazones humanos, por más que el gobierno americano lo desmienta rotundamente (N. del T.).

{16} Varias asociaciones humanitarias, como Hijos del Primer Deceso y Americanos Después de la Muerte, acusan al gobierno de los Estados Unidos de prácticas contrarias a los derechos humanos. Sin embargo, esta iniciativa cada vez goza de mayor adaptación popular, existiendo incluso una corriente en Hollywood que sugiere el uso de fallecidos como actores secundarios y extras en películas de terror (N. del T.).